

Peccata Minuta



E. WOLF



PECCATA MINUTA

ENEIDA WOLF

Copyright © 2019, Eneida Wolf
Título: Peccata Minuta
Primera edición: diciembre de 2019
ISBN: 9781710290745
Editorial: Independiente
Fotocomposición: Eneida Wolf
Imágenes de Adobe Stock Images
eneidawolf@gmail.com

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares, bajo las sanciones establecidas en la ley, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento, así como la distribución de ejemplares.

Para los que disfruten de un buen postre.

PECCATA MINUTA

- [1. CHOCOLAT](#)
 - [2. UN VIAJE DE 10 METROS](#)
 - [3. BON APPETIT](#)
 - [4. SIN RESERVAS](#)
 - [5. DIETA MEDITERRÁNEA](#)
 - [6. UNA BUENA RECETA](#)
 - [7. JULIE & JULIA](#)
 - [8. RATATOUILLE](#)
 - [9. TOAST](#)
 - [10. DELICIOSA MARTA](#)
 - [11. LOS SABORES DEL PALACIO](#)
 - [12. DINNER RUSH](#)
 - [13. DELICATESSEN](#)
 - [14. LOVE'S KITCHEN](#)
 - [15. WOMAN ON TOP](#)
 - [16. UN TOQUE DE CANELA](#)
 - [17. #CHEF](#)
 - [18. UNA PASTELERÍA EN TOKIO](#)
 - [19. COCINA AMERICANA](#)
 - [20. SWEENEY TODD](#)
 - [21. FUERA DE CARTA](#)
 - [22. CHARLIE Y LA FÁBRICA DE CHOCOLATE](#)
 - [23. BIG NIGHT](#)
 - [24. EL CHEF DE LA RECETA DE LA FELICIDAD](#)
 - [25. COMO AGUA PARA CHOCOLATE](#)
 - [26. LA JOVEN DE LAS ESPECIAS](#)
 - [27. LA AVENTURA DE LA COCINERA DE CLAPHAM](#)
 - [28. LAS ÚLTIMAS VACACIONES](#)
 - [29. TOMATES VERDES FRITOS](#)
 - [30. SOLO POSTRES](#)
 - [31. LA CHICA DE RAMEN](#)
 - [32. SIMPLEMENTE IRRESISTIBLE](#)
 - [33. EL TEATRO DE LA VIDA](#)
- [EPÍLOGO](#)

Chocolat

MARINA

La cocina es un lenguaje mediante el cual se puede expresar armonía, felicidad, belleza, poesía, complejidad, magia, humor, provocación, cultura.

Ferran Adrià

Detrás de los cristales del aparador, llueve a cántaros. Se escucha el sonido de las gotas caer en el suelo, en los tejados y en las hojas de los árboles. El cielo gris augura que tardará en despejar, por lo que los cuatro clientes que están sentados en sus respectivas mesas desisten de pedir la cuenta y marcharse.

Uno de ellos pide otro trozo de pastel de zanahoria, con la la taza de té aún humeante y el periódico a medio leer. Es un habitual, suele venir los sábados. Se queda durante toda la mañana hojeando periódicos y revistas científicas. Tendrá entre cuarenta y cincuenta años, los párpados algo caídos y una estatura baja. Intuyo que es presumido por la forma en la que se tiñe el pelo de un color castaño distinto al suyo, y también porque aunque suele vestir de forma impecable, informal, lleva los pantalones, la camisa y la americana de pana planchados, y sin borlas ni pelusas.

Por las revistas que lee, imagino que trabaja en algún laboratorio farmacéutico, esa es mi impresión, y también que tiene una vida muy rutinaria. Sin hijos ni pareja, no lleva alianza, pero la llevó por la forma en la que suele pasarse el dedo por encima del anular, así que apostaría a que está divorciado.

Me gusta imaginarme la vida de la gente, sobre todo la de los clientes que entran en la cafetería. No hace mucho que la inauguré, unas pocas semanas, pero no me va mal. Es un espacio pensado para desconectar, no por nada he colocado en un rincón una gran estantería de pino blanca llena de libros viejos, de esos que decoraban mi antigua casa de Arenys de mar. El piso de Barcelona es más pequeño, demasiado para meter una biblioteca entera —aunque sea pequeña— en el salón, así que me he reservado mis favoritos, y los demás están aquí.

Miro a las dos señoras que no paran de parlotear, muy animadas ellas, ambas de cabellos lisos y rubios, y operaciones de estética en todo el rostro —algo de *botox* en los labios, las patas de gallo estiradas y ese toque casi imperceptible de la nariz— juraría que son de esas amigas que se ven cada día en el gimnasio y que han quedado para hablar de algo muy concreto que no pueden decirse en el vestuario. Ninguna de ellas ha pedido nada de comer, solo un café y un poleo menta. Les he dicho que tengo tarta de manzana *gluten free*, pero han declinado; supongo que ese cuerpo de sesenta años no se mantiene solo.

Ya me gustaría a mí llegar a esa edad con esos brazos tonificados y esos glúteos perfectos..., aunque no me quejo, tengo ese tipo de constitución extraña a la que le cuesta engordar. Tampoco es que me atraque y no gane peso, pero sí que me tomo una magdalena o un trozo de *brownie* por la tarde con un té y para desayunar no falta el bocadillo de jamón.

Un trueno resuena con fuerza y hace que me sobresalte un poco. Esto parece el diluvio universal. Será que en Barcelona no es habitual que llueva tanto o que haya este tipo de tormentas, que parecen más tropicales que otra cosa. Tras el desconcierto inicial, vuelvo a mis quehaceres, que básicamente consisten en averiguar si los clientes me reclaman, pero nada.

La campanilla de la puerta suena cuando alguien la empuja, y enseguida aparece un hombre empapado de pies a cabeza. No hay ni una sola parte de él que permanezca seca. El traje de color azul oscuro parece casi negro, le chorrean los cabellos azabaches peinados hacia atrás y creo que, si se quitase la americana y la camisa, tendría también hasta el pecho mojado. Es desconcertante porque ese hombre con gafas de pasta negras y buena planta, parece un tipo de anuncio. No suelen entrar prototipos de modelos de Calvin Klein en mi cafetería, y esto hace que mi mente pervertida piense que sus *boxers* también deben estar empapados.

«Marina, *focus*», me repito, dándome cuenta de que el pobre va a coger una pulmonía como no se seque. Así que salgo de detrás del mostrador y abro el armario que hay en el pasillo del cuarto de baño dónde tengo un par de artículos de emergencia, como un cepillo de dientes, champú del pelo en seco, varios bolígrafos y, entre otras cosas, algunas toallas. Saco una de estas y me acerco al hombre, que parece estar analizando atentamente el lugar. Puede parecer un poco estridente, supongo que elegir color rosa palo para las paredes no ha sido la mejor decisión, pero es mi color favorito y refleja a la perfección mi personalidad.

Tampoco ayuda que el mobiliario sea de tipo *belle époque*, de madera maciza con toques dorados y plateados ni que el estilo de cada sillón sea diferente, emulando distintas formas, colores y texturas de tapizados.

—Tenga, séquese o va a coger una pulmonía —digo, alargándole la toalla—. Oh..., si se sienta en ese rincón, enchufaré el calefactor para que pueda calentarse los pies. Y en el baño tiene un secador —añado finalmente, a modo de recordatorio—. ¿Quiere tomar algo? ¿Un té, café, chocolate caliente?

El hombre me mira con incredulidad, como si tuviese aspecto de un extraterrestre bajado del planeta 51, fuese verde y tuviese un perro sin ojos y con orejas gigantes. Lo primero que hace es quitarse las gafas que lleva, supongo que para ver, a secas, ya que están muy mojadas, y suelta un suspiro. Su cara de decepción al ver el lugar no me sorprende, pero tampoco me enfada. He aprendido que no puedes satisfacer a todo el mundo, que habrá gente a la que no le guste el rosa, la decoración o mis pasteles —esto último es ya más difícil—, pero no voy a hacerme mala sangre y mucho menos voy a cambiarlo, porque este lugar, en definitiva, soy yo.

—Un café con leche, corto de leche y doble de café descafeinado —murmura arrastrando los pies, dejando un reguero de agua hasta la mesa que le he indicado.

Me gusta su voz, es grave y algo asonante con un toque de orgullo y cinismo parecido a ese toque de pimienta que les das a determinados platos. No tardo en ir a por el calefactor y encenderlo, se ha quitado la americana y la ha dejado colgando en el respaldo de la silla en la que se ha sentado.

—¿La leche como la quiere? ¿Entera, semidesnatada, desnatada, sin lactosa o de soja?

Un leve carraspeo tras desanudarse la corbata hace que me ponga un poco nerviosa. Tiene los hombros anchos y se le notan los pectorales porque se le transparentan con la camisa mojada.

—Semidesnatada —responde en voz baja.

Mientras preparo el café, veo de reojo cómo va secándose con la toalla, y cómo se quita los zapatos y los acerca al calefactor. No soy de las que se entrometen en vidas ajenas, es más, nunca lo he hecho con ningún cliente; si alguno quiere hablar conmigo, perfecto, si no me limito a estar

detrás del mostrador. No tengo mucha práctica en eso, lo admito, pero es que toda mi vida profesional he estado en la cocina, en los fogones, y nunca he tratado con la clientela del restaurante. Sin embargo, este tipo me genera una curiosidad inaudita, porque no parece corriente.

Tal y como puedo ver, es metódico, no hay más que ver cómo saca del maletín el teléfono, una especie de libreta de piel, la pluma personalizada, y cómo se limpia las gafas con la pequeña toallita que lleva en el estuche. Lo hace todo con precisión, con detalle, como cocinan los grandes *chefs*, y he visto a un par en la cocina.

Cuando tengo preparado el café, se lo llevo hasta la mesa con varios azucarillos, aunque apuesto lo que sea a que se lo toma sin nada. No dice nada, y yo tampoco. En este momento, las dos mujeres piden la cuenta y se marchan. Ya no escucho el sonido de la lluvia y me fijo en que se ha detenido, al menos de momento. Entonces, el hombre que creo farmacéutico paga también y el misterioso cliente y yo nos quedamos a solas.

No soy buena con las palabras, no me expreso bien oralmente. De pequeña mi madre tuvo que llevarme al logopeda porque pronunciaba de una manera nefasta y tampoco se me daba bien la lengua en el colegio. Ni siquiera sé como me aprobaron en bachillerato, pero no protesté, por supuesto. No es que quisiera estudiar literatura, periodismo ni llegar a ser la próxima directora de la RAE, a dedicarme a escribir o presentar el telediario. Siempre tuve muy claro cuáles eran mis metas, desde que unas Navidades los Reyes Magos me trajeron una cocina de juguete. Sin embargo, ahora mismo tener dotes comunicativas no me hubiera venido mal, porque no sé cómo iniciar una conversación con un completo desconocido.

No imaginéis que quiero ligar con él, en realidad sería lo último que haría porque no se dan bien estas cosas y porque no estoy preparada para volver al mundo de las citas, del romance y de todo eso después de *mi gran fiasco*, aunque este hombre sea muy atractivo, al menos para mi gusto. Hay gente que prefiere la crema, otros la nata y algunos el chocolate. Pues ese hombre es mi prototipo de crema favorita, y no me refiero a la crema inglesa sino a la crema pastelera, más consistente y con más sabor.

Será su nariz imperfecta, que se nota que se la rompió en algún momento de su vida por que está ligeramente torcida, o por sus ojos negros. Nunca he entendido esa debilidad por los ojos verdes o azules, porque a mí me pierden unos negros, brillantes y misteriosos y me dicen mucho más que todos los demás. Y esos en concreto empiezan a mirar todos los pasteles del mostrador con atención. Siente curiosidad por ellos, aunque no me pide ninguno.

Esta es mi oportunidad, podría ofrecerle la tartaleta de crema y fresas, que me ha quedado muy buena, o cualquier otra cosa.

—¿Quiere comer algo?

He sido yo, sí. Lo he dicho sin pensar, me ha salido sin más. Espero expectante su respuesta, viendo cómo se pone de nuevo las gafas, ya limpias.

—No como nada prefabricado, gracias.

La carcajada que suelto puede escucharse de aquí a Pekín, y eso le sorprende.

—Todo es casero. Le recomiendo la milhojas, o la tartaleta. La crema es mi especialidad. O si es más de chocolate, las trufas de quicos tienen muy buena acogida, o el brownie de chocolate blanco.

No es mi intención fardar, pero digo en serio que sé cocinar. No por nada estuve formándome en el *Cordon Bleu*, y como aprendiz en uno de los restaurantes de Alain Ducasse en París. Si la gente supiera quién soy, se preguntaría qué demonios estoy haciendo en este lugar, en el barrio de Gracia, pasando desapercibida, así que no pudo culpar la reticencia inicial de ese hombre, que,

tras dudar durante unos segundos, accede.

—Milhojas, y una trufa. Y si es prefabricado, voy a darme cuenta, ¿sabe? Tengo muy buen paladar —me advierte, como si estuviese perdonándome la vida.

Asiento, llevándole el pedido hasta la mesa, y, tomándome una confianza que no siento, me acomodo en la silla de enfrente. Eso creo que le irrita, o lo parece por la forma extraña en la que levanta una ceja, pero no dice nada. Se limita a coger un trozo de milhojas y a llevárselo a la boca. A medida que va saboreándolo, veo que abre los ojos de forma desorbitada, y sin más dilación cuando termina, hace lo mismo con la trufa.

—¿Cuál es el veredicto? —murmuro con la cabeza apoyada en las dos manos, sin dejar de sonreír.

Esta vez me mira a los ojos, y un cosquilleo extraño recorre mi columna vertebral.

—Sin duda, no es prefabricado. ¿En qué pastelería lo ha comprado?

Su comentario hace que ponga los ojos en blanco de nuevo, porque sin lugar a duda, ese hombre es imposible. Pero no hay nada que me guste más que un buen reto y tengo mucha paciencia..., muchísima. Y por muy atractivo que sea, en el fondo sé reconocer a un hombre introvertido que se escuda en un comportamiento hostil y en guardia como mecanismo de defensa. En estos casos he aprendido que lo mejor que puedes hacer es tratarlo con paciencia, dulzura y un exceso de buen humor.

Y como buena pastelera que soy, de azúcar tengo de sobra, y hasta puedo llegar a ser empalagosa.

—Los hago yo. ¿Le han gustado?

Duda unos instantes antes de decir algo, como si fuese complicado responder. Lo achaco a que su carácter huraño le impide responder con sinceridad.

—Podría hacerle una crítica constructiva, pero no sé si está preparada para escucharla.

Oh..., no me he tragado broncas de los mejores pasteleros y reposteros del mundo para nada. Haber trabajado en dos restaurantes con estrellas Michelin hace que tu piel se vuelva dura, y que las críticas en vez de restarte, sumen. Si él fuera un experto —que lo dudo, en cualquier caso, será un sabiondo que ya se cree un experto gastronómico por haber pisado *El celler de Can Roca* una vez—, alegraría que el chocolate de la trufa es un pelín amargo. Pero es casi imperceptible y se trata de mi sello de identidad con el chocolate.

—Creo que podré soportarlo —susurro, buscando la manera de que esa voz interior que me grita «pídele una cita, Marina» se calle para siempre.

Un viaje de 10 metros

TEO

Los domingos, todo es más rico.

Gastón Acurio

Mis intenciones no suelen ser buenas cuando entro en un establecimiento de restauración. El lugar, a grandes rasgos, suele estar prefijado y no es al azar. Antes de ir, hago una minuciosa planificación del menú que voy a pedir junto con las bebidas que lo acompañarán.

Es lo que suelen hacer los críticos gastronómicos, y yo soy uno de los mejores.

Sin embargo, hoy he terminado en este..., dejémoslo en *lugar*, porque ya no podía seguir caminando bajo la lluvia. Así que aquí estoy, empapado, con un café a mi gusto —cosa sorprendente porque en ningún lado tienen leche semidesnatada— y unos postres muy, muy decentes. Ah..., y una mujer que no llega a los treinta, vestida como una colegiala, con la falda plisada del color de las paredes del lugar, una blusa con el cuello redondo atado hasta el último botón y unas bambas blancas del mismo tono que el delantal.

—¿Está segura? —pregunto antes de desmenuzar lo que he comido.

—Por supuesto —murmura con una sonrisa sincera.

No sabe lo que dice, pero porque está claro que no sabe quién soy. Demonios, pensé que este lugar sería desastroso y ha resultado todo lo contrario. ¿De veras lo habrá hecho ella? Si no fuese porque me conozco todas las jodidas pastelerías de Barcelona, podría ponerlo en duda, aunque entonces hubiese reconocido de dónde pertenecen, así que no es el caso.

—Para empezar, el emplatado es pésimo. Ni siquiera se ha molestado en separar los dos postres ni en decorarlos mínimamente. Si empezamos con la porción de milhojas, el primer sabor es crujiente, la calidad de la crema es... buena, pero echo en falta un poco más de elaboración. ¿Dónde están las pequeñas fresas de bosque? ¿O incluso fresas normales? Es una falta muy grave. Ah..., y el chocolate de la trufa..., ¿cómo se le ocurre hacerlo tan amargo? Esto no es...

Entonces me callo de golpe, mientras ella me mira con esos ojos que desde que he entrado, no han hecho más que sonreírme. He tenido delante a cocineros que he destrozado con la crítica, algunos más jóvenes hasta han llorado, otros me han insultado, y nunca, jamás me he ablandado.

Hasta ahora.

Y ni siquiera tengo la sensación de que se vaya a poner a llorar, está aguantando estoicamente mis reproches como si no fuese la primera vez. Sus ojos de motas verdes y doradas, alargados y soñadores... No sé qué tienen esos ojos. La verdad es que es una mujer preciosa. No es perfecta; según los estándares de hoy en día tendría la nariz demasiado chata, pero eso da igual, porque con los pómulos altos, los labios redondos y regordetes y las cejas oscuras a mi me parecen como el mejor de los chocolates. Hace años que no me topaba con una mujer tan atractiva, o será que hace años que nadie me trata con tanta amabilidad.

Me ha traído un calefactor y una toalla. Me ha sonreído. Y yo le estoy criticando unos postres dignos de un Escrivà o un Baixas.

—Decía que el chocolate es amargo... —escucho que susurra.

Emito un suspiro de frustración y niego con la cabeza.

—¿Sabe qué? Olvídelo. No me haga caso, es solo que...

No tengo excusa, salvo decir que soy así. Nunca, antes he pedido perdón ni tampoco entiendo por qué lo estoy haciendo ahora. Lo mejor será que pida la cuenta y me vaya de este sitio. Pero no puedo, porque ella sigue mirándome con esos ojos, y me parece que haya en ellos la compasión de la madre Teresa de Calcuta, y encima alarga la mano y la pone sobre la mía. Esto..., ¿qué coño hace? Me está tocando. Tiene las manos tibias y suaves, y las uñas pintadas de rosa fosforito. Lo que me faltaba por ver, si es que es una hortera.

Una hortera preciosa.

—No se preocupe, todos tenemos un mal día. ¿Quiere hablar de ello?

«No», quiero contestar, pero parece que mi boca funciona por sí sola. ¿Qué quiere que le cuenta? ¿Que soy una persona de mierda con los demás? ¿Que a mí me da igual? ¿Que ojalá no hubiera probado su trufa de chocolate con quicos porque quiero otra?

—No estoy seguro. Hablar no se me da bien.

Estoy siendo muy específico; ni siquiera le cuento estas cosas a mi madre. Normal, es psicóloga y siempre quiere indagar más y más, le busca los tres pies al gato en cualquier cosa que digo, y si no fuese porque me hizo todos los test de pequeño posibles y por haber por si tenía alguna enfermedad mental, seguiría diciéndome que tengo un principio de TOC, cosa que no es verdad, solo soy pulcro y ordenado y no soporto el caos.

—A mí tampoco. Se me da mejor hacer pasteles, así canalizo mi energía negativa hacia algo. ¿Se encuentra mejor? Cuando ha llegado parecía que se hubiese caído dentro de una piscina —bromea—. Tiene razón..., sobre el chocolate. Cuando ha empezado con lo del emplatado, pensaba que era un aficionado que veía Masterchef, pero sabe lo que se dice.

Al cerrar los ojos, sus pestañas tupidas y negras dibujan una medialuna que se proyecta en sus mejillas ligeramente sonrosadas. Me fijo en que tiene un lunar en el pómulo, bajo el ojo derecho.

—No suelo entrar en sitios sin recomendaciones, pero era aquí o el restaurante chino de enfrente —musito.

Tendría que haber entrado en el chino. No tendría ni toalla ni calefactor ni tampoco estaría teniendo esta conversación, pero tampoco me estaría excitando con una mujer, como ahora.

—Wang Li hace los mejores noodles del barrio. Y hemos llegado a un acuerdo: me va a comprar los postres, es un encanto —exclama sonriendo—. No debería ser tan prejuicioso, quién sabe qué se esconde detrás de un establecimiento como el mío...

Sus palabras quizás encierran algún incógnita, o quizás solo se está haciendo la misteriosa. No se me da bien calar a la gente y esa repostera vestida de muñeca, me desconcierta.

—¿Me está diciendo que es la hija secreta de Nando Jubany? —ironizo, a riesgo de que no lo pille.

Es un chiste de entendidos, lo admito, pero sí que le divierte. Tiene una hermosa y sincera sonrisa, creo que no es la primera vez que lo pienso. Parece tan..., no sé, pero estoy bien aquí y es raro. Tengo como regla general comer solo, así los sabores no se me escapan, y siempre dispongo de una libreta para apuntarlo todo. Nunca hablo con los chefs, no si puedo evitarlo, y nunca llegan a ser mis amigos. Pero he entrado aquí para resguardarme de la lluvia, no voy a... aunque podría.

En el fondo, si le hago una buena crítica la gente acudiría en masa, qué digo, será famosa de la noche a la mañana. Pero aunque he dicho que la decoración es estrafalaria y que el rosa es hortera, ella me gusta. El sitio me gusta, tiene encanto y calidez. Si se hace famoso, ya nadie me va a dar una toalla ni tampoco me cubrirá la mano. Hacía años que nadie me cogía de la mano.

—No, por desgracia ya sé quién es mi padre —susurra con algo de pena, y esa mueca me dice que no es una historia agradable.

A Teo Massagué le importan un bledo las historias personales de la gente. Evita cualquier tipo de contacto más allá del cordial. Teo soy yo, y tengo esta mala costumbre de hablar en tercera persona. Cuando lo hago en voz alta, sé que la gente piensa que soy un egocéntrico, pero no lo hago por eso, sino para distanciarme de ese Teo crítico y del otro Teo que... casi no existe, y me estoy dando cuenta ahora.

—¿Por desgracia? —decido preguntar finalmente, porque la curiosidad me puede, y porque quiero hacerlo.

—Bueno, solo ha habido tres hombres en mi vida que fuesen importantes, y dos de ellos me han decepcionado. Uno fue mi padre. Decidió que quería una vida distinta, cambiar de aires, que ser padre era una responsabilidad abrumadora para él, así que cogió las maletas y se marchó. Curiosamente, al cabo de un año volvió a casarse y tuvo gemelos. Irónico, ¿cierto?

—Es mucho más habitual de lo que uno se piensa. En el fondo es cuestión de fortaleza, ¿sabes? Y de cansancio y poca constancia.

—¿Eres psicólogo?

—No —niego con rapidez—, pero mi madre sí. Suele decir que ese tipo de hombre siempre termina arrepintiéndose de lo que hizo. Seguramente no tendrá la valentía de admitirlo, pero es así. ¿Quién más te ha decepcionado?

—No es importante, ya no. ¿Vives con tu madre?

Me quedo sorprendido ante su habilidad deductiva. Porque es así, sigo viviendo con mis padres. Hay una explicación perfectamente racional para ello, a pesar de que la gente tiene tendencia a no escucharla y a reírse, pero no parece que ella vaya a hacer eso.

—Sí, aunque...

—Es mejor que vivir solo, —interrumpe antes de que pueda justificarme—. Yo si pudiera, volvería a vivir con mi madre, pero hace medio año se fue con su novio a un piso nuevo y ahora que me he mudado a Barcelona no es plan de meterme en su casa cuando está viviendo su luna de miel. No es que él me caiga mal, pero como padrastro es un poco pesado, vaya, todo lo contrario a la madrastra de Ceni, aunque sus dos hijas son clavadas a Drisella y Anastasia.

¿Ceni? ¿Quién demonios es Ceni? ¿Y Drisella y Anastasia? Prefiero no preguntar.

—¿Y dónde vivías antes?

—En Arenys de mar. Pero te he interrumpido, me estabas diciendo que has tenido un mal día —sigue con eso.

Todos los días son malos. Desde que me levanto a las ocho y media, hasta que me acuesto. Son una sucesión monótona y sinsentido de acontecimientos que pasan sin pena ni gloria.

—La gente me tiene miedo —susurro, sabiendo que es verdad.

Vivo en una rutina de la que no puedo escapar y yo mismo soy mi propio demonio. Parece que le esté hablando en mandarín por como me mira.

—¿Miedo? No entiendo por qué. ¿Haces algo para infundirles ese miedo?

—Por supuesto, es mi trabajo —respondo *ipso facto*—. ¿Siempre eres así?

Se lleva una mano a la boca y se ríe descaradamente. Maldita mujer, sabe como desprender ingenuidad y diversión por igual.

—Sí. Mi madre suele decirme que debería dejar de ser un Teletubbie, y también una fantasiosa sin remedio. Y una cursi —añade.

Eso último doy fe de que lo es. Respecto al Teletubbie, no hay color, y no me refiero a que sea

de uno de la gama de los de la tele, sino que ella tiene un atractivo sin parangón. Se enrosca un mechón de cabello oscuro casi negro liso, en el dedo y juguetea con él.

—¿Tu color favorito..., puedo suponer que es el rosa?

—Has acertado, Basil.

—¿Quién es Basil?

—El ratón súper detective.

—La gente suele decir Sherlock.

Se encoge de hombros, como si no tuviese remedio.

—Yo no soy como el resto de la gente.

No, no lo es. Esa sombra de ojos brillante no es de día y su forma de tratarme resulta desconcertante. A mi me gustan las mujeres ordenadas, con una agenda, que vistan sobriamente, que lleven el cabello recogido, que... Todo lo opuesto a esto que tengo delante. No tiene sentido que esté pensando durante todo el rato en lo guapa que es.

—Me he dado cuenta—respondo, mirando el reloj—. Debo irme, ¿me traes la cuenta?

—A esto invita la casa —susurra mientras se levanta.

Las mujeres y yo nunca hemos tenido buena sintonía. Desde el colegio quedó patente que no era el prototipo de chico que ellas buscaban y que encajase como príncipe azul. Eso de ser atlético, fornido, un guaperas de instituto que las trajera locas nunca ha sido lo mío. El deporte no me iba demasiado, de hecho hará tan solo dos años que voy a nadar a la piscina tres veces por semana porque tengo problemas de espalda. Lo de guaperas..., con mis gafas de culo de botella y ese parche que tuve que llevar durante bastante tiempo me restaron atractivo de forma considerable[1], y los aparatos terminaron de hundirme en el lodo de los que no se comen ni un rosco.

Por eso nunca sé si una mujer está siendo amable o tiene dobles intenciones. Así que me quedo sentado, observando cómo va ágilmente hasta el mostrador llevándose la taza de café vacía y el plato mientras me pregunto de dónde ha salido esa mujer.

—¿Por qué?

Ese soy yo preguntando cosas que no debería. ¿Quién demonios pregunta por qué al hecho de que lo inviten? Yo.

Ella, sin embargo, no parece sorprendida y se encoje de hombros, sonriendo de nuevo.

—Me has hecho reír y has hablado conmigo. Eso es como invertir tiempo con alguien, y no sé, esas cosas se agradecen. No soy de las que entablo conversaciones con los clientes, pero tampoco ellos lo hacen, es solo que... no sé, sentí que tenía que agradeceréte de alguna forma. Como dice Phil el entrenador de Hércules, un héroe no lo es por el tamaño de sus músculos, sino por el de su corazón.

«Estúpido, Teo, es maja, no te está tirando la caña», me riño a mí mismo. Sin embargo, otra parte de mi piensa que es una lástima.

—No voy a preguntar quién es ese tal Phil, pero parece muy sabio.

Su risa es como una suave brisa de verano.

—Mejor, porque sería un poco complicado de definir...

Bon Appetit

MARINA

El postre tiene que ser espectacular, porque llega cuando el gourmet ya no tiene hambre.

Grimod de La Reynière

—Entonces, ¿no te molesta que me quede un rato más?

Tengo ganas de decirle que por supuesto que no, que si quiere, puede quedarse hasta la cena o para toda la vida, emulando a la abuela de Mulan, pero me contengo.

«Hola, sentido común, ¿estás aquí? Parece que te has esfumado», me digo a mí misma.

—Claro que no. ¿Quieres otra trufa? —le ofrezco entonces, a sabiendas de que le han gustado.

¿Y cómo lo sé? Porque percibo cada emoción cuando alguien se lleva a la boca uno de mis postres, y ese grado de satisfacción total, aunque conteniendo su *mmm* final, lo he visto en sus ojos.

—¿Por qué no? ¿Y cómo es que vivías en Arenys? Ha sido un cambio... extraño, ¿no?

No me mira cuando lo pregunta, finge buscar algo en el teléfono sin despegar los ojos de la pantalla.

—De pequeña, vivía en Barcelona con mi madre, luego... me fui por trabajo. A mi madre no le gusta cocinar, es algo curioso —comento, trayéndole otra trufa.

—¿De veras? ¿Y dónde aprendiste? —cuestiona con avidez.

—Fui bastante autodidacta. Tenía un libro de recetas de mi abuela, y empecé haciendo cosas básicas cuando volvía del colegio y mi madre todavía no había llegado de la peluquería. Es peluquera, ¿sabes? Tiene su propio salón en Hospitalet.

Cuando entro en cualquier peluquería y huelo a esa mezcla de laca, jabón de pelo y a secador, me siento como en casa. La peluquería de mi madre se llama Paulina's, porque básicamente así se llama mi madre, Paula. Sencilla, honesta y simple, igual que mi madre. Allí es donde suelen ir las mujeres de este pueblo pegado a la gran urbe, tan pegado que solo las separa una sola calle.

Me crie pensando que la cita a la peluquería, igual que para todas las señoras que acudían, era algo indispensable, que la cita al dentista podía esperar. Muchas veces, cuando trabajaba en ese restaurante dónde tenían a los cocineros como dioses, dónde si eras un *chef* titular tenías derecho a tratar a los aprendices como si fuesen basura humana, a gritarles cuando la nata te salía poco espesa o se te cortaba la yema, respiraba hondo y me acordaba de esa pequeña peluquería dónde había crecido siendo pobre, escuchando a las abuelas cotillear sobre todos los viudos que quedaban, a las de edad media sobre los divorcios, y a las más jóvenes hablando sobre chicos.

—¿Y cómo se tomó el hecho de que quisieras ser pastelera?

La verdad es que un bombón como él no lo hace cualquiera, y su madre no se dedica a nada relacionado con la repostería..., qué chiste más malo, por Dios.

—Mi madre solía decir que había salido a la abuela, que ella era un verdadero genio entre los fogones, así que no se sorprendió. Es curioso, mientras hacía los deberes detrás de los lavacabezas, escuchaba como todas esas mujeres le contaban a mi madre toda clase de cosas,

sobre su vida, como si fuera una especie de terapeuta o psiquiatra, y ella siempre las escuchaba atentamente, asentía y al final, dejaba una perla de sabiduría popular. Creo que por eso estoy haciendo esto ahora —puntualizo, reflexionando en voz alta—, como si fueses un cliente con la cabeza bajo el chorro de agua y me contases tus penas.

Por primera vez desde que ha cruzado la puerta, suelta una sonrisa. No me lo creo, ¡es inaudito! Ha sonreído y, mecachis, tiene una sonrisa de lo más sensual.

—¿Siempre te corta ella el pelo?

—Mmm, bueno, últimamente como he vivido fuera, si necesitaba un corte urgente tenía que engañarla con otro —confieso—. Pero durante toda mi adolescencia fui su conejillo de Indias. Creo que he llevado todos los colores de pelo posibles en la gama multicromática.

—¿Azul pitufo también? —susurra, frunciendo el ceño.

—Ese tono no, pero llevé un azul cielo degradado bastante bonito, aunque me sentaba fatal. También llevé ese corte a lo Victoria Beckham, no estaba mal, pero creo que el pelo largo me sienta mejor. ¿Siempre has llevado el pelo así de corto, con la raya al lado?

Es una pregunta casi retórica, porque estoy segura de que va a decir que sí.

—No, llevé rastas en bachillerato.

Que un hombre con traje impecable, cabello corto de manual, con gafas, que lleva gemelos en los puños y un Rolex en la muñeca te diga que ha llevado rastas es hasta irónico. No puedo ni reírme de lo impresionada que estoy, solo abro la boca alucinada.

—No lo habría dicho nunca, y mira que soy buena calando a la gente —susurro, asombrada por aquella revelación.

—Es broma, nunca las llevé. Era un *friki* en el instituto, un Manolito Gafotas cualquiera. ¿En serio te lo has creído? —pregunta siendo irónico.

Dios, es el rey colando cosas.

—¿Claro que sí! Es que lo has dicho tan serio... ¡madre mía! Eres bueno en esto —admito, mordéndome el labio—. Yo no sé mentir, se me da fatal. Mi madre siempre me pillaba si no había hecho los deberes cuando volvía a casa. Cerraba la peluquería a las nueve, para que las señoras que terminaban de trabajar a las ocho pudiesen ir. Yo hacía la cena y se la dejaba en el horno para que no se enfriase, y ella antes de cenar, venía a mi cama, me preguntaba si había hecho los deberes y me daba un beso de buenas noches —recuerdo yo, no sin antes sentir algo de nostalgia.

—¿Y por qué no los hacías? —pregunta él.

—Tenía otras cosas mucho más interesantes que hacer, como ver el episodio de *Sailor Moon*, ir a comprar en el colmado de abajo los ingredientes para la cena, y aprender un nuevo plato. Los postres siempre fueron mis favoritos —admito yo.

Mamá era buena en la peluquería. Tuvo muchas ayudantes, pero no le duraban demasiado porque querían ascender a cortar o teñir, pero mi madre tenía —y sigue teniendo— ese toque especial, conoce los gustos y el pelo de cada una de sus clientas. Las sombras azuladas bajo sus ojos de su piel traslúcida que hasta se le veían las venas de las sienes y de las manos, eran la única muestra de su cansancio, pero tenía bastante, y es que no es fácil estar pagando dos hipotecas, una de la casa y la otra del local de la peluquería, criar a una hija estando sola y hacerlo de la noche a la mañana cuando tu marido se va de un día para el otro. Aun así, nunca me faltó de nada.

—Se nota. ¿Puedo preguntarte si este es tu color real de pelo o...? ¿Te incomoda en algún sentido?

Me hecho a reír nada más terminar la frase. ¿De veras ese hombre es real? Parece salido de

Notting Hill, una especie de Hugh Grant español.

—Lo es. Y por supuesto que no me incomoda, no es lo mismo que preguntarme la talla de sujetador. Que sería raro que lo hicieras, pero no es algo que me importase responder tampoco. Tengo una 34D.

Cuando me doy cuenta de que le he soltado esa información sin ton ni son, quiero morirme un poco aquí mismo. Esto me pasa por ponerme nerviosa y soltar lo primero que se me viene a la cabeza. Tengo *horror vacui* dialéctico con ese hombre. Y él parece que la información le choca por lo rojo que se pone. Se ha sonrojado, es... adorable.

—No hacía falta, pero he entendido la comparación —musita tras un carraspeo incómodo.

—Tranquilo, no voy a preguntarte cuánto te mide. Tampoco es que tenga claros mis estándares al respecto, nunca se la he medido a nadie porque...

Me muerdo la lengua antes de decir alguna estupidez. Por supuesto que no tengo ni pizotera idea de cuánto mide un falo porque no he visto ninguno en mi vida —excepto el de Santana, mi mejor amigo cuando éramos pequeños—. Pero ¿por qué estoy diciendo esto delante de un completo desconocido? Va a pensar que estoy loca, y puede que un poco sí lo esté, no nos vamos a engañar.

—Preferiría que no lo hicieras. Pero leí que la media en España está en 13,85 centímetros.

Me gusta la elegancia con la que lo menciona, como si fuese el hombre del tiempo y dijese que estamos a 17 grados con 15 de humedad o algo por el estilo, cuando está hablando de penes.

—Interesante —chasqueo la lengua mientras lo susurro con disimulo—. Nunca he leído la media de la talla de sujetador, pero seguro que la hay.

Medio avergonzada, desvió la mirada hasta su cicatriz. Deseo alargar el brazo y recorrer esa línea desde abajo hasta arriba, delineándola con la yema del dedo índice.

—No es que... en fin, deberíamos cambiar de tema. Sin duda, no es un tema corriente del que uno trate a la ligera. Puede que sea incluso la primera vez que hablo de eso con una mujer —puntualiza él, nervioso.

No es el único que no ha abordado ese tema con alguien del sexo opuesto.

—Yo tampoco —susurro—. De hecho, ni con hombres ni con mujeres.

—Creía que las mujeres solíais hablar de esas cosas entre vosotras —exclama con sorpresa.

—No tengo muchas amigas. En el colegio a las chicas no les caía demasiado bien —admito entonces.

—¿Alguna razón en particular?

—Creo que era porque llevaba la ropa que a mi vecina del tercero se le quedaba pequeña y bueno, era de las que le gustaba ir enseñando la raja del tanga y el ombligo. Supongo que pensaban que yo era un poco golfa, y a los chicos les daba rabia porque no lo era en absoluto así que..., tenía pocos amigos. Y llevar el pelo distinto cada semana tampoco era que ayudase mucho.

Creo que es la primera vez que digo eso sin tapujos. Es curioso como son las cosas, que haya tenido que venir un completo desconocido a sonsacarme mis traumas infantiles.

—Tranquila, no eres la única que no era feliz en el colegio. Pesaba diez kilos menos, llevaba aparatos, un parche en el ojo... un *sex symbol*, vaya.

Sonríó como diciéndole que en el fondo le comprendo.

—Mi mejor y único amigo tuvo un accidente de coche, y se le desvió la columna vertebral, así que tuvo que estar durante varios años llevando una especie de aparato alrededor del cuerpo para que no se le desviase. Era un chulo piscinas que iba de matón, y cuando le pasó eso, las tornas se

le volvieron en su contra. Así fue como nos hicimos amigos —le explico yo.

—¿Y siguió siéndolo después de que le quitasen el aparato?

—Claro que sí. De hecho, suele decir que fue lo mejor que pudo pasarle, que así no terminó trabajando en una gasolinera pinchándose mierda como sus antiguos amigos. Suena muy alentador, ¿no?

—Mucho, mucho —reconoce, medio riéndose—. Me alegro de haber entrado aquí.

Esa confesión inesperada me enmudece, porque no sé que decirle y abro la boca para soltarle lo primero que pienso, y quizás no debería decirlo, pero me da igual.

—Y yo de que entrases.

Es así. Porque aparte de Santana, él es la primera persona con la que me he abierto de verdad y siento que, en cierto modo, he sido correspondida. Entonces me mira a los ojos, y simplemente lo sé; podría estar toda la vida mirándolos y no llegaría a descubrir todos sus matices. Podría estar así durante el resto del día que no me aburriría de él. Podría enamorarme de ese hombre con un par de horas más, locamente. Y eso es algo que mi maltrecho corazón no puede permitirse. Aun así, sigo mirándole porque esa parte algo masoquista, demasiado positiva y de romántica empedernida me dice que hoy quizás sí es ese día, el primero del resto de mi vida.

—Ahora creo que sí que debería irme —musita, rompiendo esa magia que se había creado entre nosotros.

Una magia sideral perfecta, en la que sonaba *Un mundo ideal*, y yo flotaba igual que lo hace Aladino en su alfombra mágica.

Sin reservas

TEO

No hay nada más sexy que una pera escalfada con un sorbete perfecto.

Lisa Hershey

Trago saliva y la nuez de mi garganta tiembla. Me ha mirado de esa manera, lo sé. Esa que hace que el mundo se detenga, con las pupilas medio dilatadas, de esa forma con la que podría soñar hasta el día del juicio final. Esa mirada de deseo, ternura y... candidez.

Y yo se la he devuelto. Está de mas analizarlo, podría estar horas pensando en ello y la conclusión cada vez sería distinta, rara y confusa.

Doy dos pasos hasta el mostrador y dejo veinte euros de propina, porque en el fondo no puedo permitir que me invite. Siento que de alguna manera me estoy aprovechando de ella, de su amabilidad y de su talante bueno e inocente. No es así, no voy a ser ese despiadado crítico ni voy a escribir nada sobre su cafetería, lo tengo decidido.

No debo detenerme, tengo que salir de aquí, volver al despacho y seguir con mi vida. Tan fácil como eso, ¿no? Lo de involucrarme con una mujer es una locura. No puedo hacerlo, no sería...no, es una idea nefasta.

—Espero que todo te vaya bien —escucho que dice justo a mi lado. De reojo veo cómo tiene las manos detrás de la espalda, expectante.

Huele a azúcar glasé, a canela y a un perfume desconocido. No puedo apartar los ojos de sus labios mullidos, son deliciosos, tanto como una cena en la Tour d'Argent, aunque últimamente ha bajado de nivel.

—Gracias —musito, diciéndolo en serio—, por todo.

Debería añadir algo más. Ella está sonriendo, estoy delante de la puerta y... hay una fuerza superior que me empuja a no abrirla. Es ella, como si fuese un imán gigante que me arrastra a su lado. Vuelvo a darme la vuelta, a encontrarme con sus magníficos ojos escrutándome. Parezco idiota. Soy idiota. Me siento como el protagonista de una de esas canciones de Alex Ubago demasiado intensas y presiento que sé lo que tengo que hacer, pero no me atrevo.

—Es... —empiezo a decir, pero no me salen las palabras exactas.

Vacilo un segundo y pienso que, a la mierda, voy a besarla. Quiero y deseo hacerlo. No es que lo haga a menudo, de hecho, llevo mucho tiempo sin besar a nadie. Muchísimo. Salvo la distancia que nos separa y la cojo por la nuca, apoyando la mano derecha en ella, y la izquierda en su cintura. Antes de que mi boca pueda devorarla, ella cierra los ojos sabiendo lo que voy a hacer. Que ella también lo quiera tanto como yo me tranquiliza y hace que aún tenga más ganas de besarla. Al primer roce percibo su esponjosa textura como la *mousse* de chocolate, mejor que cualquiera que haya probado. Sus labios se abren a mi intrusión y todo mi cuerpo tiembla al degustarla. Es ambrosía y caviar, el mejor Ribeira Sacra. Al pasar la lengua rozando la suya me invade la certeza de que este es un beso de tornillo y lo demás son tonterías. Su suavidad me invade, me toca el pecho y hace que explote. Percibo sus manos sujetándose a la solapa de mi americana, como si fuese ingrátida y pudiese salir volando.

Súbitamente la certeza de que va a convertirse en mi obsesión se apodera de mi mente y me entra miedo. Un miedo colosal y certero. La excitación se desvanece de golpe y abro los ojos abandonando sus labios. Estoy besando a una desconocida. No conozco de nada a esa mujer y sin embargo sé su talla de sujetador, que su madre es peluquera, que vivía en Arenys..., cosas que ni siquiera conozco de mi secretaria y lleva dos años trabajando para mí. ¿Hace cuánto rato que estoy aquí? ¿Dos horas ya? Más, por lo que compruebo al echar un ojo al reloj colgado en la pared, de purpurina dorada.

Podría tener cualquier enfermedad, de esas que se transmiten con la saliva. Pensar en esas cosas normalmente me detiene de hacer locuras, pero esta vez volvería a hacerlo sin pensar en las consecuencias. Pienso en el por qué no funciona con ella y no le encuentro sentido. Tiene las mejillas sonrosadas y los labios húmedos y enrojecidos.

—Lo siento, no sé qué me ha pasado —musito, desviando la mirada hacia el suelo—. No voy besando a la gente así como así, ha sido... un accidente.

Los accidentes ocurren sin querer y aquí mi voluntad a permanecido, así que técnicamente no lo ha sido.

—Preferiría que no te disculpases —susurra—. Es como si te arrepintieras y... —se corta ella misma, dejando ir un suspiro.

—No es eso —aclaro enseguida—. Que me disculpe no quiere decir que me arrepienta, porque no es así. Es más una costumbre, ¿entiendes? Tampoco sabía qué decir, si te soy sincero.

Ella asiente, sin decir nada. Ahora sí que es hora de irme, antes de que todo se complique o que me invite de nuevo a una de esas trufas o... que me bese ella, que es lo que está haciendo. De un momento a otro se ha puesto de puntillas y me está estampando un beso de canela que yo le devuelvo sin pensármelo mucho. Ese beso es más arriesgado que el anterior, porque no me limito a sujetarla, sino que mis manos viajan hasta sus caderas y siguen descendiendo para llegar a su trasero, que empiezo a amasar, a tocar y a apretar, empujándola más hacia mí. Sé que puede notar mi erección, y que le gusta, o al menos no le disgusta. El pequeño Teo se ha despertado y está pasando de doctor Jekyll a Mr. Hyde. ¿Sería capaz de acostarme con ella? No lo sé, ni quiero averiguarlo porque la respuesta me asombraría.

Esta vez es ella quién rompe el beso pero sin apartarse, dejando una simple caricia en mi cuello.

—Lo siento, pero no lo siento —susurra, dando un paso hacia atrás—. No te sientas obligado a volver, aunque puedes hacerlo. Prometo no besarte si tú no quieres.

Le estaría mintiendo si le dijera que voy a hacerlo, porque después de que se me pase el efecto de sus postres, desaparezca su olor de mi nariz y deje de soñar con ella —si es que ocurre—, volveré a ser ese Teo frío y dolido, y ese Teo que no quiere saber nada de las mujeres y menos volver a verlas. Así que me limito a asentir y esta vez sí que abro la puerta y salgo a la calle.

El aire que choca con mi rostro me devuelve a la fría realidad, esa en la que vivo. No me detengo hasta cruzar la calle y doblar la esquina, como si con ello estuviese menos expuesto a su influencia, esa que hace que quiera darme la vuelta y besarla hasta... quién sabe cuándo. El corazón me late con un redoble de tambor inusitado. Pero ¿qué ha sido eso?

Un beso y no uno cualquiera. Ese beso ha sido extraño, demasiado bonito para ser real. ¿Habrá sido real o me lo habré imaginado? Tengo entre los dientes restos de la trufa, así que sí, lo ha sido. Dios, con la edad me estoy volviendo una cabra loca, cosa que nunca había sido antes. Camino a paso decidido hasta la avenida Diagonal y allí abro la puerta de la entrada del edificio. Es sábado, pero yo los fines de semana es cuando tengo el trabajo, bueno, los domingos no, pero

los viernes y los sábados es cuando voy a comer y cenar fuera, más que nada por el elemento sorpresa. Nadie se espera que el crítico venga un sábado cuando por su trabajo puede permitirse venir un lunes, y además los días en los que tienen más trabajo es cuando se ven los auténticos resultados.

—Jefe, te han llamado los del Relais & Chateaux —exclama Gina desde la recepción nada más verme aparecer.

Mi secretaria no tiene clase alguna a la hora de vestir, es algo malhablada, le gusta llevar unas uñas postizas muy largas, aros enormes, pantalones demasiado estrechos y el cabello extremadamente liso con un flequillo rubio degradado que no le sienta muy bien. Me ha contado que tiene cinco piercings y es fan de Rosalía. Pero es buena ahuyentando a la gente de los restaurantes que llaman cabreados por mis críticas e incisiva cuando tiene que serlo, además de llevar mi agenda de forma impecable.

—Bien. Voy a cambiarme, me ha pillado la lluvia y... sigo algo mojado.

Y trastocado. Parece que una nebulosa me rodee el cerebro y me cueste reaccionar.

—¿Te encuentras bien, jefe? Estás raro, ¿por qué sonríes? —pregunta Gina frunciendo el ceño.

—Yo no sonrío —protesto poniéndome serio.

—Estabas sonriendo. De esas sonrisas de cuando la gente termina de echar un polvo. ¿Te has acostado con alguien? —eleva la voz cuando pregunta eso.

—Por supuesto que no, ¿qué tonterías dices, Gina? No me habría dado tiempo desde que...

Me muerdo la lengua al darme cuenta de que he hablado más de la cuenta. Diantres, esto no es bueno.

—Jefe, vas a terminar contándome lo que te ha pasado, yo lo sé, tu lo sabes, la humanidad también... así que desembucha —susurra, toqueteándose sus uñas de naranja butano.

—Nada, me he refugiado de la lluvia en una cafetería cerca de aquí. —Intento escaquearme.

—¿Esa nueva que han abierto? Es muy de princesa Disney ¿no? La dueña parece un tanto fresita, así vestida siempre como una princesita. No me fio de la gente tan cursi.

—No es cursi y no deberías juzgar a la gente por su apariencia, Gina.

Me ahorro la coletilla de «precisamente tú» porque no quiero discutir.

—Todas las que conozco que son así, luego han terminado siendo unas gatas traicioneras, es fruto de la experiencia, no te pienses que mi rechazo deriva en que le guste el rosa y yo lo odie —musita, dolida—. Es igual, jefe, es a ti a quién tiene que gustarte. ¿Ya le has metido la lengua hasta la campanilla? Y parecía tonto cuando lo compramos...

No puedo negarlo, porque es así.

—No..., es igual. Ha sido una situación excepcional, de esos encuentros fortuitos que no van a volver a repetirse. Ella no es mi tipo, para nada, ya sabes con qué clase de mujeres suelo citarme.

—Barbies aburridas cabeza huecas. Jefe, tienes que dejar de pagar a ese sitio en el que estás suscrito para que te busquen pareja, porque nunca aciertan. Mira, si te gusta la pastelera, vas a la pastelería de tanto en cuanto y ya está, no le des mas vueltas. Un dulce de tanto en cuanto no amarga a nadie.

—No me gusta la pastelera, no se por qué la he besado —exclamo, nervioso—. Ya se qué tipo de mujer quiero y la pastelera no encaja en él.

—Como si pudieras elegir quién te atrae y quién no. Deja de buscar rubias cuando está claro que te molan morenas.

—No quiero morenas.

Ella era morena. No soportaría tener a alguien como *ella* en mi vida, no.

—Bien jefe, entonces sigue a lo tuyo. Y llama a los del Relais estos.

Asiento, buscando en el armario de mi despacho un traje de repuesto y una camisa. No puedo quitármela de la cabeza, pero tengo que hacerlo. Y como me llamo Teo Massagué, que lo haré.

Dieta mediterránea

Algunos meses más tarde...

MARINA

No me conformo con dar de comer: quiero crear emociones.

Joan Roca

Con el ritmo de *Dancing queen* en los oídos, saco las magdalenas del horno que ni fu ni fa de mi apartamento, nada que ver con el de la cafetería. Son las diez de la mañana de un domingo soleado en el que, para variar, no tengo mucho que hacer.

—Buenos días, bombón —exclama Santana saliendo de su habitación con el chándal puesto y las zapatillas de correr—. Guárdame una para cuando vuelva —dice sin pudor alguno, después de darme un beso en la frente.

Frunzo el ceño, pues sé quién está en su cuarto. Bueno, no la conozco, pero sé que hay una mujer y que, como cada fin de semana, huye de su responsabilidad de despedirse o desayunar con ella o de no hacerlo. A veces odio un poco a mi mejor amigo, sobretodo cuando se comporta mal con el sexo femenino.

—¿Le has dicho que sales a correr? —le pregunto con los brazos cruzados.

—Sí, y que si quiere que se duche, que desayune y que ya la llamaré. Oye, que no les prometo amor eterno ni nada parecido, ¿eh? Eso de salir en la tele y ser famoso atrae a las mujeres. Ni siquiera tengo que ligar con ellas, son ellas quienes ligan conmigo —se justifica saliendo por la puerta—. Hasta ahora, bombón.

Pongo los ojos en blanco mientras expulso la energía negativa de mi sistema, sacándome el auricular.

Quiero a Santana, es uno de los pocos amigos y prácticamente el único de verdad que tengo en mi vida, pero a veces me saca de quicio, y más ahora que tenemos que compartir piso. La razón son los altísimos precios de los alquileres en Barcelona. Ya que ninguno de los dos tiene pareja, fue lógico que se mudase al mío, un poco más céntrico pero de menor tamaño.

Escucho el sonido de la ducha de su baño; lo bueno que tiene este piso es que, con solo dos habitaciones, cada una tiene su baño particular. Esto no evita que cada fin de semana desfile por la cocina una mujer diferente. La mayoría son muy guapas, de esas de altura de modelo, muslos firmes y tetas enormes. Pero es que Santana es de ese tipo de hombres que allá a dónde van, triunfan, un poco como esa cerveza que anunciaban en televisión. No es por fardar de amigo pero lo digo en serio, es uno de los hombres más guapos que existen. De altura me pasa al menos diez centímetros, tiene tableta de chocolate, los bíceps y todos los músculos que un modelo de Calvin Klein debe tener, aunque solo ha llegado a modelar para Custo Barcelona, y el contraste de su pelo negro azabache con unos ojos verdes histriónicos del color de los *aliens* como suelo decirle, hace que las féminas se vuelvan locas, y más cuando lo reconocen por su papel en una de esas series de la televisión local de médicos tipo *Urgencias*.

También hace sus pinitos en obras teatrales, pero dice que en televisión se tiene más

repercusión y está encantado con su culebrón de mediodía. Para culebrón, el que puede que se monte aquí y ahora que la chica, con el vestido negro de fiesta y el cabello húmedo está saliendo de la habitación de Santana un poco desorientada. Lo primero que hace es mirarme con pánico, suele pasar porque soy una chica, estoy en el salón de su casa —que también es la mía—, y no sé por qué, tienden a pensar lo peor.

—Buenos días, soy Marina, la compañera de piso de Santana —suelto con urgencia, para que esas ganas de morirse que tiene y de matarme desaparezcan.

Veo alivio en su mirada de inmediato y con los zapatos de tacón en la mano, se desliza hasta el centro.

—Laura, encantada. ¿Crees que volverá pronto o...?

Me sabe mal por Laura la chica de cabello rubio y pechos perfectos, pero no voy a mentirle.

—No lo creo, la verdad. ¿Quieres una magdalena? Acabo de sacarlas del horno. O un café o té. O ambas cosas.

Es lo mínimo que puedo ofrecerle después de que se sienta probablemente fatal, al saber que solo ha sido algo pasajero.

—De acuerdo —termina diciendo resignada, siguiéndome hasta la cocina—. Un café no me vendría nada mal.

Aún están calientes, pero esto hace que sean más deliciosas cuando les hincas el diente. Aprieto la máquina del café para hacerle un expreso y le ofrezco la bandeja para que escoja. No duda en coger una cualquiera y empezar a devorarla, al menos no es de esas que cuando ven repostería se niegan en redondo.

—Dios, esto está brutal —susurra mientras va masticando—. Deberías dedicarte a esto.

—Técnicamente lo hago, tengo una cafetería y vendo postres y estas cosas —explico mientras le alargo el café.

—¡Oh, es genial! ¿Y de qué conoces a Santana? Si no es nada indiscreto —añade con rapidez.

—Somos amigos desde el colegio. Siento que te haya dejado aquí sola, la verdad es que no está muy centrado en lo que quiere hacer con su vida —susurro.

—No hace falta que lo justifiques, ni que te sientas culpable. ¿Por qué eres amable? ¿Siempre invitas a desayunar a sus ligues?

Todas esas preguntas no van con mala intención, su tono es más de sorpresa e inquietud que nada.

—En el fondo, me siento un poco responsable de él porque es como mi hermano, y ya sabes como funcionan esas cosas, lo de la culpa *in vigilando* que dicen. Pero es cierto, no debería justificarlo y de hecho le he dejado claro que no me parece bien lo que hace. Y suelo invitarlas porque me encanta cocinar, y porque soy así, me sale solo. Pienso que es lo que a mí me gustaría que me hicieran, ¿sabes?

Frunce el ceño y asiente, dando un sorbo al café. Tiene unas cejas perfectas.

—Tampoco te comas el tarro, ambos sabíamos que era cosa de una noche, solo que a veces te haces ilusiones y... qué te voy a contar, David Santana es un sueño de hombre, es famoso y tiene ese morbo de lo inalcanzable. Ni siquiera le conozco lo suficiente como para saber si querría tener una relación con él —confiesa pensativa—. Pero oye, ¿nunca ha pasado nada entre vosotros?

Niego con la cabeza, riéndome.

—Por supuesto que no. Es como el hermano que nunca tuve, lo digo en serio. He crecido con él, no lo veo de la forma en que tú lo ves, ¿entiendes? Sería imposible que tuviésemos nada.

Dios, ni siquiera me lo había planteado antes. Para mí es algo antinatural, no sé.

—¿Y crees que él piensa lo mismo que tú? —indaga.

—Oh..., por supuesto. Tampoco es que yo sea su mujer soñada, no mido más de metro sesenta, soy muy normalita y ... bueno, mírate, tú eres su tipo, no yo.

La diferencia es abismal, lo digo de verdad. Ella es Afrodita y yo ni siquiera llego a mortal decente.

—No creo en que la gente tenga un tipo establecido, ¿sabes? Puede que te chiflen los rubios de ojos azules, pero no vas a enamorarte de alguien por eso. La atracción tiene múltiples factores y a veces ves a alguien que te encandila, que objetivamente no tiene ni un rasgo de lo que suele gustarte, pero en su conjunto lo ves perfecto... de esos feos atractivos que tu amiga te dice «pero si no tiene nada», y tú sigues embobada. O porque te hace reír y tiene esa personalidad que encaja perfectamente con la tuya.

Laura es sabia. Lo he intuido, pero ahora me lo está confirmando. Jolines, me estoy encariñando con ella y es probable que no volvamos a coincidir. ¿Sería muy raro que fuésemos amigas?

—Siempre he pensado que Adrien Brody es sexy. Mi madre solía decirme que si entrase a arreglarme el desagüe no pensaría lo mismo, que es porque es famoso, pero yo creo que no —afirmo con rotundidad.

—Yo también me lo tiraría, no te voy a mentir —confiesa mientras coge una segunda magdalena que ya devora con sus grandes ojos medio verdes medio oscuros—. Lo bueno de tenerle como amigo es que puede presentarte a otros famosos guaperas. Yo siempre he tenido debilidad por Peter Vives, pero no le haría un feo a Aitor Luna.

—No es que se lo haya pedido nunca, pero de todas formas, me da a mí que la gente famosa no se toma muy en serio las relaciones si no es con gente que está a su nivel —reflexiono.

—¿A su nivel? ¿Te refieres a que no crees que seas lo suficientemente guapa? —dice enfadada.

—Es obvio que no.

—Menuda tontería. Anda que no hay gente famosa que es un completo adefesio. Mira, tienes que dejar de tener esas ideas preconcebidas y dejarte llevar un poco. ¿Hace cuanto que no echas una cana al aire?

Trago saliva, enrojeciendo al instante.

—¿A qué te refieres con eso?

—Pues a tener sexo con alguien. Porque no tienes pareja, ¿verdad? Oh, estoy suponiendo que eres heterosexual.

—Soy heterosexual —confirmando—. Pero yo nunca... vaya, que nunca...

Parpadea varias veces, como si tuviera que buscar el significado.

—Así que nunca lo has hecho con nadie. ¿Te da miedo o es porque no sientes atracción? Podrías ser asexual.

Es la primera vez que hablo de eso con alguien, porque con Santana... pues qué decir, es raro hablar de sexo.

—No es eso, siento atracción, lo que pasa es que nunca he tenido la oportunidad —empiezo a explicarle a una completa desconocida—. En el colegio yo no era muy... agraciada, así que los chicos no se fijaban en mí. Luego fui a la academia de cocina, allí hay mucha competitividad, además de los cursos trabajaba en una pastelería para pagarme el alquiler en París y... nada, que el amor pasa de mí, así que llevo soltera durante la mayor parte de mi vida —alzo los brazos

finalmente, resignada a que mi vida amorosa sea una mierdecilla.

—¿Y no ha habido nadie? ¿Ni un beso? —exclama extrañada.

—Un flirteo muy grande, un par de besos y metidas de mano en un restaurante en el que trabajé, pero la cosa acabó fatal —admito.

La cosa terminó como el rosario de la aurora, aunque es una historia que no voy a contar, principalmente porque es lo que intento olvidar y fue por lo que me mudé a Barcelona y desaparecí de la alta cocina.

—Entiendo. Quizás sea hora de que te centres un poco más en ti y menos en Santana. ¿Qué es eso de cuidar de sus ligues? Que se apañe, es domingo por la mañana, hace un día de primavera espléndido, deberías ir a patinar por el paseo marítimo o salir a dar un paseo. ¿No tienes perro?

—Soy alérgica al pelo de perro y de gato —confieso—. Dicen que hay unos especiales, pero no me fio...

—Normal, o si no esos gatos que no tiene pelo, aunque dan un poco de grima. En fin, me voy que ya es tarde y no quiero entretenerte más. Por cierto, si te apetece quedar algún día para charlar, llámame. Y si te das cuenta de que eres bisexual, también —susurra, dejándome su tarjeta encima de la mesa.

—Me siento muy halagada de que una chica como tú me diga eso, lo digo muy en serio. Creo que eres la persona más atractiva que me ha pedido que la llame —no puedo evitar decirle en un ataque de sinceridad.

—Ya te he dicho que hay gente que tiene algo especial y tú brillas con luz propia —dice, guiñándome un ojo—. Pero podemos ser amigas, no me tomo un rechazo de gente hetero muy a pecho.

¿Por qué no seré bisexual? Maldito código genético, entre las mujeres triunfaría. Dios da pan a quién no tiene dientes, como dice mi madre.

—Me gustaría que fuéramos amigas.

—Genial, entonces nos vemos pronto —dice, y después de darme un abrazo va hasta la puerta—. Gracias por el desayuno y la charla.

Ahora no voy a poder estar enfadada con Santana porque gracias a él he hecho una amiga y se me han insinuado, cosa que sube la moral que no veas. Así que vuelvo a ponerme *Dancing queen* y esta vez no me corto en saltar por los aires al son de la melodía.

Una buena receta

TEO

Hay una frase de la Guía Michelin que define a los restaurantes galardonados con las tres estrellas: «Merece el viaje».

Pedro Subijana

No tendría que haber venido a comer hoy con mis padres. Es un hecho, no probado científicamente, pero queda demostrado cuando mi madre suelta a bocajarro que necesito echar un polvo, en mitad del restaurante, llevándose a la boca un poco del infame puré de berenjena que acabo de criticar.

Soy crítico culinario, ¿qué esperaba al insistirme para que viniera con ella y con papá a un sitio que ni siquiera sale en la *Guía Michelin*?

—Mamá, si no te ha escuchado todo el restaurante, poco te ha faltado —exclamo, tragándome la vergüenza.

La suerte es que nadie de la sala sabe quién soy, así que mañana no seré la comidilla de ese mundillo de cacerolas, hornos y esferificaciones dónde todos nos conocemos.

—Esa era la idea, a ver si dejas de ser tan maleducado y te dedicas un poco a mirarte en el espejo antes de criticarlo todo —me espeta de nuevo, clavando sus ojos oscuros, iguales a los míos, en mi frente.

—¿Hace cuánto que no sales con nadie, hijo? —pregunta entonces mi padre, colocándose bien las gafas, sin un ápice de vergüenza.

Está acostumbrado a esas salidas de tono de mi madre, quién tiene la absurda idea de que reprimir nuestros pensamientos envenena el alma, así que puede estar en medio del centro comercial y susurrarle que está muy cachonda y que si le apetece comérselo en los baños, como quién dice que tienen que pasar por el supermercado a por mayonesa. Y sí, lo sé porque lo he presenciado, entre otras cosas parecidas. Luego se extraña de por qué he salido como lo he hecho...

—Desde que Mónica lo dejó, hace décadas. Al menos espero que hayas tenido tus aventuras en alguno de esos hoteles cuyos restaurantes criticas...

—Por supuesto que no, mamá, es trabajo. Nunca mezclaría placer con negocios —susurro yo con rapidez.

A quién se le ocurre, madre mía.

—Dios, hijo ¿te encuentras bien? La abstinencia no sé si es demasiado buena...

—Papá, no creo que sea el sitio adecuado para discutirlo —musito tajantemente, comiéndome el dichoso puré que tiene hasta tropezones.

¡Tropezones!

—¿Y ese programa de citas no da resultado? Tienes que haber puesto tus datos mal y te estará emparejando con la gente equivocada. Esos algoritmos suelen ser muy precisos.

—¿Ahora eres una experta en *Apps* para citas? —sonríó irónicamente.

—Da la casualidad de que participé en el programa de varias de ellas para la compatibilidad.

Hijo, parece mentira que aún sigas viviendo conmigo y no me conozcas, que yo no doy puntada sin hilo.

Suspiro, resignado. Ahora todo el restaurante sabe que sigo viviendo con mis padres. ¿Puede pasarme algo peor hoy? No, no lo creo. Aunque no quiero tentar a la suerte, la verdad.

—Me da igual, ya he dicho que no quiero hablar de eso. ¿Podemos cambiar de tema? Estoy seguro de que habrá otras cosas mucho más fascinantes que hablar sobre mis ligues.

—Tus no ligues, dirás —me corrige papá.

—Lo que sea. El calentamiento global, por ejemplo —propongo, pero ambos ponen los ojos en blanco.

—Eres tan poco detallista..., ¿de eso les hablas a tus citas? No me extraña que no te comas ni un rosco, cariño. Ya te daré yo un panfleto sobre temas que abordar en una cita.

Vale, suelo hablar de cosas así, sin importancia. De películas cuando ellas preguntan, libros no suelen leer. Entonces me ilumino y contraataco.

—Que sepas que con una chica hablé sobre su talla de sujetador y el tamaño medio de los penes de los españoles.

Dios mío, lo he dicho en voz demasiado alta. La gente me está mirando. Esto es culpa de mi madre y solo culpa de ella. Y la susodicha sonrío como si hubiese dicho que he ganado el premio Nobel de lo que sea.

—¡No me digas! Impresionante. ¿Tuvisteis una segunda cita?

—No. Yo... no la llamé.

O lo que es lo mismo, no volví a pasarme por su cafetería.

—¿Por qué? —pregunta entonces papá.

—Porque esta le gustó demasiado, ¿no, cariño? Si es que te tengo calado. Temes volver a enamorarte, eso es todo.

Maldita psicóloga.

—Que no es eso. Pero no era mi tipo, hacía pasteles y llevaba las uñas rosa fosforito. Y era de esas personas extremadamente positivas y amables. De esas que dan hasta rabia, ¿sabes?

—¿Rabia o envidia?

Mi madre tiene razón. Al menos me la dio un poco, al principio. Me refiero a la rabia. Hasta que quise hacerle esa crítica y... no pude hacerlo, no pude ser cruel. Dejé que esa luz que emanaba me irradiase a mi, aunque fuera durante unos pocos minutos. Era cálida y brillante y sigo echándola de menos, cada día un poco más.

—Es igual, hace meses de eso. No voy a volver a verla.

Me mentiría a mi mismo si dijera que no pienso en ella a veces, antes de acostarme o cuando pido los postres en un restaurante. No sé si habré llegado a mitificar su crema, porque ninguna me sabe tan buena como la suya. He observado su cafetería de lejos, lo confieso, pero no he pasado por delante por miedo a que me reconozca. Es mejor así, ella no tiene nada que ver con mi mundo ni yo con el suyo. Terminaría cansándose de mi actitud, de mi amargura, lo sé.

No espero a que mi madre diga nada más, porque pido la cuenta y alego tener trabajo para irme antes de tiempo. Ninguno de mis padres pone objeciones, y en parte es un alivio. Creo que hoy ya he tenido terapia de choque lo suficientemente traumática para el resto de la semana.

Salgo del restaurante, y recorro Diagonal dando un paseo. Hace un día soleado de abril, la gente corre, pasea, mira tiendas, o está en las terrazas comiendo. Me gusta la ciudad, el bullicio de la gente en la que pasas desapercibido, el anonimato entre miles de caras. Por mi trabajo no me gusta ser conocido pero lo soy, y aquí al aire libre, podría ser cualquiera, un rostro que parpadeas

y desaparece, alguien que no vas a volver a ver.

Alargo la mano hasta la mejilla y me recorro la cicatriz con la que llevo conviviendo ya unos cinco años. Nada más levantarme y verla, el vello se me erizaba, no podía creer que esa línea vertical desigual cruzase mi rostro. Sentía que ese era yo, pero no lo era. Ahora me he acostumbrado y también a la sorpresa de la gente cuando la ve, al desagrado, a la curiosidad. Yo hago ver que no existe o al menos lo intento.

Llega a ser desgarrador sentir cómo todo tu mundo se desmorona y ni siquiera te reconoces en el espejo cuando te miras.

Por inercia llego hasta el despacho y me planto delante de la portería. Ya que estoy aquí voy a revisar un par de mails que tengo pendientes de responder e intentaré terminar una crítica devastadora con algo de ingenio. La gente piensa que eso de escribir críticas es sencillo, cuando no lo es en absoluto. Puede que yo sea algo cínico, pero no hay nada que no escriba que no sea verdad y lo hago con comparaciones excelentes, una pizca de humor negro y mucha clase. Como dijo alguien a quién no recuerdo, puedes hacer cosas horribles, pero con clase siempre es mucho mejor. Sospecho que acabo de inventármelo...

Es igual, decido olvidarme del tema cuando me adentro en mi despacho abriendo las persianas, dejando que la luz de la tarde lo ilumine. Es sobrio y minimalista, de paredes blancas y mobiliario negro. Solo hay libros de cocina en las estanterías y de grandes cocineros, una mesa con una silla de despacho y el ordenador, y dos sillones delante por si tengo visitas (que suele ser nunca).

En cuanto me siento y abro el correo, se me alza una ceja sola al ver algo que sospecho que no me agradará.

Asunto: «El mejor postre del 2020».

Estimado señor Massagué,

Le invitamos a participar como jurado en la nueva edición del concurso que se celebrará dentro de dos semanas.

Sería un honor para nosotros contar con su presencia...

Dejo de leer y automáticamente borro el mail. Menuda idiotez, el mejor postre del 2020. ¿Por qué se inventan estas chorradas? ¿Hay algo en este universo que tenga un par de neuronas para decir que, quizás, esto es una gilipollez?

Entonces escucho el timbre de la puerta sonar y pongo los ojos en blanco solo de pensar en que tengo que abrir yo. Como sea un paquete de Amazon para Gina, el lunes voy a matarla. Con resignación, me levanto para abrir, llevándome la sorpresa del siglo.

Encima de la alfombra de la entrada, está Rubén Villamajor. Hacía tantísimos años que no le veía que me quedo pasmado, relacionando la última imagen que tengo de él en mi cabeza con la que muestra actualmente. Está mayor, su cabello antaño ya canoso puebla la totalidad de su cuero cabelludo y sus arrugas se han reafirmado y expandido, pero conserva ese porte elegante y robusto de siempre.

No se qué hace aquí, la verdad.

—¿No vas a invitarme a entrar? —me reprocha con su habitual tono de voz de fumador empedernido.

—Claro, solo me he sorprendido..., mucho al verte. ¿Cuántos años hace que no nos vemos? —

pregunto mientras cruza el umbral de la puerta, cerrándola detrás de sí.

Más que años parecen siglos, eones incluso. Más que eso, parece que nos conocimos en otra vida. Y es que, para mí, lo fue.

—No hace tanto, unos cinco o siete. Para un viejo como yo, el tiempo no pasa tan deprisa. ¿Hay algún sitio cómodo en el que podamos hablar? Que tengo lumbago y necesitaría un cojín.

Es probable que luego tenga que sacarlo del sillón en grúa, pero asiento y lo llevo hasta el despacho, donde hay uno con un cojín. En cuanto se acomoda, hago lo mismo en el de al lado. Rubén Villamajor fue uno de los mejores profesores de cocina que tuve en la academia, y supongo que si no se hubiera jubilado, seguiría siéndolo.

—¿Cómo estás? He oído que tu hija va a montárselo por su cuenta en un restaurante de lujo. Espero que no hayas venido para pedirme una crítica... —le advierto, no porque no quisiera hacerlo, sino porque seguramente no tendría piedad.

El hombre se echa a reír nada más escucharme.

—Ni se me ocurriría, dada tu reputación. Siempre fuiste especialmente puntilloso y maniático con los detalles, por eso eras uno de los mejores cocineros con los que he tenido el placer de trabajar... fue una lástima que cerraras el restaurante.

Trago saliva, esperando no tener que dar ninguna clase de explicación al respecto, porque ni quiero ni voy a hacerlo.

—Cobro más haciendo críticas y encima tengo mucho menos trabajo —musito—. Sigues sin decirme qué te trae por aquí.

Ve que no voy a decir palabra, así que al fin va al grano.

—En realidad, venía a pedirte un favor. No es nada que no puedas hacer y sé que como crítico esto va a hacer que ganes publicidad positiva. Supongo que te habrá llegado el mail sobre el concurso del mejor postre del 2020.

Dios, tendría que haberlo sospechado. Es tan doloroso que haya venido para eso como pegarle a un hijo con un calcetín sucio y apestoso. Es una crueldad pedirme eso y no disimulo mi desagrado.

—Por favor, no me hagas participar en eso. Se ve a leguas que es un concurso de esos que echan para la gente que ve telebasura. No quiero ser famoso, lo digo de verdad.

—Es un concurso de gran reputación. La segunda jurado es Louise Laponeé, la dueña de las pastelerías más reputadas de Francia, y el otro es Oriol Vinarer, el mejor chocolatero de Barcelona. Tú darías el punto ácido a la ecuación, estoy seguro de que eres el candidato perfecto. Y los concursantes son invitados a dedo, no al alzar.

—¿No son aficionados? —susurro, gustándome un poco más la idea.

—Por supuesto que no. Y los hemos buscado un poco... polémicos. Será divertido y no vas a tener filtro.

—¿No voy a tener filtro? —exclamo, sin creérmelo.

Esto puede ser peligroso. Sólo digo que, a mi lado, el paso de Risto Mejide como presentador en *OT* va a resultar irrisorio.

—No vas a tenerlo. Anda, di que sí. A lo mejor con esto, vuelve a picarte el gusanillo... y quién sabe, vuelves a querer ensuciarte un poco las manos. Sé que tu plato favorito era el postre.

El hombre me conoce, de eso no hay duda. Pero no lo creo, principalmente porque no soy el mismo Teo que conoció.

—Está bien, voy a participar. Pero con una condición; no quiero sorpresas, porque las consecuencias pueden ser terribles.

Alza las cejas y asiente levantando las manos.

—Sin sorpresas, lo prometo. Este va a ser un concurso serio, Teo. Me alegro de que participes y... si quieres hablar de lo que pasó, ya sabes que puedes hacerlo. No todos los días uno sobrevive a un accidente de coche con siniestro total y luego se separa del que es su socio en un restaurante.

No, no todos los días pasa esto, por suerte. Lo del accidente fue culpa mía, lo sé, mi tasa de alcohol en sangre no era la idónea. En cuanto a lo del restaurante y Víctor, mi socio...

—Lo cierto es que no, Rubén, pero gracias por tu oferta —respondo.

Aunque la verdad, no creo que nunca esté preparado para hablar de ello.

Julie & Julia

MARINA

Este es mi principal consejo a la gente: Aprende a cocinar, prueba nuevas recetas, aprende de tus errores, no tengas miedo y sobre todo diviértete.

Julia Child

La tecnología y yo nunca nos hemos llevado demasiado bien. No la odio, en el fondo nunca he podido odiar a nadie lo suficiente y durante mucho tiempo, ni siquiera a mi padre, y teniendo en cuenta lo que hizo, se lo habría merecido con creces. Yo a la tecnología la respeto e intento comprenderla, pero parece que para ella, yo le soy indiferente.

Así que aquí estoy, mirando vídeos de Youtube sobre cómo hacer una factura con el Excel en el ordenador de la cafetería para presentar el IVA trimestral. Ignoraba que había gente que se dedicase a hacer eso, a grabar cómo hacer cosas cotidianas. ¿Podría hacer lo mismo pero con pasteles? Mmm, no creo que funcionase, en eso de la cocina puedes seguir la receta al pie de la letra que nunca va a salirte igual que quién la ha escrito. En la cocina tienes que tener intuición, saberte muchos trucos y tener dominadas las nociones básicas a base de práctica.

¿Este botón es el correcto? No lo creo, la verdad. Dios, voy a tardar horas en terminar esto. Suerte que hoy hay poca clientela en las mesas y mucha gente que viene para pedir cosas para llevar. Si es que ya lo decía el emperador, por mucho que sople el viento, una montaña no puede arrodillarse ante él. Pues eso, que yo nunca voy a tener cabeza para la tecnología. Y sí, *Mulan* es mi película de Disney preferida por miles de razones. Puede que cientos, no nos pasemos.

—Tienes cara de estar desactivando una bomba.

Al escuchar a Santana, alzo la mirada relajando el entrecejo enseguida.

—Si tuviera que hacer eso, ya estaríamos todos muertos —confieso, dejando salir un suspiro de exasperación absoluta—. Estos programas los hace el demonio, ¡no hay otra explicación! Por cierto —añado, dándome cuenta de que no debería estar aquí—, ¿qué haces aquí? ¿No deberías estar grabando tu serie?

Cuando digo que Santana es el paradigma de la perfección en un hombre, no miento y no hay más claro ejemplo que el que estoy viendo ahora. Dos adolescentes empiezan a suspirar por él en la calle, viéndolo a través del cristal. Por suerte para mí, ese efecto de hombre perfecto no funciona. Será que a mí me gustan más normalitos, con algunos defectos y ciertas imperfecciones. Creo que si no fuera mi mejor amigo, le tendría algo de pánico al ser tan guapo. De hecho, en el colegio me intimidaba bastante, antes de que se rompiera la columna vertebral y nos convirtiéramos en amigos.

—No, con eso de las elecciones y el debate, mañana no habrá emisión al mediodía. Tenías una carta en el buzón, te la he traído porque es importante —dice, alargándome un sobre ya abierto.

Se lo arranco de las manos algo indignada.

—Oye, ¿qué es eso de abrir correspondencia privada? Si no conociera a tu madre, diría que no te educó como es debido, pero eso no es cierto.

Su madre es un encanto, la adoro y ella me adora a mí. Suele decir que soy la niña que nunca tuvo y la nuera que nunca va a tener.

—Mira, bombón, si no la hubiese abierto ni siquiera sabría de su existencia, te conozco y vas a querer pasar de esto.

Muerta de la curiosidad, saco el papel y leo la carta. ¡Oh!, es una invitación para participar en un concurso de cocina.

—«El mejor postre del 2020». Por supuesto que voy a pasar de esto, ¿has leído de qué va? Que lo van a televisar, ¡qué vergüenza! —exclamo.

Solo de pensarlo me sonrojo.

—Tienes que participar, no puedes seguir escondiéndote de este mundo para siempre —susurra, con decisión.

¿Que no puedo? Por supuesto que sí, puedo hacerlo eternamente, aquí, en mi cafetería.

—Es justamente lo que pretendo —musito, arrugando la nariz.

Entonces es cuando mi amigo se pone serio y pone los brazos en jarra. Con su voz más grave, empieza echarme el sermón de siempre.

—Marina, eres la mejor cocinera que conozco y posiblemente ellos también lo saben, por eso te han invitado a participar y por eso no puedes desperdiciar esta oportunidad. Solo porque un idiota te despidió, no puedes renunciar a tus sueños. Soy tu mejor amigo, y por eso te estoy diciendo esto, sé que no te gusta escucharlo y sé que seguramente con tu positivismo, serías feliz aquí, con tus paredes rosas y tus sonrisas, pero has nacido para estar en un restaurante, y no solo eso, en uno de los mejores restaurantes.

No sé si tiene razón en eso de que haya nacido para ello, pero lo de que un idiota me hizo daño y que por eso estoy aquí, es verdad.

—Si al hablar no has de agradar, es mejor callar —respondo entonces.

—No me vengas con citas de Disney y di que participarás —reitera con algo de rudeza.

—Santana, no tengo ganas de decir el porqué ya no trabajo en el *Tres delicias*, y es lo primero que me van a preguntar —relato, esperando a que lo entienda.

Pero él sonríe, y se saca del bolsillo un trozo de papel arrugado.

—Sabía que dirías eso; solo di la verdad, que te despidieron por... diferencias irreconciliables. Supongo que no leíste la crítica que salió una semana después de que te fueras del restaurante, pero podría irte muy bien...

—¿Una crítica culinaria? ¿De quién? —me extraña, pero cojo el trozo de papel que se saca del bolsillo y empiezo a leer.

«Si esperáis ir al *Tres delicias* para buscar un primero, un segundo y un postre estupendo, iros olvidando porque no, ni por asomo. Le dejaría una, los postres. Jon Aguilera se cree un dios entre los fogones y no llega ni a mortal. Para empezar, su menú de precio desorbitado no es nada que puedas encontrar en un restaurante común de toda la vida, solo que en raciones más pequeñas y con toques exóticos como la *mousse* de piña que le pone al cerdo a baja temperatura, o el mango en el tartar. Como he dicho, los postres es lo único que vale la pena, una sublime combinación de crema de jengibre, sorbete de lichi y granizado de limón con el toque de tónica de pimienta rosa fue sorprendente, fresco y agradable.

Teo M.».

—Parece que Teo Massagué sigue en su línea de destripe de restaurantes. No es nada raro, a ese hombre le encanta poner evidencia a restaurantes famosos, lo digo en serio. Las buenas críticas se pueden contar con los dedos de una mano y lleva en el panorama algo más que tres años ya. Es... el malo de cada película de Disney, ¿sabes?

Parece no comprenderlo, o no quiere hacerlo.

—¿Y? Estoy completamente de acuerdo con ese hombre. Tu chef no tenía ningún talento. Bueno sí, el de la mentira y el engaño, porque todo lo que hacía de innovador, era idea tuya. Así que ya puedes mover el culo e ir a ese concurso.

—Pero todo el mundo le odia, no creo que nadie le dé credibilidad... ¿entiendes?

—No. Escucha, lo he investigado y está trabajando con los que dan las estrellas Michelin, así que creo que sí que lo tienen en cuenta, es más, por lo que he oído y leído, es un *crack*.

—Ya, pero... ¿y si él está allí?

Y con él no me refiero al crítico, ese hombre me da igual, ni siquiera le conozco. Me refiero a EL hombre que me robó el corazón, luego lo pasó por la trituradora y finalmente me despidió.

—Siempre puedes preguntarlo y, además, no lo creo porque su especialidad no son los postres, ¿verdad?

No lo son, claro que no. Por eso me contrató a mí. Entonces dudo, flaqueo en mi decisión de no volver a pisar una cocina profesional. Técnicamente no estaría haciendo eso, no es un restaurante ni tampoco un trabajo propiamente dicho... es solo un concurso. Por otro lado, la cafetería tampoco es que dé grandes beneficios, y aceptémoslo, mi alta cocina tiene un precio que los clientes no pagan porque, para ellos, un *muffin* con esencia de fruta de la pasión y mermelada de aguacate es algo exótico, un experimento más de una pastelera extraña que tiene su cafetería a la vuelta de la esquina y no van a pagar más de cinco euros por eso.

Mis ojos vuelan de nuevo hacia la carta; el premio es de diez mil euros, una pequeña fortuna, y aunque no ganase, la publicidad no me iría mal.

—No estoy muy segura, Santana —suspiro, siendo más un sí que un no, cosa que él también interpreta.

—Tú nunca estás segura de nada. Te dije miles de veces que Joan había visto una foto tuya y quería salir contigo, y siempre decías que no. Oh, ¿recuerdas que tuve que arrastrarte para que solicitases una plaza en la escuela de cocina?

No sé para qué necesito un mejor amigo que me repita mis dudas existenciales, si ya estoy yo para recordarlas, pero qué se le va a hacer.

—Lo hago, aunque no quiera. ¡Ay, Santana! Estoy muy nerviosa, ¿tengo que llamar a algún sitio? Me da mucho corte, qué quieres que te diga —confieso dando un salto, llevando mis manos hacia el delantal, arrugando la tela.

—Tu déjame a mí, que para eso soy actor —exclama, sacando el móvil de su bolsillo, marcando el número de contacto indicado en la carta.

Debería entrar en pánico, porque está apretando la tecla de llamar, y eso no sé si es bueno. Puede ser un éxito rotundo, o un desastre, así que el Flouder tímido que habita en mí se queda a la espera, igual que cuando llegan los tiburones y ese pececillo se esconde detrás de Ariel, la sirena pelirroja valiente.

—No metas la pata —musito, conteniendo el aliento.

Después de tres pitidos que puedo escuchar dada la escasa distancia que nos separa, Santana alza una ceja y se pone a interpretar, cosa que se le da de maravilla. Parece que esta vez toca ser

el chico tímido y majó, cosa que no es.

—Hola buenos días, ¿estoy hablando con la organización del mejor postre del 2020? — pregunta con una voz algo más aguda de lo normal y en forma melosa.

Sólo escucho una voz de mujer, pero no identifico qué dice, así que me pego a su hombro para intentar pillar algo. Santana entonces suelta la parrafada.

—Llamo en representación de Marina Tortosa, que ha sido invitada a participar en el concurso. Sí, exacto, era para confirmar su asistencia. Genial, muchas gracias, un placer Diana. No, estoy casado, pero gracias. Adiós.

No me lo creo, que ha ligado por teléfono. Pero ¿qué tiene ese hombre?

—¿Has practicado para algún papel de hombre de la línea erótica? —susurro, vacilándole un poquito.

Lo cierto es tiene una voz muy sexy. Todo él desprende *sexappeal*, la verdad. Qué demonios, ¡es sexy y punto! ¿Por qué lo estoy mirando de esa forma? Es Santana, el guapo, alto —me saca dos cabezas—, musculado, moreno y de ojos verdes David Santana, mi mejor amigo de toda la vida. ¡Esto es culpa de Laura! Sí, la chica tan maja que tuvo una noche de pasión con él y con la que desayuné después. Me ha metido cosas extrañas en la cabeza, me ha hecho ver a, prácticamente, mi hermano, con otros ojos que no tienen nada de fraternales.

—No, es un don. ¿Qué te pasa, bombón? ¿Estás nerviosa por lo del concurso? Si vas a hacerlo genial, ganarás seguro —exclama, y sin ningún tipo de pudor, coge una de mis magdalenas recién salidas del horno y se la lleva a la boca—. ¿Sabes que eres la mejor cocinera que conozco?

Lo sé, pero en vez de decirle eso, le doy una colleja.

—Eres un idiota integral. Vienes aquí, te regodeas en mi desgracia y... ¡te comes mis magdalenas! Y encima me convences de participar en un espectáculo televisivo peor que la serie de las Kardashians.

En realidad, todo eso me la trae al paio. Estoy enfadada porque es demasiado atractivo y yo estoy más sola que la una y hace que me vengan a la cabeza cosas estúpidas. Soy tan penosa que hace meses me besé con aquel cliente justo aquí, en la cafetería y no lo he vuelto a ver.

—¿Desde cuándo te importa que me coma las magdalenas? —frunce el ceño, sin entender lo que estoy diciendo.

En el fondo me estoy comportando como una cría, tengo que centrarme en que es Santana, es como mi hermano, y no tiene la culpa de nada de lo que me pase.

—Desde nunca. Es igual, estoy nerviosa, eso es todo.

Entonces hace algo insospechado, y es que no es de los que adoren el contacto físico, es más, yo soy la osa amorosa que da abrazos a todas horas y siente la necesidad de demostrar la paz y el amor que hay en el mundo, por eso cuando alza sus enormes y musculados brazos, y me envuelve en ellos, me siento fuera de lugar y un poco desconcertada.

—Todo saldrá bien, ya lo verás, bombón.

—¿Me estás abrazando? —exclamo, sin evitar morderme la lengua, casi paralizada.

—Creo que sí. Podrías devolverme el abrazo, esto está siendo un poco raro. Y quién sabe cuándo volveré a hacerlo.

Al instante, intento abarcar toda su espalda con mis brazos, sin conseguirlo. Puede que sea el prototipo de Hércules, solo que, con el carácter menos entusiasta, algo más agrio, moreno y de no tan buen corazón. Y, en definitiva, yo nunca podría ser Megara, porque, aunque me hayan roto el corazón y literalmente me hayan dejado por otra mujer, ni tengo un trato con Hades, ni me he vuelto una escéptica en eso del amor. Solo de imaginarme a las Musas cantándome *¿A quién crees*

que engañas? Él es tierra y paraíso, no uses artimañas, nena, solo es un aviso, no te hagas la fría claro como el día vemos tu interior, me da la risa tonta.

Pero Santana, por muy guapo que sea, sí que me ve como a una hermana y nunca se fijaría en mí. Ha sido una estupidez pensar en eso, ¡maldita Laura!

Ratatouille

TEO

Cuando comes algo y tu paladar te dice lo que falta, ahí es cuando empiezas a combinar.

Justin Quek

No sé como demonios he terminado aceptando participar en esta pantomima. «EL MEJOR POSTRE DEL 2020» reza sobre un cartel en blanco y negro encima de un poste publicitario mientras me dirijo hasta los estudios de grabación en el coche.

Es inaudito, demasiado extravagante y... vulgar para mí, no entiendo por qué demonios acabé diciendo que sí, pero ahora ya he firmado el contrato y no puedo echarme atrás. Podría, pero tendría que pagar mucho dinero y no me da la gana —además de no tenerlo, todo sea dicho—.

Seré yo mismo, pero exageradamente cruel y despiadado. Intentaré que me despidan, así voy a poder terminar con esa pantomima cuanto antes. No dudo que siete participantes que se hayan prestado a eso no pueden estar más desesperados, así que seguramente son unos patatas. ¿Qué demonios pasa? Me detengo delante del aparcamiento dónde me han dicho que puedo dejar el coche y está vallado. Maldita sea, ahora voy a tener que buscar un sitio. Doy la vuelta a la manzana y por suerte, encuentro un hueco. Normal, es que esto está a las afueras, dónde Dios perdió el mechero.

Miro la dirección en el teléfono y sigo las indicaciones del GPS hasta llegar a las puertas de lo que parece una nave industrial. Allí hay una mujer con un traje pantalón azul marino y el cabello rubio recogido en un moño informal de unos cuarenta años. Levanta la vista, y me sonrío en cuanto me ve. Detesto que la gente me sonría, ¿por qué parece contenta de verme? Si no lo hubiese hecho, habrían obtenido mucho dinero.

—¡Señor Massagué! —exclama con voz de pito—. Es un placer tenerle en los estudios DTW. Por favor, sígame.

Ni siquiera respondo, solo sigo sus andares a zancadas, con esa cara de apio que he decidido mantener durante toda la grabación. Para más inri, mi madre se ha vuelto loca cuando le he dicho que iba a salir por televisión, seguro que se lo ha contado a todo el mundo. Bah..., si con la mala suerte que tengo, seguro que se convierte en *trendigtopic* y medio planeta termina enganchado, como la telenovela esa, *Pasión de Gavilanes*.

Sigo a la mujer por muchos pasillos, dónde hay cables, gente atareada y con cafés en la mano para llevar y bastantes gritos, hasta que se detiene delante de una puerta que abre sin pestañear.

—Dentro de veinte minutos lo llevaré al plató cuando Mía termine con usted.

Mía es una mujer con gafas de pasta azul eléctrico, el cabello naranja recogido en un moño y un montón de pinceles en una especie de cinturón. Hay una silla con focos y un gran espejo delante.

—Señor Massagué, soy Mía, su maquilladora. ¿Quiere sentarse?

Gruño como respuesta, porque no me hace ni pizca de gracia que me embadurnen la cara, pero obedezco, que tampoco es plan de salir como un caminante blanco de *Juego de tronos*, más que nada porque mi madre estaría toda la semana reprochándomelo.

Así que me siento, y cuando veo que coge uno de los pinceles y lo unta con un líquido marrón, frunzo el ceño. Pero Mía es decidida y parece que pasa olímpicamente de mis impresiones, así que empieza a ponerme todo eso por la cara de manera uniforme.

—¿Quiere que se la disimule un poco? —pregunta entonces, dubitativa.

Se refiere a la cicatriz, por supuesto. Le vuelvo la mirada al reflejo que hay en el espejo y niego con la cabeza. Ése soy yo, nada de lo que pueda hacer, incluso si llegase a taparla del todo, borraría la huella que hay en mí. Esa cicatriz es visible, pero ¿y las que no se ven? Son mucho más profundas, más hondas y sensibles, y puede que esas no hayan sido cerradas del todo.

En el fondo, esa cicatriz es un reflejo de mi alma, dañada y escudada bajo un humor de perros, un talante sin escrúpulos y una caricatura de mi mismo que a veces hasta me cuesta creer.

No pasan ni diez minutos cuando la rubia con el traje cuyo nombre no recuerdo vuelve a aparecer por allí y esta vez para llevarme directamente al plató. Admito que se lo han trabajado, que hay hasta seis puestos de cocina individuales muy bien montados y, enfrente, una gran mesa con tres sillas, dónde supongo que se sentará el jurado, o sea, yo y dos personas más. Esas dos personas llegan a la vez que yo, y decido sentarme a la derecha de todo, dejando a la mujer, a quién reconozco como Louise Laponeé, en el centro, y a Oriol Vinarer a la izquierda. Por suerte, solo hago críticas a restaurantes, así que ninguno de los dos ha sido víctima de mi pluma envenenada y puedo sentarme con normalidad.

Saben quién soy porque me saludan con efusividad.

—Madre mía, es usted mucho más guapo al *natugal* —exclama Louise con un marcado acento francés.

Lleva uno de esos vestidos de Chanel, inconfundibles por el corte, el tejido y el color crudo, y un moño perfecto que recoge una melena completamente blanca. No sé qué edad ponerle, porque, aunque disimulada, lleva varias operaciones en la cara, pero rondará los sesenta y pico.

—Supongo que vas a ponerle el toque crudo al certamen ¿no? Perfecto, porque yo soy un blando —confiesa Oriol, mucho más joven, con un traje azul marino, la corbata con dibujos de tabletas de chocolate y una barba morena que se me antoja un tanto *hipster*.

—Sin duda —le doy la razón.

—Tengo curiosidad por saber cómo demonios han logrado que esas 6 personas participen —susurra entonces, y eso provoca mi curiosidad.

Pensaba que era gente un poco al azar, de esa que quiere y aspira a ser famosa pero que no lo logra en los restaurantes o pastelerías. ¿A qué se refiere con eso?

—Muy *ciegto*. Laureano Pereira... pensé que nunca iba a volver al panorama de la cocina —suelta Louise.

Lo conozco, por supuesto que sí. Estaba con su socio una noche normal de sábado trabajando en su restaurante, cuando el flambeado se le descontroló y le provocó al socio quemaduras de segundo grado. Fue una desgracia, y tras esto, se separaron y nunca más se supo de Laureano.

—¿Es uno de los seis? —cuestiono sin dar crédito.

—¡Oh, sí! Y luego está Marina Tortosa, la que estuvo en el *Tres delicias* y la despidieron de un día para el otro, desapareciendo de la faz de la tierra.

—Buff... —se me escapa al escuchar el nombre de ese restaurante.

—Oh, *ciegto*, lo dejaste *vegde* —susurra Louise.

Pues sí, para qué negarlo. Aquel restaurante era todo postureo, la calidad y originalidad brillaban por su ausencia, y el chef es uno de los tipos más repelentes con los que me he cruzado. Lo único que valía la pena eran... ¡los postres! Ahora lo recuerdo, las imágenes y sabores de los

platos llegan a mí.

—Sí, pero la escribí...

—Aún estaba ella, ¿la hundiste? —pregunta Oriol.

—No, en realidad fue lo único que salvé —susurro, recordando mis propias palabras.

Entonces una idea maligna que esparce igual que una metástasis, empieza a envenenar mi mente. Jon Aguilera, el chef del *Tres delicias*, es un gilipollas integral y es del tipo de persona muy capaz de concentrar su ira en alguien que no lo merece... es decir, en el objeto de mis alabanzas, la chef de los postres. Puede..., y si... ¡Dios! ¿Y si la despidió por mi culpa? Indirectamente, por supuesto. Podría haber arruinado la vida de una jovencita. Una ola de culpabilidad se asoma por mi cabeza, y en cierta medida, me siento culpable. Pero vamos, que tampoco tengo la culpa absoluta, que Jon es corto y no hay más.

No me da tiempo a ahondar en mis pensamientos porque una mujer grita que empezamos la grabación, y nos entregan más o menos el guion del que será el primer programa. Por lo que veo, va a ser más bien un inicio, una presentación de los concursantes y de nosotros, los jueces. Sale a plató una mujer cuya cara me suena de algo, es la presentadora. Será que la he visto en otra parte, aunque no suelo mirar la televisión a menudo. Todos están en sus puestos y empezamos ese circo. Casi ni la escucho, estoy pendiente de cuándo entrarán los concursantes, pero antes de que eso ocurra, escucho mi nombre.

—Y Teo Massagué, el crítico culinario más controvertido. ¿Cómo te sientes, Teo?

Me lo pregunta de verdad. Dios, esto va a ser divertido. Frunzo el ceño, advirtiendo que voy a ser borde de narices.

—Aburrido.

Sueltan todos una carcajada. Oh..., que ahora soy un mono de feria, ¿puede haber algo peor?

—Sin duda, ese será el hueso duro de los concursantes. Y hablando de ellos, ya es hora de que pasen.

Alabado sea el Señor. Estoy contando los minutos para que esto termine. Seguro que mi madre cuando vea el programa va a reprenderme por la cara de apio que estoy poniendo en este momento.

De la nada, van saliendo los concursantes; son tres hombres y tres mujeres, todos bastante jóvenes. Un segundo, la morena de la izquierda... ¡yo la conozco! No puede ser, es imposible, ¡imposible! No es ella, ¡no lo es!

Escucho a la presentadora con atención, mientras los presenta. Hasta que le llega el turno; Marina Tortosa. Si no estuviera sentado, probablemente me habría caído al suelo de la impresión. La mujer que está en el concurso es la misma que a cuya pastelería me refugié de la lluvia hará un par de meses y con la cual tuve un momento algo... apasionado.

Sí, la besé, pero muy brevemente y durante poco rato.

Para más inri, es Marina Tortosa, y es probable que la hubiesen despedido del *Tres delicias* por la crítica descarnada que hice del restaurante. Un segundo, ¿sabía quién era yo cuando entré en la cafetería? A lo mejor intentó seducirme para vengarse de mí, por eso fue tan amable. Si ya sabía yo que aquello no era normal, la gente no es amable por naturaleza, y si lo es, es porque quiere algo. Vuelvo a observarla, está sonriendo genuinamente. Durante un segundo, mira hacia nosotros y nuestros ojos se entrecruzan. Veo la incredulidad en su mirada, cómo empalidece y cómo se tambalea.

Es probable que no supiera quién era yo cuando entré aquel día en su cafetería. De todas maneras, no voy a eliminar esa posibilidad con tanta rapidez, sólo porque sus ojos almendrados

de ese color indefinido parezcan muy confundidos, y que sus manos finas, de dedos huesudos de pianista, estén temblando. El uniforme blanco de cocinera le sienta bien, pero enseguida veo que sigue siendo fiel a su estilo bochornosamente extravagante, porque lo que cubre sus pies son... dejémoslo en bambas de purpurina rosa con ruedecitas, de las que llevan las crías de 5 años.

¿Quién en su sano juicio lleva bambas con ruedas? Nadie. Aun así, traga saliva sin dejar de mirarme, y me sonrío. No entiendo por qué lo hace, ¿acaso piensa que vamos a ser amigos? ¿Que voy a favorecerla de algún modo? Ni hablar, voy a ser en doble de duro con ella.

Veó que cada uno se coloca en la pequeña cocina, tienen que preparar algo. Bien, que lo preparen, aquí estoy yo para analizar cualquier cosa, ese error minúsculo voy a percibirlo. ¿Es normal que no me pierda de vista mientras hace el *frosting* de chocolate blanco para el *carrot cake*? Yo tampoco puedo apartar los ojos de ella, no porque sea una belleza, que es innegable que no está mal, pero tampoco diría que es una diosa, sino porque verla cocinar me resulta... hipnotizante. Cada movimiento es sutil, ágil y preciso. Es ordenada, puede hacer dos cosas a la vez y no se desconcentra. Es pura poesía verla cocinar.

—Parece que la competencia va a ser dura —comenta Oriol, sin dejar de mirar a los concursantes.

Pero yo no puedo dejar de pensar en que Marina tiene una talla de sujetador 34D, y que sigo sin poder decir de qué color son sus ojos con exactitud.

Toast

MARINA

El silencio es el sonido de una buena comida.

Jamie Oliver

Si alguna vez he creído en el destino, siempre he acabado arrepintiéndome. Pensar que algo superior puede ser la respuesta a ciertas súplicas o plegarias es irrisorio y siempre termina de la peor forma posible. Si he ido a por algo a ciegas, creyendo que todo va a ir bien porque está escrito en las estrellas, o en esa página invisible que hay en alguna parte dónde se adivina nuestra historia, entrelazándose con otra, siempre ha sido un error, porque no he visto más allá, otras señales que dicen que las cosas no van tan bien, que nada es lo que parece. Mi fuerte no es la perspicacia de la que el género femenino suele gozar y, por ende, siempre he terminado de patitas en la calle y con el corazón roto en mil pedazos.

Dejémoslo en cientos.

Participar en este concurso de cocina no entraba en mis planes, me vi en cierto modo coaccionada por Santana y por mí misma, para demostrarle que podía hacerlo, que estaba bien, que no quería volver a la alta cocina porque no quería. Y aquí estoy, en el primer programa, nerviosa como la gelatina —la *Royale* no, la que hago yo—, pensando en si todo esto ha sido cosa del destino, porque delante de mis narices en uno de los sitios que ocupan los tres jueces, está sentado un hombre que pensaba que nunca volvería a ver. El hombre que me besó y que yo besé de forma irracional, rocambolesca e insólita.

¡Cielo santo! Ahora mismo entiendo a Mía Termopholis a la perfección, cuando en *Princesa por sorpresa 2* tiene ese encuentro tan mono y romántico con Nicholas y luego resulta ser el capullo que quiere evitar que ella llegue al trono. Excepto que, en este caso, el hombre es uno de los jueces y no desea mi cabeza. O puede que sí la quiera, dada la forma en la que me está mirando... no creo que le haga gracia que yo participe en esto.

Un segundo... si el otro hombre es Oriol Vinarer —le he visto en varias revistas—, esto quiere decir que él es... ¡El terrorífico y temido Teo Massagué! ¡Ay, madre de Dios!, que me enrollé con el Jafar de los críticos culinarios, el Hades de los dioses de la cocina, el Shan Yu de los jueces. Lo único bueno es que este último es la única persona de la película de *Mulan* que no subestima a la protagonista por ser mujer.

«Marina, deja de comparar a ese pedazo de hombre con malos de Disney, porque tiene más pinta de príncipe Eric que nada y concéntrate en cocinar bien», me regañó a mí misma.

Estoy en un concurso televisivo, cuando lo emitan puede que hasta se me vea el granito que he intentado disimular y que me ha salido en la frente, ¿cómo no van a ver que casi me desmayo al ver un miembro del jurado? Puede que piensen que estoy nerviosa y ya está, no sería tan raro. Los demás concursantes parecen todos muy tranquilos, y si no lo están, al menos lo disimulan muy bien.

Intento sacarme esas ideas e impresiones de la cabeza y centrarme en hacer un *carrot cake* decente. Lo he hecho miles de veces, es el pastel favorito de Santana y se lo hago en cada

cumpleaños. Vamos, que llevo veinte años preparándoselo, por no mencionar que es uno de los postres que la gente encarga más en la cafetería. Yo lo hago con *frosting* de chocolate blanco en vez de mantequilla, creo que está más bueno, y así empiezo. Corto y pelo las zanahorias lo más rápido que puedo, hago la masa y mientras se está cociendo en el horno, el chocolate blanco.

Teo no despega los ojos de mi persona y yo no puedo evitar ir mirándole de vez en cuando. Me recordará, ¿no? A lo mejor no soy la primera que besa de forma espontánea, aunque dijo que no solía hacer esas cosas. Puede que tenga un gemelo, sería factible si no tuviese esa cicatriz tan característica. Siempre he tenido debilidad por los hombres con rasgos inigualables, la gente tenía pósters en su habitación de Brad Pitt mientras que yo tenía a Harrison Ford con su cicatriz en la barbilla, que me parece de lo más seductora.

Termino el pastel dos minutos antes de que suene la campana, indicando que el tiempo para terminarlo ha acabado. Todos hemos terminado, por lo que veo. La presentadora, una mujer muy guapa, muy alta y también muy maquillada no para de hablar y de sonreír mientras la cámara la sigue por todos lados. Hace que el jurado se levante, y empezando por la derecha, van probando un trozo de pastel de cada participante, diciendo sus impresiones. Parece que Teo siempre tiene algo que aportar, negativo por supuesto. Estoy situada en la tercera fila de las tres que hay, banda izquierda, así que voy a ser la última.

El corazón me late con fuerza, creo que me sudan las manos, las axilas y la frente. Me va a machacar, lo sé. Quiso macharme aquel día en la cafetería y le di pena, pero hoy va a ser inflexible. Avanzan hacia mí, ellos tres y la presentadora. No para de hablar, pero yo solo tengo ojos para Teo, que después de cortar el pastel en tres trozos, se lo come sin despegar sus ojos de los míos, con ese aire de indiferencia más falso que un billete de treinta euros.

—Delicioso, el chocolate blanco ha quedado muy logrado —exclama Oriol.

—*Trés bien*, aunque yo le hubiese puesto algo un poco más delicado para decorarlo —dice Louise.

Es el turno de Teo. Aprieto el delantal con las manos, arrugándolo por completo, dejando una sonrisa débil y nerviosa. Pero no dice nada.

—¿Cuál es el veredicto? —musito, histérica.

Cierra los ojos durante un segundo, y cuando los abre me parece ver que tiene las pupilas algo más dilatadas.

—La decoración es pésima. Se ha limitado a hacer un pastel de zanahoria con el toque extravagante del chocolate blanco. No tiene fallos, pero se necesita algo más que ser correcto para ganar este concurso.

No tiene fallos. ¡Claro que no los tiene! Pero es su forma de decir que lo he hecho bien, tiene que ser eso. A los demás los ha diseccionado y a mí ni siquiera me ha dedicado un par de palabras. Aprieto los labios y le dedico una sonrisa temerosa, sin decir nada. Sus palabras vuelven a mí, recuerdo lo que me dijo, aquello sobre que las personas lo odiaban. Tenía todo el sentido del mundo, solo que entonces yo no me di cuenta. Teo Massagué... ¿por qué es así? Díscolo y repelente, parece avinagrado, me recuerda un poco al personaje de *Cuento de Navidad*, el señor Scrooge de Dickens, y me pregunto si, como el personaje, Teo fue abandonado por las personas que quería por su egoísmo.

Pero no me pareció egoísta. Borde sí, pero... ¿quién sabe?

Antes de que me dé cuenta, termina el programa. Madre mía, si ya sabía yo que no tendría que haber dicho que sí. Estoy en crisis, total y absoluta, y no puedo contar ni con mi madre ni con Santana. ¿Por qué? Pues porque con la primera, antes de que me diese cuenta ya tendría la fecha

de la boda, el vestido de novia y todo listo, obviamente sin la aceptación del novio ni la mía. Con el segundo, de esos temas no se puede hablar, no quiere oír hablar de mis amores, nunca ha querido y ahora mucho menos. Puede que cuando fuésemos unos adolescentes que yo le dijera que soñaba con cualquier actor, pues aún, pero cuando la cosa ya pasó a mayores resultó ser incómodo.

Obviamente, no quiero cruzármelo, de hecho no sabría qué decirle. Lo mejor será que me vaya de aquí lo antes posible, ya pensaré qué excusa poner para no venir al día siguiente. Podría decir que he cogido la varicela o una infección muy grave o que me he roto una pierna. A lo mejor me tiro por las escaleras, a ver si hay suerte. Vale, tengo que dejar de pensar en estupideces y ser razonable.

Camino a pasos gigantescos hasta los camerinos. En cuanto me quito el uniforme y recojo el bolso, salgo escopeteada de allí, directa hasta la farola más próxima donde he dejado atada mi bicicleta. Pero no me monto en ella, cojo el móvil y busco el contacto de Laura. Sí, Laura, esa chica que me cayó la mar de bien, que fue un ligue ocasional de Santana y que me dio su teléfono por si quería quedar.

—¿Diga? —responde entonces.

Es casi como un milagro, la gente no suele coger teléfonos desconocidos, yo misma por miedo a que sean compañías que te ofrecen promociones que nunca acabas aceptando.

—Hola Laura, soy Marina, la amiga y compañera de piso de Santana, no sé si te acuerdas de mí.

Por favor, por favor, no quiero ser olvidable.

—Claro, ¿qué tal estás? Oye, te he visto en la tele, ¿vas a participar en Masterchef?

Diantres, no sabía que el anuncio ya estaba hecho.

—Mmm, no es Masterchef, es de profesionales y es solo de postres. El programa se llama El mejor postre de 2020.

—Hala, qué genial. ¿Cómo va todo?

—Mal. Terriblemente mal —admito enseguida.

—Huy, presiento que estás a punto de entrar en una especie de crisis existencial... ¿quieres que nos veamos?

—Estaría bien.

Estaría más que bien. Necesito un consejo, uno de esos enormes, útiles, que haga que abra los ojos y me reproche a mí misma como no pudo ocurrírseme a mí.

—¿Te va bien a las ocho? Podemos quedar en tu cafetería, ¿dónde está?

—Dos calles más abajo que mi casa, se llama *Marina & Cake*.

Lo sé, no es nada original, pero no se me ocurrió nada más.

—Nos vemos ahora, *ciao!*

Al menos, como mínimo, voy a poder desahogarme. Al colgar, quito el candado de la bici y entonces sí que empiezo a pedalear hacia el centro de la ciudad. Definitivamente, si es el destino intentando decirme algo, voy a ignorarlo. Igual que con la conducción, sus señales son confusas, no distingo un prohibido el paso de un prohibido aparcar. Y esa señal es rara, muy rara. Hace tiempo creí que el destino intentaba decirme que había encontrado a mi media naranja, y resultó ser más bien medio limón.

No tardo mucho en llegar a la cafetería y abro la puerta con la llave. Lo primero que hago es servirme un trozo de *carrot cake*, es de esta mañana, pero sigue estando delicioso. ¡Por supuesto que no ha podido encontrarle pega alguna! Es uno de los pasteles que mejor me salen. Pero no

creo que el concurso siga siendo así de fácil, esto ha sido transitorio.

—¿Marina? —escucho que alguien llama a la puerta y dice mi nombre.

Me doy la vuelta y veo que Laura ya está aquí. Eso es ser puntual y lo demás tonterías. Me pongo el cabello por detrás de la oreja y sonrío.

—¿Laura! Veo que lo has encontrado con facilidad —exclamo, un poco nerviosa.

—Sí, no tiene pérdida —responde ella con naturalidad.

Su figura espléndida destaca entre el rosa chicle del ambiente y me siento algo menuda y fuera de lugar. Porque ella es todo lo que alguien quiere ser de mayor, lo digo de verdad.

—¿Quieres un *muffin*? ¿Y un café? Hoy he tenido un día de locos —añado, y sin que llegue a responderme, enciendo la cafetera y cojo un plato de la estantería, endosándole el *muffin*.

—Ya lo veo. ¿Estás nerviosa por el concurso? No lo estés, cocinas de maravilla. Santana me dijo que estuviste en un restaurante de estrella Michelin.

—Santana es un bocazas —susurro, sin creerme que haya estado hablándole de mí a una completa desconocida—. ¿Qué más te dijo?

—Que eras su mejor amiga. Te estuvo alabando durante un buen rato hasta que empecé a hablar de mí. No te ofendas, cielo, pero cuando te dije que si alguna vez tú y él... ya sabes, no lo dije por decir —musita, llevándose a la boca el *muffin* —. ¡Qué jodida delicia!

«¿Cómo?».

—¿A qué te refieres con eso? Ya sé que te dije que era como un hermano, pero...

—Está cañón —sentencia—. Es como este jodido *muffin*.

—Lo sé. Yo le quiero, pero no de una forma romántica, ¿entiendes? No sé si podría llegar a quererle de *esa* forma. No creo, la verdad.

Hay gente que no cree en la amistad entre hombres y mujeres. Como Santana es mi mejor amigo, yo siempre me acerco a esta teoría, pero ¿y si tienen razón? ¿Y si detrás de esta amistad hay algo más y no me había dado cuenta hasta ahora? La historia está plagada de mejores amigos que han terminado casándose. ¿Podría llegar a ser el caso?

—Solo hay una forma de averiguarlo y es pasando al siguiente nivel.

—Define siguiente nivel —parpadeo, nerviosa.

—Enrollarte con él.

—¡No puedo hacer eso! —grito—. Además, estamos pasando algo por alto muy importante, y es que es posible que a Santana no le guste ni un poquito.

—Eso también es fácil de averiguar —asegura, como si tuviese todo el conocimiento del universo en ese aspecto.

Y puede que sea así, Al menos seguro que tiene más conocimiento que yo.

—¿De veras?

—Claro, tú hazme caso...

A todo eso, yo necesitaba su consejo para otra cosa mucho más urgente e importante...

Deliciosa Marta

TEO

La fuerza es la capacidad de romper una barra de chocolate en cuatro pedazos con las manos y luego comer solo una de esas piezas.

Judith Viorst

No soporto a mi secretaria.

Corrección, no soporto mi secretaria cuando empieza a tararear canciones con letras raras. ¿Cobertura? Está repitiendo eso todo el rato. ¡Ah no,! dice «con altura».

«Basta, Teo, la letra es totalmente irrelevante, concéntrate en tu crítica», me repito, cerrando la puerta del despacho.

Pero no puedo concentrarme, porque a cada rato se me aparece la cara de Marina, la chica a la que cometí la estupidez de besar en su cafetería y que ha resultado ser una cocinera conocida. Y no se me aparecen tipo espíritu ni como visión celestial a lo virgen María, no, sino de forma... atípica.

Vale, tengo fantasías sexuales.

Esto no es normal, tengo que detenerlo como sea. Si mi madre no fuera mi madre, le pediría ayuda, pero la conozco y en vez de decirme cómo parar esto, va a incentivar que siga pasando. Esto me pasa por guardar celibato durante tanto tiempo, uno no voluntario quiero recalcar. Normal, ¿quién demonios iba a querer acostarse conmigo con esta cicatriz? Que ya sé que hay de todo, que hay gente que le ponen estas cosas, pero no estoy como para meterme en foros de Internet y buscar este tipo de gente.

Está claro que hoy no voy a terminar la reseña, necesito despejarme, pensar en otras cosas, airearme un poco. Las seis de la tarde y aún no he hecho nada productivo porque no paro de darle vueltas al hecho de que mañana vuelve a haber grabación del programa, y eso significa que ella va a estar allí. No creo que vaya a dejarme en ridículo, no lo creo pero... podría hacerlo. Sería una verdadera puñalada y no tiene motivos, ¿verdad? Tampoco voy a dárselos, puede que sea el hombre más cruel del planeta valorando platos, pero voy a tener que sacar un poco de mi piedad e indulgencia para contentarla.

Aunque me repatea.

—Gina, si hay alguna llamada urgente pásamela al móvil, voy a salir —le informo, abriendo la puerta.

Ella me mira con su sombra de ojos rojiza, masticando chicle de forma indescriptible.

—¿Ya se va? ¿Un mal día? Sabe que puede contarme lo que ocurre, ¿no?

Por supuesto que no voy a contarle nada de lo que me pasa, solo faltaría eso. Entre ella y mi madre me tienen agobiado. Si se conocieran, estoy seguro de qué conspirarían a mis espaldas.

—No me pasa nada, solo que no estoy inspirado —exclamo, poniéndome la americana.

—Vaya, vaya, así que su lengua afilada va perdiendo veneno...

—Es pluma afilada, y deberías saber que la tinta está hecha con el veneno de las glándulas de la *mamba negra*.

Me estoy haciendo el interesante, pero no puedo evitarlo.

—Jefe, creo que todos hemos visto *Kill Bill*. Por cierto, no sé si lo sabía, pero el animal más venenoso de la tierra es la avispa de mar. Está en Australia y es una medusa —suelta, alzando el dedo índice, dos centímetros más largos gracias a sus uñas postizas.

Debería leer más revistas del *National Geographic* y menos *La mejor cocina*. Es deformación profesional, supongo.

—Muy interesante. Si hay algo urgente, escíbeme.

Zanjo esta extraña conversación saliendo de allí por patas. Cuando el aire fresco acaricia mi rostro, respiro hondo, despejando mi cabeza. Por inercia, empiezo a caminar a ningún lugar en concreto, distrayéndome con los diferentes aparadores de las tiendas. Hasta que mis pies se detienen al ver el aparador lleno de ropa interior de mujer. Es obvio que los cuerpecitos liliputienses de los maniqués no son reales, pero pensar en cómo podría quedarle ese sujetador de encaje a Marina...

Dios mío, parezco un perverso y más cuando mi amiguito empieza a despertarse. Pero la curiosidad es más fuerte que mi determinación a marcharme de allí, así que entro en la tienda. Hay rumores que dicen que la primera tienda de Victoria's Secret fue creada por un hombre multimillonario al que le daba vergüenza entrar en una tienda ajena a comprar lencería para su mujer, así que creó su propia marca. No sé si es verdad, pero de serlo, era un tipo listo porque menudo corte estar aquí.

Vale, sólo voy a mirar en cualquier modelo de sujetador la talla 34D y así podré hacerme una idea del tamaño de sus pechos. Joder, esto es precisamente lo que hacen los hombres degenerados y yo no soy así. Hago de tripas corazón y empiezo a pasar uno por uno hasta llegar a la correcta. No difieren mucho unas de otras, todo hay que decirlo.

—¿Puedo ayudarle en algo?

La voz de la dependienta me asusta tanto que acabo tirando al suelo varios sujetadores y tropiezo con una mesa al dar un paso hacia atrás. Mi cara está ardiendo y seguro que me he puesto más rojo que un tomate maduro. ¡Dios! Espero que no me reconozca, porque ya estoy viendo los titulares de las revistas de cotilleos.

«Famoso crítico culinario pillado con las manos en la masa, solo que eran bragas».

—Yo..., verá... —balbuceo sin poder hilar una frase coherente.

—No se preocupe, busca algo para su novia, ¿no?

Parpadeo varias veces y asiento sin pensarlo. No se me había ocurrido, es decir, ¿qué mente perversa piensa que va a entrar en una tienda de lencería femenina para imaginarse cosas? La mente del perverso, supongo. Ergo, la mía.

—Ajá.

La dependienta es jovencita, debe de tener unos veinte como mucho. Va con unos vaqueros y una camiseta con el logo de la tienda y el cabello recogido en una coleta. Tiene cara de profesional, de «sé lo que me hago, tranquilo».

—¿Y qué le gustaría regalarle? ¿Algo básico o picante?

Picante, sin duda. Los sabores ordinarios no son lo mío. Aunque aquí estamos hablando de otra clase de picante, no son ni guindillas ni bichos.

—No lo sé. El negro creo que le sienta bien —reflexiono en voz alta.

Su piel bronceada es deliciosa. Igual que un pastel trufado, de textura melosa..., basta Teo, no vas a comprarle lencería a una mujer que apenas conoces. Pero voy a terminar haciéndolo, porque no quiero que la chica llame a seguridad y me detengan. ¿Pueden hacer esto?

—En negro tenemos uno que está teniendo mucho éxito, de encaje y satinado —sonríe emocionada—. ¿Es su cumpleaños?

—Ehh, sí, claro... —miento de nuevo—. Yo no quería comprarle esto, pero sus amigas... vaya, que me lo han sugerido y quién soy yo para ir a contracorriente.

Menuda película me estoy montando. Van a darme el Goya al mejor guion.

—¡Claro! Con lencería uno siempre acierta. Es este —susurra, sacando un modelo bastante bonito.

—Es perfecto, me lo llevo —exclamo.

—Oh, genial. ¿Por casualidad sabe la talla?

—34D.

Si es que es lo único que tengo claro. En fin, que vergüenza. Si mi madre me viera, es probable que me mandase a terapia o me encerrase directamente en algún centro.

—¿Y la parte de abajo?

Se refiere al culo. Oh, mierda, ahora mi mente está pensando en el culo de Marina cubierto solo con esta tela, respingón, mullido...

—No lo sé. ¿No es la misma? No, claro que no, qué tontería.

—Es S, M o L.

Vaya, qué limitado ¿no? ¿Y la gente que tiene el culo grande? Quiero decir, a mi me gustan los culos bien formados. Yo mismo tengo una L de calzoncillos y no tengo culo.

—Pues la L —decido entonces, guardándome la opinión sobre las tallas de la ropa interior de las mujeres.

De todas maneras, no es algo que me importe demasiado. Tampoco es que vaya a dárselo, así que no voy a matarme a adivinar su talla de trasero.

La dependienta empieza a envolver la ropa interior con un papel de color rosa perfumado, y a continuación lo metes dentro de una bolsa en la que claramente pone la marca de lencería. Mierda, la gente va a saber que he comprado lencería.

—Son ciento diecinueve con noventa y cinco.

Casi se me desencana la mandíbula al escuchar eso. Dios, la ropa interior vale un riñón, no me extraña que las mujeres se quejen.

Lo que más me duele en el fondo, es que no voy a usarla para nada. Va a quedarse en el fondo del armario porque no se la voy a regalar. Podría dejársela en la cafetería anónimamente, pero mi machista interior me susurra que qué demonios voy a regalarle algo para que lo disfrute otro.

—Aquí tiene, muchas gracias por su compra —exclama, entregándome la bolsita.

Así es como he terminado con un sujetador y unas bragas que no van a tener dueño. Podría venderlas por esa aplicación dónde la gente compra cosas de segunda mano. Pero solo me llamarían pervertidos que quieren ropa interior usada, como esa empresa que compra bragas utilizadas y sin lavar, y luego las vende en Japón para que los hombres se masturben. Solo que esto no está usado, a ver si me demandan luego.

Necesito llegar a casa y ordenar mis prioridades. Ah..., y dejar de hacer tonterías. En el fondo, debería volver a tener una vida, pero eso se me está haciendo cada vez más cuesta arriba.

No paso por el despacho, voy directamente hasta casa, y en cuanto abro la puerta, sé que ha sido un error porque mi padre y mi madre están en el sofá morreándose como dos adolescentes. Se separan en cuanto oyen la puerta.

—¡Teo! Espera, ven, tenemos que hablar contigo, cariño —escucho que dice mi madre a grito pelado.

—Terminad de hacer manitas y me avisáis —gruño, dándole la bienvenida a mi mal humor.

—Teo, vamos, siéntate con nosotros —me ordena prácticamente mi padre.

—¿Has comprado ropa interior de mujer para masturbarte?

Diantres, esto es demasiado. La prioridad número uno es mudarme, sin duda.

—No —exclamo, y me resigno a sentarme en la butaca del comedor, dejando la bolsa en el suelo—. Ha sido un accidente.

—¿Un accidente? Cariño, nadie compra ropa interior de mujer por accidente —puntualiza mamá—. Puedes decirnos lo que sea, no vamos a juzgarte.

Inspiro y expiro. «Paciencia, ven a mí».

—He pasado por delante de la tienda, me ha entrado la curiosidad y he buscado una talla de sujetador —relato, algo inquieto.

—Ah..., la de la chica con la que tuviste esa cita... —deduce mi madre.

—Entonces ha venido una dependienta preguntarme si quería algo, me puse nervioso, no quería así que he acabado comprando un conjunto de ropa interior mintiendo con un bellaco diciendo que era un regalo para mi novia. ¿Vas a psicoanalizarme?

—No, voy a darte una colleja. Chico, di que solo estabas mirando y ya está —suelta papá.

—Cielo, ¿que no sabes que nunca ha hecho algo parecido? Se ha puesto nervioso —le riñe mi madre—. Entonces, ¿vas a volver a ver a esta chica?

De perdidos al río. ¿Para que esconder una información que, con toda seguridad van a acabar obteniendo?

—Sí, cada día que grabemos el programa. Resulta que es una de las participantes. Hay que ser muy gafe —me lamento yo.

—Vaya, vaya. ¿Cuál de ellas es? ¿La rubia o la morena? —cuestiona papá, cruzándose de brazos.

Esto quiere decir que la conversación le parece interesante.

—La morena.

—Siempre te han gustado las morenas —añade mamá—. ¡Pues es una monada! Deberías invitarla a ir a tomar un café.

—Mamá, está participando en un concurso en el que yo soy el juez. No puedo tener una relación de amistad con ningún participante, y menos una relación que vaya *más allá* de la amistad —recalco.

—Los amores clandestinos son los más apasionados —dice mi padre, emocionándose.

—Dios, no sé para qué os cuento esto —me lamento.

—Teo, es normal que te encuentres en esa tesitura. Es la primera mujer que te gusta de verdad desde..., ya sabes. Tienes miedo, lo entendemos, pero el miedo no puede evitar que vivas tu vida.

Eso ya lo sé, pero es más fácil decirlo que hacerlo.

—Entonces, ¿qué tengo que hacer? No estoy preparado para tener una relación seria. Eso lo sabéis, y yo también.

—Entonces si quieres tener una relación no seria con ella, plantéaselo. Dios, Teo, estamos en el siglo XXI. No todas las mujeres están buscando un hombre con el que casarse y tener hijos.

Que mi madre tenga que decirme esto, me da cierto apuro. No quiero ser un hombre del Cromañón, demonios. Pero a veces me da la sensación de que tengo implantado en mi cerebro ese complejo de príncipe azul, ese que busca a su princesa y vivir felices para siempre.

Y aquí es cuando confieso que solo me he acostado con una mujer en toda mi vida. La que creía que era con la que tendría ese «felices para siempre», pero no fue así. Quizás debería de

haber sido menos crédulo, o tener otras perspectivas, ser más flexible. Pero cuando tienes unos padres a los que les ha salido la jugada divinamente y creen en la magia del amor, cuando veías *Sissi emperatriz* de Romy Schneider sin saber su verdadera historia, llegas a la edad adulta con un ideal del que es difícil desprenderse.

—Lo pensaré.

Además, voy a guardar la ropa interior, nunca se sabe si al final voy a acabar haciendo uso de ella.

Los sabores del palacio

MARINA

Cualquiera puede hacerte disfrutar el primer bocado de un plato pero solo un verdadero chef puede hacerte disfrutar el último.

Francois Minot

Se me han quemado las magdalenas. A mí. Creo que es la primera vez en toda mi existencia que se me queman unos postres.

Mis niveles de estrés están al cien por cien y así no se puede vivir. Con eso quiero decir que, por un lado, tengo el dichoso concurso ese con Teo Massagué como juez, con quién me besé en esta misma cafetería y con quién pienso a menudo. Y, por otro lado, está esta absurda teoría dónde Santana puede que sea el hombre de mi vida y yo no lo haya notado.

—Me muero por un café.

Genial, hablando del rey de Roma por la puerta asoma. Sí, Santana acaba de aparecer por la puerta. Solo hay un par de jubilados tomándose un café, así que no creo que vayan a reconocerlo. Otro gallo cantaría si fuesen adolescentes. Vale, Marina, actúa con normalidad, no como esta mañana que has salido de la ducha tan tranquila, no has visto que abría la puerta de su habitación y te lo has comido. Casi me muero cuando se me ha casi resbalado la toalla.

—Hoy no es mi día. Me van a nominar en el programa —susurro, mientras le preparo ese café.

Santana es el sueño viviente de toda mujer. Es guapo, alto, tiene unos ojazos verdes, un pelazo, un cuerpo de modelo..., pero no consigo que me atraiga, creo que es porque le veo como a mi hermano. Y si le besara, ¿sentiría algo?

—Qué dices. Estás nerviosa, ¿no? Relájate y todo irá bien. Por cierto, mi mánager va a meterme en una película.

Casi se me cae la taza al escucharle.

—¿Una película? ¿En serio? Guau, esto es saltar a la gran pantalla.

—Lo sé.

—¡Es genial! Ahora vas a poder ir a esas *premiers*. ¿Te acuerdas de que de pequeños siempre decías que algún día estarías en la alfombra roja? —rememoro.

—Lo decía porque quería acompañar alguna actriz y ser su *playboy*, que me mantuviera y tal. Sabes que nunca quise ser actor —replica.

—Ya, pero irónicamente vas a estar allí. ¿Qué ocurre? No parece que te haga mucha ilusión Santana es un libro abierto para mí, no tiene secretos.

—Me da un poco de miedo no ser lo suficientemente bueno, que la gente se dé cuenta y no me ofrezcan más trabajo. Porque, aceptémoslo, estoy cañón pero no soy un gran actor.

—¡Si lo haces genial! Santana, tienes que creer en ti mismo y dar lo mejor de ti. Lo haces bien, de verdad.

—Lo dices porque me adoras y me quieres.

—No lo digo por eso.

—Bombón, no sé qué haría yo sin ti.

Entonces cruza el espacio que no separa y me abraza. El es cálido, un poco duro y huele ese perfume que guarda en el baño de Paco Rabanne. Me siento bien, con él me siento genial, segura y reconfortada.

Dios, parece que esté hablando de un anuncio de compresas.

—Debería echarles un vistazo a las magdalenas, no quiero que se me quemen otra vez — musito, separándome de él.

No es por fardar, pero no todo el mundo tiene a un mejor amigo con que pueda contar. Abro el horno y veo que estén intactas y listas. Bien.

Las coloca en una bandeja y salgo de la cocina, al menos quedarán bien en el escaparate, aunque no estoy muy segura de que tengan el mismo sabor de siempre.

—Tienen una pinta deliciosa.

Oigo la voz de Laura entrando en la cafetería. Cierto, dijo que se pasaría al día siguiente para continuar hablando. Y el día siguiente es hoy.

—¿Quieres una? Aunque no respondo de ellas, hoy tengo un mal día culinario —le ofrezco.

—Claro. Pues nena, hoy tienes programa así qué...

—Perdona, ¿quién eres? Me suenas bastante —interrumpe entonces Santana.

Dios mío, no puede creer que no se acuerde de ella. Ahora mismo lo trituraría y lo haría puré. Veo como Laura pone los ojos en blanco.

—Es mi amiga Laura. Tú y ella... —Me como el coco pensando en cómo decir esto.

Ahora mismo estoy en una situación un pelín peliaguda.

—Nos acostamos —acaba diciendo ella sin tapujos—. Mmm, pues estaban más buenas el otro día. ¿Qué te pasa hoy?

—Perdona, ¿y por qué te has hecho amiga de mi amiga? —le pregunta Santana, sentándose en el taburete de al lado, como si estuviese interrogándola

—Porque me cae bien. ¿Estás celoso? —susurra, masticando la magdalena.

—¿Celoso? ¿De quién? —exclama Santana, dando un paso atrás, como si le hubiese picado algo.

Ay, espero que Laura no meta la pata.

—De mí, porque soy su amiga.

Santana se ríe un poco, pero no demasiado porque enseguida vuelve a fruncir el ceño.

—A lo mejor eres tú la que está celosa porque no te llamé.

Ahora es Laura quién se ríe con una gran risotada.

—Si hubiese querido que me llamaras, te habría dejado mi número. Fue un polvo aceptable, pero no memorable.

Pam. Laura ha ido directa a su ego. Se lo tiene un poco merecido, siempre está diciendo que las mujeres se le lanzan a sus brazos y cosas parecidas.

—Pues bien que quisiste repetir por la mañana.

Zasca. Ambos aprietan los puños, tiene las mejillas sonrojadas y madre mía, puede que se estén peleando, pero se están comiendo con la mirada también. Eso es tener química y lo demás son tonterías.

—Eras tú o masturbarme en casa, por la mañana estoy siempre muy cachonda.

—O puede que sea yo quién te ponga muy cachonda. Quizás piensas que si estás con mi amiga, podrás repetir conmigo cualquier día de estos —insinúa Santana.

Esto es muy ruin. ¿Está insinuando que Laura me está usando para llegar a él?

—No me interesas. ¿Quieres que te lo repita en mandarín? Además, tengo novio. Y lo suelta así, de sopetón. Puede que no sea verdad y le esté mintiendo a Santana.

—¿Desde que nos acostamos? —susurra el que supone que es mi amigo.

Se encoge de hombros, resignada.

—Desde hace una semana. También es actor, nos conocimos en el *set*.

—¿Así que eres actriz? Eso no me lo comentaste —exclama Santana.

—¿Ya te acuerdas de mí? Vaya, qué sorpresa. No, no soy actriz, soy directora de cine.

Me he quedado de piedra. Anda, si ahora voy a tener dos amigos que resulta que son medio famosos.

—¿Eres la versión joven y guapa de Isabel Coixet? Vaya, no tenía ni idea.

—No, prefiero hacer comedias.

—Increíble —susurra Santana, frotándose el mentón, soltando un suspiro.

—Entonces, ¿quién es tu novio?

—No puedo decirlo, es famoso y acaba de divorciarse. Yo no quería, pero se puso pesado y me llevó a cenar, fue un amor... pero vamos, que la cosa va a durar dos telediarios. Solo puedo decir que está en esa lista de famosos más guapos del país.

—Yo también estoy en esa lista —se queja Santana.

—¿En el top 5...? Ya me lo parecía —recalca Laura, con una sonrisa triunfal bailando en los labios.

—Me voy a trabajar —dice por lo bajo de pronto—. Nos vemos luego, bombón.

—Adiós —susurró, todavía molesta por lo que ha dicho.

¿Tan insignificante soy como para que la gente no quiera estar conmigo por mí misma? La verdad es que me ha dolido un poco, aunque no lo haya dicho con esa intención, pero tiene ese ego gigantesco que piensa que todo se trata de él.

—Suéltalo —dice Laura, observándome con sus grandes ojos, cuando estamos a solas.

—Está claro que Santana sólo está enamorado de sí mismo. Y, no creo que nunca haya atracción sexual entre nosotros —confieso, hay que ser realista—. Tú y él sí que tenéis esa chispa.

—No estoy interesada en él, te lo digo en serio. Puede que lo encuentre atractivo y que haya mentido en eso de polvo mediocre, pero nunca tuve la intención de repetir.

—Lo sé. Esta tarde tengo el concurso de pasteles y... estoy muy nerviosa porque... —ay, no sé cómo decirlo—. ¿Has visto el programa?

—Sí, lo vi —asiente ella, apoyando la cabeza sobre su mano.

—Teo Massagué, uno de los jueces, ¿lo recuerdas?

—Claro, el juez gruñón. ¿Qué ocurre con él?

—Hace un par de meses, más o menos, vino a la cafetería —explico, empezando el relato tormentoso.

—¿A esta cafetería? Oh..., y te puso verde y lo odias —hace sus propias deducciones.

—No, no hizo ningún artículo. Estaba lloviendo, entró para refugiarse de la lluvia, empapado, y yo lo ayudé. Le di una toalla, le puse el calefactor..., a todo eso, yo no sabía quién era de verdad, ¿sabes? Así que le di un café, unos postres y...

—¿Y qué? Me estoy muriendo de la intriga. ¿Llamó a una inspección sanitaria? —pregunta histérica.

—¡No! Él... me besó. Y yo le devolví el beso.

Ya está, ya lo he dicho. A Laura parece que se le desencaja la mandíbula.

—No. Puede. Ser. ¿Le comiste la boca al hombre de hielo? Si es que ya lo dicen, esos que parecen tan herméticos luego son los más apasionados. Claro, ¿y no sabías que sería uno de los jueces? ¿Qué pasó cuando lo volviste a ver?

—Casi me da algo cuando lo vi allí arriba. Por eso tengo pánico a ir al programa. No sé cómo actuar ni qué hacer. Además, cuando me mira, toda mi libido se enciende y me pongo a trescientos grados.

—Tú ten cuidado de que nadie se entere, a ver si te van a descalificar por amistad manifiesta.

—No somos amigos.

Ya me gustaría que lo fuésemos.

—Pero te gusta.

—Claro que me gusta. Pienso en ese beso y... puede que lo haya idealizado, porque hacía mucho que nadie me besaba ni que me contaba su vida ni me miraba de esa manera como si gritara «me pones mucho», pero además, fue bonito.

Qué boba que soy, pero así fue, bonito.

—Entonces dile que quieres que seáis amigos y algo más —dice, guiñándome un ojo.

—No, ¡no! Ni siquiera lo conozco casi, solo sé que llevaba aparados^[2]; que la gente lo odia por su trabajo y en el fondo, eso le afecta; que vive con sus padres, y que tiene una coraza que le impide ser él mismo...

—Cariño, esa es mucha información como para no conocerlo —me advierte.

—Fueron un par de horas, pero dieron mucho de sí. De todas maneras, no creo que se acuerde de mí —manifiesto con tristeza.

—Bobadas, tú habla con él.

Hablar con él, claro.

No dejo de pensar en ese consejo y en cómo demonios llevarlo a cabo, desde que cierro la cafetería hasta llegar al estudio en mi bici. Es un poco surrealista, porque mientras que a todos los del lugar les infunde algo de miedo y antipatía, a mi me pone más salida que el pico de una plancha. Puede que no sea la única, vale, pero de entre los concursantes, sí. Me siento igual que una *grupie* buscándole con la mirada, un poco como las chicas que salen en la película de *Hércules*, que empiezan a perseguirlo y a llamarlo Múscules.

«Marina, concéntrate», me ordeno a mí misma.

¿Qué está diciendo la presentadora? Que hay que hacer algo original. Bien, puedo hacer helado de pistacho, se me da bien, con algo de chocolate. ¿Una mousse? Sí, una mousse de chocolate blanco.

Intento no mirarlo, pero me es imposible. Allí sentado delante de la mesa tiene la vista clavada en mí. ¡Qué horror!, no quiero imaginarme en lo que estará pensando. Mierda, necesito hielo y no lo he dicho. Levanto la mano y le pido a la presentadora si puedo ir a buscarlo.

—Por supuesto, pero uno de los jueces irá contigo para supervisarte.

Contengo la respiración, porque veo que quién se levanta es Teo. Mi mala suerte no puede ir a peor. Mis piernas parecen hechas de gelatina cuando empiezo a andar, siguiéndolo hasta la despensa, y allí, en un rincón, la gran nevera. Me doy cuenta de que ningún cámara nos sigue y eso aún me pone más nerviosa, porque esto quiere decir que podemos hablar... sin fingir. Y yo no sé qué decir.

«Hola desconocido, no sabía que eras juez de este programa. Menuda coincidencia, ¿no?».
Mejor no decir eso.

Teo abre la puerta y ambos entramos en ese sitio lúgubre que parece el Polo Norte. Tiemblo

de frío y de nervios.

Me doy la vuelta para tenerlo cara a cara. Voy a decir algo, aunque esté mal, aunque me diga que no sabe quién soy. Qué idiotez, claro que sabe quién soy y si lo finge, es que es idiota y no vale la pena. Sonrío antes de abrir la boca.

—No volviste a la cafetería.

Dinner rush

TEO

Tomates y orégano la hace italiana; vino y estragón la hace francesa. Crema acida la hace rusa; limón y canela la hace griega. Salsa de soya la hace china; el ajo la hace buena.

Alice May Brock

Ha sido una mala idea ir con ella a buscar hielo. Tenía mi discurso preparado, iba a decir que nadie debía de enterarse lo que había pasado hacía meses entre nosotros —pese a ser una tontería, porque fue un beso, sólo un beso—, pero que cuando terminase el programa, podríamos... quedar o hacer algo. Vaya, ser amigos con beneficios. Pero ha dicho eso sonriendo, algo compungida y me ha desarmado.

Porque no se lo merece.

Lidiar con una persona como yo no es agradable. Y menos cuando se trata de Teo, el tullido emocional, que solo la quiere para algo pasajero, cuando un Teo normal la querría para siempre. Si la chica de uñas rosas estuviese hecha de otra pasta, no lo dudaría, pero no lo está. Adora las películas Disney y estoy seguro de que cree en los “felices para siempre” y está deseando enamorarse.

—Soy crítico culinario, si hubiese vuelto, habría hecho una crítica.

Somos muy distintos, además. Puede que ella ejerza una terrible e inexplicable atracción sobre mí, pero no va mas allá, somos incompatibles. Se me conoce como una persona seria, gruñona y antipática, mientras que ella es alegre, divertida y amable. Yo visto de negro y ella de colorines. Yo soy un poco idiota y ella es un ángel.

—Pensaba que no te acordabas de mí. Casi me muerdo del susto cuando te vi el otro día, haciendo de jurado. No sabía que fueses Teo Massagué.

—Yo tampoco que fueses Marina Tortosa.

¿Cómo iba a olvidarme de ese día? O de ese beso. Su cabello lacio y oscuro recogido en un moño desordenado pero elegante, embrutecido por esas medias de rejilla azul pitufo y esa falda plisada del mismo color.

—¿Te has dado cuenta de que la primera letra de nuestros nombres y apellidos está intercalada? M y T, T y M. ¿Cómo estás? Espero que mejor, no estabas teniendo un buen día.

¿Por qué demonios me pregunta eso? Está siendo demasiado amable y no puedo apartar sus ojos de ella. *Mayday*, la operación alejarme está flaqueando.

—Si piensas que vas a tener algún trato de favor, olvídate, no somos amigos —le advierto en voz baja en un vago intento por poner distancia.

Por la expresión confusa y dolida, parece que se ofende. No me extraña, lo que estoy diciendo es algo rastrero y sin fundamento alguno. No tarda en darse la vuelta y empezar a buscar el hielo entre las estanterías del congelador gigante.

—No quiero ningún trato de favor. Estaría bien que me expulsaran cuanto antes, porque me es muy difícil... estar en este sitio. No quería venir, pero Santana, mi amigo, insistió.

Algo me dice que está diciendo la verdad. Es una tontería, porque no sé cuando las personas

mienten, ni siquiera imaginé que mi prometida lo hiciera durante tantos meses, pero sé que Marina dice la verdad en esto. Me estoy sintiendo terriblemente mal. ¿Por qué este pinchazo en el pecho cada vez que intento ofenderla, o lo hago? Ofendo a la gente a diario y me es indiferente.

—¿Qué piensas hacer con el hielo? —susurro, cambiando de tema y de tono a uno más suave.

—Helado de pistacho —responde, inclinándose hacia adelante cuando por fin lo encuentra.

—¿Y qué más?

—Pues he pensado combinarlo con una *mousse* de chocolate...

Pongo los ojos en blanco, augurándole muy poca trayectoria en el concurso.

—Ni hablar —la interrumpo—. Con la *mousse*, helado de nueces de Macadamia, vainilla o pétalo de rosas.

Al darse la vuelta con el hielo entre sus brazos, lanza un suspiro con una media sonrisa.

—*Mousse* de chocolate blanco, es una receta mía. Con el pistacho queda que te mueres —insiste.

Tiene razón. Me muerdo la lengua, porque sabe lo que hace y yo sigo viéndola como la chica de la cafetería, como a una novata de la cocina cuando no es así.

—¿Ya lo tienes? Pues vamos.

Asiente mientras damos unos pasos hasta la puerta y nos rozamos los hombros. Un ligero cosquilleo me hace temblar. Será el frío que hace en este lugar.

—Gracias —escucho que dice a mi lado en un susurro ahogado y aterciopelado. Se siente como si una pluma me hubiese acariciado la piel.

¿Gracias? ¿Por qué? Si la he insultado insinuando que quería un trato de favor y encima le he criticado el plato. ¿Pero qué le ocurre a esa mujer? Parece que tiene una insana obsesión con sacarme de quicio con sus palabras dulces, sus gestos amables y sus sonrisas eternas. Alzo la mano e intento abrir la puerta, pero no puedo. Vuelvo a intentarlo, esta vez con las dos manos.

—¿Qué demonios? —exclamo, sin poder abrirla.

No es posible. No pueden habernos encerrado aquí.

—¿No se abre? Qué raro —exclama ella.

Esto no es una película de romance yo no soy el prototipo de protagonista ideal como Ryan Reynolds, ni Marina es la típica chica a lo Katherine Heigl —es más bajita, menos delgada y morena, pero más sexy, todo hay que decirlo—.

—¡Mierda! —se me escapa—. Qué frío que hace aquí.

—No te preocupes, estamos en directo. No creo que tarden en echarnos de menos y venir a ver qué ocurre —me tranquiliza Marina, siendo la voz de la razón.

Me he puesto nervioso, pero es cuestión de minutos que alguien aparezca.

—Deja el hielo en el suelo, debe pesar —la apremio al ver que sigue cargando la bolsa.

No dice nada, sólo lo hace. Cuando medio sonrío de nuevo, se le ven los hoyuelos en las mejillas. Fijo la vista en sus labios, tienen pinta de ser suaves, y sé que lo son, porque ya los he probado.

—No quiero ningún trato de favor, debes ser imparcial en el programa. Pero podríamos ser amigos, fuera de aquí —suelta entonces.

—¿Para qué?

—No sé, para hacer lo que hacen los amigos. Quedar de vez en cuando, ir al cine, hablar de nuestras cosas.

Sería fácil decir que sí, dejar que las cosas surgiesen. Yo le gusto, esto es innegable. Se pone nerviosa cuando me mira, cuando está conmigo.

—No quiero ser tu amigo, así que mejor dejemos el tema —exclamo molesto—. ¿Por qué demonios no viene nadie?

Estoy histérico, soy consciente, pero no puedo permanecer más tiempo encerrado aquí, con ella, o me volveré loco. Por suerte se escuchan voces afuera y suspiro aliviado.

—¿Hola? ¿Estáis bien? —se escucha desde el otro lado de la puerta frigorífica.

—¡Sí! ¡Ábrenos! —grito entonces.

—No podemos, la puerta está atascada. Enseguida vendrán los bomberos, permaneced juntos para daros calor.

Lo que faltaba, que la puerta esté atascada y que me pegue a Marina. Creo que el dios del sexo me está mandando una señal inequívoca, o mi madre se está riendo de mí viniendo a plató para joderme.

—¡Qué mala suerte tengo! —musito con los puños cerrados y mucha mala leche contenida.

—Lo siento —dice ella en voz baja, metiéndose las manos en los bolsillos.

Giro el cuello hacia ella, frunciendo el ceño.

—¿Es que has atascado tú la puerta?

—¿Qué? ¡No! —exclama, poniéndose colorada.

—Entonces no digas que lo sientes, porque no es culpa tuya.

No, no es culpa suya que esté luchando con un Teo enamorado que desea repetir ese beso, cuando Teo sensato pierde poder a cada minuto que pasamos aquí, a solas.

—Enseguida nos abrirán, no te preocupes. ¿Tienes claustrofobia?

—No —gruño.

—Entonces supongo que la que te molesta soy yo. Está bien, no puedes gustar a todo el mundo, lo tengo asumido.

Es exasperante, porque ahora se ha entristecido y yo... me siento mal, porque no es eso. Pero ¿cómo se lo digo? No, no puedo decírselo.

—Tus... uñas me perturban. Son raras —musito mirando al suelo.

—No soy rara, mi realidad es diferente a la de los demás —responde ante mi asombro.

—Lewis Carol.

—El gato de *Alicia en el país de las maravillas*. ¿Ves? Hablamos de lo mismo, pero en diferentes perspectivas. ¿Puedo preguntar cómo te hiciste esta cicatriz?

Durante un segundo, ese enfado se esfuma y solo quiero abrirle mi corazón y decirle lo que sigue doliendo, lo que me cuesta confiar en los demás.

—No somos amigos —le recuerdo.

—Lo has dejado claro, pero, aun así, me preocupas.

Irradia luz. Toda ella es un ser de luz y yo soy una insípida polilla que no puede ir más que a su encuentro.

—¿Por qué te despidieron?

Es algo que me preocupa un poco, ser yo el causante. Si lo fuera, debería odiarme un poco y no lo hace. Pero el debería con ella, parece que no funciona.

—No somos amigos, ¿no?

Intuyo que esta pregunta es igual de peliaguda que la de mi cicatriz, porque la vulnerabilidad de apodera de sus ojos y su encogimiento de brazos me lo confirma.

—¿Metiste la pata? No voy a juzgarte.

—En la carta de despido alegaron reducción de personal —murmura casi sin despegar los labios.

—¿Tuvo algo que ver la crítica que yo hice?

—No, de hecho, la leí hace poco por primera vez.

—Si no me dices por qué, voy a suponer que es algo malo, *pinkie*.

Esto último es estúpido, pero es lo que pone en sus bambas.

—Puedes suponer lo que quieras.

Le duele hablar de eso. Esto solo hace que tenga muchas más ganas de averiguar qué demonios le pasó. Suspira frustrada dando una patada endeble a la bolsa de hielo, con tan mala suerte que resbala con las ruedas de las zapatillas y cae al suelo de culo.

Enseguida me pongo de cuclillas para ver si se ha hecho daño.

—¡Ay! —exclama con una mueca de dolor.

—¿Estás bien? Esto te pasa por llevar ruedas en los zapatos —le suelto a modo de reproche, cogiéndola de la mano.

La tiene helada, pero es suave. No lo pienso y me llevo los nudillos a la boca, dejando un beso en ellos.

—Creo que me he roto el coxis —musita con cara de dolor.

—Déjame ver —respondo, buscando entre sus nalgas el hueso—. No está roto.

Le he tocado el culo descaradamente, lo sé. Mierda, Teo, no te excites por favor.

—El otro día vi el nuevo menú del *Tres delicias* —susurra con voz ronca—. ¿Sabes qué incluye? Pato con confitura de sandía y melón. Trufas con quicos. *Mousse* de chocolate blanco. Son... mis recetas —la voz se le corta, y niega con la cabeza—. Es igual. ¿Me ayudas a levantarme?

Primero me alzo yo y luego tiro de ella hacia arriba con fuerza.

—Deberías denunciarlo y montar tu propia pastelería. O ir a trabajar a otro restaurante donde no te roben los platos.

O darle al chef una patada en los huevos. Yo lo habría hecho.

—No estoy hecha para el mundillo competitivo de la alta cocina.

—Quién no arriesga, no gana.

Sus pupilas son un faro para mí. Recorro su cuerpo con la mirada y se me hace la boca agua. Me muero por tocarla, besarla, jugar con su cuello, levantarle la falda.

A cámara lenta, observo como se pone de puntillas, avanzando hasta mi rostro. Duda sólo un segundo antes de acariciar mis labios con los suyos y besarme de forma pausada, con una delicadeza extraordinaria que altera mis sentidos y hace que el corazón me lata desbocadamente.

Me mantengo impertérrito, debatiéndome sobre lo que debo o no debo hacer.

«A la mierda, voy a besarla de verdad» decido, venciendo al Teo racional.

Acuno su rostro entre mis manos y le devuelvo el beso de forma hambrienta y feroz. Tengo ganas de ella, muchas ganas; me carcomen día y noche cuando pienso en ella, y ahora que la tengo, lo quiero todo, desde lo que he soñado hasta lo que no. Su sabor es de chocolate amargo con toques de canela, de sabor prohibido y pasión desenfrenada.

Escruto su boca con la lengua sin dejar un trozo sin descubrir. Mis manos se mueven hasta su cintura, recorriendo la estrecha cintura, hasta sus nalgas.

—Había soñado con esto —confiesa ella en un jadeo.

—Yo también.

Recorro a besos la comisura de sus labios, la línea del mentón, la piel sensible del cuello que hace que se le erice todo el vello. Chupo y mordisqueo el lóbulo de su oreja. ¡Madre mía, esto es gloria! Mis manos se cuelan entonces por debajo de su falda pitufo y acarician su sexo por encima

de la tela de las bragas.

—Esto es... —gime antes de volver a atacar su boca.

—Para mayores de dieciocho, no apto en Disney, *pinkie* —termino su frase.

Mi miembro está a rabiar, disfrutando en darle placer, como nunca. Sus jadeos me excitan, así como las reacciones de su cuerpo.

Con cuidado deslizo las bragas hacia abajo, tocando el vello hasta alcanzar los pliegues jugosos. Ante mi intromisión, pega un grito que ahogo en un beso profundo. Jugueteo con su botón, volviéndola loca de placer.

Deseo tumbarla entre los guisantes congelados y meter la lengua entre sus piernas. De hecho, estoy a punto de hacerlo cuando un ruido en la puerta nos interrumpe.

En un segundo nos separamos, volviendo a la realidad, y es que estamos dentro de una cámara frigorífica. Deberíamos estar congelados y parece que nos hayan pasado por una tostadora. Me he dejado llevar, no he podido contenerme. Por mucho que me concentre en sus excentricidades, por mucho que me diga a mí mismo que es demasiado rara, no logro que deje de atraerme. Es más, ahora hasta el color azul pitufo va a parecerme sexy. Es demasiado preciosa y bondadosa, rezuma ternura y talento.

Antes de que los bomberos desatasquen la puerta, levanto la bolsa de hielo y me la coloco en mi entrepierna para bajar esto. Veo que Marina hace lo propio con una bolsa de guisantes, pero en la frente.

Ahora tengo los huevos congelados y la cabeza serena, o eso creo porque la mirada turbada que me lanza ella justo después de que logren abrir la puerta, hace que me desestabilice un poco. Nos hacen salir enseguida y nos colocan una de esas mantas térmicas que brillan. Pero a Marina se le cae, y noto cómo se le nubla la vista.

—¿Estás bien? —susurro.

—Creo... no —musita antes de tambalearse, cayendo al suelo.

Bueno, hubiese caído al suelo, pero la he sujetado. Ahora viene un bombero y la carga como si fuese peso pluma. Me dicen que tienen la ambulancia afuera y que los acompañe, que nos llevarán al hospital para asegurarse de que estemos bien.

Pues espero que no me hagan un análisis porque verán que tengo el azúcar a menos cien.

Delicatessen

MARINA

Nouvelle cuisine traducido al lenguaje común y corriente quiere decir «no puedo creer que acabe de gastarme cien euros y siga teniendo hambre».

Mike Kalin

He soñado algo increíble. Esas cosas que sabes que no pueden ser reales porque solo pasan en las películas, en esas tan clichés que sabes en cada momento lo que va a ocurrir. He soñado que me quedaba encerrada en una cámara frigorífica con Teo y que nos besábamos apasionadamente.

Pero cuando abro los ojos y me doy cuenta de que no estoy en mi habitación, también mi memoria vuelve a mi cerebro en perfecto estado y me doy cuenta de que un sueño nada de nada, monada, ha sido muy real. Y excitante.

Creo que Teo es el primer hombre que me mete mano de verdad, en ese sitio impúdico y secreto. Ha sido el primero que ha arrancado gemidos extravagantes de mi garganta, el primero que me ha hecho elevarme de la tierra y llevarme a una zona nublada y etérea donde solo estábamos él y yo. El primero que me ha tocado tan íntimamente.

Un segundo, ¿estoy en el hospital? Eso parece, porque estoy en una camilla, en una sala con varios aparatos extraños y la puerta cerrada.

—¿Cómo te encuentras? —pregunta una mujer abriendo la puerta, vestida de azul cielo de pies a cabeza.

Supongo que es del personal médico.

—Bien, creo. ¿Qué me ha pasado? Estaba saliendo de la nevera... —susurro, recordándolo todo a la perfección.

—Ha sido una bajada de tensión, no te preocupes —me explica, colocándose ese aparato para medir la tensión en el brazo—. Soy Clara, de medicina general.

Es muy guapa, tiene unos ojazos color miel que combinan a la perfección con su cabello marrón chocolate y sus facciones dulces.

—Marina, un placer. Suelo tenerla baja, supongo que el estrés...

Y ese beso. Qué beso, madre mía. Aunque pensaba que la tensión te subía si te excitabas.

—Quedarte encerrada en un sitio supongo que no es agradable y menos en un congelador, estando en directo.

—Ves el programa, ¿no? —deduzco por su comentario.

—Sí, lo vemos todos los del hospital. Hemos hecho una porra sobre quién va a ganar, y que sepas que yo he apostado por ti. No me falles —bromea, quitándose el aparato—. ¿Hay riesgo de que estés embarazada?

—No —musito con rotundidad.

Como no sea del espíritu santo o un accidente de inseminación erróneo lo *Jane the Virgin*, lo dudo bastante.

—Bien, entonces vamos a darte el alta enseguida. Hay un chico esperando fuera, ¿quieres que

pase?

El corazón me da un salto porque es Teo, seguro. Ay Jesús, María y José..., ¿qué hago? ¿Qué se le dice a alguien después de lo que ha pasado? ¿Cásate conmigo? ¿Quiero un hijo tuyo? ¿Dame una cita?

—Vale.

No se por qué me rompo la cabeza si total va a repetirme lo de antes, que no podemos ser amigos, que hay que mantener las distancias y toda la pesca, pero ese beso... lo cambia todo. Ese beso ha dicho mucho de lo que siente y está cristalino que yo le atraigo. Nadie te besa de esta manera si no le atraes y se pone hielo en las partes bajas para disminuir una erección de caballo.

Tampoco es que yo tenga una gran experiencia sobre el tema, ¿eh?

—Bombón, ¿qué te ha pasado? Me han llamado diciendo que estabas en el hospital y he venido corriendo —exclama Santana nada más entrar.

No es Teo.

Qué desilusión. No es extraño, me he desmayado y me han llevado al hospital, supongo que él ni siquiera habrá venido.

—Nada, que he ido a buscar hielo, la cámara frigorífica se ha atascado y han tenido que venir los bomberos para sacarme. Y luego me ha bajado la tensión —resumo, obviando lo mejor de todo, por supuesto.

—Joder, ya podrían tener un poco más de cuidado los del programa. Oye, voy a buscar tu papeleo para que firmes el alta y nos vamos, ¿vale? He venido con el coche.

Asiento, sonriendo.

—Gracias por venir.

Frustrada, me tumbo de nuevo en la camilla con un suspiro y cierro los ojos. Pienso en Teo, en lo surrealista de la situación, en lo que se está esforzando para mantenerme apartada de él sin llegar a conseguirlo. ¿Por qué lo hace?

Antes de que pueda empezar a especular, escucho la puerta abrirse de nuevo. Supongo que es Santana, pero no dice nada. Oigo la respiración, está a mi lado y el toque de su mano recorre mi mejilla hasta el mentón. El corazón se me acelera, puede que mi imaginación me esté jugando una mala pasada, pero juraría que Santana no es.

—*Pinkie*, ya me han dicho que estás bien. Voy a irme, los hospitales no me gustan. Lo de hoy no se puede repetir, ¿de acuerdo? Soy malo para ti.

Trago saliva, pensando en si puedo o debo responder, y lo hago sin abrir los ojos.

—No eres malo para mí, lo eres para ti mismo. Como en *La dama y el vagabundo*, el perro que se va de casa porque piensa que no lo quieren. Te boicoteas a ti mismo.

—No seremos amigos —susurra con la voz algo oscura.

Después de decir eso, sale de allí dejándome con un mal sabor de boca. No, no seremos amigos, al menos de momento, pero voy a hacer todo lo posible para acercarme, tanto que vuelva a perder el control de nuevo. Puede que las Spice girls estuviesen equivocadas, que eso de la canción de *If you wanna be my lover* fuese falso, que no tienes que ser primero mi amigo para ser mi amante. Puedes pasar directamente a lo segundo y ya si eso después, ser amigos.

Teo Massagué es, cuanto menos, inquietante. Por un lado, puede parecer un tipo frío, con muchos misterios, pero si logras traspasar un poco su caparazón, ves que es un poco vulnerable, muy humano. Aun así, sigues intuyendo que hay cosas que no dice y que guarda celosamente dentro de sí mismo, cosas que le pesan. Cosas que le hacen daño, y que por ende, teme que repercutan en los demás.

—¿Nos vamos?

Abro los ojos de inmediato y me levanto de la camilla al escuchar a Santana.

—Vámonos.

Total, no voy a resolver este acertijo que es Teo Massagué tumbada en un hospital. Ojalá todas las relaciones tuviesen una receta a seguir, como gran cantidad de sentido del humor, un poco de dulzura, el punto medio de cocción para la pasión y finalmente un toque de incertidumbre para mantener el sabor.

Estoy delirando. Y sigo delirando hasta que llegamos a casa, metiéndome en la cama sin querer abrir la televisión para ver el programa. Quién sabe qué demonios habrán puesto, estos de la televisión son capaces de poner un drama en toda regla. Pero qué equivocados estarían, porque seguro que ni en el *Sálvame* habrían adivinado lo que ha pasado dentro del congelador, y mira que son el programa más malpensado de toda la programación.

Cuando escucho que alguien llama a la puerta del piso, el corazón me da un salto. No sé por qué, pero pienso que puede ser Teo. ¿Y si es él? ¿Y si se arrepiente de haberme dicho aquello en el hospital?

—¡Cariño!

No, no es Teo. Es la inconfundible voz de mi madre. Desilusionada, me levanto de la cama y como un alma en pena camino hasta el salón comedor. Llevo el chándal gris y una camiseta blanca, raro en mí.

—Mamá, estoy bien, no te preocupes. No sé qué has visto en la tele, pero te aseguro que ha sido todo muy... normal.

Ha sido del todo menos normal, pero ¿qué voy a decirle? No, a mi madre estas cosas no puedo contárselas porque es de las que preguntan escépticas sobre qué tipo de hombre es, si me conviene o a qué se dedica.

—¿Seguro? Menudo susto —exclama, llevando la mano en mi frente, como si estar dentro de un congelador le subiese a uno la temperatura—. Cuando he visto que te habías quedado encerrada..., pero veo que estás bien, supongo que en la televisión lo han exagerado.

Mamá es bastante práctica en todos los sentidos. No se come la cabeza con situaciones hipotéticas ni cosas que no puede controlar. Y yo soy una de ellas.

—Seguro que sí —susurro, encogiéndome de hombros—. ¿Cómo va por la peluquería?

—Como siempre, mucho trabajo. Podrías haberme llamado y decirme que ibas a participar en ese concurso. Si no fuera por la madre de Santana, ni lo sabría —me reprocha, cruzándose de brazos—. ¿Se puede saber qué te ha dado ahora para participar en esto? Pensaba que estabas harta de la alta cocina, que no querías saber nada de los restaurantes y que por eso habías montado la cafetería.

Cuando se pone en este plan puede ser peor que Maléfica, y no me refiero a la versión endulzada que Disney ha hecho.

—Es una oportunidad para dar a conocer la cafetería —me limito a decir.

—Podrías hacer panfletos o tener una página web, como casi todo el mundo. Oh, vamos Marina, di que lo echas de menos y ya está. Que te equivocaste dejando ese restaurante, no pasa nada, todos nos equivocamos.

También hay ese pequeño, diminuto detalle de que nunca le conté que me habían despedido. Y me doy cuenta ahora de que las probabilidades de que se entere son grandes.

—No me equivoqué, ese no era mi lugar. Pero he tenido tiempo para pensar y puede que necesite nuevos retos, otras cosas más existentes que en una simple cafetería. Y darle un empujón

al establecimiento nunca está demás. Con este programa, creo que voy a poder lograrlo —me justifico, aunque no es así. Yo en la cafetería soy feliz.

No tendría que hacerlo, pero es mi madre y con ella siempre voy a tener 12 años y siempre voy a tener que decirle porque no he hecho los deberes, o por qué he suspendido matemáticas. Si no, siempre acabo sintiéndome culpable.

Veo cómo alza la ceja derecha y suspira. Creo que voy por buen camino.

—Si esto es lo que quieres, adelante, no voy a ser yo quién te diga que no. Si yo he sido la primera que siempre te dicho que la cocina es lo tuyo, pero una cosa es trabajar en un restaurante de estrella Michelin, y otra cosa muy distinta que salir en la televisión y que te vea toda España. ¿Eres consciente de las consecuencias que puede tener?

Me encojo de hombros, y digo que no. Al fin y al cabo, estado toda la vida a lado de Santana, y ahora que eres famoso, la verdad es que solo puedo ver cosas positivas de la fama, o al menos de su fama, a la que yo catalogaría como media. Vamos, que no es Brad Pitt y yo tampoco.

—Mamá, no voy a ser como Kate Moss ni nada parecido. Como mucho van a reconocirme por la calle y a pedirme una foto, y con suerte vendrán a mi cafetería, que de eso se trata. ¿No puedes simplemente, alegrarte y apoyarme?

—¡Si ya lo hago! Madre mía hija, qué complicada que eres a veces.

Le dijo la sartén al cazo. Al final, acaba dándome un abrazo, un beso y diciéndome que me cuide, que la llame más a menudo y que vaya a cenar el domingo, que su marido quiere hacerme muchas preguntas sobre el concurso; básicamente si está amañado.

Yo le digo que no, que qué se piensa, y que puede que vaya, que me lo voy a pensar. No es un mal tipo, pero a veces se me hace un poco pesado, y los domingos para mí son ese día de relax en el que no tengo que hacer nada, y conociendo a mamá va a esperar a que llegue yo para que le haga la comida.

No hago nada más que volver a la cama y dormir, porque necesito despertar y que esta línea difusa entre la realidad y la ficción vuelva a marcarse con intensidad, porque si no..., no sé qué va a ser de mí. Mañana necesito centrarme, hacer un buen postre sin que la visión de Teo ni mis extraños espasmos en el corazón empañen lo que he venido a hacer en el programa. No, no voy a renunciar a mi cruzada personal para que seamos amigos, simplemente porque así soy yo, cuando algo se me mete en la cabeza, es difícil que salga de ella, pero creo que estaría siendo una estúpida si después de ese beso no intentase algo, lo que sea.

Ese beso lo merece, y yo... Yo también.

Love's Kitchen

TEO

Todo lo que necesitas es amor, pero un poco de chocolate de vez en cuando no hace daño.

Charles M. Schulz

Esta mañana ha llamado Rubén Villamajor, el cenutrio que me convenció de participar en la emboscada esa de «El mejor postre del 2020» pero también uno de mis profesores favoritos de cuando estuve en la academia de cocina. Ha dicho que le gustaría hablar conmigo y que quedásemos para desayunar en una cafetería discreta.

No sé qué es lo que quiere, todo sea dicho, pero cuando he visto la dirección, casi me he caído de culo: *Marina & Cake*.

—No puede ser —mascullo, deteniéndome delante de la puerta de mi oficina.

A veces me da la sensación de que el libre albedrío no existe y que estoy viviendo en un gran programa a lo *El show de Truman* porque tantas casualidades no pueden existir.

Trago saliva, buscando una excusa decente. ¿Que mi madre ha tenido un accidente de coche? ¿Que estoy atrapado en un edificio en llamas? ¿Que los extraterrestres nos invaden? La primera colaría si no fuera porque conoce a mi madre e iría al hospital.

—¿Le ha dado un tirón, jefe? —exclama Gina detrás de mi, tras explotar una bola de chicle.

—No, es que... tengo muy mala suerte —susurro.

—Yo también, siempre me dice que no a subirme el sueldo.

—Cobras más que lo indicado en el Convenio Colectivo —protesto yo.

—Que sí. Solo le informo de que, si alguien me hace una oferta mejor, me largaré —exclama, pero no es la primera vez que lo dice.

—Puede que en una realidad paralela... ¿han dicho algo los de la revista? —pregunto, antes de abrir la puerta y girarme para darme un susto de muerte cuando la miro —. ¡Dios santo? ¿Qué te has hecho en las cejas?

Son azules, al igual que su pelo. Azul intenso.

—Voy al Salón del Manga este finde y me he teñido para el disfraz —informa ella toda orgullosa.

—Gracias al cielo que no trabajas de cara al público. Me voy, no creo que tarde mucho en volver. Si hay algo importante, hazles esperar.

—A las órdenes, jefe —susurra.

En cuanto cierro la puerta, escucho que pone su música a tope, cantando a grito pelado *está encendio nanana*.

Ruedo los ojos mientras bajo las escaleras, convencíndome a mí mismo de que debo de ser el hombre de hielo. ¿Beso? ¿Qué beso? No ha habido ningún beso tórrido y sensual en ningún congelador, no lo ha habido y tampoco soy amigo de Marina Tortosa, la pastelera con ruedecitas en los zapatos y faldas de tul.

Hay que zanjar el asunto cuanto antes. Creo que ha quedado meridianamente claro cuando se lo dije en el hospital, antes de marcharme. Pude ver entonces al que se supone que es su amigo, un

tipo muy alto y atractivo. Todas las enfermeras estaban coqueteando con él así que pude escabullirme en su habitación durante unos minutos.

Con pasos vacilantes, llego hasta la puerta del local que tan bien recuerdo. Desde allí, la veo a través del cristal. Está moviendo la cabeza de forma graciosa, medio bailando mientras tararea una canción detrás del mostrador. Está preciosa hoy, lleva el cabello suelto y una blusa blanca con cuello redondo.

«Teo, coño, como si va en bikini, que a ti te da igual», me regaño, negando con la cabeza.

Alzo el mentón y empujo la puerta. Cómo no, una campanilla insolente hace que yo no pase desapercibido al entrar.

Divino.

—¡Teo! —grita Rubén desde una de las mesas, alzando la mano.

—Teo —escucho también que dice Marina en un susurro aterciopelado.

No la miro, voy directo hasta Rubén y me siento, con los nervios a flor de piel. Allí fue dónde nos besamos y no paro de pensar en eso.

—Este sitio es fantástico, ¡fantástico! Tienen unos postres brutales, no sé dónde los compran pero me tienen encandilado —exclama, atiborrándose con la milhojas de crema—. Mmm, tienes que probar eso.

—No los compra en ningún sitio —resoplo, bajando la vista a la mesa.

Se está acercando, escucho sus pasos dudosos y noto su presencia en cuanto llega a mi lado.

—¿De veras? Disculpe señorita, ¿quién hace los postres? —cuestiona Rubén.

Marina tose ligeramente antes de responder.

—Yo. ¿Le ha gustado la milhojas? —responde con timidez.

No me atrevo a mirarla. Pero estoy deseándolo. Joder, pero si lo hago... toda su magia se va a desplegar sobre mí.

—Muchísimo. Debería promocionar eso. Yo soy profesor de cocina, ¿sabe? ¿Dónde aprendió a cocinar?

La sorpresa que se va a llevar Rubén va a ser digna de presenciar. La está subestimando, como yo hice en su día.

—Del recetario de mi abuela. Luego en el *Cordon Bleu*, en París.

Abre los ojos como platos al escuchar eso, hasta creo que se le saltan las gafas que lleva puestas, muy redondas, parecidas a las de John Lennon.

—Vaya, es usted toda una profesional.

«Es Marina Tortosa, está participando en tu programa, Rubén», quiero decirle, pero me callo.

—Muchas gracias —musita Marina—. ¿Quiere tomar algo?

Me lo dice a mí. Mierda, tengo que mirarla porque estoy siendo un maleducado. Y eso hago, alzando la vista hacia esa preciosidad de mujer. El corazón se me encoje al ver su rostro expectante, con los labios temblándole porque yo estoy aquí, otra vez.

—Un café —consigo decir, abrumado por su presencia.

—Café con leche, corto de leche y doble de café descafeinado ¿verdad? Ah, y la leche semidesnatada —añade con rapidez.

La jodida tiene buena memoria.

—Exacto.

Al retirarse, veo que Rubén frunce el ceño mientras saca una pequeña libreta.

—Conocías el sitio, ¿no? Rufián, qué callado te lo tenías. A ella no le haces crítica devastadora ¿eh?

Parpadeo un par de veces, buscando el significado de sus palabras mordaces.

—Sería una crítica buena y ya sabes que tengo una reputación que mantener. Además, es mi pequeño remanso de paz, no quiero que venga la gente en masa. Aquí nadie me conoce.

No es cierto, pero podría serlo. En realidad, es el sitio idílico para ir, comer bien y estar tranquilo, él lo sabe y yo también.

—Entonces será nuestro pequeño secreto. Bien, me han dicho que los índices del programa están funcionando a la perfección.

—¿Lo ves?

—No, claro que no. Estas cosas me aburren mucho. Pero quería comentarte algo. A la cadena le gustas y se preguntaban si querías salir en un programa dónde van a los restaurantes y básicamente, los critican.

Ya decía yo que era raro que no reconociese a Marina. En fin, mejor que mejor.

—No, gracias. Lo mío no es la televisión. Para empezar, me hace gordo.

En realidad no me he visto, pero siempre dicen que la tele engorda por lo menos diez kilos. Me detengo cuando Marina deja el café en la mesa y una trufa de cortesía. Antes de irse me guiña un ojo y yo... me pongo tontorrón.

—¿Gordo? Pero qué dices, Teo. Anda, si eres muy bueno dicen. Tienes carisma y hasta un grupo de fans.

—No lo veo claro. Detesto salir en la televisión.

Marina me hace señas desde el mostrador. Sí, señas de que me acerque. No puedo hacerlo, no puedo. ¿Para qué quiere que vaya? En serio, así uno no se puede olvidar de sus besos, ni poner barreras invisibles.

—La gente te adora. España te adora —exclama Rubén, y yo solo pienso en cómo mandarle a la mierda sin que se enfade.

—Yo... voy al servicio, ahora vengo.

Cabreado, me levanto de la silla y voy directo hasta los servicios, sin mirarla.

«Respira, Teo, respira. Puedes hacerlo, puedes negarte y seguir como hasta ahora, concéntrate en tu lado negativo».

Pero no puedo centrarme porque alguien abre la puerta y se mete conmigo en ese baño liliputiense.

—Hola Teo —replica su vocecilla, incrustada entre la puerta y mi cuerpo.

—Vete —gruño, intentando parecer firme y nada amable.

—Estás muy guapo —exclama, torciendo una sonrisa que ilumina esta mierda de estancia—. ¿Qué haces aquí? ¿Has cambiado de parecer?

—No, ha sido casualidad. ¿Siempre te metes en el baño con los clientes? —protesto, pareciendo enfadado.

Pero no lo estoy, en absoluto.

—Por supuesto que no. Es que creía que no querías hacer saber a ese hombre que nos conocíamos. ¿Es así?

—Por supuesto ¿sabes quién es? El productor del programa. Si supiera que tú y yo ... vaya, que te desclasificaría automáticamente —explico con rapidez.

—Entiendo. He oído lo del programa, deberías decir que sí. Eres muy gracioso y tendría éxito.

¿Perdona? Marina está delirando.

—No soy gracioso.

Quiero replicar un poco más, hasta que me doy cuenta de que bajo esa luz artificial de baño de discoteca, su blusa es bastante transparente. Vaya, que se le ve todo el sujetador de encaje.

«No, pequeño Teo, este no es un buen momento para despertar. Joder, piensa en cosas asquerosas, piensa en mamá montádoselo con papá...», suspiro, sin poder apartar la vista.

—¿Estás bien? Oh, diantres, no... o sí que lo estás —musita ella enrojeciendo, mientras que una erección de caballo me sube al instante, y debido a la estrechez del lugar, no puede evitar sentir en su estómago.

Qué vergüenza. Soy una desgracia, un fraude con dos piernas y un cerebro de mosquito que no sabe mantener la cabeza fría.

—Lo siento, pero estás invadiendo mi espacio personal y... yo... tu blusa se transparenta —susurro, sentándome en la taza del wáter para evitar males mayores.

—No pasa nada. Esto... es más que la media española, ¿eh? No sé si quieres...

—Sal de aquí, Marina —ruego, porque si no, esto no va a bajar ni en mil años.

—Será lo mejor, sí —dice al final, abriendo la puerta y dejándome solo.

Esto me pasa por ser puñeteramente selectivo al acostarme con las mujeres. Que si una tiene la nariz demasiado larga, la otra las piernas feas, y si no es porque su voz es demasiado aguda y sus chillidos no me pondrían a tono. Hace siglos que debería de haberme lanzado al sexo sin compromiso con cualquiera y terminar con esa sequía de milenios. Esas cosas no me pasarían, lo tengo claro.

Abro el grifo y me humedezco la nuca, respirando hondo, pensando en cementerios, niños de África malnutridos y mi madre en ropa interior. Poco a poco el bulto va disminuyendo hasta desaparecer y puedo salir de aquí. Resignado, vuelvo a la mesa dónde Rubén ya está de nuevo, listo para el segundo asalto.

—La oferta que te harían sería muy interesante y... cuantiosa.

Hemos pasado del prestigio al dinero, cómo no. Por suerte, antes de que continúe, suena su teléfono y lo coge con rapidez. Al desviar la mirada hacia Marina, veo que está apoyada en el mostrador con la cabeza sobre la mano, mirándome de forma descarada sin disimulo alguno, igual que si estuviese embobada. ¿Cómo se le ocurre? Cualquiera que la viera... corrección, cualquiera que nos viera pensaría mal.

—Voy a pedir... algo —susurro, levantándome de la mesa.

Me dirijo hacia ella para darle un rapapolvo, decirle que me ignore y que ya basta.

—Deja de mirarme de esta forma —siseo, mientras finjo observar los pasteles.

—¿De qué forma?

—Como si yo fuese un bombón relleno de *praliné* y quisieras comerlo.

Esto ha sido muy explícito. Demasiado explícito.

—No es... —empieza a decir, pero el sonido de una pequeña alarma la interrumpe—. Perdona, tengo que sacar del horno los *cupcakes*.

Ágil como una pequeña cabra, da un saltito y se encamina hacia el interior del establecimiento. Tengo curiosidad por saber cómo tiene la cocina. Es una curiosidad profesional, que conste. Disimuladamente, compruebo que Rubén está enfrascado en una conversación telefónica y que va para rato, así que ni corto ni perezoso, me adentro en las profundidades de la cafetería más temida del barrio.

Como me pensaba, las paredes están pintadas de un rosa fucsia muy cantoso, pero todo lo demás es bastante normal, una cocina surtida de utensilios, fogones potentes y dos hornos de última generación. Es pequeña, pero suficiente para el establecimiento.

—Te pareces a él —señala con la manga pastelera una de las paredes, dónde hay un cuadro colgando.

Me acerco, viendo que es un dibujo, y que en él sale un hombre en la playa dándole un beso en la mejilla a una sirena pelirroja. En qué mundo me parezco a eso.

—Ni de coña —susurro—. ¿Qué le pones a los *cupcakes*?

—*Frozen* de limón. Puede que no tengas los ojos azules, pero me gustan más los oscuros.

—Creo que lo más parecido que hay a mí en la factoría de Disney es el león ese con la cicatriz —exclamo, cogiendo uno de los *cupcakes*—. ¿Puedo? —pregunto por cortesía, antes de darle un mordisco.

Joder, están deliciosos.

—Claro. ¿Scar? Pero qué dices, no te pareces en nada. Puede que seas borde y tal, pero no eres malo.

—¿Y cómo lo sabes? —musito aún con la boca llena.

Se lleva un dedo a la boca, lamiendo un poco de glaseado mientras se acerca a mí peligrosamente.

—Me lo dice el corazón.

Woman on top

MARINA

El amor es tan importante como la comida, pero no alimenta.

Gabriel García Márquez

Mi imaginación está descontrolada. La banda sonora de *El rey león* ha tomado el control y en mi cabeza aparecen una sucesión de imágenes, siendo la primera nuestra boda con una tarta que es un *cupcake* gigante, seguida de nuestro primer hijo al que Teo alza en esta cocina igual que Simba.

Pero el ciclo de la vida se interrumpe y bajo de las nubes al ver que Teo da dos pasos hacia atrás.

—Eres una ingenua. Podría ser una mala persona, ¿eres consciente de eso? Podría ser un asesino en serie o un violador o uno de esos que sacan el látigo.

—Se les llama sados, creo —susurro en un hilo de voz—. ¿Eres un sado? No tengo experiencia, pero dicen que para todo hay una primera vez. Por cierto, ¿qué tal tu... manga pastelera?

Por supuesto no voy a decirle miembro viril u otra cosa así. Mi comentario le hace gracia porque disimula la risa con una mueca.

—Mi manga pastelera... está bajo control —susurra, buscando un punto distinto en el que fijar sus ojos azabaches, pero parece que soy una distracción demasiado grande porque sigue mirándome—. ¿Siempre has sido tan confiada? No le pega a alguien a quién ha sufrido un abandono.

Sé que no lo dice con mala intención. Cualquiera otra persona se habría molestado, al fin y al cabo es algo que en teoría, debería doler, pero ha pasado tanto tiempo que ya no lo hace. No realmente. Así que me encojo de hombros y respondo algo que quizás lo ayude a comprenderme un poco más.

—Puede que si hubiera sido más mayor y hubiese tenido más relación con mi padre, me habría dolido mucho. Pero casi no lo recuerdo, mis lazos afectivos con él fueron los que uno tiene por referencia, ese amor que los niños tienen a sus padres de forma incondicional. Me hice mayor y me di cuenta de que no tenía sentido estar triste o enfadarme.

—¿Acaso los padres no quieren a sus hijos de forma incondicional?

—No lo sé. Creía que sí, pero no.

—Aun así, parece hacerlo.

Abro los ojos sorprendida mientras vuelve a acercarse a mí, y con ese gesto desenfadado, acaricia mi mejilla con el pulgar. El tacto suave con mi piel hace que se me acelere el corazón, palpitando arrítmicamente. Creo que me va a dar un ataque o algo parecido, porque ese gesto es tan íntimo, tan delicado y tan lleno de ternura que hasta me entran ganas de llorar.

Trago saliva, augurando un viaje emocional hasta las estrellas.

—Así debería ser el amor. Desinteresado e incondicional.

Es una apreciación personal, soy consciente. Llegados a esa conclusión, no puedo más que

sonreír. En un gesto divertido, pensado para rebajar esa tensión que parece habernos invadido, alzo la manga pastelera y dejo un poco de *fondant* en la punta de su nariz.

Luego pienso fríamente que es Teo Massagué y que puede que se enfade, pero sonrío igualmente para ver si reacciona bien. Pero parece no hacerlo en absoluto, ni bien ni mal.

—¿Acabas de ensuciarme la cara? —susurra con una voz gélida que no augura nada bueno.

He metido la pata. «Genial, Marina, si antes era reacio a acercarse a ti, después de esto directamente huiré». Me preparo para escuchar un sermón o un insulto demoledor, pero en vez de eso, con los ojos medio cerrados, percibo algo húmedo y viscoso en mi nariz. Los abro, llevando el dedo índice hasta donde noto esa masa extraña, y al mirar en la falange del dedo, veo que es chocolate.

Teo me ha ensuciado de chocolate y ahora se le escapa una pequeña risilla malévola.

—¿Quieres guerra? —susurro, emocionada.

Es lo mejor que podía pasarme. Me lanzo hacia él armada con la manga pastelera —la de verdad— y le embadurno la mejilla derecha antes de que él se aparte hacia un lado, protegiéndose con el brazo.

—No estamos en igualdad de condiciones —brama, lanzándome entonces por encima el resto de chocolate deshecho que había en la encimera.

Dios mío, ¡estoy llena de chocolate! No puedo evitar pasarme la lengua por la barbilla, probando algo de ese delicioso néctar de los dioses, y tampoco puedo evitar pensar en cómo sabría Teo con algo de él por encima.

—Discrepo —exclamo, volviendo a la carga.

Esta vez él me atrapa por la cintura con sus manos y empieza a hacerme cosquillas. No puedo continuar, la risa me invade y casi estoy sin aliento.

—¡Vale! ¡Me rindo, me rindo! Tú ganas pero... ¡para! —logro decir entre risotadas.

Estamos prácticamente pegados, él todavía sigue teniendo sus brazos enlazados en mi cuerpo, y yo sigo sujetándome a la solapa de su chaqueta, medio riéndome. Hay algo superior que me impide apartarme de él, de desviar los ojos en otra dirección.

—Has hecho trampas —susurro, tragando saliva.

Ese momento no me lo esperaba, como tampoco el latir acelerado de mi corazón.

—No has establecido las reglas, *pinkie* —dice con la voz melosa.

Cuando desvía la mirada hacia mi boca, sé lo que está pensando, lo sé muy bien porque yo pienso lo mismo. Chico lleno de glaseado, chica embadurnada de chocolate... suena más porno de lo que es en realidad.

—Solo podían usarse mangas pasteleras —incido, acercándome un milímetro más a su rostro.

—¿Todas...? —pregunta con un tono sutil pero incisivo.

¡Oh, vaya! No había caído en la *otra* manga pastelera. Creo que me estoy sonrojando y la risa vuelve a escaparseme.

—Por qué no —me atrevo a decir—. ¿Está bueno el glaseado?

Debería acercarme a su piel y darle un lametazo, pero soy incapaz. Me quedo estática, sintiéndome un poco patética. Leches, así nunca voy a seducir al hombre que me gusta. Pero parece que la situación se ha vuelto también irresistible para él, porque no hace el ademán de separarse.

—Muy rico. Ahora deja que pruebe el chocolate.

No tengo ninguna objeción a ello, así que cuando posa sus labios en la comisura de los míos y lame, ese cosquilleo bajo el estómago se intensifica, golpeándome y dejándome medio mareada.

Tampoco ayuda el hecho de que sus manos se hayan colado por debajo de mi falda y recorran su camino tan campante hasta mis glúteos, a sus anchas.

Oh, es un mago en esto y por mucho que mire sigo sin pillarle el truco.

—Creo que su amargura disminuye cuando saboreo la dulzura de tu piel —zozobra en mi oído, pegándose un poco más a mí.

Es oficial, ese hombre quiere matarme de placer y ha decidido hacerlo hoy. Sin embargo, parece que de golpe recobre la compostura, porque alza los brazos y pone distancia entre nosotros.

Se acabó la fiesta, el Teo distante vuelve a estar por aquí. Tengo que pensar con rapidez, hacer algo para que volvamos a tener esa complicidad, evitar que dé ese paso hacia atrás.

—Puedes probar el chocolate un poco más.

Me muerdo el labio inferior, pensando en la estupidez que acabo de decir. Ya de paso, podría haberle rogado que me besara.

—Debería volver, estaba con alguien ¿recuerdas?

No parece enfadado, y su tono tampoco. Sin pensarlo demasiado, le alargo un par de pañuelos para que se limpie la cara mientras no puedo dejar de mirarle.

—Ha sido divertido. ¿Puedes creerte que nunca he hecho una guerra de esas con nadie? La gente de la alta cocina es un poco aburrida—admito con impaciencia.

Parece que eso le hace gracia por la manera en la que tuerce la boca.

—Nos vemos, *pinkie*.

Tardo un poco en salir de la cocina. Entre que me limpio, ordeno mis ideas y encuentro la valentía para mirarlo a la cara después de esto, a lo mejor han pasado quince minutos.

Ya no está. Ni él ni el hombre con el que estaban. Resignada, voy hacia la mesa dónde han pagado una cantidad superior a la cuenta para recoger los platos y los vasos.

Un toque de canela

TEO

La vida es incierta. Come primero el postre.

Ernestine Ulmer

Si las miradas matasen, ahora mismo no estaría muerto pero casi. Y es que he metido la pata, pero bien metida. No quería llegar a estos extremos, lo juro, pero en mi defensa diré que Marina hace que pierda los papeles, que no sepa ni dónde estoy y que toda mi atención recaiga en ella y sólo en ella.

Puede que no sea exclusivamente culpa suya, ya sé que las leyes de la atracción son traicioneras, pero no han hecho nada para evitar que lo ocurrido entre ella y yo quede en una anécdota.

Todo ha empezado esta tarde durante el programa. Después de que la presentadora hiciera un casi lacrimógeno episodio de lo que nos pasó en el congelador, ha empezado la prueba del postre que elabora Aurelio Morales en *Cebo*, su restaurante de Madrid con una estrella Michelin. Se les ha dado un tiempo a los concursantes para que lo elaborasen, y finalmente los jueces lo probaríamos y puntuaríamos.

Y eso hemos hecho. El postre consistía en una *crème brûlée*, espuma de albaricoque, citronella y vainilla. Es un poco jodido de elaborar, pero no imposible. Vaya, que un profesional a la altura puede hacerlo sin problemas. Cuando han terminado, hemos probado uno a uno y tengo que decir que ninguno era perfecto. Obviamente no me he callado y he dicho lo que tenía que decir en cada uno de ellos, hasta que por último, le ha tocado a Marina.

Cuando nos hemos puesto delante suyo, me ha sonreído efímeramente. Admito que me ha molestado porque el otro día le repetí que no podíamos ser amigos. Aun así, un cosquilleo inexplicable me invadió la columna vertebral, un nerviosismo inocuo e irascible pudo con mi férrea voluntad de permanecer impasible. Eso me cabreó, porque Marina Tortosa no es Miranda Ker, ni Sharon Stone, ni siquiera se acerca a Kira Miró como para hacer que a mi me tiemblen las piernas, y lo logra únicamente con una media sonrisa, los labios con algo de brillo y un moño mal hecho.

Su postre sí que era perfecto, tenía la perfecta sintonía de todos los ingredientes, hasta que un gusto final lo ha estropeado y cómo no, he puesto una mueca de desagrado.

—¿Qué es ese gusto final? —he susurrado, creando un ambiente tenso.

Hasta los otros dos jueces se han puesto en alerta, pero a mi parecer, era horrendo.

—Puede que sea..., le he añadido un toque de canela —ha dicho ella en un suspiro, tímidamente pero sin perder la sonrisa.

—¿Canela? —he repetido con incredulidad—. ¿Estaba en la receta?

—No.

—Entonces, ¿por qué has puesto canela?

Debí de haberme parado ahí, por que no estoy orgulloso de lo que siguió, no lo estoy.

—Me pareció una buena combinación, algo innovadora...

—Has destrozado un postre perfecto. Lo has convertido en basura. ¿No puedes limitarte a seguir las instrucciones? No creo que sea tan difícil.

El silencio que vino después pudo cortarse con un cuchillo. Nadie se atrevía a decir nada, ni siquiera la presentadora. Miré a Marina a los ojos por primera vez y lo que vi me destrozó por completo. No había rastro de esa candidez que la caracterizaba, ni de comprensión, ni siquiera de su calidez habitual. Había un poco de miedo y decepción. Esos dos ojos a cuya luz era adicto, se habían apagado en un suspiro. Era yo quién había soplado hasta que la llama había cedido.

—La canela... no lo veo tan terrible —dijo entonces Oriol, aligerando la tensión—. En realidad, no le queda mal.

Puede que entonces le dedicase una mala cara a propósito, pero no durante mucho rato, pues no podía dejar de mirarla a ella. Quise desdecir aquello, o decirlo de otra manera. Nunca había sido un Teo cruel con Marina, siempre había sido incapaz, pero en esos momentos mi incapacidad para no sentir nada por ella me enfadaron hasta el punto en que quise hacerle daño, de modo inconsciente, y ahora que lo había logrado el resultado no me gustaba.

Durante el resto del programa no pude mirarla más, y aquí estoy, sentado en mi coche sintiéndome como un capullo. No la han nominado al final. Sí, eso de las nominaciones es que los dos peores concursantes, durante la semana, la gente les vota y el más votado se queda.

Siendo egoísta, mi vida sería mucho más sencilla si ella se fuera del programa. Siendo justo, no se lo merece, porque es buena. Qué digo, es la mejor concursante, se merece ganar.

Estoy a punto de arrancar al ver el semáforo en verde, cuando en el carril bici de la derecha, la veo. Se ha detenido, apoya la bicicleta en un árbol y se sienta en el suelo, poniendo la cabeza entre las rodillas. Dios, está mal. Está mal por mi culpa, mi sola culpa.

Aparco el coche en el arcén y me bajo de él. Un Teo escéptico me dice que no lo haga, que así voy a confundirla mucho más y que disculparme no es lo que un crítico culinario como yo hace, nunca. Pero estoy enviando a la mierda a ese Teo, dando paso al Teo comprensivo que se esconde bajo estas capas de resentimiento y amargura.

No digo nada, sólo me limito a sentarme a su lado, en el suelo, cosa que nunca, antes había hecho en mi vida y menos en Barcelona. Puede que en el campo y en la playa, pero en la acera..., no. Al notar la presencia de alguien, levanta la mirada y me ve. Su cara es más de sorpresa que otra cosa, y no sé si está enfadada o no lo está. Tiene los ojos húmedos, eso hace que sus tupidas pestañas de abajo se peguen las unas con las otras, y que el color de sus ojos ligeramente varíe a algo parecido a las hojas de albahaca.

No estoy en mis cabales, lo sé. Pero Marina me recuerda al pesto de esos espaguetis que solía preparar, porque me quedaban perfectos, con el punto justo de picante y extraordinario sabor. Me recuerda a todo lo bueno que solía tener y ya no tengo.

—Vaya, no esperaba verte aquí —susurra entonces—. Bonito coche, es híbrido.

—Bonita bici, es ecológica.

Se encoje de hombros mientras aparta de un manotazo una lágrima rebelde que resbala por su cara.

—Me gusta cuidar del medio ambiente. Soy de las que recicla y va al supermercado con bolsas de tela.

—A mi siempre se me olvidan y acabo pagando las de plástico —admito, con cierto grado de culpabilidad—. Pero no he venido a confesar mis pecados medioambientales.

—Puedes hacerlo, tu penitencia será poner todas las botellas de vidrio en el contenedor verde

oliva.

—Es más verde enebro —la corrijo sin querer—. Ahora, en serio, no quería... ser tan condescendiente.

—No lo has sido. Esto es un concurso y tú eres el juez. En el fondo, sé que no valgo para esto. Mi madre tenía razón, ese no es mi lugar. Tendría que haberle hecho caso —se lamenta, negando con la cabeza.

Frunzo el ceño, impertérrito. ¿Qué está diciendo? Sandeces, eso dice.

—Por supuesto que aquí es dónde debes estar. Mira, lo de la canela... tampoco estaba tan mal, pero es que me he cabreado porque lo habías hecho perfecto y vas y lo estropeas con esa nimiedad. Marina, tienes mucho talento, al menos el mismo que muchos profesionales que están trabajando en buenos restaurantes.

Teo Massagué acaba de decir algo positivo.

—Muchas gracias —musita, y entonces hace algo insólito, apoya la cabeza en mi hombro.

Es un gesto natural, automático. Lo hace casi sin pensar. A mí se me encoge el corazón, y una sensación extraña se apodera de mi cuerpo. Me dan ganas de alzar la mano y acariciar su piel bronceada. Tiene pinta de ser muy suave.

—Te he decepcionado —exclamo, recordando su mirada, esa que me ha lanzado en el programa—. Ya te lo dije, no soy el hombre que piensas que soy.

—Esperaba algo parecido. Pero no has sido tú quién me ha decepcionado, he sido yo misma. Creí que apreciarías mi toque de canela, que sería algo original y que, por primera vez, te dejaría sin palabras. Era un postre que ya había hecho, no tenía secretos para mí... pero me equivoqué al meter el ingrediente.

—Entiendo. Aunque no deberías tomar mis argumentos y sentencias como absolutas. Lo de la canela era muy subjetivo y a los otros dos jueces les ha gustado.

—Quería impresionarte —dice, soltando una risilla—. Menuda estupidez, impresionar a un crítico culinario. Si has estado en los mejores restaurantes del mundo..., es que me gustas, ¿sabes? A veces las personas hacen tonterías cuando les gusta alguien. La sirenita hizo un pacto con una bruja para tener piernas, porque le gustaba un hombre.

—Y luego él la rechazó y se convirtió en espuma de mar —resuelvo, siendo un cuento bastante triste.

—Prefiero la versión de Disney.

—La vida real no es como los cuentos de Disney, Marina.

Ella deja de apoyar la cabeza sobre mi hombro y me mira con ternura, los ojos hinchados y el pelo algo alborotado.

—Ya lo sé. Tampoco yo soy el prototipo de princesa Disney, ni espero que nadie me rescate ni que mi príncipe azul aparezca de la nada. Pero no por ello voy a dejar de buscar mi final feliz.

—Los vivieron felices y comieron perdices, son un mito. Nadie te dice qué pasa después, qué es lo que le depara a esa pareja perfecta que acaba de darse un beso de tornillo. ¿La rutina terminará matando la chispa? ¿Sus hijos serán agobiantes? ¿La va a dejar por alguien más joven? ¿Ella tendrá un amante?

—Bueno, es que mi final de cuento de hadas no termina como tú piensas —susurra, cruzando las piernas.

—Ah, ¿no?

—No. Yo estoy buscando mi principio y voy a hacer lo posible para tener mi final, y esto va a llevarme toda una vida. Yo quiero terminar cogida de la mano de esa persona sentada en un banco

del parque, y que seamos octogenarios.

—Así que planeas morir de vieja.

—Como sano, hago ejercicio... sí, sería la mejor de las muertes. Pero no descarto otras opciones, que serían igual de válidas mientras haya encontrado el amor. Pero el verdadero.

—Hay muchas clases de amor pero no sabía que pudieran ser falsos.

Entonces sonrío, y cuando lo hace, todo mi mundo deja de girar.

—Pueden ser ilusorios, cuando crees querer a una persona y resulta ser otra. O crees que te quiere, y no lo hace.

—Pero tu sentimiento no cambia, sea o no recíproco.

—Cambia tu forma de comportarte, o al menos tus planes, tus ilusiones, tus sueños... debe de ser magnífico amar y ser correspondido.

Según su teoría, entonces yo nunca he amado de verdad, y no creo que sea cierto. Claro que la quise, a la otra, la quise mucho, y por supuesto que continué haciéndolo aún después de su traición. Hasta que un día me desperté, y me di cuenta de que ya no pensaba en ella.

—El amor también se acaba. Pueden dejar de quererte, sin más. No hay ninguna explicación lógica al respecto, sólo ocurre y ya está. ¿Contemplas esta posibilidad?

Ella frunce el ceño y dice que no.

—Lámame ilusa, pero no lo hago por el simple hecho de que esto es mi sueño y en los sueños se desea lo que uno quiere, es el único lugar dónde la razón no tiene cabida. ¿Cuál es tu sueño, Teo?

No sé si es su voz, o la forma en la que logra desnudarme el alma mientras me mira los ojos, expectante, como si mi respuesta fuera lo que más anhela en este mundo. No sé si es por su delicadeza, sus gestos etéreos y gráciles que logran abstraerme del mundo y me empujan a una realidad alternativa en la que solo estamos ella y yo. O puede que sólo sea que esta mujer está calando hondo en mí de la forma más básica y simple y a la vez la más mágica: siendo ella misma.

—¿Mi sueño?

¿Cuál es mi sueño? No lo sé, ya no tengo sueños. El de antes era ser un gran *chef*. No el mejor, ni tener tres estrellas Michelin, lo único a lo que aspiraba era a tener una buena reputación, que la gente volviese a mi restaurante porque les gustaba, porque se sentían bien. Y tener una familia, algún día tener un hijo, enseñarle a caminar, a hablar, a correr, la diferencia a veces difusa entre el bien y el mal y a diferenciar un buen pescado fresco de otro que no lo es tanto.

—Sí, tu sueño —reitera ella.

—No lo sé —vacilo un poco, abrumado por la verdad de esa respuesta—. No tengo ninguno ya.

—¿Se han cumplido todos?

Qué ingenua. Pero esa ingenuidad me produce ternura.

—No, ninguno. Pero pasó algo y mis sueños se desvanecieron. Ya no existen —confieso, a sabiendas de que su curiosidad no terminará aquí.

—¿Ese algo tiene que ver con tu accidente? Lo leí —se justifica—. No pasa nada, vendrán otros sueños mejores —susurra.

Por segunda vez, me coge de la mano.

No había olvidado su tacto, ni tampoco ese relámpago que parece caer sobre mi corazón cuando la aprieta con suavidad.

—¿Y si no llegan nunca?

—Lo harán, siempre lo hacen. Sólo tienes que tener un poco de fe y paciencia.

—Esto ha sonado un poco a canción de los Beatles.

Lo admito, me encanta cortarle el rollo cuando da discursos positivos. Pero como siempre, se lo toma con humor y se ríe.

—Sería su canción póstuma, al menos para John Lennon.

—¿Canción póstuma? Eso no existe —afirmo.

—Si existen los matrimonios póstumos, ¿por qué no las canciones?

—¿De dónde has sacado eso?

—Lo leí en una revista. Se ve que el código canónico permite este tipo de matrimonios, o lo hacía. ¿Sabes cuál fue uno de ellos?

—No. Pero estoy seguro de que Felipe y Leticia no —vuelvo a bromear, algo insólito en mí.

—Fue Pedro I y María de Padilla. Aunque ahora en Francia se han puesto bastante de moda.

—¿La gente se casa con su novia muerta? —pregunto, extrañado.

—Sí, siempre que el presidente lo autorice. Supongo que tiene que haber muerto durante los preparativos de la boda u algo parecido.

—Menuda estupidez, nunca sabes si va a decir sí quiero de verdad. ¿Y si se muere y no iba a casarse realmente con la otra persona?

Me lo estoy llevando al terreno personal, tengo que parar.

—Entonces... supongo que se fastidia. ¿Quién prepara una boda si no tiene intención de casarse?

—No te imaginas la cantidad de gente que lo hace —me sorprende a mi mismo diciendo eso, pensando en cómo demonios he terminado hablando de mi desgracia personal.

Parpadeo, volviendo a la realidad, olvidando esas imágenes que deberían estar enterradas bajo tierra, y entonces veo cómo abre la boca, cómo entona los ojos... y sé que lo sospecha.

Pero no lo dice, sino que, de forma deliberada, se acerca más, dando un pequeño empujón hacia mi cuerpo, colocándose frente a mi cara. Puedo sentir su aliento a nube de azúcar en mis papilas gustativas y la boca se me hace agua.

—¿Por qué quieres que seamos amigos? —pregunto yo entonces, intentando cambiar el rumbo de la conversación.

Puede que esta sea más peligrosa que la anterior, porque en el fondo, ya sé por qué quiere ser mi amiga. O por qué quiere parecerlo, porque en el fondo, no quiere ser eso.

—Verás, ser amigos es el paso natural que podríamos dar ahora mismo. Siendo amigos, puedo conocerte mejor y viceversa. Puede dar pie a otras cosas más... —Pero no las dice, se limita a morderse el labio y a ruborizarse.

—¿Más qué?

—Más íntimas. Pero qué sé yo, nunca he tenido una verdadera relación.

—¿Y el hombre que te decepcionó? No tu padre, el otro.

Para ciertas cosas, puedo tener memoria de elefante, como memorizar su talla de sujetador. Realmente, esa tarde en su cafetería la tengo grabada a fuego en mi memoria.

—¡Oh, no fue una verdadera relación! Yo pensaba que sí, pero resultó..., pensarás que soy un tanto tonta, pero estaba prometido y yo no lo sabía.

Se me hace raro que otro hombre no haya sucumbido a los encantos de su inocencia, que no se haya perdido en sus ojos, olvidándose de todo lo demás.

—Al menos no continuaste con él. ¿O lo hiciste?

—¡No! Quiero decir, que no lo hubiera hecho porque..., es complicado.

Todo es complicado. Ella es simple y yo soy enrevesado hasta la médula. Sus labios son fáciles de besar, los tengo a tiro y acercarme sería algo simple, porque ella no se apartaría. Un leve parpadeo por su parte me hace intuir que también lo está pensando, al igual que su boca entreabierta, el suspiro que acaba de morir en su garganta...

—*Pinkie...* —ronroneo con voz gutural, llevando la mano a su cuello, ese que se muestra desnudo y sin reservas cuya piel se eriza nada más tocarla.

Su boca es chocolate deshecho, del que tomas en la calle Petritxol de Barcelona con melindros en diciembre mientras tu madre recorre las tiendas abarrotadas la víspera de Navidad, buscando regalos. Tiene ese sabor a infancia perdida que tanto anhelamos y echamos de menos, o del sabor del *Petit suis* que tomábamos para merendar a los cinco años.

Como una liana, sus brazos recorren mi torso, se aferran a mi cuello, se eleva hasta aplastarme con su cuerpo, con sus pechos de la 34D y mi espalda cae al suelo. Pero no me importa porque su boca es cálida, hace que todo lo malo desaparezca por completo y la tibieza de su cuerpo me envuelva.

#Chef

MARINA

Una comida sin postre es como un traje sin corbata.

Fernand Point

Nos estamos besando encima de la acera. Más bien, él está encima de la acera y yo estoy encima de él. Pero eso no importa, porque lo esencial aquí es que nos estamos besando otra vez y ese beso no ha sido propiciado por un encierro casual, no, ha sido él quien ha venido y se ha sentado a mi lado.

Los músculos de mis brazos empiezan a temblar contra su cuello. Me estrecha con más fuerza, hasta que siento que estoy completamente encajada encima de él. No puedo más que enredar los dedos en su pelo sedoso y oscuro. Su gruñido no sé cómo interpretarlo, porque como siempre, sus besos son a lo más sensual que he llegado. Nuestros labios se sumergen en una sucesión ininterrumpida de besos. Se acarician, se deslizan y se apresan igual que dos imanes en manos de un niño que no puede parar de jugar con ellos.

Desde luego, eso una princesa Disney no lo haría. Y, aun así, el sonido de la canción inicial de todas las películas suena en mi cabeza, prelude de que la historia no ha hecho más que empezar.

El corazón se me agita en el pecho, tan fuerte que parece que vaya a salirse de él. En un segundo consigo aspirar una bocanada de aire, pero no me da tregua y yo a él tampoco. El lento y excitante movimiento de nuestros labios se esparce en varios besos entrecortados, igual que pequeños mordiscos de bombones rellenos de praliné. Me siento igual que si me estuviese degustando, a punto de comerme entera.

¿Me comería? No en sentido literal, por supuesto, todo lo demás sería considerado canibalismo y por mucho que Teo Massagué sea un crítico culinario frío y cruel, no me lo imagino a lo Hannibal Lecter ante un filete de mujer adulta degustándolo como si de un trozo de vaca se tratase.

Justo cuando abro la boca y voy a por más, me da un pequeño beso, frágil y más pudoroso, deteniéndose.

—Está a punto de llover —musita con la voz algo turbia, de deseo, nublada por nuestra interacción pasional.

Justo cuando voy a protestar diciendo que no, unas cuantas gotas empiezan a caer, y suena un gran trueno.

Mierda, voy a mojarme.

Me levanto con rapidez, sin saber qué hacer. Pero parece que Teo sí que lo sabe, porque agarra mi bicicleta y la lleva hasta su coche.

—¿Qué estás haciendo? —pregunto, confundida.

—Meter a tu bicicleta en mi coche. Y luego a ti.

Asiento, sombrada ante la capacidad que tiene su maletero, porque cabe. Bueno, ha tirado los asientos traseros hacia adelante, todo hay que decirlo.

—¿Vas a llevarme a casa? —pregunto, sin llegar a creérmelo del todo.

—Es bastante obvio —susurra, frunciendo el ceño.

Le miro como si fuera la primera vez, y su belleza me abrume. Es aterrador, tan guapo, con esos ojos destellando cual faros. Dios, mi boca todavía no se ha repuesto de lo que ha pasado, sigue temblando y con una conexión especial invisible con la suya, porque cuando me abre la puerta del asiento del copiloto, no puedo más que abrirla e imaginar otro beso. Pero reprimo las ganas, y entro en el coche antes de que una cortina de lluvia empiece a caer sobre nuestras cabezas.

No puedo creerme que esté en su coche. Ni que nos hayamos besado encima de la calle, literalmente. Ni que le haya dicho abiertamente que me gusta. Era obvio que me gustaba, no creo que sea tan grave, ¿verdad?

—Gracias por llevarme, entonces —musito, mientras se pone el cinturón—. Aunque no quiero que lo hagas porque te sientas culpable. No quiero que la culpabilidad sea el motor para...— empiezo a enrollarme como una persiana, diciendo cosas repetitivamente cuando él corta de raíz.

—No me siento culpable.

De acuerdo, ha vuelto el Teo brusco y distante. No es ninguna novedad, ya que ha sucedido después de cada beso. Si no fuese tan débil, la próxima vez le haría la cobra para que así no lo hiciese, pero sé que no podría resistir la tentación. Poco después, pone la radio en un intento de no seguir la conversación. Tiene sintonizada esa emisora de canciones de otras épocas, y suena *Hey Jude*.

Se la sabe de memoria, porque en un momento se le escapa un suspiro con un par de palabras.

—¿Fan de la banda? —me atrevo a preguntar.

—Me gustan sus canciones, la mayoría. ¿Quién no conoce a los Beatles?

—Debe de ser abrumador y a la vez increíble que no haya absolutamente nadie que no te conozca —reflexiono—. Y te admire, por supuesto.

—Admirar las canciones de alguien no es admirar al artista. Creo que Paul McCarthy y yo no seríamos amigos.

Esa afirmación me parece graciosa, es algo en lo que nunca había pensado.

—¿Y con John Lennon? Gira a la derecha y sube por Urgell —le indico, porque vamos a mi casa.

—Con John creo que sí, lástima que esté muerto. Pero sería de esos amigos que parecen fusionarse con sus novias, ¿sabes? John y el apéndice de John, Yoko.

Suelto una gran carcajada al escuchar eso. No puedo creer que esté viendo la faceta más graciosa de Teo, aquí en su coche, delirando sobre su hipotética amistad con los Beatles.

—Sinceramente, creo Ringo Star que podría llegar a ser mi mejor amigo. Ringo y yo encajaríamos, por su talante desenfadado y su forma de hablar sin tapujos —reflexiono yo.

—Cuando dices Ringo y yo, me da la sensación de que estás hablando de tu perro.

Muy gracioso. Vale, lo es, lo admito, pero es que Teo cuando quiere puede ser desternillante. Es una de sus múltiples facetas que no suele mostrar. Los hombres serios siempre me han intimidado, la gente callada que me mira por encima del hombro no suele caerme bien, pero Teo en el fondo no es de esos, solo finge serlo. Y serlo no es lo mismo que parecerlo. Porque Teo, además, cuando se pone serio es aún más guapo que la media de hombres, y ya cuando sonrío... como ahora, porque lo está haciendo.

—¿Qué pasa con el cuarto Beatle? —musito, procediendo a coger aire porque él me deja sin aliento.

—¿Harrison? Nadie se acuerda de su nombre. ¿Era Harrison? —titubea.

—No lo sé —admito—. Creo que está muy infravalorado.

—No puedes decir eso cuando ni siquiera sabes qué instrumento toca.

—Es verdad, pero me da un poco de pena.

—Marina, un Beatle no puede darte pena, aunque sea Harrison. ¿Vas a decirme en qué calle vives? Porque me da la sensación de que estamos dando vueltas por la ciudad a ciegas.

Me ha pillado. Claro que lo estamos haciendo, pero es que no quiero que esto termine, no aún. En realidad, quiero que dure para siempre jamás. Pero en este cuento, Teo no es como Peter Pan, no quiere seguir jugando eternamente, ni yo tampoco soy Wendy sino más bien Campanilla, que suspira por Peter y él no le hace ni caso.

—Tú sigue recto y al final de esa avenida, gira a la izquierda. Es allí —termino diciendo a regañadientes.

Vuelta a la vida real. No quiero, pero es lo que hay. Así que cuando detiene el coche en un hueco de la calle, me armo de valor y giro el cuello hacia él, inspirando con fuerza. Su olor invade mis fosas nasales y no puedo evitar que las rodillas me flaqueen.

—¿Quieres tomar un té? O un café, o una cerveza, o cualquier otra cosa. Me gustaría agradecerte que me hayas llevado.

Me mira fijamente de una forma en la que toda la piel se me pone de gallina. Diantres, ¿cómo puede ser tan atractivo?

—¿Estás segura? —musita—. *Pinkie*, no creo que sea buena idea que tú y yo estemos en un mismo espacio físico, a solas.

Está tan cerca que bastaría un empuje de mi trasero para llegar a sus labios. Su lengua podría estar sobre ella en menos de treinta segundos. Asiento, consciente de lo que quiere decir.

—Te estoy invitando a tomar algo, incluso a cenar, nada más —entonces sonrío para mí misma, y se me ocurre decir algo que yo no diría—. ¿Temes no poder controlarte?

Retarlo no sé si es una buena o mala idea o incluso pésima, pero cuando abre la boca, parece que funciona porque dice algo que, en otras circunstancias, no diría.

—No soy un adolescente con las hormonas revolucionadas, por supuesto que puedo hacerlo. ¿Quieres que cenemos en tu casa? Bien.

Ya ha parado de llover, así que cuando abro la puerta del coche para salir lo hago con rapidez. Es él quien saca mi bicicleta del maletero y hace el ademán de no dejarme cogerla mientras rebusco en el bolso las llaves de casa.

Santana no está ni va a estar esta noche, o eso me ha dicho antes, así que no voy a tener que darle explicaciones de ningún tipo. Ahora que lo pienso, no tendría que dárselas. Él hace lo que le da la gana, ni siquiera me consulta sobre si puede traer chicas a casa, aunque normalmente lo hace a las tantas de la madrugada y yo no me entero.

Contengo el aliento cuando meto la llave en la ranura de la puerta de mi casa, porque él va a entrar. Maldigo en voz baja no haber recogido la casa un poco más antes de salir esta tarde, porque no está demasiado ordenada. Al menos la cocina está impecable, con eso tengo mucha obsesión, no puedo usarla y dejarla sucia, me repatea volver y encontrármela hecha una piltrafa, pero todo lo demás me da igual. De hecho, ahora que lo recuerdo, tengo la cama sin hacer. Diantres, ¿y si terminamos en ella? Va a pensar que soy una desordenada y puede...

—Menuda película te estás montando —escucho que dice él, mientras sigo teniendo la llave en el mismo lugar—. Debería traerte sin cuidado lo que piense yo de tu piso desordenado, *pinkie*.

No sabía que fuera tan transparente, pero es obvio que, tratándose de él, lo soy. Ese es un

momento «tierra trágame», pero intento salvarlo sonriendo y abriendo la puerta, por fin.

—No es nada personal, detesto tener invitados y que el piso no esté bien —musito, y realmente es cierto, solo que con él está ese plus de diligencia promovido por el hecho de que quiero terminar en mi cuarto.

Parece que mi respuesta le satisface, y al entrar, empieza a cotillear. Recorre el salón igual que un perro de caza, hurgando en las estanterías, mirando con detalle las dos únicas fotos que hay encima de la mesilla, frunciendo el ceño al ver la única planta que hay en el piso, un ficus algo mustio.

—Podrías regarlo de vez en cuando —exclama—. Por cierto, ¿no está en casa tu novio?

Al escuchar eso, doy un pequeño salto, nerviosa. ¿A qué viene esta pregunta? No soy el prototipo de chica que teniendo novio, se besa con otro, y menos de esa forma tan..., dejémoslo en pasional.

—¿Te refieres al chico de la foto que sale con su madre? Es Santana, mi mejor amigo. Creo que te hablé de él.

Entonces se acerca a mi paulatinamente. Estoy apoyada en una de las sillas de la mesa central del comedor, observándole a cierta distancia.

—El mejor amigo que se rompió la columna vertebral, sí. Ignoraba que también fuerais compañeros de piso.

Asiento, sin saber muy bien cómo interpretar sus palabras. No ha sonado mal, pero tampoco bien del todo.

—Voy a preparar la cena —susurro, a sabiendas de que eso es abrir la caja de los truenos.

Sería muy sencillo si pidiera cualquier cosa para llevar estando exenta de su crítica, pero parece que últimamente me estoy volviendo un poco temeraria. Marina, la intrépida, toma el control en situaciones desesperadas, y ya lo dicen, que, para eso, se deben tomar medidas desesperadas, y yo lo estoy un poco.

—¿Puedo cocinar yo?

Parece tan fuera de lugar en mi salón, con ese traje azul marino. No es el tipo de hombre con el que yo encaje, siempre imaginé que me enamoraría de algún cocinero extravagante que me hiciese reír y que pillase mis referencias a Disney, y Teo es todo lo opuesto. Pero raras veces acertamos en asuntos del corazón.

—¿Sabes cocinar? Quiero decir, es obvio que sabes, pero me refiero a si...

Será mejor que me calle, porque es estúpido lo que quiero preguntar. ¿Le gusta cocinar? Siempre me ha parecido que no demasiado.

—Sé cocinar —susurra, quitándose la chaqueta, dejándola encima del sofá. Se arremanga la camisa y entra en la cocina, decidido. —Necesitaré un delantal.

Una pastelería en Tokio

TEO

Los espaguetis se pueden comer con más éxito si los inhalas como una aspiradora.

Sophia Loren

Terminar el día cocinando en una casa que no es la mía, con un delantal de Minnie Mouse no era lo que yo tenía en mente.

Ha sido un arrebató, lo admito. Cuando me ha retado, solo he podido pensar en que yo también quería subir, que era mejor plan que volver a casa para sufrir el interrogatorio de mi madre tras ver el programa y que estaba todavía muy cachondo después de ese beso.

—¿Qué vas a cocinar? —pregunta ella, abriendo la nevera después de que yo hiciese una introspección de todo lo que había en ella, junto con todos los armarios de la cocina.

—Pasta —respondo yo, manteniendo la ambigüedad.

Porque hay muchos tipos de pasta, y puede cocinarse de muchas maneras diferentes.

—¿Te apetece? —susurra ella, sacando una botella de cava.

—Ábrela —asiento, pues nunca viene mal una copa.

Si está decepcionada, no lo demuestra. Solo sonrío a su manera y dice que sí.

—¿Puedo ser tu pinche?

—No —respondo con rapidez—, límitate a sentarte y a traerme una copa. Soy un *chef* bastante maniático.

Era de esperar que un crítico culinario como yo, lo fuese. Siempre lo he sido. Ni siquiera cuando tenía el restaurante dejaba que, en mis platos estrella, los ayudantes se metiesen en medio.

—De acuerdo, admiraré tu técnica desde lejos. Dime, ¿por qué no dedicarte a la cocina? ¿O tenías claro desde siempre que ser crítico era lo que más te gustaba?

Después de rebuscar en los cajones, encuentra una olla de tamaño decente y la llena de agua, poniéndola a hervir.

—Ya lo hice, tenía un restaurante —cuento sin entrar en detalles—. Pero no salió bien.

—¿No gustó? —susurra con cierto temor a meter la pata.

—Me peleé con mi socio y me fui.

No es nada que no se sepa. Está en Google, pero es obvio que podría haberme buscado y no lo ha hecho, y en el fondo me alegro. He leído cosas feas sobre mí y no me gustaría que ella pensase mal. Menuda chorrada ¿no? Ya, pero estoy empezando a cogerle cariño.

—Es difícil trabajar con alguien en una misma cocina, entiendo que te fueras. Pero nunca es tarde para volver a empezar... —insinúa, dando un sorbo a su copa.

No sé si es porque comparte piso, pero no es como me lo había imaginado. Es acogedor, cálido, pintado en tonos azulados y ocre. No hay nada de rosa, bueno sí, algunos cojines en el sofá. La cocina es moderna y sencilla, de suelo de pizarra negro y paredes blancas, los acabados están casi nuevos y son modernos.

—Si Teo Massagué abriese un restaurante, el sector se le echaría encima, *pinkie* —razono, cortando los tomates y pasándolos por la Minipimer.

—La gente es profesional —musita, quitándole hierro al asunto.

—Y una mierda. Estoy siendo realista, la gente me odia y lo tengo asumido.

—El otro día en la cafetería no me dijiste eso.

Me dan ganas de pasarla a ella por la batidora, pero dejo mis instintos asesinos a un lado y pongo el tomate en la sartén con aceite para que se vaya pochando.

—No vayas por ahí —le advierto.

El agua empieza a hervir y meto los espaguetis. Tienen que estar al dente, así que con seis minutos bastará.

—¿Por dónde? —responde, mientras se deshace el moño y su larga cabellera oscura se esparce por sus hombros.

—Hablemos de los Beatles —susurro con rotundidad, dejando claro que ese tema no me apetece tocarlo, mientras que de la nevera saco un pote de aceitunas negras y unas almejas frescas.

—¿Vas a hacer *spaguetti alle vongole*? —adivina entonces—. Eres una caja de sorpresas.

Y lo que no sabes, muñeca. No, no se lo digo, porque entonces empezaría a preguntar y ya la habremos liado. De hecho, me limito a asentir y a deshuesar las aceitunas.

—Ve poniendo la mesa mientras termino —le pido, guiñándole un ojo.

Cuando añado las almejas y las aceitunas, y posteriormente los espaguetis ya cocidos en la sartén y me llega el olor, sonrío. Me está gustando. Hacía muchos años que no preparaba este plato. Era, según me decía, el favorito de ella, de la otra. Debería no pensar en eso, pero es inevitable. Sin embargo, Marina es lo opuesto a ella. Sabe cocinar, aprecia la buena cocina mientras que la otra no sabía hacer ni huevo frito y le daba igual que cocinase yo que ir a comer al bar Manolo.

Sirvo los espaguetis en los platos, de forma básica y sin especial atención. La presentación de mierda que traigo se merece un rapapolvo, pero Marina se frota las manos y dice que tiene una pinta que te mueres. Tiene esa mirada que suelen tener los niños la mañana del día de Navidad.

—Los haces con tomate, me gusta más que con aceite solo —admite, enrollando la pasta en el tenedor.

—Suelen ponerle ajo, y a mi parecer disminuye el sabor de mar de la almeja, pero es subjetivo, claro.

—Te gusta la cocina italiana —afirma, probándolo por fin—. Mmm, deliciosos.

Nadie me había mirado como ella me mira ahora, con una mezcla de admiración y de ternura que hace que me derrita, igual que la mantequilla al sol. Apenas puedo comer, porque sí que tengo hambre, pero de ella. He sido un completo ingenuo pensando que, subiendo aquí, no iba pasar nada.

—Me encanta —admito yo, admirando su dedicación al comer.

Da igual que lleve las uñas fosforito, porque lo único que quiero es que sus dedos me toquen la nuca. Que lleve bambas de niña, porque en el fondo ese velcro es mucho más fácil de quitar, o que me hable de películas que no he visto, porque podría verlas con ella.

Sería bonito.

—Hay algo que quiero preguntarte, pero no sé... —musita, volviendo a meterse un puñado de espaguetis en la boca.

—Dime —respondo, sabiendo que en este momento podría preguntarme el código para activar una bomba nuclear, y yo se lo diría.

—¿Teo es de...? ¿Teo viene de Teodoro? ¿Por qué te lo pusieron? De pequeña mi madre me

leía los cuentos infantiles, ya sabes, *Teo va a la escuela, Teo va al médico...*

—Supongo que llamarse Teo y no ser pelirrojo debe de ser decepcionante —bromeo entonces—. No es de Teodoro, es de Teófilo en realidad.

—¿Teófilo? Pero ¿qué clase de nombre es ese? ¿Es griego? Suena importante, así que supongo que descubrió alguna ley o algún algoritmo o algún cálculo aritmético imprescindible para la civilización —presupone.

—Mi abuelo se llamaba así, y mi padre también. Es una tradición. El nombre sí es griego, pero el famoso Teófilo era a alguien a quien se le dedicó un Evangelio, y no saben quién es a ciencia cierta.

—Interesante. ¿Y cómo te interesaste por la cocina? ¿Hay alguien de tu familia que se dedique a esto?

—Soy el único, supongo que fue por necesidad —respondo, medio reflexionando—. Mamá está casada con mi padre y también con su trabajo, así que cocinaba poco, y mi padre una vez que intentó hacer un huevo frito, quemó parte de la cocina así que si quería comer, tenía que hacerlo yo mismo.

—Vaya, no eres el prototipo de hombre que cocina. En realidad, nunca habría dicho que eras cocinero, pero lo haces de maravilla.

Asiento, sabiendo que tiene razón, que hace mucho que no soy un verdadero cocinero, que mi vida se ha vuelto una cosa extraña, algo por lo que paso de puntillas sin llegar a profundizar. Enrollo los últimos espaguetis en el tenedor y me los termino.

—Supongo que la vida es eso que sucede cuando estamos haciendo planes, demasiado ocupados para darnos cuenta.

De reojo veo cómo se ríe descaradamente. ¿He dicho algo gracioso? Quería ser profundo.

—Estoy cien por ciento segura de que esa frase es de una canción —susurra, expandiendo su boca hasta tener una sonrisa de oreja a oreja.

—¿En serio? Vaya, no me había dado cuenta, pero como principio filosófico no está nada mal —susurro, acercando un poco la silla hacia el lado derecho, el lado en el que está ella sentada—. ¿Quieres que te diga un secreto? No consigo entenderte del todo.

Ella abre los ojos como platos, sonrojándose levemente cuando delinea con el dedo índice su labio superior en forma de corazón.

—¿No? Yo creo que soy... la persona más sencilla del universo —sisea, medio perdida en el toque de mi dedo, en mi mirada demasiado libidinosa.

—Discrepo. Tenías un buen trabajo, vale que te despidieron pero podías haber ido a cualquier otro. Te habrían recibido con los brazos abiertos. Y encima para más inri, el capullo de tu antiguo jefe te roba recetas y tú, en vez de luchar, de defender tu valía, te refugias pasando desapercibida en una cafetería donde Dios perdió el mechero.

—Dudo que Dios tuviese mechero —musita, alzando una ceja, respirando de forma acompañada—. No soy una persona vengativa ni ambiciosa. ¿Crees en el amor, Teo?

Menuda pregunta más... molesta. ¿Si creo en el amor? Claro que creo en él, me sería imposible renegar de algo que me ha sucedido.

—Nunca he dudado de su existencia, y para mí es tangible, así que creer en él no me supone un salto de fe —confieso.

—Entonces te será sencillo entenderme; yo quiero demasiado, y siempre he recibido poco.

Aun así, no me rindo, tengo la certeza de que algún día ese amor será recíproco.

—¿Nunca tienes dudas? —cuestiono yo, asombrado ante esa fortaleza.

—Tengo mis momentos, por supuesto, pero en general, no. ¿Te cuento un secreto? Yo ya te quiero.

Escuchar esto hace que coja mi copa y dé un gran trago. Esto no me lo esperaba, para nada.

—Qué extraño, alguien revelando sus sentimientos, pensarás. Hoy en día en que todo el mundo se protege a sí mismo intentando parecer deshumanizados, simulando que todo les importa un carajo para no ser herido. Pero yo no soy así, yo voy a ir siempre con la verdad por delante, y te digo que te quiero porque es así.

Es extraño, estúpido y no tiene ningún sentido, pero ahora mismo mis ganas de besarla se intensifican, y me parece la mujer más bonita de todas.

—Apenas me conoces —susurro.

—Sé lo suficiente, y aun así, podría quererte de todas formas, porque siento un extraño enamoramiento hacia ti desde que me besaste en la cafetería. Para enamorarme no necesito saber cuales son tus postres favoritos, ni si te gusta Murakami o prefieres a Isabel Allende o a Dan Brown. Uno se enamora de un conjunto de características subjetivas y triviales que resulta ser una persona, y pueden ser reales a dicha persona u opuestos. Me gustas, me siento atraída hacia ti, y estoy enamorada. Pero eso no quiere decir que pueda quererte para siempre.

—¿Alguien puede asegurarlo? —pregunto, y siento que lo digo en un tono irónico, aunque no sea esa mi intención.

—Los hay que lo hacen, pero no soy de esa clase de personas. Aunque me atrevo a decir que sí soy extremadamente fiel hacia los que me quieren. Hay un cinco por ciento de animales que son monógamos y que sienten un vínculo especial con su pareja, y estoy bastante segura de que si yo fuera un animal, pertenecería a ese porcentaje.

Me levanto de la silla demasiado confundido. Teo Massagué es demasiado cínico para que este discurso le haya afectado. Teo Massagué no busca una pareja de por vida, solo un ligue circunstancial. Teo Massagué juró que no iba a caer de nuevo en falsas promesas de amor.

Y Teo Massagué no está cumpliendo. Necesito salir de aquí, necesito volver a tomar perspectiva sobre el asunto y alejarme.

—Debería... es tarde, mañana trabajo y no creo...

Ya no sé ni qué estoy diciendo, porque todas las excusas son malas, y más falsas que un billete de treinta euros. Marina lo sabe, y también se levanta de la silla. Coloca su mano en mi pecho, justo encima de mi corazón, que late de forma irregular.

—No era mi intención asustarte. Soy la peor persona del mundo ligando, lo sé —musita, arrugando la nariz.

—*Pinkie*, ¿estabas ligando conmigo? —cuestiono medio divertido.

—Lo intentaba. Pero se me ha ido de las manos y he dicho cosas que no debería... si es que en vez de películas de Disney debería ver esa que me dijo Santana que le gusta tanto... ¿Snitch? No, eso es la pelota de Harry Potter que tiene vida propia —divaga un poco.

—*Hitch, especialista en ligues*. Es la que sale Will Smith —adivino con facilidad.

—¡Esa! —exclama, emocionada.

Una parte de mí me dice que es adorable y que me lance hacia su boca de piñón porque no hay ninguna mujer como ella. ¿Puede ser posible que haya encontrado a la chica más inocente y bondadosa del mundo? Y encima aprecia mis espaguetis.

Puede que sí, aunque mi otro lado tenebroso sigue albergando dudas. Pese a ellas, coloco mis

manos en su cintura y la pego a mi cuerpo. Voy a besarla, me muero de ganas y quiero hacerlo desde hace una eternidad. Y ella lo sabe por cómo traga saliva, echa la cabeza hacia atrás y entrecierra los ojos, abriendo ligeramente los labios.

Es tan dulce como un tocinito de cielo. Pero este beso es lento, muy lento. Quiero saborearla sin prisas, degustarla con ahínco a cada bocado, lamerla suavemente hasta desgastarme los labios si es necesario.

Ella se rinde a mí completamente y responde con un suspiro, con el cuerpo tembloroso. Parece puré o masa de pan en mis manos, deja que yo lleve el ritmo de forma delicada y algo lasciva.

Hasta que suena el teléfono, pillándonos desprevenidos. Los dos damos un respingo, interrumpiendo el beso.

—Lo siento, será... da igual —musita, sin saber qué hacer, superada por las circunstancias.

—Cógelo —insisto con la voz rota por el deseo.

En cuanto se da la vuelta para ir a por él, camino hasta la puerta y salgo de allí.

«Teo, ¿en qué coño estás pensando?».

Cocina Americana

MARINA

El requisito primordial para escribir bien sobre comida consiste en tener buen apetito.

A.J. Liebling

Maldito Santana, siempre llamando en el momento menos oportuno. Además, ¿qué hace llamando al fijo? Si siempre lo hace por el móvil.

Se ha ido. Teo me ha besado y se ha escabullido como un fantasma.

—¿Marina? ¿Me estás escuchando? —exclama Santana a través del aparato.

—Sí, dime —respondo, resignada a permanecer en casa sola.

—Envíame las fotos esas que te mandé por mail, mi agente las necesita y no las encuentro, por favor.

—Claro, ahora lo hago. ¿Por qué llamas al fijo? —susurro, arrugando la frente.

—Porque no contestabas al móvil. ¿Estás viendo *La sirenita*? Siempre cantas cuando sale el cangrejo ese.

—Yo... me has pillado.

Le he mentido. ¡Le he mentido! No puedo creérmelo. Yo nunca le miento a Santana, nunca, jamás de los jamases. Pero si le digo que estaba con alguien tendré que explicarle que es Teo, el crítico culinario, y luego contarle esta extraña relación-no relación.

—Mañana por la mañana me paso por la cafetería que tengo libre. Sueña con cangrejos —se despide entonces.

No quiero volver a la realidad. Me gustaría cerrar los ojos y que todo fuese como hace un par de minutos. ¿Por qué no puede ser así? Resignada, recojo los platos de la mesa y los llevo al fregadero. A cámara lenta los meto en el lavavajillas, sintiendo cómo poco a poco el cansancio me vence.

Me meto en la cama sin parar de darle vueltas al hecho de que esta noche ha sido especial. Lo ha sido, así lo he sentido, y creo que él también. Ha sido un logro sin precedentes tenerlo aquí, que se abriera más a mí, que me contara cosas de su vida, cosas íntimas. Puede que me hubiese tenido que morder la lengua, sobretodo en la parte en la que le he dicho que estaba enamorada de él, pero no he podido evitarlo.

Estoy enamorada de Teo Massagué. De su forma de mirarme lascivamente, de que no pueda evitarlo por mucho que ponga los ojos en blanco y se enfurruñe consigo mismo, de que sea un bromista irónico en el fondo, de la manera perfeccionista que tiene de cocinar.

En el fondo, no hay nada de él que me disguste, o casi. Detesto cuando avanzamos dos pasos y luego él da una hacia atrás, lo detesto. Me da mucha rabia y siento una gran impotencia.

«Marina, ya podrías haberte enamorado de alguien menos complicado», me digo a mí misma.

Pues sí, alguien sin problemas emocionales como él tiene, alguien que desee tener una relación, pero ¿quién dijo que el amor era fácil? Nadie. Disney, y solo algunas películas. Y sino mirad a Hércules, que solo tiene ojos para Megara y ella está dolida con el género masculino —y con razón—.

Puede que en esta historia yo deba ser el héroe, en este caso, heroína, porque, admitámoslo, poco tengo de Megara. Ni su sarcasmo ni su amargura, ni tampoco su desparpajo. Soy un Hércules, por supuesto que sí.

Soy un Hércules y he venido a salvar al crítico culinario más mordaz de sí mismo.

No han pasado ni doce horas desde que Teo me besó, pero parece que hayan pasado siglos. Esta mañana nada más despertarme con el sonido de Abba y su *Does your mother know*, he bajado a abrir la cafetería. Está siendo una mañana tranquila, cuatro clientes habituales, dos de ellos me han dado ánimos para el concurso y la señora rulos —no, no se llama así, pero baja del edificio de al lado con los rulos puestos a desayunar—, ha despotricado sobre los jueces y su poca falta de tacto, que eso en su época no pasaba, y que debería haberle plantado una bofetada.

Obviamente se refería a Teo. Mi poca diligencia en este aspecto es abrumadora, porque en vez de hacer eso voy y le beso. ¿Soy demasiado blanda? Debería de haberme hecho la ofendida, pero estas cosas no me salen.

—Es acojonante, de verdad te lo digo.

Estas son las primeras palabras que suelta Laura nada más entrar en mi establecimiento. Se la ve algo nerviosa, comiéndose las uñas con una mueca graciosa.

—¿Qué pasa? ¿Quieres una minitarta *tatin*? Las he hecho en formato cuadrado individual, a ver si se venden más.

Laura se sienta encima del mostrador, sin importarle que lleve una falda de cuero negra de lo más corta y que pueda vérsela hasta el carné de identidad, aunque las dos mujeres que están sentadas en la única mesa ocupada parecen no darse cuenta.

—Lo que deberías hacer es crearte una cuenta en Instagram y publicitarte más. De hecho, voy a creártela. Ah, y necesito que me hagas un pastel bonito, no hace falta que esté muy bueno, pero que tenga chocolate por encima algo... pegajoso ¿sabes? Es que en mi película la chica se lo tira encima de su novio, en toda su cara. Voy a meterte en los créditos.

—Oh, vale. ¿Un *satcher* es aceptable? Te aviso que estará bueno igual —susurro, sorprendida.

—Perfecto. ¿Sabes quién se ha presentado a la audición para mi película? Tu amiguito, Santana.

¿Desde cuando es mi amiguito? Que no digo que no lo sea, pero ellos dos intimaron y... vaya, que parece que eso nunca haya sucedido.

—Creo que te acostaste con él —musito, frunciendo el ceño—. No ha pasado la audición, ¿no? ¿Sabe él que se trata de tu película?

Asiente con cara de circunstancias.

—Lo cierto es que sí la ha pasado. ¿Qué? Yo no me dedico a aceptar a los actores, no en la fase primera, únicamente escojo al final de todo —se defiende entonces—. Eso sí, voy a tener que ser ultra imparcial y ¿sabes qué será lo peor? Que cogiéndolo o no, voy a ser la mala y se quejará.

—¿Por qué dices eso? —pregunto mientras saco la tarta de la nevera, viendo que algo de dulce no le va a sentar mal.

—Si digo que sí, me remarcará esa extraña teoría de que quiero algo de él blablablá, y si digo que no, dirá que tengo prejuicios y que no le he cogido porque nos acostamos y no porque sea malo o no encaje con el papel. Como he dicho, es acojonante.

No se qué decirle, porque conociendo a Santana, tiene razón en todo.

—Ya. A lo mejor si le dices que es tu película, él mismo dice que no quiere participar. Aunque me habló de un nuevo proyecto y tenía algunas dudas existenciales, se quedaría un poco hundido si no le aceptases.

Vale, esto es manipulación de manual, pero ¿qué puedo decir? Santana es mi mejor amigo, y a un amigo no se le abandona.

—El ego masculino es tan frágil... —responde Laura en un suspiro.

Justo entonces entra una mujer en la cafetería, y no es una clienta habitual. Lleva traje pantalón de color beis y unas manolinas de charol azul marines, muy elegante, pero sin ir formal. Se me antoja de esas personas que tienen estilo y porte, y que lo tendría aunque fuesen en chándal y bambas.

—Amén —exclama la desconocida al escuchar la frase de Laura.

¿A qué se dedicará? No dice nada más, escoge una de las sillas cercanas a la puerta y se sienta, dejando el bolso en la otra silla.

—Por cierto, ¿estás bien? Vi el programa de cocina anoche, se pasó tres pueblos —susurra Laura, bajando del mostrador, tocando el suelo con los zapatos.

—Sí, por supuesto. Es un concurso, ya sabes, necesitan algo de espectáculo para ser mediáticos, tener audiencia..., cosas de la tele —respondo, intentando quitarle importancia.

—Cariño, no creo que Teo les haga el menor caso. Ha sido él siendo grosero a propósito para alejarte.

La mujer de la mesa me inquieta. Está sentada con las piernas cruzadas, apoyando la cabeza sobre una mano encima de la mesa, mirándome con unos ojos de un color difuso, medio grises y medio azules. Tiene el cabello grisáceo pese a ser joven, cosa que no se ve con demasiada frecuencia.

A mi madre le chiflaría su pelo. Solía decir que las mujeres que tienen el valor de no teñirse sabían ser auténticas y que su belleza no tenía parangón, que ese pelo blanco o gris podía ser hipnótico.

Por supuesto, hablaba de las mujeres como ella.

—¿Perdón? —susurro, sin dar crédito a lo que está diciendo.

Será que ha acertado al cien por cien en sus deducciones, pero eso me genera inquietud.

—No hay quién entienda a los hombres, esto está claro, pero tampoco me esfuerzo mucho. ¿Ha vuelto a meterte la lengua hasta la gargantilla?

Me sonrojo un poco cuando Laura suelta ese comentario, porque efectivamente, lo hizo anoche. Dios, no se dónde meterme, no puedo huir de mi propia cafetería.

—¿Quiere tomar algo? —pregunto para disimular, fulminando con la mirada a mi amiga.

Pero la señora solo sonríe, y niega con la cabeza.

—En realidad, no. Sentía curiosidad y he querido conocer a la mujer que le ha roto todos los esquemas a mi hijo.

Si me cortasen ahora mismo, no saldría sangre. Estoy como Mía Termópolis cuando su abuela le dice que es una princesa. Peor, porque esa de delante no es mi abuela, sino la madre de Teo.

—¿Es su madre? Vaya. Tengo que irme —suelta de golpe Laura—. Ha sido un placer —susurra en dirección a la mujer—. Marina, te llamo luego —me dice, y acto seguido sale de la cafetería por patas, dejándome a mi con el marrón.

Marrón de un color oscuro y verdoso, como el popó de perro que la gente no recoge y que pobres desgraciados pisan luego.

¿Qué le digo yo a esta señora? ¡Ay, la leche...! Que Teo me dijo que su madre era psicóloga, seguro que me tiene calada en un minuto, y más a mí, con lo predecible que soy. Trago saliva y empiezo a prepararle un café de cortesía.

—¿Solo o con leche? —pregunto en un hilo de voz.

Debería sacarle la *tatin*, siempre es bueno impresionar a los padres de la persona que te gusta, ¿no? Soy nueva en estas cosas. Sí, yo creo que es bueno, así que antes de que proteste, lo meto en el plato y se lo traigo.

—Solo. Vaya, esto tiene una pinta magnífica, y sabiendo lo bien que se te dan los postres, no puedo negarme —responde ella, observando la tarta con ojillos.

Puede que las suegras no se me den mal. ¡Qué digo! Si no va a ser mi suegra jamás, por mucho que me empeñe. Algo resignada, cuando la máquina termina de hacer el café, se lo traigo a la mesa.

—Siéntate, por favor —me invita ella amablemente—. Vaya, eres más guapa al natural, y mira que es difícil porque en la tele ya se veía que eras mona.

—Gracias...

Esto es incómodo. Nadie me piropea nunca, y esto se me hace raro.

—Lo siento, es que me sorprende que mi hijo tenga buen gusto. Últimamente sus citas eran pésimas —comenta como quien no quiere la cosa, dando un sorbo al café.

—¿En qué sentido?

Que Teo tenga citas me inquieta. ¿Las tendrá muy seguidas? ¿Con cuántas mujeres habrá estado? ¿Se habrá encaprichado con alguna de ellas?

—En todos los sentidos. Siempre salía con mujeres clónicas, sin personalidad. Así de mal le iba, por supuesto. Una cosa es lo que queremos desear y otra muy distinta es lo que queremos realmente, y efectivamente deseamos. Tú, Marina, eres lo segundo.

No sé si sentirme halagada o dolida. ¿Tan mal me ve Teo para no querer quererme?

—¿Qué tengo de malo? —se me escapa en un hilo de voz.

—Nada, pero para él era más fácil salir con mujeres que no le tocasen la fibra y que no le hicieran sentir nada, para evitar implicarse. Y supongo que tu estilo tampoco es que encaje en ese perfecto modelo de vida que se ha inventado para protegerse.

Acabo sentándome, derrotada ante la magnitud del significado de sus palabras. Esto significa que a Teo le gusta, pero le gusta de verdad, ¿no? Lo sospechaba, pero tener la reafirmación de su madre nunca viene de más. Ahora que lo pienso, en las películas de Disney no hay madres, casi nunca. ¿Por qué?

—A mí me gusta Teo. Es un poco gruñón, pero en el fondo tiene sentido del humor, y es muy... tierno —musito, apoyando la cabeza sobre ambas manos.

—Sí que lo es, aunque no está pasando por su mejor momento —confiesa, mientras se lleva a la boca un trozo de *tatin*—. Jesús, esto está increíble.

Hay un dicho bastante popular que dice que «A los hombres se les conquista por el estómago», y en mi caso, lo aplico a la suegra.

—Gracias. Lo sé, es decir, sé que algo le pasó y que tuvo el accidente, volviéndose el crítico culinario más feroz de todo el territorio nacional. Creo que ... siente un *amodio* hacia mí un poco extraño, pero soy una mujer paciente —admito.

—Me alegro, porque con él vas a necesitar mucha paciencia. Espero que ganes ese concurso. ¿Cuanto te debo?

Digo que no con la cabeza, mientras ella se levanta de la silla.

—Nada, invita la casa.

—No puedo aceptarlo —responde, sacando el monedero.

—No, en serio. Teo ya me pagó ayer con especie —susurro, recordando sus magníficos espaguetis.

Parece que haya visto un fantasma, porque empalidece.

—¿Te cocinó? ¿Teo?

Asiento, preguntándome qué tiene de raro.

—Sí, espaguetis con almejas. ¿Por qué?

—Por nada, es que hace tiempo que no cocina ni nada parecido —responde con rapidez—. Ha sido un placer, Marina.

—Lo mismo digo.

Después de salir de allí, dejando en el bote de propinas un billete de veinte, entro en pánico. ¿Realmente la madre de Teo ha venido hasta aquí? Me parece surrealista, algo que solo pasa en las películas románticas. Dios, entre lo del congelador y esto último, al final voy a pensar que sí, que puede que me haya dado un golpe en la cabeza como Rebel Wilson en *¿No es romántico?* y la gente, de un momento a otro, empiece a cantar.

Pero no, esto es la vida real, y en ella a veces la realidad supera la ficción.

Sweeney Todd

TEO

Vengo de una familia donde la salsa se considera una bebida.

Erma Bombeck

—Jefe, tienes una llamada de tu madre.

Gina sabe cómo fastidiar una mañana tranquila y perfecta. Creo que es porque, al preguntarme qué me parecían sus nuevas uñas de porcelanas, le he dicho que parecía la mala de una película de kung-fu y que eso tan largo podía considerarse legalmente como un arma.

Manso como un corderito, descuelgo el teléfono de mi despacho para ver qué es lo que quiere mi querida madre que no pueda esperar al mediodía.

—¿Mamá? Dime —farfullo, siendo consciente de que mi mala leche no proviene de su llamada.

No, mi frustración viene por otro tipo de mujer cuyo nombre también empieza por M y acaba con a, y no es «mamá» precisamente. Si es que siempre termino con un calentón de aquí a Pekín, y soy consciente de que es mi culpa y solo mía. Podría haber terminado el trabajo perfectamente, desnudarla allí, en su salón, besar cada centímetro de su piel suave gracias a que se pone cada noche el aceite Johnson Baby —eso me lo estoy imaginando—, y hacerle el amor hasta el amanecer. Y por la mañana, que me hubiese hecho el desayuno, y entre tortita de mermelada de naranja amarga y chocolate deshecho, volver a hacérselo otra vez.

—Cariño, ¡es fantástica!

Respiro hondo, alejando mis pensamientos libidinosos por completo, intentando descifrar la oración que mamá acaba de decir.

—¿De qué estás hablando? ¿De la nueva aspiradora?

Creo que la compró nueva hace un par de días, pero no estoy seguro.

—Teo, estoy hablando de Marina. La concursante tan mona. He ido a tomarme un café antes de ir a una consulta privada y he visto que era su cafetería.

Mamá miente como una bellaca. Pondría la mano en el fuego a que la ha buscado por internet, y ha dado con la localización de su cafetería. Mierda.

—¿Cómo? Oye, no puedes hacer esto —exclamo enfadado.

—¿Ir a tomarme un café? No seas ridículo.

—Meterte en mi vida de esta forma. Yo... Dios, mamá, ni siquiera tengo claro qué es lo que tengo que hacer y has ido a verla sin mi permiso —le reprocho.

¿En qué momento se le pasó esto por la cabeza y decidió que era una buena idea?

—Me pareció adecuado pedirle disculpas por tu comportamiento. ¿Se puede ser más cruel, poco empático y borde? Yo creo que no.

—Ya me he disculpado, ¿vale? No hace falta que vengas tú a sacarme las castañas del fuego. ¿Te imaginas qué demonios habrá pensado ella?

Con lo rara que es, puede que hasta le hiciese gracia. Pero no es el punto, no.

—Vaya, parece que no te importa herir sus sentimientos, pero sí qué va a pensar si tu madre va

a su cafetería, sí. Muy coherente, cariño.

Odio a mi madre. La odio, con todo mi ser, y más cuando empieza a echarme en cara cosas con su lógica irrefutable para justificar algo injustificable.

—Esto no es así. ¡Y ya te he dicho que me he disculpado! El punto, madre, es que te estás metiendo en algo llamado mi privacidad, y esta vez has cruzado los límites de lo decente.

—Lo sé, pero tenía curiosidad por conocer a esa chica. Es una verdadera santa, porque créeme, Teo, eres mi hijo y te quiero, pero yo no habría aguantado ni la mitad de lo que ella ha hecho.

Suspiro, queriendo tirar el teléfono por la ventana. Sigo odiándola, pero en esto último tiene razón, tiene mucha razón. Por eso no tiene puñetero sentido que se haya enamorado de mí, cuando ni yo mismo me quiero, cuando ni siquiera me gusta mi propio reflejo, cuando a veces hasta yo mismo me detesto.

Me dejo caer en la silla del despacho, derrotado ante sus palabras. Maldita madre psicóloga.

—Yo tampoco sé por qué me quiere, pero ella se empeña en decir que sí e insiste.

—¿Y tú, Teo? ¿Que sientes tú?

Responder a eso no es fácil, y a la vez, ya sé la respuesta. Siempre ha estado ahí, siempre, desde el primer acercamiento, solo que cada vez se ha ido volviendo más nítida, con letras más grandes y de colores fosforitos como sus uñas o sus medias.

—A mi me da miedo quererla, hacerlo y que se dé cuenta del energúmeno que soy, aunque parece no verlo cuando es obvio. Pero eso tu ya lo sabes.

—No soy yo quien tiene que creérselo. ¿De verdad tienes miedo de eso? Vamos, cariño, puedes hacerlo mejor —me regaña con tono cariñoso.

—Puede que sea por otra cosa. Puede que sea... por lo que pasó con ella. ¿Y si...?

—Marina no es como ella. De hecho, no hay ni una parte de Marina que se parezca a Mónica.

—Las dos son morenas —susurro con un hilo de voz.

—Si estuviésemos en Suecia puede que me sorprendiera, pero estamos en España, cariño.

Cuelgo el teléfono antes de que diga nada más. Una sensación de malestar me sube por todo el cuerpo, desde el estómago hasta la cabeza. Detesto esta mezcla de tristeza, angustia y agobio. Necesito salir de aquí y respirar porque, ahora mismo, me da la sensación de que estas cuatro paredes me asfixian.

Doy un par de pasos hacia la puerta y salgo sin decirle nada a Gina. Total, estoy seguro de que me ha estado escuchando y no se sorprenderá de que me vaya sin decir nada.

De golpe, sin ton ni son, se me parece la imagen de Marina, con las mejillas rojizas y los ojos brillantes, igual que en mis sueños. Allí quiero atraparla, la persigo, pero siempre se desvanece cuando me acerco. Camino por la Diagonal hasta llegar a Rambla Catalunya. Es mi lugar favorito de la ciudad para pasear, lleno de bares y restaurantes, de tiendas y de establecimientos. La mayoría de los pisos son antiguos, y sus fachadas y balcones son verdaderas obras de arte.

Me siento en uno de los bancos de madera, y observo el cajero que hay delante. No pasaba por aquí desde hacía mucho tiempo. Me siento como en esa canción de Joaquín Sabina dónde el hombre vuelve al año siguiente en ese bar, buscando a la camarera, y ya no hay bar sino un banco. Pero no recojo ninguna piedra y la lanzo contra el cristal, al fin y al cabo, quién se marchó fui yo. Me mantengo sentado, resignado observando el sitio en el que fui feliz cocinando.

—Teo.

Parece el eco lejano de una voz conocida, pero no lo es. Todos los músculos de mi cuerpo se tensan de inmediato al escucharla. El corazón me funciona muy deprisa, y al girar el cuello, me

preparo para hacer algo que debí haber hecho antes.

—Víctor.

No hay rastro de aquel joven dicharachero, alegre y bromista que conocí en la academia de cocina, el que decía que sería en próximo Arguiñano por la cantidad de chistes que almacenaba en la memoria. Vacilante, camina hasta el banco y se sienta a mi lado, manteniendo las distancias.

—La fachada color verde botella quedaba mejor, ¿eh? —susurra, sin apartar los ojos del edificio.

Está mas delgado, y ha perdido músculo. También lleva el cabello más corto, sin esos rizos dorados que a veces tenía que sujetar con un clip, para sacarlos de su cara.

—Maldito capitalismo —bromeo, rebajando la tensión del momento.

Parecemos dos ancianos que se han reencontrado, ambos cansados de la vida, y en las últimas, que guardan viejas tensiones pero que saben que ya no vale la pena discutir por ellas.

—Te he visto en la tele —comenta—. Eres bueno haciendo de Risto Mejide.

Ahora el que me río soy yo. Dios, ¿a quién se le ocurre compararme con ese hombre?

—Espero no parecerme mucho. ¿Y Mónica?

Estoy entrando en materia peliaguda, pero lo necesito. Tengo que pasar página, curar la herida de dentro, dejar ir y volver a querer sin rencores. Todo el mundo me lo ha dicho, mis padres, Marina... Todos tienen razón. No sabía cuanto necesitaba hablar con Víctor hasta que me lo he cruzado.

—No lo sé.

—¿No estáis... juntos? —pregunto, extrañado.

—Nunca lo estuvimos. Mierda, Teo, te aseguro que, si pudiese dar marcha atrás, habría hecho las cosas de diferente manera, porque la culpa de haberte hecho daño me mata.

En el momento en el que lo miro a los ojos, sé que dice la verdad, que puede que lo haya pasado igual de mal que yo y que ya no es el mismo. Yo tampoco lo soy. Respiro hondo y asiento, porque hecho de menos a mi mejor amigo, y aunque el rencor siga estando, esto primero prima más.

—Cuéntamelo. Necesito entenderlo para no quedarme atrapado —susurro, con las manos en los bolsillos de la chaqueta, expectante.

—Yo... fui a buscarte para hablar en tu casa, pero no estabas. Mi padre me había llamado, y, como siempre, habíamos discutido. Ella me preguntó qué me pasaba y se lo acabé contando. Mientras tanto abrió una botella y hablando, hablando... nos la terminamos. Iba algo perjudicada y empezó a decir que tenía dudas sobre lo vuestro, que quería posponer la boda, pero sin hacerte daño. Yo le dije que hablase contigo, que te lo contase y que hablando se arreglan las cosas, hasta que... dijo que el amor era simple, que se quería o no se quería. Entonces, fue cuando me besó. Yo enseguida me aparté y me fui corriendo, me sentía mal, dudaba si debía contártelo o no, y al final no lo hice.

—¿Por qué no? —pregunto.

—Porque no quería que me culpases de nada, y porque pensé que Mónica hablaría contigo. Pero no lo hizo, parecíais estar bien e imaginé que había sido una tontería. Me dije a mí mismo que estaba borracha, que no sabía lo que se hacía y lo olvidé. Hasta que un día me la encontré llorando en los lavabos del restaurante. Me dijo que se sentía fatal y que no podía olvidar lo que había pasado entre nosotros, y el resto es historia.

El resto también me lo sé yo. Abrí la puerta del lavabo y los vi besándose. No fue agradable. Fue el momento en el que toda mi vida se desmoronó, que mi corazón se rompió en pedazos.

—Mónica me dijo que no había elegido enamorarse de ti —musito, frunciendo el ceño.

—Lo dudo. Creo que fui su excusa; se acercó a mi aprovechándose del cariño que le tenía. Me llamó varias veces después, pero no le cogí. Luego paró.

No elegimos de quien nos enamoramos, ni tampoco cuánto dura el amor. Mi concepción del *siempre* ha sido rígida, algo estrecho de miras, esperando al «félices para siempre» cuando hay muchas clases de amor.

—¿Qué has estado haciendo durante todo este tiempo?

No he oído hablar de él en ningún restaurante ni tampoco que haya montado algo por su cuenta.

—Me fui un año de voluntariado a parar la desforestación en el Amazonas hasta que los mosquitos casi se me comen vivo. Luego volví y un primo de mi madre necesitaba ayuda con su restaurante, así que ahí estoy.

—¿Qué restaurante? ¿He ido yo?

—Lo dudo mucho. Se llama «El rey de los langostinos». Ya, ya sé como suena, y está lejos de tener muy buenas referencias, pero con lo que había, he logrado reflotarlo —se excusa, poniendo los ojos en blanco.

En eso veo que no ha cambiado, no tiene un no para nadie, nunca.

—El hombre que mejor sabe hacer la salsa *all'arrabbiata* está en un restaurante que no conoce ni Dios... —susurro.

—Técnicamente no era un restaurante, más bien un bufé libre...

—Corta el rollo. ¿Has venido a darme pena? —exclamo, cruzándome de brazos.

—¿Ha funcionado? ¿Me has perdonado?

No lo sé. A lo mejor no hay nada que perdonar porque... todos cometemos errores, y si no los aceptásemos seríamos unos hipócritas.

—Tendrías que habérmelo contado, desde el principio. A lo mejor me hubiese cabreado igualmente, pero no a estos niveles —reflexiono—. Puede que tampoco me hubiese convertido en un jodido cabrón.

—Lo sé —responde, alzando una ceja—. Pero si siguen gustándote los Beatles y la cocina italiana..., sigues siendo Teo.

—Hay cosas que nunca cambian. Entonces, ¿no hay mujer ni hijos ni nada? Menuda decepción —vacilo, girándome hacia él, sonriendo.

—Nah, ya sabes que yo con las mujeres siempre he tenido muy mala suerte.

—Y mala fama. ¿Cómo te llamaban en la academia? —le recuerdo.

—No empieces —me advierte, levantándose el dedo índice.

—Víctor, melenas, el terror de las nenas —susurro, sabiendo que me estoy ganando una colleja.

—Si no fuera porque estamos en medio de una reconciliación, te pegaba —exclama, muy ofendido.

—No sabía que yo estaba dentro de tus conquistas. ¿Eres tanto de carne como de pescado?

—Oh, por favor... Bueno, ¿y tú qué? ¿Te funciona el estilo Risto? Debería, porque he oído que se ha casado con una jovencita veinte años menor que él.

—Hay una mujer —confieso, dudoso de revelárselo todo, porque sé que me va a echar la bronca—. Es una hortera que adora Disney y le chiflan mis espaguetis.

—Pero, ¿te gusta?

—Claro que me gusta, si no, no te habría hablado de ella.

—¿Entonces?

—No sé... no tiene sentido que le guste. ¿Y si dejo de hacerlo? —ahogo la voz, desviando la mirada hacia otro lado.

—¿Y si te mueres mañana? ¿Y si se acaba el mundo? No puedes dejar de vivir por miedo a lo que pueda ocurrir, igual que no puedes ponerle una barrera al amor por miedo a sus consecuencias.

En un mundo perfecto, no tendría miedo. Tampoco me habría ahogado en alcohol para paliar el dolor, ni habría cogido el coche después. Pero joder, encontrarte a tu prometida y a tu mejor amigo con los morros pegados es lo que tiene. Tampoco estuve muy hábil al no querer hablar con Víctor, ni tampoco emborracharme en casa mientras miraba cómo Mónica hacía las maletas y se escudaba en haberse enamorado de él.

—¿Lo has sacado de un libro de autoayuda? —musito.

—Algo parecido leí. Anda, ve a por la chica.

—Marina... te caería bien —decido—. Aunque no voy a presentártela aun, dados los antecedentes.

—Un segundo, ¿has dicho Marina? ¿No será la del programa? —cuestiona con incredulidad—. Joder, es la del programa. Está buenísima, y es..., ¿pero cómo demonios te la has ligado si eres un energúmeno con ella?

—Será el efecto Risto —decido, alzando los hombros.

Fuera de carta

MARINA

Un estómago vacío, es un mal consejero.

Albert Einstein

¿Sabéis esos días en los que nada te sale bien? Cuando no paras de meter la pata, se te rompen vasos, platos, se te corta la crema, se te queman los pasteles y hasta amasas la masa con tanta intensidad que las galletas se te quedan duras.

Pues el peor de esos días habría sido mejor que esto.

Al levantarme esta mañana, ya he sentido que algo no iba bien. Me he ensimismado en la ducha, arrugándoseme las yemas de los dedos. Luego, al salir a la calle en la bicicleta, el vello se me ha erizado sin razón alguna, produciéndome un escalofrío extraño. Me he dicho a mí misma que eran imaginaciones mías, que con todo lo que estaba pasando con Teo era normal sentir pánico al volver a verlo, y más en el programa.

Pero nada de eso.

El programa se ha iniciado con normalidad. Extrañamente, hoy me he puesto unos vaqueros y una camiseta blanca, sin ninguna excentricidad. He pillado lo primero que he visto en el armario sin mirarme demasiado, y ahora me arrepiento porque es probable que me manche.

Desde pequeña, he creído que si haces el bien, si eres buena persona, pagas tus impuestos, no tiras papeles al suelo, reciclas y eres amable con la gente, el universo te pagará con la misma moneda. Más mayor, leí que a eso se le llamaba *karma*, así que con dicha reafirmación de mi teoría, seguí creyendo en eso a pies juntillas, hasta ahora.

No creo que haya hecho nada que sea terrible, ninguna maldad está en mi lista como para que de golpe, la presentadora diga que hoy hay un invitado muy especial, y ese sea Jon. Sí, Jon del *Tres delicias*. El mismo Jon que fue mi jefe, y mi ligue o como se le llame a alguien que ha jugado contigo.

Nada más aparecer en el plató, me entran ganas de vomitar. Jolines, ¿por qué sigue igual de guapo, encantador y bien parecido? Podría haberse vuelto calvo, que su mata de pelo castaño rizado hubiese desaparecido de golpe, quedando igual que una bola de billar. O que hubiese engordado, estando algo fofo y no teniendo la maldita tableta de chocolate en el abdomen.

Sin embargo, pese a su aspecto de príncipe encantador, no siento atracción, más bien incomodidad, rabia y tristeza. Sospecho que no va a ser agradable conmigo. En el mejor de los casos, me ignorará, cosa que agradecería bastante. En el peor..., no quiero imaginármelo.

—Me alegro de verte Marina —exclama entonces, pasando por delante mío mientras se coloca al lado del jurado.

Su sonrisa baila al son de sus labios finos, dejando entrever una hilera de dientes blanquísimos recién blanqueados. Creo que se ha hecho algo en la nariz, antes la tenía un pelín torcida hacia la derecha y ahora la tiene perfecta.

—Claro...—susurro a media voz, queriendo morirme.

No entiendo nada. Se comporta como si no hubiese pasado nada. ¿Será por las cámaras? ¿O

porque lo ha olvidado? Si piensa que yo lo he hecho, está muy equivocado. Todavía guardo ese discurso que escribí y que siempre quise decirle cuando me despidió. Está en un trozo de papel amarillento en la mesilla de noche, guardado celosamente y custodiado por un mini peluche de Simba.

Mierda, tengo que estar atenta a las instrucciones porque si no, no voy a dar ni una. Además, necesito hacer un postre perfecto, algo innovador, brillante y delicioso. Tengo que hacerlo porque Jon no puede ganar. ¡Demonios, este es mi concurso! ¿Por qué diantres ha tenido que venir? Yo abandoné los buenos restaurantes, me alejé de todo y ahora tiene que venir a tocarme las narices cuando me decido a pasar página.

Frunzo el ceño, decidiendo que ya basta. Ha llegado el momento de brillar de nuevo, de mi *vendetta* particular. Es la hora de coger la sartén por el mango, pero no como Rapunzel que se dedicaba a dejar *kao* a la gente, a cocinar con ella, haciendo magia.

No puedo usar nada de lo que le enseñé, seguro que dirá que le he copiado y que lo aprendí de él, ¿y a quién creará la gente, al reputado *chef* o a la don nadie que despidió?

—*Pinkie*, ¿estás bien?

Vuelvo a ser consciente de lo que me rodea cuando escucho la voz de Teo a mi lado, observándome de una forma tan tierna que el corazón se me estremece.

Asiento, sonriendo pese a las circunstancias. Al mal tiempo, buena cara.

—¿Qué ocurre? —pregunto, porque me he perdido por completo.

—Quedáis tres concursantes, y cada juez supervisará esta prueba de manera individual. Yo seré tu mentor.

En otras circunstancias, me habría emocionado, y no niego que esto me emociona un poco. Incluso habría buscado algún doble significado a estas palabras, pero no es un buen día. Debo hacer esto por mí misma, para recobrar la confianza y demostrarme que soy mejor que Jon.

—¿Me has escogido? —musito, teniendo la esperanza de que diga que sí.

—Por supuesto —responde, guiñándome un ojo—. ¿Estás bien?

Creo que me he puesto algo colorada. Es la primera muestra de afecto que me dedica, al menos de manera voluntaria, que no sea un beso de tornillo.

—Gracias —respondo, casi hiperventilando.

—Dámelas llegando a la final —farfulla, alcanzándome el delantal.

Como si fuera tan fácil. Pero nada lo es. Como dicen en *Mulan*, «la flor que florece en la adversidad es la más rara y hermosa de todas». Voy a ser esa flor, a superar mis miedos y a triunfar.

Me muerdo el labio, buscando uno de los postres que más pueden impactar, y que se me dan bien...

—¿Podemos hacer cualquier cosa? —susurro, teniendo una gran idea.

—Siempre que sea un postre, sí. ¿En qué estás pensando? —pregunta Teo intrigado.

—En algo que te va a sorprender —exclamo con una sonrisa enigmática.

Me pongo manos a la obra enseguida ante su atenta mirada. No me intimida, es curiosa la forma en la que las personas pueden observarte a veces, y las mil maneras que tienen de hacerlo. Teo me ha mirado de muchas, de forma inquisidora, penetrante, curiosa, arrebatadora... y hoy valerosa.

—Dime qué tienes pensado, *pinkie* —insiste con la voz algo rota.

Me tomo mi tiempo para decir triunfalmente ese plato que hace tanto tiempo que no preparo, y que nunca le he enseñado a nadie:

—*Macarons* de Bellini.

Esa receta la tenía mi abuela. La guardaba como oro en paño, y siempre he sabido que sería especial, que debía hacerla en algún momento importante, como ahora.

El Bellini era su cóctel favorito. La recuerdo en los eventos especiales como el día de mi comunión o los cumpleaños, con un vaso de Bellini en la mano y un purito fino en la otra. Es un cóctel hecho con Prosecco y puré de melocotón. Fue creado en 1948 por el propietario del célebre *Harry's Bar* de Venecia, Giuseppe Cipriani. Se llama Bellini porque el color rosado los rosas luminosos característicos del pintor veneciano Giovanni Bellini.

Dos horas más tarde, tengo mis flamantes *macarons* listos para ser probados. Me han quedado perfectos, esponjosos de dentro y un poco crujientes al hincar el diente. Su sabor es sublime, y sé que es una obra de arte digna de una estrella Michelin.

Aprieto las manos contra mis caderas, estrujándolas de lo nerviosa que estoy. No quiero oír el veredicto, no quiero porque al final, el último que me va a dar una nota es Jon. Pero tiene que darme igual, tiene que resbalarme lo que él diga, porque no es importante. Él ya no es importante para mí, y su opinión tampoco. En el fondo, por eso me afecta tanto lo que pueda decirme Teo, no porque sea un reputado crítico culinario, ni porque pueda hacerme un artículo demoledor, sino porque le tengo aprecio, es más, le quiero, y tener su aprobación significa mucho.

Tanto Oriol como Louise me ponen muy buena nota, y Teo... Teo me pone la más alta. Todos se sorprenden, no porque no me la merezca sino porque no es propio de él. Es entonces cuando Jon Aguilera se lleva a la boca uno de mis *macarons* y cierra los ojos, masticando lentamente. Solía hacer esto cuando yo le daba de probar algo. Lo saboreaba embriagándose de su sabor poco a poco, y luego me pedía que se lo enseñase. Así congeniamos, en la cocina. Cuando me contrató, yo solo había trabajado como aprendiz y parte de mis prácticas en París, en uno de esos grandes restaurantes de alta cocina que te desechan en cuanto te has quemado, donde le metes muchas horas haciendo salsas base, masas y texturas.

Fue la primera entrevista que hice, y Jon estuvo encantador. Me contó que era su gran sueño abrir el *Tres delicias*, que había trabajado muy duro y que los postres no eran lo suyo, así que necesitaba a alguien para darle ese toque final a las comidas y cenas, para endulzar los sabores.

Así fue como me contrató.

Era carismático, tenía don de gentes y derrochaba amabilidad y cercanía, al menos al principio. Puede que fuera porque nadie me había parado tanta atención entre los fogones, o porque era un hombre atractivo e inteligente que se interesaba por mí, pero me enamoré como una quinceañera. A mis quince no lo hice, no tuve amores de verano ni ligues pasajeros, ni ese amor platónico en el colegio —no creo que Charlie Hunan cuente—.

—No has perdido el toque —susurra Jon, abriendo los ojos.

Nunca lo perdí. Siempre estuvo ahí, solo que lo usaba para hacer repostería en vez de sofisticados postres.

Quedo anonadada cuando me da un nueve de diez. Es oficial, soy finalista. La gente me felicita, tanto los dos compañeros como los jueces y la presentadora, excepto Jon. El programa termina y en un abrir y cerrar de ojos estoy en mi camerino sola, mirándome en el espejo sin saber muy bien qué hacer.

Creía que esto me liberaría, pero ese nudo en la garganta y esa impotencia siguen estado aquí. A lo mejor es por haberlo visto, no me lo esperaba y ha sido un *shock*, nada más. Puede que se me pase en cuanto vuelva a la rutina y deje este programa.

Alguien llama a la puerta, y abre al cabo de dos segundos, sin que yo tenga tiempo de decir

nada. A través del espejo, veo que es Jon.

—¿Puedo? —pregunta, entrando sin permiso.

No es ninguna novedad, siempre ha hecho lo que le ha dado la gana tuviese mi aprobación o no. Me doy la vuelta y cruzo los brazos, diciéndome a mi misma que mantenga la calma.

—¿Qué quieres? —exclamo, respirando hondo, haciendo de tripas corazón al mirarle.

No es fácil hacerlo. Porque le quise, mucho, me permití tener ilusiones y soñar con que seríamos algo, tendríamos algo bonito, y él dejó que lo hiciera.

—He venido a hacer las paces. No estuvo bien despedirte, ya lo sé, pero era lo más sensato.

—¿Sensato? —susurro, frunciendo el ceño—. Podría haberte denunciado por despido improcedente.

—Pero no lo hiciste. ¿Te habrías quedado en el restaurante, después de todo? Ambos sabemos que no, Marina.

Por supuesto que no me había quedado en su restaurante, con su prometida, pululando por ahí y sintiéndome desgraciada y culpable.

—Esa no es la cuestión —musito, enervándome como nunca, mientras que las mejillas empiezan a arderme—. Estabas prometido y dejaste...que yo me enamorara de ti. Podrías haberme frenado en cualquier momento, podríamos haber sido amigos, pero no lo hiciste.

Mira al suelo, y sé que sabe que yo tengo razón. Entonces me doy cuenta de que eso era lo que necesitaba. Desahogarme, decirle todo esto a la cara, soltarlo todo.

—No es tan fácil, no soy de piedra. Tu te paseabas por la cocina con esas falditas de bailarina, y tus braguitas de dibujos animados, tus mensajes positivos y tu... Joder, no se qué tienes que me tocaste la fibra, ¿vale?

—Si tan solo fuera eso..., pero ¿mis trucos, mis innovaciones? Tuviste la cara de despedirme y seguir usando todo lo que te enseñé —le reprocho.

Llegados a este punto, no voy a callarme nada, pero parece que eso a él no le molesta, porque se pone muy serio y alza los hombros.

—Era mi restaurante, y todo eso lo hiciste en él. No tengo la culpa de que seas tan ingenua como para pensar que no voy a aprovecharme de lo que me enseñaste.

Por supuesto, siempre ha sido eso. Me negaba a aceptarlo, al principio. Pero cada vez que le echaba una ojeada a la carta del restaurante, veía los nuevos platos o leía las críticas, siempre encontraba en ellos algo de mí. Por mucho que me pese, la vida no es una película de Disney, los malvados en la vida real no siempre tienen su merecido, al contrario, muchas veces logran sus objetivos con demasiada facilidad, quedando impunes.

—Eres una mala persona, Jon. Eres un fraude. Puede que ahora mismo nadie se haya dado cuenta de ello, pero tu suerte acabará. Un día de estos, no tendrás más material, te quedarás estancado y caerás. Entonces la gente se dará cuenta de que no eres más que un cocinero mediocre.

Creo que son las palabras más crueles que le dedicado a nadie, y no me arrepiento.

—Acabo de hacerte finalista de este programa, deberías ser más agradecida —me espeta, poniendo cara de asco.

—No lo has hecho por mí, lo has hecho por ti. Mi postre era el mejor, si no me hubieses puesto buena nota la gente se habría preguntado por qué, y te habría mirado con malos ojos.

—¿Sabes qué? Había venido en son de paz, pero veo que no se puede razonar contigo. Adiós, Marina.

Lo dice ofendido, como si le hubiese hecho un gran desaire, como si no me hubiese jodido. No

sé si soy yo que tengo una percepción errónea de las cosas, pero ¿quién en su sano juicio perdonaría algo así, y más si la otra persona ni se disculpa? Puede que yo sea una persona calmada, cero rencorosa y muy amorosa, pero tengo mis límites, como todos, y él los ha superado con creces.

—Adiós, Jon.

El portazo hace que me estremezca, dejándome caer al suelo, apoyada contra la pared. Ya está, este es el final, ¿verdad? Parece que sí. Dentro de lo que cabe, no es un mal final. Al menos estoy dentro de la final del concurso, y las puertas de la alta cocina vuelven a estar abiertas de nuevo.

Pero ¿es esto lo que yo quiero?

Charlie y la fábrica de chocolate

TEO

El vino es una poesía embotellada.

Robert Louis Stevenson

—¿Sabíais que venía? —pregunto a los demás jueces cuando termina el programa.

Maldito programa, ¿acaso no piensan en los sentimientos de los demás? No, claro que no, lo único que les importa es la audiencia, y traer al tipo que despidió a una concursante es muy polémico.

—Por supuesto que no. ¿Qué va a saber Jon Aguilera de cocina? Me parece indignante que tenga el mismo voto que yo —exclama Oriol, también algo cabreado.

Dejando a un lado el hecho de que ya detestaba a Jon mucho antes de conocer toda la movida con Marina, saber todo esto y que, de alguna manera, la hubiese incomodado a ella tenerle aquí, me enfada todavía más.

Al menos ha sido decente poniéndole la nota que se merecía. Si no lo hubiese hecho, se lo hubiese reprochado allí mismo, con o sin cámaras delante.

El móvil suena, es un mensaje de mamá diciendo que lo siente mucho, y que hablemos esta noche. Le respondo que vale, pero que no juegue sucio porque me debe una disculpa sí o sí.

—Eres Teo Massagué, ¿verdad?

Alzando la vista hacia arriba, guardando el teléfono en el bolsillo, veo que quién me está haciendo esta pregunta es, ni más ni menos que Jon Aguilera, alias el cocinero más gilipollas que habita en España. No puedo disimular mi mueca de desagrado al verlo, lo sé.

—En vivo y en directo —respondo dejando un suspiro de resignación.

Me pregunto qué es lo que quiere de mí. A lo mejor me insulta, por esa crítica que le hice del restaurante. No me importaría, así tendría una excusa para insultarlo a él también.

—Verás, me gustaría que vinieses al restaurante, para darle una segunda oportunidad. Hemos mejorado mucho, nos lo han dicho.

Así que quiere una segunda crítica..., ¿acaso no tuvo suficiente con la primera?

—No sabía que hubieseis cambiado al chef principal —susurro, sabiendo que no es así.

—No, sigo siendo yo. La carta está mejorada, y pronto obtendremos nuevos platos.

—¿Con ideas de gente a la que despides?

Esto le ha sentado como un tiro en la sien. Empalidece de golpe, hasta que abre la boca al cabo de varios segundos.

—No se qué historias va contando Marina por ahí, pero no te creas todo lo que sale de su boca. Parece todo dulzura y bondad, hasta que revela su verdadera cara.

—¿Su verdadera cara? —exclamo con reticencia.

—Las citas de Disney, las falditas de cría, los gestos cariñosos, sus extravagantes colores... Todo parece muy inocente, va envolviéndote poco a poco hasta quedar atrapado en sus redes de algodón de azúcar —musita, negando con la cabeza.

—¿De qué coño estás hablando? —exclamo indignado.

—De su ambición. Escaló en mi cocina hasta que llegó arriba..., quería quitármela —susurra, con el ceño fruncido—. Por suerte, me advirtieron a tiempo, por eso la despedí.

—Nada de lo que me estás contando tiene ningún sentido.

Marina no es ambiciosa, ni quiere fama ni mucho menos dirigir un restaurante ella sola.

—Primero te trata con mucha dulzura, te coge de la mano y te escucha, así se gana tu confianza con rapidez. Luego, cuando ya ha entrado en tu círculo, se hace imprescindible de una manera o de otra. Se entusiasma con todos tus proyectos, te da ideas, cocina contigo y para ti. Se convierte en esa alma gemela que no sabías que podías tener. Entonces se te mete bajo la piel, muy rápido, con esa mezcla de ternura y fogosidad que muestra en las distancias cortas. Entrás en combustión con uno de sus besos al segundo de dártelo.

Beso. Fogosidad. Combustión. Mi cerebro intenta procesar toda esa información, pero el resultado es inverosímil. Marina no pudo haber estado con Jon Aguilera, me es totalmente inconcebible.

—Tu vida privada no me interesa —susurro, al borde del colapso.

Me doy la vuelta, y camino con rapidez hasta buscar en ese plató un sitio oscuro y apartado. Cuando lo encuentro, me apoyo en la pared y respiro hondo, secándome el sudor frío de la frente.

Marina tuvo un *affaire* con Jon. El nivel de detalles ha sido excepcional, no puede estar mintiendo. Eso nunca me lo dijo, bien que se lo ha guardado. ¿Qué demonios? Y sus palabras... me han dado miedo, porque es exactamente lo que hizo conmigo, desde el principio. Entré en aquella cafetería por casualidad, sí, pero ¿y si me reconoció? ¿Y si fui tan ingenuo como para negar esa posibilidad? Insistió en que probase sus postres, podría haber pensado que, si le hacía una buena crítica, saltaría a la fama de inmediato.

Y si no quiere fama, ¿por qué está participando en este concurso?

En el fondo sé que no tiene ningún sentido que se haya enamorado de mí, lo sé muy bien. No soy un hombre atractivo, al menos no tanto como para que las mujeres tengan un flechazo conmigo, y menos teniendo esa cicatriz. Tampoco soy el *summum* de la amabilidad y la simpatía, Teo, el terrible, aflora cada dos por tres y ha recibido de su medicina en muchas ocasiones. No puede haberse enamorado de mí, no tiene sentido. En cambio lo otro..., sí lo tiene.

Maldigo en silencio mientras que doy un golpe seco con mi puño en la pared. ¿Acaso estoy tan desesperado que he dejado que me manipulen de esta forma? Y nada más que una niña estúpida con las uñas pintadas de fosforito. ¿Cómo he dejado que se me meta tan adentro? Joder, si es que yo... yo la quiero. O la quería, hasta ahora.

Yo la quería, me había enamorado de ella, aunque lo negase. Salí despavorido de su casa ante esa certeza, porque si me hubiese quedado, se lo habría confesado. Qué estúpido he sido.

—¿Teo? ¿Estás ahí? Estaba buscándote.

Cuando me mira, las piernas flaquean. ¿Cómo es posible que esos ojos que supuran inocencia pertenezcan a alguien cuya crueldad me desgarrar por dentro? Son marrones, azules, verdes y grises. Son del color que quiero ver en cada momento, como si tuviese un filtro puesto y lo cambiara a cada segundo.

Me levanto poco a poco, alterado por todo lo que estoy viviendo en tan poco tiempo. Todo me da vueltas, y no puedo más que preguntárselo. Quiero saberlo ya, porque si lo niega, a lo mejor hay a lo que aferrarse.

—¿Te enrollaste con Aguilera? —susurro, clavando mis ojos en los suyos.

No hay otras preguntas, ni tampoco preliminares ni nada que la haga poner en alerta. Se lo suelto aún apoyado en la pared, temblando como una hoja al viento, viendo por segunda vez cómo

mi vida vuelve a desmoronarse. No es ninguna novedad.

Traga saliva y cierra los ojos durante al menos un minuto. Al abrirlos alza las manos hacia su cabello, apartando un par de mechones de su rostro.

—Algo así —reconoce entonces.

—¿Algo así? No juegues conmigo a las ambigüedades, Marina —le advierto.

—No voy enrollándome con la gente, me cuesta un mundo confiar en alguien y... a mí me gustaba, me gustaba de verdad.

—¿Como yo? —exclamo, dando un paso hacia adelante—. Sabías quién era yo desde el minuto uno, ¿verdad?

—Claro que no —susurra, contrariada.

—Mantuviste el contacto porque te interesaba, te ha ido de lujo mi puntuación —insisto, intentando que lo admita y terminar con todo esto.

—No —musita—. Estás..., ¿insinúas que me he acercado a ti para ganar el concurso?

—Para conseguir una reseña, para ganar el concurso..., ¿me dejo algo más?

Los ojos le van de un lado hacia el otro, humedeciéndose poco a poco. Que no se atreva a llorar para ablandarme porque no va a conseguirlo.

—La opción para quedarme contigo veo que no la has incluido —musita entonces.

—¡Por favor! —espeto con indignación—. No quiero volver a verte.

Con dificultad, la cabeza dándome vueltas y una sensación de ahogo en el pecho, me doy la vuelta y corro hacia la salida.

Se acabaron las sonrisas cálidas o el sentirse como en una nube. Ya no habrá más chocolate amargo ni besos dulces, ni cenas entusiastas. Tampoco más Marina en mi vida. Me despido mentalmente de su imagen y de esa persona a la que creía conocer. Una parte de mi cerebro se pregunta qué habrá sido real y qué no. Si toda ella era una fachada, si realmente es así o en el fondo es una persona gris y desustanciada, triste y solitaria... como yo.

Llego hasta el coche, atinando a arrancarlo y salgo de allí sin mirar atrás. Soy incapaz de volver, no voy a poder hacerlo. La final es dentro de dos días y no voy a ser capaz de estar en el mismo sitio que ella. En un semáforo, dejo caer mi cabeza hacia adelante, tocando el volante, maldiciendo mi suerte. Yo ya estaba bien con mis citas con rubias clónicas. Alguna hubiese acabado gustándome, y no tendría esos dilemas y preocupaciones.

El coche de atrás me pita, y cuando alzo la cabeza, veo que está en verde. No quiero irme a casa, pero he quedado con mamá y sé que si no voy, se va a oler algo. Demonios, no quiero hablarle de eso, hoy no.

Cuando saco la llave del bolsillo y la pongo en la cerradura, decido inventarme la típica excusa para no hablar.

—Cariño, ¿estamos en el salón! —escucho que dice mamá nada más entrar.

Santo cielo, en esta casa no se puede tener privacidad, ni tampoco tener algo de soledad. Arrastro los pies hasta allí, debo de tener un aspecto algo tétrico por la forma en la que mi padre alza las cejas.

—¿Estás bien? —pregunta antes de que yo diga nada.

—No, me duele la cabeza —susurro.

No es del todo mentira, tanto pensar y darle vueltas al asunto ha hecho que ciertas punzadas en el lóbulo occipital del cerebro se estén dando asiduamente.

—Pobre, será mejor que te tumbes. Pero antes..., en fin, lo siento mucho cielo, no debí inmismirme en tus asuntos. Cuando quieras comunicarnos algo, estaremos encantados de

escucharte.

Asiento, teniendo suficiente. Luego me doy la vuelta, yendo directo hasta mi habitación, y cierro la puerta con el pestillo. Me dejo caer encima de la cama, mirando hacia el techo blanco, preguntándome si todo esto ha sido una broma macabra de alguien a quien puse a parir.

Marina. Marina. Marina. Su nombre se repite en la lejanía de mi cabeza, como un susurro en el oído que te pone la carne de gallina y te deja con ganas de más. Una lágrima solitaria recorre mi rostro, mientras que mi pulso vuelve a la normalidad tras respirar hondo.

Alguien tan puro y tan perfecto no podía existir, era irreal, demasiado bonito para ser verdad. Tendría que haber estado más alerta, ser más precavido, pero mi ego me jugó una mala pasada. Que te hagan caso y te digan cosas que en el fondo, todos queremos escuchar, gusta.

En un arrebato, me levanto de la cama y abro el armario, buscando la bolsa dónde todavía sigue la ropa interior que compré. Sin pensarlo, la tiro directamente a la papelera. No quiero nada que me recuerde a ella, porque me da la sensación de que no será tan fácil olvidarla y sacarla de mi cabeza.

El teléfono suena, es Víctor. Me había olvidado de que dijo que me llamaría.

—¿Sí? —susurro, sin ganas de hablar.

—Soy yo. ¿Va todo bien? Te noto de bajón. Oye, ¿te apetece hacer unas cervezas esta noche?

—Esta noche no. Ha... pasado algo con Marina —decido contarle, porque necesito desahogarme con alguien.

—¿La concursante? Ostras, pero ¿es grave?

—Del tipo que no quiero volver a verla nunca más —resumo.

—Vaya, ¿en serio no quieres quedar? Te oigo mal.

—Hoy no, estoy cansado. Mañana cuando salga del trabajo, ¿te va bien?

—Por supuesto. Anímate, ¿eh? Que un desengaño amoroso no es el fin del mundo.

—Hasta mañana, Víctor.

No es el fin del mundo. Ya lo sé, pero se siente parecido, muy parecido. Esta vez me meto en la cama y cierro los ojos, dispuesto a que esta pesadilla desaparezca, al menos durante ocho horas.

Big Night

MARINA

No puedes cocinar si no te gustan las personas.

Joel Robuchon

Si pensaba que demostrando mi valía con los postres delante de un programa de televisión y explayándome con Jon sobre lo que pensaba y sentía, todo sería mas fácil y podría pasar página, estaba muy equivocada.

Todo ha salido mal. Nada de lo que quería se ha hecho realidad, nada. Ayer cuando Teo me dijo esas palabras... fue demasiado. Estaba tan convencido de lo que decía, tan obcecado que ni siquiera intenté convencerle de lo contrario, no creo que hubiese servido para nada.

No creo que sea tan raro pensar que pueda haberme interesado en él por cómo es, por lo que me hace sentir cuando estamos juntos. Y eso me lleva a una única conclusión: que está más asustado de lo que él mismo piensa. Su subconsciente se ha agarrado a este clavo ardiente y no va a soltarlo con facilidad.

¿Y qué voy a hacer yo? He meditado mucho al respecto. Cuando llegué a casa, puse mi película favorita, *Mulan*, mientras cogía una tarrina de helado de chocolate y me la zampaba casi entera, lamentándome por dentro por tener tan mala suerte en el amor. Como dice el emperador, «por mucho que sople el viento, una montaña no puede arrodillarse ante él», y alguien que no quiere ser amado, por mucho empeño que pongas, no te dejará.

Así que hoy, siendo el gran día de la final de «El mejor postre del 2020», llamo a la organización y anuncio mi retirada.

Nunca quise ir a un programa como este. Al principio acepté porque quería demostrar a los demás y a mí misma que estaba bien, que seguía siendo la misma. Luego seguí... porque Teo estaba allí, lo tenía cerca y de alguna manera, podía hacer que me conociera, que le gustara, que me... quisiera.

Pero no tengo que demostrar nada a nadie. Yo sé quien soy, sé de lo que soy capaz y ahora sé lo que quiero. Y es mi cafetería, haciendo los postres que me apetecen sin tener que meterme en luchas internas, presiones de *chefs* de cocina con aires de superioridad moral ni de críticos culinarios o estrellas Michelin que cosechar.

Yo solo quiero hacer postres con libertad, en un ambiente agradable y nada hostil, porque eso es lo que me hace feliz.

Cuando llaman a la puerta y veo que es Laura, la dejo pasar. Me mira de arriba a bajo con la palabra censura puesta en los ojos.

—¿Qué llevas puesto? —es lo primero que dice nada más cerrar la puerta.

—Es mi chándal de princesa Disney —susurro, encogiéndome de hombros.

—Dios mío, se parece al que lleva la rubia de *Chicas malas*, si no fuese porque tienes el aspecto de un cadáver, estarías divina.

Hay veces que los comentarios de Laura no sé muy bien como tomármelos, y este no es la excepción.

—No he visto esa película. De todas maneras, puedo vivir una temporada con ese chándal, no necesitaré nada más hasta que se me pase el bajón —susurro, volviendo a mi sofá.

—Ay, la leche, no puedo creer que no hayas visto esta película de culto. ¿Qué te pasa? Ya sé, has perdido, es eso ¿no? Bah, menuda tontería —dice, intentando animarme.

Niego con la cabeza mientras sienta su culo embotado en unos vaqueros chulísimos a mi lado.

—Me he retirado, no he ido esta tarde —confieso entonces.

De todas formas, todo el mundo va a terminar enterándose y no hubiese soportado la mirada de Teo de desprecio hacia mí.

—¿Por qué? ¿Tenías miedo? —pregunta, cogiendo un cojín.

—No quiero ganar. Me da igual el concurso, la alta cocina... Iba porque estaba Teo allí, era mi aliciente y ahora todo se ha ido al garete. Estoy triste, ¿sabes? Pero al mismo tiempo... ¡Dios Laura! Me gustaría enfadarme con la gente, de verdad —exclamo, dando un golpe fuerte al cojín —, pero soy demasiado empática y entiendo a la gente. Entiendo a Teo, en el fondo. Es decir, es tan ilógico que alguien venga y te diga que se ha enamorado de ti tras compartir un par de besos y a lo sumo, cuatro conversaciones maravillosas...

—Alto ahí —me detiene, alzando la mano—, ¿te has enamorado de Teo?

—Completamente —revelo sin ningún pudor.

—¿Por qué es tan raro? Yo no lo veo *tan* raro, la gente se enamora por mucho menos. Hace meses que os conocisteis, y lleváis todas las semanas que ha durado el concurso con ese tira y afloja que me contabas.

—Él... se piensa que me acerqué a él para tener una buena crítica de la cafetería, y luego para ganar el concurso —musito, con incredulidad.

—¿Cómo? Pero ¡será egocéntrico! O malpensado, este tío es un gilipollas, ya me lo parecía en la tele, pero esto me lo confirma del todo —dice con verdadera indignación—. ¿Y se puede saber cómo demonios ha llegado a esa conclusión?

Mientras dice eso, va estrujando el cojín de tal manera que me da la sensación de que en cualquier momento, petará.

—Supongo que habló con Jon Aguilera, él le contó que... tuvimos algo —susurro con pesar.

—Desconozco quién es ese Aguilera, pero que lleve el mismo apellido que la gran Christina no me parece de buen gusto. Ahora define algo, ¿es ese rollo cocinillas que acabó la cosa fatal?

Asiento, porque mejor no ha podido definirlo.

—En realidad no fue para tanto, un par de besos a lo sumo. Estuvo ayer en el programa, como juez invitado y le dije un par de cosas que tenía pendientes.

—¿En serio? ¿Le cantaste las cuarenta? Bien hecho. ¿Qué te hizo?

—Me despidió, y después me robó algunas recetas que yo le había enseñado. Ah, estaba prometido y yo tampoco lo sabía.

—¿Perdona? —grita Laura, lanzando el cojín hasta la otra punta del comedor—. Esto ya pasa de castaño a oscuro. ¿Y por qué no lo denunciaste?

—Porque era una cría, y no tenía forma de demostrarlo. ¿A quién piensas que van a creer, a mí que soy una don nadie o a un *chef* de prestigio como él? Mira lo que ha pasado ahora, mira a quién ha creído Teo... —me reafirmo en mi realidad.

—A Teo lo que le ha cabreado en realidad es que estuviste liada con él. Mi teoría sobre la vulnerabilidad del ego masculino es totalmente cierta —susurra con admiración hacia ella misma.

—Teo tiene miedo, y se aferra a lo que sea para no sentir lo que siente por mí. Creo que le rompieron el corazón. En el fondo, me niego a pensar que realmente se crea que soy una zorra que

va ligándose a los tíos para adquirir favores.

—Eres la persona menos indicada para parecer una *femme fatale*, la verdad, pero también es cierto que las mujeres más traicioneras son las que no suelen parecerlo.

—Laura, no he seducido a nadie en mi vida. Si solo me he besado con dos personas en total, sigo siendo virgen. Que me digan que soy una manipuladora sensual... me parece igual de surrealista que digan que los marcianos nos invaden —exclamo, rindiéndome ante el hecho de que ciertas cosas me superan, y esta es una de ellas.

—Él se lo pierde, que se vaya a freír espárragos. Te mereces a alguien que te lleve en bandeja de plata, que aprecie tus magdalenas como es debido y que no dude de ti.

—Creo que el amor pasa de mí. Puede que en otra vida sí que haya sido una verdadera arpía con los hombres, y que ahora el *karma* me esté pasando factura —deduzco.

—¿A quién le importa la otra vida? Tú solo piensa que tenemos una, y que no vale desperdiciarla con gente así de cateta, corta de miras y crédula. ¿Te apetece que veamos *Chicas malas*? A ver si se te pega un poco de Regina, que falta te hace.

Me encojo de hombros y asiento, porque total, no tengo mucho que hacer y los esfuerzos de Laura por animarme se agradecen.

Media hora después, me doy cuenta de que a lo mejor Laura sí tiene razón. Está claro que, si desde un principio no hubiese confiado a ciegas en los hombres, nada de eso habría pasado. Tengo que tener un poco más de mala leche, no a los niveles de esas jóvenes —que están un poco locas—, pero sí mantener ciertos límites y sobretodo, mantener las distancias.

—¿Marina? —grita Santana después de entrar por la puerta—. ¿Estás aquí?

—Sííí —respondo, poniendo pausa—. Estoy con Laura viendo una peli.

Escucho sus pasos rápidos yendo hacia el salón, y cuando se planta delante de la televisión con una cara que parece haber visto un fantasma, me doy cuenta de que algo le pasa.

—Aléjate de ella, es una loca —susurra, señalando a Laura.

Frunzo el ceño, y la miro. Ella me devuelve la mirada con ese gesto de «no entiendo nada».

—Santana, ¿estás bien? Pareces algo alterado.

—Ella... se ha dejado el teléfono sin bloquear esta tarde en el set, y he visto cómo te tenía fichada. En las Notas, había un informe entero sobre ti; tu nombre entero, donde vivías, dónde tenías la cafetería... ¡hasta dónde vivía tu madre! Y por supuesto, salía mi nombre en él.

Esto está sonando muy mal, verdaderamente mal.

—¿Has mirado mi teléfono? —exclama Laura cabreada—. Eres un gilipollas, ¡Dios! No tendría que haberte dado el papel.

No estoy entendiendo nada. ¿Qué significa todo eso? Los miro confundida, viendo cómo entre ellos se lanzan miradas acusadoras y llenas de odio.

—No pienso trabajar en la película de una chalada que acosa a mi mejor amiga. ¡Estás loca! ¿Qué quieres de ella? Y cuidado con juegucitos, que llamo a la policía —le advierte, cogiendo el teléfono.

—Eres un idiota rematado. Ahora lo has estropeado todo... —se lamenta Laura, escondiendo la cara entre sus manos, conteniendo un gemido de horror.

—Mira, lárgate y no vuelvas por aquí, jamás. ¿Estás bien, Marina? —me pregunta Santana—. Levántate, y ven hacia mí.

Estoy a punto de hacerlo, hasta que el raciocinio vuelve a mí y me detengo. Nada de esto tiene sentido, nada. Laura no me haría daño, si lo único que ha hecho ha sido ser mi amiga y nunca me ha pedido nada. Todo esto tiene que tener una explicación lógica, o al menos decente.

—Vamos a calmarnos todos, ¿de acuerdo? Bien, Laura, explícate porque no estoy entendiendo nada de nada —musito, cruzando los brazos.

—No hay nada que entender, es una desequilibrada que se acostó conmigo para llegar a ti —ruge Santana.

—Jodido egocéntrico —susurra Laura—. ¿Quieres cerrar la boca durante un minuto? La cosa no fue así, no tienes ni idea... —se lamenta, y parece afectada de verdad, al igual que enfadada.

—Cuéntamelo —insisto yo.

Se pone erguida, con las piernas cruzadas en posición de indio, y antes de hablar respira hondo una y otra vez hasta calmarse.

—Voy a empezar desde el principio para que lo entiendas, y por favor, dile a ese... que no me interrumpa.

—Vale —respondo, intrigada.

—Siempre me he llevado muy mal con mi padre. Yo y mi hermano, en realidad, porque tenemos el mismo carácter peleón y tozudo. Por algo somos gemelos.

—¿Que hay otro igual que tú? Estamos perdidos —susurra mi amigo, sentándose en una de las butacas.

Laura lo fulmina con la mirada, pero continúa sin decir ni mu.

—Él quería que estudiásemos «una carrera de provecho» como decía, alguna ingeniería, medicina o leyes. Pero yo siempre he sido muy artística, supe que quería dedicarme al cine desde que vi mi primera película, así que después de hacer la selectividad, entré en el ESCAC, aquí en Barcelona. Automáticamente mi padre dejó de hablarme, y ni siquiera para Navidades cuando iba a comer, me dirigía una palabra o una mirada, era invisible. Mi hermano sí que hizo una de esas ingenierías, aunque ahora quiere ser piloto, pero eso ya no importa, porque mi padre está muerto.

—¿Y eso qué tiene que ver con Marina?

Esa pregunta de Santana es la misma que me estoy haciendo yo ahora mismo. ¿Qué tiene que ver todo eso conmigo?

—Ahora llego, un segundo. He dicho que todo eso es relevante, y ya veréis por qué.

Pestaño, buscando la relación, pero no es hasta que ella lo dice que no se me cae el alma a los pies y siento que la respiración me falla.

El chef de la receta de la felicidad

TEO

Aprendemos a cocinar con la cocina de otros y en un momento dado, hacemos la nuestra.

Jean-François Trap

—La vida es una mierda, lo mires por dónde lo mires. La vida perfecta, el trabajo perfecto, la chica perfecta, todo es un espejismo fruto del capitalismo. Nos hacen creer que sin todo eso, no vamos a ser felices. Si no hueles bien, la gente no va a aceptarte, si no vas al gimnasio ninguna chica se acercará a ti, si no compras esta casa, no vas a ser feliz. Pero todo eso son pamplinas, Gina.

Mi secretaria asiente desde el marco de la puerta de mi despacho, mirándose las uñas de vez en cuando. Lleva el cabello en una larga coleta, esta vez de un tono anaranjado nada favorecedor. En realidad, es muy bajita, pero con sus plataformas de veinte centímetros parece de estatura media.

—Jefe, corta el rollo. No has sido implacable en la última crítica que me has pasado, y ahora me das ese rollo. ¿Cuánto hace que no mojas[3][FSA4]?

Suspiro, hundiendo la cabeza debajo de mis brazos. Que puede que tenga muchas citas, pero solo se quedan en eso, cenas de una sola noche con las que acaban siendo, como al principio, desconocidas.

—Quiero jubilarme —espeto, queriendo morirme.

—Ya, y yo quiero ser millonaria como dice Rosalía, pero no. ¿Es la pastelera? Te ha dado calabazas —deduce erróneamente—. No me extraña, con esa actitud de chulo piscinas, cualquiera te da con los morros en la puerta.

Alzo la cabeza con una ceja alzada.

—Un poco de respeto que sigo siendo tu jefe —susurro.

—El R-E-S-P-E-C-T se gana, majo. ¿Acaso crees que Aretha lo dijo por nada?

—Lo dijo por ser mujer y negra —protesto entonces.

—Pues eso mismo, que parece que si no voy con vestido y tacones de pija, ¿no merezco un respeto? ¿Qué te crees, jefe?

Trago saliva, asumiendo mi parte de culpa. Soy un cabrón con todas las letras. Puede que lo mismo le haya hecho sentir a Marina por sus atuendos de pitufo y sus uñas fosforitas.

—Te respeto, eso sí, no me pidas que me gusten tus aros ni tus uñas —gruño entonces.

—Pues si así es como le has hablado a la pastelera que te pone... —agita la cabeza poniendo los ojos en blanco.

—La pastelera es una falsa, solo quiere aprovecharse de mí. No me quiere, nadie me quiere, ¿contenta?

Tras mi confesión, Gina cierra los ojos mientras hace ese gesto de agrupar los dedos en alto tan italiano.

—Qué dramático eres, jefe. Te voy a decir algo, hay alguien que sí te quiere y está en la puerta: tus padres.

Oh, no, lo que faltaba hoy. No quiero ni verlos en pintura. ¿Qué hacen aquí? Miro la hora y veo que son las nueve y cuarto, bastante tarde ya.

—Teo, ¿qué ha pasado? —exclama mamá cruzando la puerta con una expresión de pena pintada en el rostro, como cuando tuve el accidente y entró en la habitación del hospital.

—Estás hecho polvo —comenta papá, dejando de acariciarle el culo a mamá.

—Estoy bien. ¿Qué hacéis aquí? Iros a casa, ya vendré. O no, es probable que me mude —susurro.

—¿Mudarte? ¿Adónde? —pregunta papá.

—Al piso de arriba, está en alquiler.

Es cierto, lo he visto esta mañana y me he puesto en contacto con los dueños enseguida, que los alquileres vuelan en esta ciudad.

—Obviamente es un paso muy grande, cariño, pero espero que no tenga nada que ver con que no hayas salido hoy en el programa.

¡Oh, claro! Por eso están aquí, empieza a las nueve de la noche.

—Tiene que ver con que ya tengo una edad para independizarme otra vez.

—¿Y el programa? —insiste papá.

—Me encontraba mal —miento como un bellaco.

Mi madre se sienta en una de las butacas, achicando los ojos.

—No me mientas, que soy tu madre. Te has peleado con Marina —adivina ella.

—Yo que pensaba que ya habríais tenido tema. Os íbamos a dejar hasta ese libro de «Redescubrir tu sexualidad», es magnífico.

Dios, mis padres son demasiado explícitos.

—Marina se ha terminado. Ella no es para mí, ¿de acuerdo? Nunca lo ha sido ni lo será. Supongo que habrá ganado y ya la habrán llamado de miles de restaurantes —susurro, maldiciéndome por ser idiota.

—Oh, vaya, no lo sabes... —exclama mi madre, arrugando la nariz.

Esa nariz tan parecida a la mía. ¿Qué quiere decir con eso?

—No estoy viéndolo, ni pienso hacerlo. ¿Qué tengo que saber?

Ambos se miran y se sonríen mutuamente. En serio, ¿quieren dejar de torturar a su hijo único?

—No sé si decírtelo. Quiero decir, ha sido una pelea fuerte por lo que veo, no vamos a meternos con cosas que son de pareja.

—Mamá, dímelo —ruego yo, armándome de paciencia—. No somos pareja y no lo seremos.

—Que no, que no... ya nos vamos, ¿verdad cariño? Que tenemos esa reserva en el restaurante y luego me has prometido un masaje con final feliz —dice, levantándose del sillón, cogiendo de la mano a papá.

—Qué buena estás cuando te unto de aceite —ronronea él en su oído.

Jesús, lo que uno tiene que oír.

—En serio, ¿podéis decirme qué coño pasa? —exclamo, alzando la voz, hastiado de esta situación.

Ambos se giran de golpe, observándome con asombro.

—Cariño, al igual que tú, Marina no se ha presentado hoy al concurso.

El alma se me cae a los pies. No puede ser. No es posible. No me cabe en la cabeza. Queda fuera de toda lógica. ¿Me están tomando el pelo?

Cuando cierran la puerta, abro la pantalla del ordenador y busco el programa de hoy. Lo están dando en directo, y enseguida veo que tienen razón, que está el otro finalista y el concursante que

eliminaron en el programa de ayer. Busco en las redes alguna información, y todos repiten lo mismo, «la concursante Marina Tortosa ha abandonado la final por motivos personales».

Es... increíble. ¿De qué va? Después de todo, no se le ocurre otra cosa que tirar por la borda esta oportunidad. Debería estar aliviado, en parte porque esto quiere decir una cosa, y es que no ligaba conmigo para obtener un trato de favor en el programa. Aun así, esto no quiere decir que no sea una manipuladora de cuidado. Todavía no asimilo el hecho de que se haya liado con Jon Aguilera.

Busco en los cajones esa tarjeta que le cogí la vez que estuve en la cafetería, esa tan mona con un dibujo de un *cupcake* con el teléfono y el mail para hacer encargos. Sí, aquí está, es un móvil, su móvil. Enfurruñado, guardo su contacto en mi teléfono y le escribo un mensaje sin perder tiempo.

«Eres boba, no deberías haberte retirado. ¿Acaso no ves que estás desperdiciando una gran oportunidad?».

No espero que me responda. No me merezco ni una sola explicación, después de lo que le dije. Pero la respuesta llega temprano.

«Ya te dije que el programa no me importa. ¿De dónde has sacado mi número?».

Sabe que soy yo, lo sabe y eso me saca una sonrisa. Joder, yo estoy cabreado, mucho. ¿A quién se le ocurre liarse con un tipo como Jon Aguilera? Si es un gilipollas cabeza hueca. Lo que más rabia me da es que él la conoce, y al parecer, muy bien. Le hizo lo mismo que a mí, le dio todo ese cariño... que yo creía especial.

«De las tarjetas que tienes en la cafetería. Así nunca vas a volver al panorama de la alta cocina».

En serio, parece que tenga que decírselo con señales de humo.

«No quiero volver. ¿Tan difícil es creerte que así soy feliz? Supongo que sí, después de lo que me dijiste».

Así es feliz. ¿Así como? ¿Cocinando magdalenas para gente que no sabe apreciar su cocina?

«Estás desperdiciando todo tu talento. Podrías trabajar en cualquier restaurante».

Respiro hondo de nuevo, esperando a ver cuál es su respuesta, si después de lo que le he dicho, ve la luz, pero no.

«No quiero hacerlo. ¿Tienes algo más que decirme?»

¡Será tozuda! Qué cabezota llega a ser, de verdad. Aunque esa misma cualidad ha hecho que me persiga incesantemente y que logre... es igual.

Pues claro que tengo muchas cosas más que decirle. Para empezar, que está tirando su vida por la borda y para terminar, que qué demonios se le cruzó por la cabeza para estar con un capullo como Aguilera.

«Espero que Aguilera y tú... ».

Vale no, borro esto porque es ridículo, sé que no están juntos.

«Siento haberte acusado de acercarte a mí para ganar el concurso, es obvio que no lo hiciste por eso».

Es una buena disculpa, ¿no? Lo es, sincera y... directa.

«Espero que seas feliz, Teo».

Lo leo y releo hasta que las palabras me suenan raras, como cuando la repites mucho y ya no sabes si se escribe así o eres tu que se te antoja extrañísima. No entiendo lo que significa. ¿Que sea feliz? Yo no puedo ser feliz, no lo he sido desde que creí que iba a casarme con el amor de mi vida, y resultó que no lo era. O puede que sí, sí que lo fui. Aquel día en su casa, cocinando espaguetis, o cuando me daba la mano en su cafetería, o aquella vez que la besé y la magreé en el frigorífico...

Ella me hacía feliz.

—¿Gina? ¿Sigues aquí? —grito de golpe, pero nadie responde.

Por supuesto que no, son casi las diez de la noche. De pronto, una extraña sensación de terror me invade. Eso ha sonado a despedida, a adiós definitivo.

«Me gustaría hablar contigo».

Le doy a enviar, y espero. Espero minuto a minuto, pero nada llega. La espera se le hace eterna, y nada ocurre. Sí que era una despedida.

Pero no quiero despedirme, en el fondo no quiero, aunque tenga un gusto pésimo para los hombres y vaya a dinamitar su carrera, aunque sea un poco aprovechada, creo que podré superarlo.

Releo la última crítica que he hecho y Gina tiene razón, es pésima. Pienso en lo que estoy haciendo, en lo que soy. ¿Teo el terrible sigue estando dentro de mí? Un poco, no voy a negarlo, pero Teo real siempre ha sido un poco borde y un poco malhumorado, no hay que negarlo.

«Espero que seas feliz». ¿Qué es lo que me hace feliz, además de ella? La cocina, es algo innegable. La cocina italiana. Podría... podría volver a empezar de cero, aunque hacerlo solo no sé si sería una gran idea. Podría buscarme a un socio, alguien a quien conociera muy bien y supiera que cocina bien.

Podría proponérselo a Víctor. Estoy seguro de que aceptaría. Segurísimo. Y luego podría invitar a Marina al restaurante y podría... proponerle que se ocupara de los postres. Aunque luego me robase el restaurante, habría valido la pena.

Dios, pero ¿cómo pude tragarme esta historia que me contó Jon Aguilera? En el fondo, quise creérmelo porque era la vía fácil, considerar a Marina como la mala de la película, enfadarme con ella antes de perder completamente el control. En el fondo, me cabreó tanto que Aguilera la hubiese conocido a fondo, que ella lo hubiese querido...

Puñetas, esto tiene un nombre, y se le llama ser un jodido celoso hombre de cromañón.

«Pinkie, no me dejes así».

Pero lo hace, a expensas de mi súplica. No la culpo, no después de lo que dije. Yo también me habría enviado a la mierda, pero ella, como siempre, ha sido demasiado buena.

En estos momentos maldigo que mi madre no esté aquí, ella sabría qué hacer. Mañana se lo preguntaré, sí. No quiero volver a casa, así que cierro los ojos y me permito soñar un poco con ese plan tan imperfecto y alocado que se me ha ocurrido, y que tan bien suena.

Un restaurante cercano a su cafetería.

Un cocinero un poco cascarrabias que hace la mejor pasta de toda Barcelona.

El otro cocinero mucho más enrollado que liga con las solteras.

Incluso podría decirle a Gina que hiciese de *maitre*, a riesgo de espantar a la clientela.

No suena nada mal.

Como agua para chocolate

MARINA

La cocina es alquimia de amor.

Guy de Maupassant

Cojo aire llenando mis pulmones, intentando que el oxígeno llegue a mi cerebro. No puede hablar en serio, Laura no puede decir la verdad.

—Al morir papá, descubrí que mi madre no había sido su primera mujer y que con la anterior, había tenido una hija. Aluciné mucho, porque no podía creerme que aquel hombre tuviese una hija de la que yo no sabía. Miles de dudas me asaltaron. ¿Habían mantenido el contacto? ¿Se verían cada mes y no lo sabíamos? ¿Por qué no nos dijo nada? ¿Ella sabría de nuestra existencia? Así que todo eso se lo pregunté a mi madre, y solo nos dijo que le conoció cuando estaba casado, que se enamoraron y que, al poco tiempo, ella se quedó embarazada, y más adelante él se divorció y le dijo que nadie quería saber nada de él.

—Soy yo, ¿verdad? —susurro en voz muy baja, casi imperceptible—. Soy yo esa hija.

Laura asiente y ese nudo en la garganta se me hace más grande.

—Te busqué, anoté toda la información y antes de contactar contigo, te espíé. Parecías de lo más normal, maja, alegre y muy risueña. Pronto quedó patente que no mantenías ninguna relación con papá, así que estaba determinada a decirte que estaba muerto. Me estaba concienciando cuando me topé con Santana de fiesta, y sí, puede que me hubiese acostado con él en parte para ver dónde vivías y qué clase de chica eras, aunque quiero dejar claro que si no hubiese sido mi tipo y no hubiese estado cachonda, no lo habría hecho.

Me giro hacia Santana, pero su lugar está vacío. Se ha ido del salón, sin darme cuenta. Vuelvo a posar los ojos en Laura, pero esta vez la miro de una forma distinta. Analizo cada detalle de su rostro, buscando alguna semejanza con el mío, pero hay poca cosa. Su nariz es más alargada, al igual que su cara. Su boca... quizás es parecida a la mía. Porque sus ojos son más hondos, completamente verde oscuro, melancólicos igual que un poema de Neruda.

—Entonces te conocí, y te juro que te adoré en ese mismo instante. Eras mi hermana, no podía creérmelo, y me enfadé con mi padre por habérmelo ocultado, por no habernos conocido antes. Me cabreeé con mi madre también por haberse callado, y sobre todo, por no saber qué había pasado. Quise decírtelo, iba a hacerlo, pero fui procrastinando porque sabía que ibas a enfadarte. Quiero decir, es normal, entré en tu vida fingiendo ser alguien que no era.

Los gemelos, los famosos gemelos que mi madre solía nombrar, despotricando de mi progenitor en esos días malos que te acuerdas de todos los que te han fallado. Aprieto el labio, conteniendo esa emoción extraña que me embarga.

—Papá se fue, dijo que no estaba preparado para tener una familia, y no volvió. Tampoco pidió la custodia, eso sí, me pagó la manutención cada mes hasta cumplir los dieciocho. Ese dinero fue el que utilicé para pagar la cafetería, mamá nunca tocó ni un solo euro, decía que eso era mío —susurro—. No pedí verle, porque él... no quería hacerlo.

Laura llora en silencio, secándose las lágrimas con el puño del jersey azulado.

—No... no es justo. ¿Por qué no te quería? Si yo hace tan solo unos meses que lo hago y ya te quiero. Es tan injusto... ese hombre era idiota, y estoy tan enfadada con él...

Entonces me acerco a tuestas sobre el sofá y enjuago sus lágrimas, entendiendo muy bien qué quiere decir con eso.

—Pero sigues queriéndole. Es normal, era tu padre y aunque no te llevases bien con él, seguro que hay partes bonitas que conservas en tus recuerdos. No pasa nada, no te preocupes, no te odio por ello ni tampoco puedo culparte. Me entristece que no... que no haya sido así conmigo, pero gracias a él, ahora tengo a una hermana que es mi amiga —sonrío, dándole un abrazo.

Ella me lo devuelve de forma instantánea, apoyando la cabeza en mi hombro.

—Pensé que cuando te enterases me mandarías a la mierda —susurra.

—¿Yo? Sería la primera vez.

Después de quedarnos un rato más así, de enjuagarle esas lágrimas, y de enumerar todos los parecidos físicos que tenemos —que se limitan a las rodillas, las orejas de Dumbo y los labios en forma de corazón—, decidimos pedir algo para cenar y continuar viendo la película.

—No puedo creer que compartamos genes. En el fondo, no nos parecemos —matizo, sacando el teléfono del bolsillo del pantalón.

—Ya me parezco suficiente a mi hermano. Oh, tienes que conocer a Leandro, te caerá genial. Por cierto —añade—, cuando veas a Santana dile que no le guardo rencor, que yo en el fondo habría hecho lo mismo si hubiese descubierto que alguien acosa a mi amiga. Vaya, que estamos bien. No quiero llevarme mal con tu mejor amigo.

—Creo que se siente mal, por eso se ha ido —deduzco, y para dejarme intimidad en ese momento tan extraño—. Tranquila, hablaré con él más tarde. Es muy buen chico, en el fondo.

—Lo sé —exclama—. Es algo soberbio y creído, pero así son todos los actores.

—Ya. Es que...

El teléfono ha sonado, y me ha llegado un mensaje. Un mensaje de Teo.

«Eres boba, no deberías haberte retirado. ¿Acaso no ves que estás desperdiciando una gran oportunidad?».

—Parece que te hayan pasado uno de esos mensajes en cadena que si no lo envías a diez personas, vas a morir —dice Laura—. ¿Qué pasa?

Alzo la pantalla y se lo enseño.

—Es Teo.

Hay cosas que no entiendo, que se me escapan por completo como su actitud. ¿Ahora a qué viene decirme esto?

—¡Será capullo! Mira que venir a decirte esta gilipollez y así, en ese tono de regañina. Como si fuese tu padre —susurra Laura indignada.

—En el fondo se preocupa por mí —musito, enterneciéndose un poco mi corazón.

Pero si hay algo que me duele, es lo que dijo de mí, insinuar que yo le había utilizado, y ese «no quiero volver a verte».

—Qué quieres que te diga, sigue siendo un capullo, Marina.

«Ya te dije que el programa no me importa. ¿De dónde has sacado mi número?».

No creo que sea tan difícil de entender, se lo he dicho por activa y por pasiva. Estoy

empezando a pensar que Laura puede tener razón en eso de que sea un hombre con el ego machacado y que lo que le ha dolido ha sido saber que había tenido algo con Jon.

—¿Crees que querrá... arreglar las cosas? —pregunto en voz alta.

—Seguramente no te habrá visto en el programa y habrá abierto los ojos —deduce Laura, mirando ella misma su teléfono—. Vaya, por Twitter dicen que él tampoco se ha presentado, que está enfermo.

—¿De dónde ha sacado mi número? Yo nunca se lo he dado. ¿En serio no ha ido?

—Eso pone.

«De las tarjetas que tienes en la cafetería. Así nunca vas a volver al panorama de la alta cocina».

Vaya, ignoraba que se hubiese quedado alguna. Me enfada que ahora que no he ido al programa, me crea. Y también que me hable, aunque me hace un poco de ilusión, todo sea dicho.

—¿Qué vas a hacer? ¿Mandarte mensajitos con él durante toda la noche hasta que os reconciliéis?

—No. No serviría para nada —deduzco—. Estaríamos de nuevo en el mismo sitio, yo arrastrándole para seguir adelante con esto, con dos pasos hacia adelante y otro hacia atrás. Estoy cansada, Laura, muy cansada. Lo que me dijo, me dolió de verdad, y no quiero que vuelva a hacerme daño deliberadamente.

«No quiero volver. ¿Tan difícil es creerte que así soy feliz? Supongo que sí, después de lo que me dijiste».

—¿Entonces?

—No lo sé —admito—. ¿Es raro haberle perdonado ya?

—Sí, pero viniendo de ti, no tanto. ¿Tu por qué crees que te dijo eso?

«Estás desperdiciando todo tu talento. Podrías trabajar en cualquier restaurante».

—Por miedo —me inclino a pensar—. Creo que siempre lo ha tenido, desde que nos conocimos. Algo le ocurrió y no sé... siempre he tenido esta sensación de que sigue dolido por algo que no sé.

«No quiero hacerlo. ¿Tienes algo más que decirme?».

—Bueno, aquí tienes a una experta en redes sociales, cariño —exclama Laura orgullosa—. Se encontrarte a todos los ligues, novios, ex etc, en un periquete. Vamos a ver, dices que se llama Teo Massagué, ¿no? Empecemos por Instagram, luego seguiremos por Twitter y Facebook. Hasta en LinkedIn he encontrado cosas.

—No creo que Teo sea de los que tengan...

—Lo tengo —susurra, si dejar de darle a la pantalla—. Hace años que no tiene actividad, pero la página sigue estando ahí. Bendito Facebook.

«Siento haberte acusado de acercarte a mi para ganar el concurso, es obvio que no lo hiciste por eso».

¡Claro que no!

—¿Hay algo interesante? No estoy muy segura de querer saberlo.

—Hay algo *muy* fuerte.

El corazón se me acelera y me lanzo a verlo. Es Teo en una fotografía, abrazando por detrás a una chica muy guapa, morena, de ojos pardos y piel bronceada. Esta tiene la mano extendida, mostrando un anillo de pedida. Teo sonríe mucho, se le ve feliz, como... nunca lo he visto.

Algo muere en mí y hace que pierda la esperanza. Eso le hacía feliz, y deduzco que fue lo que perdió. Yo no supe esbozarle esa sonrisa magnífica, ni alegrarle los días de verdad, ni hacer que confiase en mí.

«Espero que seas feliz, Teo».

Es lo último que voy a decirle, porque me he rendido. Antes de ponerme a llorar, lanzo el teléfono hacia la mesilla, no queriendo saber nada más.

—¡Ay, cariño, no llores! Si hay muchos más peces en el mar. Vale, ¿quieres hablar de ello o cambiar de tema?

Sé que las intenciones de Laura son buenas, pero hablar de la decisión que acabo de tomar no creo que me haga ningún bien, porque empezaré a darle vueltas, me arrepentiré y volveré a caer.

—Cambiar —gimoteo incesantemente, buscando un pañuelo.

—Vale...—empieza pensativa— cuéntame alguna aventura de cuando estabas en París. Sigo alucinando que no encontrases a algún francés buenorro que te llevase hasta arriba del todo de la torre Eiffel.

Mis días estudiando en París fueron algo estresantes, pero muy míos. Los guardo atesorados en mi corazón, como un niño que guarda en celo bajo la almohada ese diente que se acaba de caer.

—Fue especial. Tenía mucho trabajo y la competencia era terrible. Lo bueno que tenían esas personas es que iban de frente, así que no me llevé ninguna sorpresa. Trabajaba en una cafetería cerca de la ópera, un sitio dónde los parisinos suelen salir los viernes y los sábados para ir al cine. Hay una larga avenida con muchas salas de cine.

—¿Cómo era la cafetería?

—Acogedora. Las paredes de afuera, revestidas de madera eran rojas, a conjunto con las sillas. Cada tarde venían las mismas personas, el hombre jubilado que sacaba su libreta de notas, el joven con su ordenador, las vecinas cotillas... de ahí saqué la idea para la cafetería, cuando me despidieron del *Tres delicias*. Recordaba lo bien que me sentía allí, un poco como en casa. Cuéntame algo sobre ... nuestro padre.

Ella vacila, abriendo la boca sin estar convencida de lo que le pido.

—¿Qué quieres saber? —musita, frunciendo el ceño.

—No lo sé. Es extraño, no paro de darle vueltas al hecho de que haya muerto y no sienta nada. Debería sentir al menos un poco de pena, pero es que no logro hacerlo. Apenas le recuerdo, son *flashes* concretos que no distingo con claridad.

—Es normal. Él tenía la mala costumbre de no cerrar ninguna luz. Ya de pequeña tenía que ir detrás de él por toda la casa haciéndolo. Leía novelas de detectives únicamente, y fumaba como un carretero.

Sonríe al recordar el olor a tabaco. Sí, mis recuerdos de él huelen a eso.

—Mocosa, me lo decía en un tono cariñoso —rememoro, pareciéndome curioso lo que la

mente humana puede llegar a recordar.

—A mi también ... me lo decía —dice Laura con una mueca—. Me alegro de que seas mi hermana. Me alegro mucho —reitera sonriendo.

—Yo también me alegro. ¿Quieres quedarte a dormir?

—Vale.

La joven de las especias

TEO

La historia de la gastronomía es la historia del mundo.

Carme Ruscalleda

La mañana es cálida, como casi todas desde que julio llegó. Recorro la acera con las manos en los bolsillos dando pequeñas patadas a varias latas hasta que la conciencia se me remueve y me agacho a recogerlas.

Hace dos semanas que Teo, el terrible, desapareció de la faz de la tierra de forma oficial. Ya no soy crítico culinario, ya no voy a restaurantes ni analizo el sabor de la comida. Estoy contento, en el fondo me hacía falta romper con toda esa vorágine de negatividad.

Me estoy mudando al piso de Diagonal, donde tenía el despacho. Me hacía falta tener mi espacio, independiente de mis padres. Desde que pasó lo de Marina que no me dejan en paz.

Cuando por fin llego al número 27, veo que Víctor ya me está esperando delante. Desvío la mirada hasta el otro lado, comprobando que el *Marina & Cake* sigue estando allí, con su cartel rosa, tan ella.

—Tiene potencial —exclama Víctor mientras me acerco, echando un vistazo general al establecimiento indicado.

Es verdad, el local tiene una entrada bonita, y con la decoración adecuada, va a ser perfecto.

—¿Entramos? El de la inmobiliaria me ha dejado las llaves —propongo, sacándolas del bolsillo.

—Claro. ¿Esa es la cafetería de Marina? —señala mi amigo hacia ella.

—Sí. Y el local que tenemos al lado es de un tal Wang Li, que hace los mejores *noodles* del barrio —digo, recordando la información que me dio ella.

—Coño, ¿ya conoces a los vecinos? Qué rapidez. Eres el prototipo de tío al que le gusta presidir la comunidad de propietarios..., un señor Cuesta 2.0 de *Aquí no hay quién viva*.

Me cago en él, hay cosas que no cambian y ese es el sentido del humor tan ridículo que llega a ponerme de los nervios.

—No te pases. Me lo dijo Marina, ¿vale? Entremos.

Pongo la llave en la cerradura y empujo la puerta con suavidad. De entrada, tiene el tamaño idóneo para tener cinco o seis mesas, perfecto para una cocina de autor. Veo que los aseos se encuentran a la derecha y que la entrada a la cocina está al fondo.

—Podríamos poner un par de mesas fuera, ahora que viene el buen tiempo —propone Víctor.

—Estaría bien. Dios, no puedo creer que estemos pasando por lo mismo otra vez —susurro, siendo algo negativo.

—Yo tampoco. Jamás pensé que me propondrías montar otro restaurante. En el fondo, estaba convencido de que terminarías sustituyendo a Chicote en *Pesadilla en la cocina*.

Arrugo la nariz al escucharle. ¿A qué viene eso ahora?

—No me parezco en nada a Chicote —me quejo yo.

—Lo sé, pero... yo que sé. Nada, que me alegro de que hayamos superado todo aquello y

estemos... como antes.

—Sigues estando demasiado delgado. Voy a tener que atiborrarte a base de pasta, ¿es que no te alimentas bien? —lo interrogo, cruzando los brazos.

—No me seas abuela, ¿eh? Que ya tengo suficiente con tu madre. ¿Sabes que el otro día me llamó? Estaba preocupada por cómo había ido nuestra reconciliación. Adoro a tu madre, lo sabes, de hecho, creo que todos los que la conocemos terminamos enamorados de ella. Estoy segurísimo de que en el colegio tus compañeros se hicieron la primera paja pensando en ella.

No sé quién es peor, Víctor o mis padres en esos temas.

—Primero, mi prometida, ¿y ahora mi madre? —exclamo bromeando, pero con tono irritado.

—Oh, así que ya hemos pasado a la fase en que podemos bromear sobre lo ocurrido. Bien, entonces la cosa va bien.

Me encojo de hombros, recorriendo la amplia y moderna cocina. La declaro apta para ser *mi* cocina.

—Ya era hora de superarlo, ¿no? Creo que al local le doy el visto bueno. ¿Qué piensas tú?

Alzo la vista hacia mi amigo, que abre la cámara frigorífica, cosa que provoca que ciertos recuerdos emanen de mi cabeza.

—Yo también. Por cierto, me cae bien tu secretaria, Gina.

—Exsecretaria. ¿Crees que será una buena *maître*? No quiero espantar a los clientes, puede ser muy directa, pero es eficaz.

—Por supuesto. Es... muy sexy. ¿Puedo tirarle la caña? ¿Crees que le importará? ¿O no soy su tipo?

Lo pienso detenidamente, llegando a la conclusión de que Gina va a azotarle la espalda en cuanto se le insinúe. Voy a reírme de lo lindo.

—No creo que le importe. A lo mejor hasta le gusta y todo —lo animo, mientras que en el fondo me froto las manos imaginándome el espectáculo.

No soy malo, pero es que necesito alguna distracción ahora que Marina no está y... la echo de menos.

—¿Podrías volver a explicarme de nuevo qué es lo que pretendes, poniendo nuestro restaurante a tiro de piedra de la cafetería de Marina? Y voy a puntualizarte que fuiste tú quién la mandaste a la mierda por no se qué rollo de que quería fama, dinero y prestigio —me interroga Víctor, saliendo del establecimiento.

Le sigo, cerrando la puerta con llave.

—Volver a empezar —resumo—. Nosotros empezamos de la peor forma posible. Fue... eso que dicen, un flechazo, que no supe gestionar. Cuando nos volvimos a ver, seguía atrayéndome de una forma extraña y tampoco quise aceptarlo.

—¿Y qué ha cambiado ahora?

Suspiro, mirando hacia la cafetería de Marina. Puedo hasta ver la sombra de alguien dentro, y supongo que es ella.

—Dicen que no sabes lo que tienes hasta que lo pierdes, y en mi caso, ha sido la pura verdad. Creí que eso era lo que necesitaba, alejarme completamente, olvidarla y seguir adelante. Pero no funciona así. O sí, pero no se lo merece.

—¿Por qué dices eso? —frunce el ceño, extrañado.

—Ella ha estado luchando desde el primer minuto para tener una oportunidad conmigo, lo justo es que yo ahora luche por ella, ¿no crees?

Parece pensarlo durante unos minutos, hasta que asiente.

—Si estás convencido de ello, adelante.

No es que lo esté, es que es la única manera de redimirme y de lograr ser feliz. ¿Puedo no lograrlo? Sí, soy consciente, porque fui yo quien metí la pata esta vez.

—¿Tú lo estás por volver a montar un restaurante con Teo Massagué? Piensa que soy el excrítico culinario más odiado de todo el país —le advierto, sacando el teléfono del bolsillo.

Víctor sonrío de esa forma en la que se le ven los hoyuelos y parece un bebé, metiéndose las manos en los bolsillos.

—¡Que sí, coño! Ahora vamos, llama al de la inmobiliaria y dile que nos lo quedamos.

Asiento, marcando el número. Ya no hay vuelta atrás, mi vida poco a poco está volviendo a lo que era. Hace un mes, si me lo hubieran dicho no me lo hubiese creído, pero está pasando.

Ahora solo falta decirles a mis padres que me voy de casa. Es extraño, pero es lo que más cosa me da. En el fondo, vivir con ellos ha sido reparador, volver a estar bajo su halo de protección me hizo sentir mejor, con su compañía todo fue más llevadero. Pero no puedo seguir eternamente así, debo volver a tomar las riendas de mi vida y hacerlo en solitario.

[5] He estado haciendo obras en él, colocando la cocina y redistribuyendo las habitaciones. El momento para mudarme ha llegado.

Tardo más de lo esperado en llegar al piso de mis padres, quizás porque he estado caminando demasiado ensimismado, deteniéndome en los semáforos durante más tiempo de lo normal, arrastrando los pies, comiéndome la cabeza sobre cómo demonios voy a acercarme a Marina de nuevo.

Si me presento en su cafetería como si nada, puede que me tire el glaseado por encima. Mentira, ella no es así, se pondría nerviosa y triste, ni siquiera sería capaz de echarme de allí. No quiero que vuelva a sentirse incómoda o triste por mi culpa de nuevo. Tiene que haber alguna manera de hacerlo. Podría coincidir con ella de forma ocasional y para nada planeado cuando cerrase...

—¿Cariño, eres tú? —escucho que pregunta mi madre desde su despacho.

Cierro la puerta y camino hasta allí, a punto de anunciarle mi mudanza inminente. Espero que no se lo tome demasiado mal, porque recuerdo que la última vez que le dije que me iba a vivir con Mónica, estuvo dos semanas intentando hacerme cambiar de opinión.

—Soy yo, mamá. ¿Ha llegado ya papá? —pregunto, echando una ojeada hacia el salón.

—Está en el baño.

Está enfrascada delante del ordenador, con las gafas de leer puestas, escribiendo algo en el teclado. Parece hasta casi toda una profesional.

—Me voy, mamá —exclamo de golpe, apoyándome en el marco de la puerta, con los brazos cruzados.

Cuando escucha mis palabras, alza la vista hacia mi, con una expresión de horror, como si le estuviera diciendo que es el fin del mundo. En el fondo lo entiendo, soy su único hijo y se preocupa.

—¿Tan pronto? Pero si todavía te faltan muebles..., creo que deberías dejarlo para la semana que viene. Podríamos ayudarte con el traslado con más calma, alquilaríamos un camión y...

—Los de la mudanza vienen mañana, y son cuatro cajas —admito.

En un par de pasos estoy a su lado, y sin que ella diga nada, le cojo la mano alzándola, y le doy un abrazo. Sigue oliendo al mismo perfume que recuerdo de pequeño, cuando me daba ese beso de buenas noches antes de cerrar las luces.

—Ay, Teo... —suspira, conteniendo un poco ese nudo que tiene en la garganta—. ¿Vas a estar bien? Mira que tienes todo patas arriba, con lo de restaurante nuevo y ese embrollo con aquella chica...

—Estoy bien. Estaré bien —reitero—. Te preocupas demasiado.

—Una madre nunca se preocupa demasiado. Si necesitas cualquier cosa, llámame. Ah, y el domingo vienes a comer con nosotros sí o sí —impone con la voz de «soy tu madre y haces lo que yo te diga».

—De acuerdo, pero no te acostumbres que cuando abra el restaurante, ese día trabajaré. Puede que sea lo único que no eche de menos —admito.

Lo que no voy a echar de menos, sin duda, son esas muestras de cariño censurables que a veces se hacen, como la que ahora mismo mi padre le hace a mi madre al llegar hasta dónde estamos, dándole un beso húmedo y demasiado explícito.

—Veo que el niño deja el nido, otra vez —exclama cuando termina.

—De niño, nada —puntualizo—. ¿Vosotros vais a estar bien? No sé ni por qué pregunto, total, hacéis lo mismo cuando estoy por aquí que cuando no.

Después de decir eso, ambos se echan a reír.

—¡Oh cariño, eso no te lo crees ni tú! Aprovechamos la cocina mucho mejor —enfatisa mi madre en la penúltima palabra.

—Repito, no quiero saber nada. En fin, cojo la maleta y me mudo oficialmente.

A paso decidido voy hasta mi cuarto, dónde esta sobre la cama, aguardando mi llegada. Cierro la cremallera y la pongo en el suelo, echándole un último vistazo a mi habitación de infancia y de época adulta de mala racha. No le quité el póster de *The Badfingers* que me compré en Camden, ni tampoco el reloj de vinilo que ya no funciona —nunca le cambié la pila cuando se terminó—. Mis libros siguen en las estanterías, la mayoría son infantiles, los que alguna vez releo los he metido ya en las cajas de cartón.

En el estante inferior están guardados esos *kits* de experimentos, el telescopio y el microscopio que me traían los Reyes Magos, ese perro robot que apenas caminaba y ladraba que utilicé a lo sumo solo cinco veces y las figuras de los huevos Kinder que coleccionaba, un par de canicas que sobrevivieron al patio del colegio y revistas de contenido erótico que escondía en mi época de adolescente.

Dejo ir un largo suspiro, pensando en esa canción de los Manel, y tienen razón, la infancia no va a volver, igual que ese *Boomerang* mal lanzado que se metía entre las ramas de los árboles y no volvía nunca, pero qué feliz fuimos entonces. Qué nostalgia nos invade, qué sensación de plenitud y qué deseo de volver a ella.

Solo hay algo parecido a esa sensación, al menos para mí, y la he encontrado en la sonrisa de una mujer que, de forma irónica, no sé si tuvo la mejor de las infancias.

La aventura de la cocinera de Clapham

MARINA

Las promesas y las tortas están hechas para romperse.

Jonathan Swift

Hace dos semanas que Santana me está evitando, y no sé exactamente por qué. Es decir, sé que lo hace desde que pasó aquello con Laura, ese día en el que la acusó de ser una *stalker* maníaca y acabó confesando que era mi hermana.

¿Por qué? Eso es lo que no comprendo del todo.

Pero de hoy no pasa, no, señor. Así que cuando suena la alarma del despertador, me levanto como un rayo y voy hasta la cocina para prepararle su desayuno favorito. No creo que pueda resistirse a los gofres con chocolate, y menos si van acompañados de un zumo de naranja natural.

Santana tiene una rutina muy marcada, suele decir que los actores no son nada parecidos al «sexo, drogas y alcohol» que pintan en la tele, al menos los actores medianamente famosos. Que cuando llegas a Hollywood ya es otra cosa, pero que si mantienes los pies en el suelo, sabes que si no tienes un buen físico y estás al cien por cien, no te comes ni un anuncio. Así que cada día sale a correr por las mañanas o va al gimnasio de al lado de casa. Luego se da una ducha y desayuna como un rey, o como digo yo, una orca asesina porque menudo saque que tiene.

Miro el reloj colgado en la pared de la cocina, controlando el tiempo para cuando llegue de su ejercicio diario. Al escuchar la puerta del piso abrirse, sé que tengo de diez a quince minutos, que es lo que tarda en ducharse y vestirse. Me doy prisa al deshacer el chocolate al baño maría, removiendo con ímpetu.

Los gofres ya están casi hechos, fue una buena inversión auto regalarme para mi cumpleaños esa máquina que los cuece y salen cuadrados y perfectos. Y rápidos.

—¿Ya te has levantado?

Me doy la vuelta y Santana ya está allí, con unos vaqueros y una camiseta negra mal planchada. Tiene el cabello húmedo, más oscuro de lo que en realidad es.

—Buenos días —musito, sonriendo—. Te he hecho el desayuno. Gofres.

Le alargo el plato, esperando alguna reacción por su parte. Pero solo alza las cejas, sorprendido, y lo coge.

—Gracias.

¿Gracias? ¿Eso es todo? De acuerdo, es hora de actuar. Rotundamente esto NO es normal.

—Santana, ¿qué te pasa conmigo? Me estás evitando desde...

—Lo de Laura —termina la frase—. Quería darte tiempo para asimilarlo.

—¿Evitándome? No tiene mucho sentido —resumo—. Dime la verdad.

Antes de decir nada, se come medio gofre entrecerrando los ojos. Sé lo que hago cocinando, cosa que no puedo decir de todo lo demás.

—¿La verdad? Laura me usó para llegar a ti, y encima me odia. Y ahora resulta que es tu media hermana. ¿Sabes lo que significa?

—Laura no te odia, me dijo que le sabía muy mal como fueron las cosas contigo y que entendía

lo que habías hecho. Dijo que no quería llevarse mal con mi mejor amigo.

A veces Santana puede ser todo un *drama queen*, como ahora.

—Claro, claro. Mira, he renunciado a la película porque no tenemos buena sintonía. Hay que aceptar cuando puedes trabajar con alguien y cuando no. Y también cuando puedes ganar..., y cuando tienes la batalla perdida desde el principio.

Parece que esté hablando de batallas medievales, mazmorras y dragones. Digo que no con la cabeza, y le zarandeo como a un muñeco.

—¿De qué estás hablando? Esto no es una competición. Ella es mi hermana y tú mi mejor amigo. Ya está, ¿por qué quieres complicarlo todo?

—Estoy siendo realista.

—Dios Santana, no tengo quince años y tú tampoco. Somos adultos y capaces de tener otras relaciones además de nuestra amistad. Tú lo haces constantemente, además de tener a tus amigos actores y a tus ligues intermitentes.

—No es lo mismo —puntualiza.

—¿No? —pregunto extrañada—. Es igual, porque parece que no quieras entenderme.

—¿Le cuentas las mismas cosas a Laura que a mi? Apenas me cuentas nada ya. Parece que me hayas... sustituido —dice, abriéndose del todo por fin.

Cruzo los brazos, sabiendo desde el principio que era eso.

—No del todo. ¿De verdad quieres saber lo que hablo con Laura y no te digo?

—Sí —susurra convencido.

—De la mala suerte que tengo en el amor. De cómo demonios pude estar tan ciega al encapricharme por un hombre como Jon, que me robó mis recetas y me despidió mientras estaba prometido, y yo ni siquiera lo sabía. De cómo Teo me ha roto el corazón.

Parece que Santana intenta procesar lo que le estoy diciendo, pero con los ojos moviéndose de un lado para el otro y la mandíbula desencajada, parece no lograrlo.

Por fin la voz empieza a salirle.

—¿Hombres? Tú..., ¿sales con hombres? No me habías dicho eso. ¿Y qué cojones dices sobre ese chef que te despidió? No... no entiendo nada.

Dejo ir un suspiro de mis labios mientras me siento en el sofá, sabiendo que aquella confesión sería apabullante para Santana, que sigue viéndome como a una niña en vez de como a una mujer, que es lo que soy.

—Eso mismo, que estuvimos medio saliendo, pero él estaba prometido y cuando lo descubrí, me despidió. Y ahora usa algunos de mis trucos culinarios. Pero eso es agua pasada, ya le dije lo que tenía que decirle cuando me lo encontré en el programa.

—¿Te acostaste con él? Joder, Marina —profiere con la voz disonante.

—Si lo hubiese hecho, no entiendo qué habría de malo en ello. Tú te has acostado con cientos de mujeres que luego no vuelves a ver —le reprocho, molestándome lo que ha insinuado.

—Pero tú eres diferente. Le coges apego a la gente, eres sensible e incapaz de poner barreras emocionales a una relación física. Te implicas, Marina, te conozco y eres así. No es que sea bueno o malo, pero en tu caso lo es cuando la otra persona no lo hace, ¿entiendes?

—Comprendo lo que quieres decir. No, no lo hice —termino diciéndole.

—¿Y quién demonios es Teo?

—El crítico culinario.

—¿El que salía en el programa? Joder, pero si es un gilipollas. Con ese...

—Tampoco —respondo antes de que me pregunte lo mismo—. Eso es lo que hablo con Laura,

¿estás satisfecho?

Se sienta a mi lado en el sofá, apenas dejando un centímetro de distancia entre nosotros, y emite un gruñido ambiguo.

—Ven aquí, bombón —susurra entonces, haciendo que me apoye a su duro y enorme pecho.

Es cálido, agradable. Santana sigue siendo el único hombre que no me ha decepcionado, es un puerto seguro al que llegar cuando hay tormenta. Sería todo muy sencillo si, en un chasquido de dedos, él sintiera algo por mi y yo pudiera enamorarme de él.

Pero no dejo de pensar en Teo, en esa foto en la que sale sonriendo y en la forma en la que me llamaba *pinkie*. Preferimos pensar que las historias no terminan del todo, dejamos la puerta medio abierta, quedándonos con la duda de si ese final feliz va a suceder.

Cuando es la hora de abrir la cafetería, salgo de casa habiendo arreglado las cosas con Santana, algo que me deja más tranquila. No soporto que alguien me evite o que me odie. Sé que es algo irracional, que no puedes caer bien a todo el mundo, pero la sola idea de desagradarle a alguien hace que me sienta incómoda.

Nada más abrir la puerta, desvío la mirada hacia el nuevo restaurante que han puesto en la misma manzana. Tiene muy buena pinta ahora que han acabado las obras, es una *Trattoria* tradicional, y me pregunto si los dueños serán italianos. Me los imagino iguales que en *La dama y el vagabundo*, uno flaco y otro gordito, tocando el acordeón y cantando *Bella Notte* mientras una pareja come espaguetis en esas mesas que han puesto a pie de calle.

¡Podría intentar que me comprasen los postres! Sería una magnífica idea. Sí, lo es. Voy a llevarles un pastel de manzana, a presentarme como buena vecina y como quién no quiere, se lo voy a sugerir si veo que son agradables. Si no, voy a retirarme con dignidad. Puede que no tenga mucha ambición en la vida, pero algo tengo que hacer para mantener el negocio. De todas maneras, desde que salí en el programa viene mucha más gente, lo he notado en las ventas. Vienen sobre todo para llevarse postres, y de paso me preguntan por qué me retiré. Yo siempre digo lo mismo, que ese día me encontraba mal y que preferí retirarme con dignidad.

No es una mentira propiamente dicha, así que me vale.

Cuando ya tengo el pastel bien cocinado, lo retiro del horno y lo coloco en una caja de cartón para llevarlo de forma más fácil. Me dejo puesto el delantal, y giro el cartel que pone eso de «vuelvo en cinco minutos». Todavía no hay ningún cliente, así que no creo que pase nada.

Son literalmente diez pasos de mi cafetería a la *trattoria*. Está abierta, así que empujo la puerta con cierto recelo, observando cada detalle del nuevo establecimiento. Es un sitio más amplio de lo que parece por fuera, de paredes de ladrillo rojo con varias estanterías dónde están colocadas botellas de vino y cajas de pasta. Pocas mesas, eso quiere decir que es un sitio que quiere exclusividad.

—¿Puedo ayudarla en algo?

Me doy la vuelta, encontrándome con un hombre que no tiene ni acento ni pinta de italiano. Como si los italianos estuviesen todos cortados por un mismo patrón... en fin, me he dejado llevar por los estereotipos. El hombre es rubio y con el pelo muy rizado, tiene cara de recién nacido, pero se nota que no es un crío.

—¡Hola! Soy Marina, de la cafetería de al lado, *Marina & Cake*. He visto que habíais abierto, y he venido para daros la bienvenida al barrio. He traído un pastel —informo, alzando la tarta—. ¿Eres el cocinero?

Como siempre que estoy nerviosa, me entra la diarrea verbal.

—Uno de ellos, Víctor, un placer —exclama, alargándome la mano.

Se la devuelto con algo de dificultad.

—Igualmente. El sitio es muy chulo —comento, rodando los ojos.

—Gracias. Mi socio está en la cocina, ¿por qué no lo saludas y dejas el pastel en la nevera? Adelante, es esa puerta a la izquierda —señala.

Asiento, movida por la curiosidad de ver la cocina. Es ese sitio secreto que nunca ves, el corazón del establecimiento que permanece oculto a los clientes, dónde la magia se crea. Así que aparto la puerta corredera escuchando al otro lado los extractores funcionando, asumiendo que el otro cocinero está manos a la obra. Nada más entrar, con un gorro de cocina y de espaldas, veo que efectivamente, está cocinando algo delante de los fogones.

—Hola. ¡Hola! —alzo la voz al darme cuenta de que no me escucha—. Víctor me ha dejado pasar, soy vuestra nueva vecina y...

Se da la vuelta y yo enmudezco ante la evidencia de que ese hombre es Teo Massagué. Claro que es él, la gente no suele tener dobles que además les chifle la cocina italiana y tengan una gran cicatriz cruzando el rostro.

—Hola, *pinkie* —responde con una sonrisa.

El asombro hace que se me caiga el pastel al suelo, sin poder despegar los ojos de los suyos. Son más cálidos, o al menos desprenden un candor del que antes carecían.

—Diantres —susurro, agachándome para ver cuáles son los daños que el pobre pastel ha sufrido.

Tal y como dice la ley de Murphy, el plato se te caerá boca abajo, así que el pastel está hecho un asco, porque ha caído de lado, desmontándose del todo.

—No te preocupes, seguirá estando bueno —exclama, ayudándome a recogerlo, poniéndolo en la encimera.

No puedo creer que Teo Massagué se haya convertido en chef. Tampoco que tenga un restaurante propio con otro cocinero, y mucho menos que esté a diez pasos de mi cafetería. Aprieto los puños, confundida y enfadada. Sí, enfadada, porque yo no quería saber nada más de él y ahora...

—Me voy —susurro, haciendo un giro de ciento ochenta grados para desaparecer de allí.

—Por favor, no lo hagas —ruega, poniendo la mano sobre la mía.

No la coge, sólo la roza, como si me la acariciase. Esto no es justo, no lo es. Se me nubla el juicio, apenas puedo pensar con claridad estando tan cerca, teniendo ese exceso de información. Miles de preguntas se acumulan en mi subconsciente mientras parece que mis pies se han quedado pegados al suelo. Me estoy mareando, su olor me afecta igual que si estuviese teniendo una bajada de azúcar.

—La última vez que nos vimos dijiste que no querías volver a verme. No soy el genio de la lámpara pero te concedí ese deseo, ¿recuerdas?

Si algo tengo claro es que no voy a ser dulce y paciente, ni amorosa, ni mucho menos comprensiva. Por una vez en la vida, voy a hacerme valer, y ese día ha llegado.

Las últimas vacaciones

TEO

Una comida bien preparada tiene sabores delicados que hay que retener en la boca para apreciarlos.

Tennessee Williams

Marina ha venido. Está aquí mismo, en mi nueva cocina, con los brazos cruzados y esa endemoniada boca en forma de corazón con la que sueño cada noche. El ceño fruncido y los puños cerrados me dicen que está en pie de guerra, cosa que ya me esperaba.

—No debí decirte eso. Estaba enfadado, o más bien decepcionado —intento justificarme, aunque no tenga perdón alguno.

Respira hondo, intentando tragarse las lágrimas, cubriéndose de rojeces el rostro. No puedo soportar que llore, es algo superior a mí. Me genera una gran impotencia, sobre todo saber que esas lágrimas son por mi causa.

—Ya lo sé —murmura—. También sé que fue la excusa perfecta para alejarte de mí, porque no estás preparado —responde.

—No lo estaba, tienes razón. Pero los trenes no siempre pasan cuando uno está preparado. No llores, *pinkie*, te lo ruego —exclamo, intentando secar ese par que se le escapan y que ruedan por su mejilla, pero ella da un paso atrás, apartándose.

—Fuiste muy cruel diciéndome todo eso. Pero yo te habría perdonado.

Parpadeo varias veces, preguntándome si lo que está diciéndome es bueno o malo. Demonios, esta es la oportunidad que tenía y no puedo desaprovecharla.

—Quiero que lo hagas. No espero que sea ya, pero esta vez pondré todo de mi parte, te lo aseguro. ¿Sabes por qué estoy aquí?

Ella dice que no con la cabeza, y por fin puedo acercarme un poco más a su cuerpo. Sus ojos se han aclarado un poco con el llanto y me miran temerosos.

—No quiero saberlo. Lo he entendido, ¿de acuerdo? Yo no soy tu chica, Teo. En los cuentos de hadas, las princesas que están malditas se despiertan con un beso de amor verdadero. Yo estaba convencida de que yo era ese príncipe, y que despertaría de esa crisis. Que yo sería ese Hércules para ti salvándote de tus demonios. Pero no lo soy.

Está convencida de su discurso, lo noto en su voz derrotada, y en esa mirada perenne que desciende hasta el suelo. Madre mía, soy un monstruo, lo soy porque he apagado la luz de la mujer más luminosa y carismática que he conocido. Alzo su mentón con el dedo índice, para que me preste atención.

—He debido de ser un gran actor para que te hayas creído esa patraña. Si estoy aquí, si he dejado de ser crítico culinario y he empezado a vivir como quiero de verdad, ha sido por ti —incido con ganas.

—Vi la fotografía. En Facebook —especifica.

—¿Qué fotografía? No tengo Facebook.

¿No? Hace siglos que no lo uso, debe de haberse borrado.

—La que sales con la chica y el anillo. En serio, tengo que irme, no me hagas esto —ruega en voz baja.

—Hace años de eso, Marina. Voy a contártelo, si me dejas.

—No..., no es justo. ¿Ahora, Teo? —se lamenta—. Ni siquiera tendría que estar aquí, y mucho menos escucharte. Esto me hace mal, y acabaré sufriendo como siempre. Debería...

—¿Insultarme? ¿Decirme que soy un capullo? ¿Tirarme el pastel por encima? Sí, deberías. Es más, hazlo por favor.

Es la única manera, debe enfadarse conmigo y desahogarse. Así saldrá todo y podremos empezar de nuevo.

—No es...

—Dime todo lo que pienses, y tírame un trozo de tarta de manzana, *pinkie*. Me lo merezco. Vamos —la animo—. Fui un idiota cuando te dije que eras una aprovechada. ¿Te acuerdas? Dilo, vamos, Teo eres un idiota.

Abre la boca, de manera insegura.

—Teo... eres... un idiota —musita—. ¡Fuiste un idiota! Pero entiendo porque no me quieres, y que no puedo hacerte feliz. Lo que sí pienso es que estás siendo un idiota ahora, por hacerme esta encerrona, en esta cocina.

Me encaro a ella, cansado de que diga esas gilipolleces.

—Joder, Marina, si no me hicieras feliz no habría alquilado este sitio y montado un plan para recuperarte. Eres lo único que me hace feliz aparte de la cocina, y puede que no te quiera, pero tu tampoco me quieres a mí —exclamo alzando la voz, encarándome a ella.

Parece indignarse al escucharme, y abre los ojos de forma desmesurada, estando apenas a cinco centímetros.

—¿Qué? ¿Como te atreves a decirme cuáles son mis sentimientos?

—Puede que te hayas enamorado de mí, igual que yo de ti, pero no me conoces de verdad, porque no te he dejado, y yo tampoco te conozco a fondo porque no quise hacerlo. ¿Que si lo hago es probable que te quiera para siempre? Sí, por eso tenía miedo, porque yo también soy de esos animales monógamos al cien por cien. Porque en su momento ya me jodieron a base de bien y estaba esperando a que tú lo hicieras en cualquier momento. Y me dolió que te comportaras de la misma manera con Jon Aguilera que conmigo. Qué mal gusto, por cierto.

Eso no se lo esperaba, y yo tampoco lo que ella hace a continuación, que es coger un trozo de pastel y chafarlo delante de mis narices, en toda mi cara. Me lo tengo merecido, lo sé. A tientas, quito los trozos y me los voy comiendo poco a poco, hasta que noto algo en mi mano derecha.

—Anda, límpiate.

Es papel de cocina. Viniendo de ella no me sorprende que haga esas cosas, porque está en su naturaleza. Me limpio la cara como puedo antes de continuar. No quiero perderla otra vez, no quiero. Es algo que he interiorizado demasiado bien, que voy a ir a por todas, que no seré el Teo condescendiente y pasota nunca más.

—Gracias. No lo sabes, pero soy algo celoso. No mucho, pero lo soy.

—¿Celoso de Jon? No tiene sentido lo que dices —brama, y en un vano intento por echarse hacia atrás, se da contra la pared—. ¡Oh, leches!

Alargo la mano hasta su cabeza, haciéndole una friega suave en la parte trasera de la cabeza, algo más arriba de la nuca.

—¿Te has hecho daño? —pregunto, y veo que no es nada—. Sí, *pinkie*, estaba celoso porque creí que yo era especial, que solo me tratabas así de bien a mí.

—Por esa misma regla la gente no podría tener exnovios y exnovias. Ella... te hacía feliz, más que yo.

Deposito un beso en su frente mientras le alcanzo la cintura y la envuelvo en un abrazo a cámara lenta. Redescubro su cuerpo, plagado de aromas de cocina, y su suavidad se hace patente.

—Ella me hacía feliz, hasta que dejó de hacerlo. Tú me haces feliz ahora. Mira, no soy muy dado a esto de las analogías, pero el otro día vi una película de dibujos animados, y te equivocas, no soy una princesa a la que debas rescatar. No lo soy porque... no tengo un pelo de princesa, me identifico más con Fionna, de *Shrek*, ¿sabes?

—¿Has visto *Shrek*? —musita con sorpresa.

—Sí.

—Esto me convierte a mi en un ogro...

—No, te convierte en alguien perfecto para mí —la interrumpo.

—No..., no es justo que hagas esto ahora, que me digas estas cosas cuando yo estaba decidida a olvidarte —exclama, menos enfadada que antes.

—Pero todavía no lo has hecho. Estoy seguro de que si me acerco un poco más, si rozo mis labios en el lóbulo de tu oreja, el corazón te latirá con fuerza.

Con este previo aviso, lo hago, y además sitúo la mano en su pecho para poder sentir esos latidos, que aparecen al instante.

—Esto no quiere decir que vaya a darte una oportunidad. Tengo que hacerme valer, ¿sabes? No dejar que la gente me pisotee así como así —murmura nerviosa, mientras yo estoy en el séptimo cielo.

—Estoy de acuerdo. Puedes darme una cita —propongo—. Quiero enseñarte la parte de mí mismo que nunca te mostré, es la más bonita, la que tú has sacado a la luz. Y tú puedes enseñarme tu parte mala, si es que existe.

Está pensándoselo durante un par de minutos, hasta que delibera.

—Vale, pero sin ambigüedades ni secretos —pone las condiciones.

—Te lo prometo.

Poco a poco me inclino hasta su cara, pero venzo la tentación de besarla en los labios. En vez de eso, rozo su mejilla, no quiero precipitarme por ser un ansioso que no puede mantenerse quieto.

—Teo... —dice en un suspiro que se me antoja a ruego ahogado.

Sé lo que quiere, porque yo quiero lo mismo. A la mierda la prudencia, porque el magnetismo de nuestros cuerpos no puede ignorarse. Así fue el primer día en que nos conocimos y así sigue siendo. Es esa forma desordenada de recogerse el pelo, la gracilidad de su cuello desnudo y el aspecto de caperucita roja con ojos de lobo feroz la que me saca de mis casillas, porque me vuelve loco.

Me recreo en el contacto de mis manos en su cuello y su nuca, viéndola entrecerrar los ojos, sabiendo que voy a besarla.

—Detestaba todo lo que tú eras porque en el fondo, te quería toda para mí —admito, probando el sabor de sus labios lamiéndolos—. Tenía una fantasía surrealista, y era que me clavases en la espalda esas uñas fosforito.

Sin ninguna clase de pudor, la beso con profundidad, hasta que mis dientes relinchan. Ella responde abrumada, con los ojos ya cerrados y las mejillas húmedas y sonrosadas. No sé en qué demonios estaba pensando todas las veces en las que me alejé de ella. O simplemente no lo hacía.

Sin embargo, no deja que sigamos. Su mano me empuja el abdomen para que me separe, y sé que hasta aquí hemos llegado.

—No puedo —exclama casi sin respiración—. No puedo hacer esto, no confío en ti. Si mañana cambias de opinión yo... no creo poder soportarlo.

Me gustaría decirle que no voy a hacer tal cosa, que por primera vez en mucho tiempo tengo las cosas claras, sé lo que quiero y he encontrado la fuerza para vencer mis miedos. Pero las palabras se las lleva el viento, y no voy a convencerla, no hoy ni así.

—Está bien —la tranquilizo—. No tengo ninguna prisa. ¿Esta noche estás libre?

—Eso es...contradictorio —manifiesta con las manos detrás de la espalda, como si se agarrase a sí misma para no hacer alguna tontería.

—No tengo prisa en desnudarte. Algún día te voy a contar lo que hacía con los regalos de navidad. Otra cosa es la negociación que quiero tener contigo para que nos suministres los postres, como haces con Wang Li —aclaro para que no piense que tengo intenciones ocultas.

—Entonces no es una cita, es una reunión de trabajo. ¿Te acuerdas de lo que te dije de Wang Li? ¿Qué hacías con los regalos de navidad? —empieza a preguntar como esas niñas pequeñas que lo preguntan todo.

—Deja de ponerle etiquetas a todo, *pinkie*. Haremos las dos cosas —le aseguro—. Me acuerdo de todo lo que me has dicho, y ya te lo contaré esta noche. Ahora será mejor que te vayas, no creo que ni tú ni yo estemos en condiciones de asegurar que no vuelva a pasar algo parecido.

—Es verdad —responde, yendo hacia la puerta.

—¿A las ocho? Pasaré por tu cafetería.

Solo asiente con la cabeza. Está en las nubes, supongo que reflexionando acerca de todo lo que hemos hablado.

Nada más cruzar la puerta, sonrío como un bobo y alzo los brazos en señal de victoria. Mierda, huele a quemado. Giro el cuello y veo que el *rissotto* se me está quemando.

—No me digas que ahora se te queman las cosas —escucho que dice Víctor mientras saca la sartén del fuego, apagándolo—. Marina, ¿eh? Es igual a como me la describiste.

—Lo he dejado en el fuego mientras hablaba con ella —me defiendo—. Ha aceptado una cita. ¡Ha aceptado una cita conmigo, hoy! —exclamo emocionado.

—Tranquilo, Casanova. ¿Ya sabes qué vas a hacer? —me interroga, cruzando los brazos.

—No, la verdad es que no tengo ni puñetera idea. ¿Qué hace la gente en las citas? No voy a llevarla a cenar, es igual que los chistes esos del colmo de un panadero.

—Llévala al cine. O a pescar.

—¿A pescar? No me extraña que no te comas ni un rosco.

Entonces me ilumino, porque ya sé exactamente qué hacer. El otro día lo vi anunciado y me pareció un planazo.

—Oye, no te pases —me advierte—. Que le digo a Marina que eres mi novio y se te acaba la tontería.

—No te creería. Espero. Es igual, ya sé dónde llevarla. Me voy, que he quedado para hablar con Gina sobre sus condiciones laborales, a ver si puede incorporarse la semana que viene.

—¿Gina? ¿Y no puedo ir yo? —pregunta emocionado.

—Ni hablar que entonces te convence de que le subas el sueldo.

Responsabilidades. ¡Oh!, tengo que llamar para reservar, espero que queden sitios para esta noche. No voy a tirar la toalla, perseveraré. Aunque tenga que ver toda la filmografía de Disney.

Tomates verdes fritos

MARINA

La vida es una combinación de magia y pasta.

Federico Fellini

Mi concepción de las cosas siempre ha sido sencilla. Si te gustan o no los dulces, si quieres a Jim Carrey o le odias, si amas a Abba o no...

A lo mejor estaba equivocada. Las cosas no son tan sencillas como parecen, o como uno quiere que sean. Teo en especial.

—¿Te encuentras bien?

La voz de la señora de los rulos me hace reaccionar. Estoy demasiado ensimismada con todo lo que ha pasado esta mañana.

—Sí, disculpe estaba en las nubes. ¿Un café largo?

—Y uno de esos de chocolate, que con la pinta que tienen no puedo resistirme —añade con una sonrisa pícaro, como si fuese un niño de cinco años y estuviese haciendo una pillería.

—Si es por el azúcar, están hechos con *stevia* —informo guiñándole el ojo.

Que a estas edades esas cosas se tienen en cuenta. Sonríe a la señora, pero ella a mi no.

—Pues muy mal —me riñe—. Estas cosas procesadas son basura, niña. Dónde haya algo natural que se quite todo lo demás. Que yo estoy de muy buen ver ¿eh? Nada de dietas y esas mierdas.

Me quedo a cuadros y asiento, cerrando la boca. Creo que no voy a decir nada más sobre eso a ningún cliente. Es oficial, no debería dar las cosas por sentado.

De todas maneras, no creo que ese sea el problema con Teo. Él desde el principio se comportó como un idiota, bueno a veces, cuando no me metía la lengua hasta la campanilla, y aun así yo me enamoré de él. ¿Por qué dice que no lo estoy? Claro que lo estoy, ¿no? Porque sino... ¿qué diferencia hay en estar enamorada y en quererlo? La cabeza va a explotarme de tanto pensar.

Está loco, eso sí que lo tengo claro. ¿A quién se le ocurre montar un restaurante a diez pasos de mi cafetería? Esto no se hace, y la encerrona de esta mañana, tampoco.

Al escuchar la campanilla de la puerta y ver que quién entra es Laura, suspiro aliviada.

—Gracias a Dios que eres tú —manifiesto—. Tengo una crisis de difícil solución.

Ella alza una ceja mientras llega hasta el mostrador. No parece muy contenta, es más, con el pantalón de chándal y la camiseta blanca de algodón parece otra persona. Nunca la había visto tan poco arreglada.

—Creo que voy a añadirte otra a tu lista —chasquea la lengua bajando los ojos—. Se trata de la herencia de nuestro padre.

Puede que tenga razón.

—No quiero reclamar nada, así que por favor, dile a quién sea que renuncio a todo —musito, queriendo zanjar esto.

Está claro que si en vida no se preocupó por mi, a su muerte no iba a dejarme nada, y tampoco lo quiero, todo sea dicho.

—No hizo testamento, así que se nos repartirá entre los tres. A pesar de todo, en el Registro Civil sigues constando como su hija, ¿sabes?

—Pero no quiero nada —protesto.

—Eso da igual. Tienes tanto derecho como yo y Leandro, así que no dejaré que renuncies a ese dinero. Podrías hacer muchas cosas, como por ejemplo, independizarte —propone Laura.

—Si ya vivo sola, o casi. No me desagrada vivir con Santana —exclamo, siendo una gran verdad.

—¿Crees que él sentirá lo mismo cuando empieces a vivir la vida loca, y te traigas ligues a casa? —dice ella, achicando los ojos.

—¿La vida loca? Pero... si yo no quiero hacer eso.

—Sí, como la canción esa que sale en *Shrek*, ¿sabes? Y por supuesto que tienes que hacerlo, no voy a dejar que te amargues y te marchites como ese ficus que tienes en tu piso.

Oh, genial, ¿qué obsesión tiene la gente con mi ficus? Que no se va a morir.

—¿Tú también con esas? El ficus está bien, y esa obsesión con esa película... —niego con la cabeza, porque es la segunda persona que me habla de ella hoy.

—¿Qué le pasa? Es la mejor película de dibujos animados que se ha hecho nunca —expresa con orgullo.

—¡Mentira! —casi grito—. No puede estar por encima de *Rapunzel*, ni de *Mascotas*. Y no hablemos de *Mulan*...

—Oh, lo está. Un segundo —dice, alzando la mano—, no es posible que tu... ¡no la hayas visto!

Prácticamente le cierro la boca con la mano derecha. Dios, ¿pero qué le pasa a la gente hoy?

—¡Shhhh! Pues ... no, ¿vale? —confieso en un susurro.

Abre los ojos como platos, alucinando. Lo sé, lo sé, *miss* dibujos animados no ha visto *Shrek*. Pero como todo en la vida, tiene una explicación.

—¿Cómo es posible? Debes de ser la única en toda la ciudad. Qué digo, del planeta si dejamos a un lado la gente de Corea del norte, pero porque seguro que la censura la ha prohibido.

—Verás, es que... siempre me ha parecido una parodia de todo lo que tiene sentido para mí, ¿sabes? Es como el vegetariano que va a visitar una fábrica de salchichas —me justifico.

Porque es verdad, he tenido miedo a que esa película destrozara todos mis cimientos, cayéndose igual que una baraja de naipes.

—¡Qué dices! Es novedosa, sí, pero no creo que destrozara nada, al revés, hace ver que los cuentos de hadas están también disponibles no solo para príncipes y princesas sino también para ogros, burros y dragones —explica Laura.

La verdad es que nunca lo había apreciado desde esta perspectiva. Quizás sí que tendría que verla...

—¿No has visto *Shrek*? Increíble.

Esa voz... demonios, viene de la puerta y pertenece a Teo Massagué. ¿Ya son las ocho? No puedo creerlo.

Pero no soy yo quién dice algo, sino Laura que se me adelanta. Ondeada su cabello sedoso hacia atrás mientras da varios pasos hacia adelante, colocándose en posición defensiva. Me da la sensación de que, de un momento a otro empezará esa danza Haka de los jugadores de rugby de Nueva Zelanda, intimidante pero también hipnotizadora.

—¿Quién eres tú? Bah, ahórratelo. Cicatriz en el rostro y prepotencia en la voz... eres Teo Massagué —exclama cruzándose de brazos.

Leches condensadas, esto no me lo esperaba. Que yo no sé jugar a las chicas malas, pero parece que Laura tiene un doctorado.

—Así es. Tú debes de ser... ¿su amiga? Creí que solo tenía un amigo, Santana.

El jodido tiene buena memoria. Esto parece que le da puntos a su favor, al menos desde el punto de vista de Laura que asiente.

—Soy más que eso, su hermana —dice con orgullo.

—Un segundo, me dijiste que eras hija única —me reprocha mirándome directamente.

—Bueno, es que de eso se enteró hace poco. Somos medio hermanas, de padre. Pero lo que a mi me interesa es por qué estás aquí.

—Tenemos una cita. ¿Ha aparecido una medio hermana? Joder, esto es mejor que la telenovela de hospital del mediodía —exclama sin pudor.

—Amén —escucho que dice la señora de los rulos desde su mesa.

¡Ay, Dios! Se me había pasado por completo que seguía aquí dentro.

—Señora, son las ocho y está cerrado. Por favor, váyase. Invita la casa —ruego, esperando a que no diga nada sobre este asunto.

Pero conociéndola todo el vecindario hablará de eso mañana.

—Demonios, esto se estaba poniendo interesante —maldice, levantándose de la silla—. Y tú, jovencito, gánate a la hermana si quieres salir con ella, ¿eh? Pero no juegues a dos bandas que estas cosas luego pasan factura.

—Ni se me ocurriría —susurra Teo, sorprendido.

Puede que mi concepción sobre las abuelas tampoco sea acertada y no todas sean cariñosas y amorosas...

—¿Entonces? ¿Esperas que después de todo, ella vuelva a tus brazos? No, chato, ni lo sueñes —continúa Laura.

—No espero eso —musita, parpadeando—. Pero me gustaría que me diera la oportunidad de explicarme. ¿Alguna vez has hecho algo movida por el miedo, Laura? Cualquier estupidez, y no te hablo de ese miedo terrorífico de tener a un monstruo bajo la cama, sino a que te hagan daño.

Ella asiente, tragando saliva. Oh, sé que lo hizo, como cuando se acostó con Santana porque tenía miedo de decirme directamente que éramos hermanas.

—Espero que tengas el peor de los miedos por haberle hecho daño —le advierte—. Pero ¿sabes, Teo? Nada justifica hacer daño a otra persona, ni siquiera tus propios demonios o traumas. Puede que exagere, pero ¿justificarías al marido que pega a su mujer porque tuvo una infancia traumática y lo educaron para ser así? ¿Justificarías que un hombre fuese controlador y déspota y te tratase mal porque su primera novia le enseñó que así debía ser el amor? No, no lo creo.

—Yo tampoco —añade él—. No quiero ser el malo, nunca antes lo fui y... me siento un poco así. Pero no quiero serlo —reitera con fuerza.

—Bien. Bien —dice Laura—. Pero necesitamos hechos, no palabras, crítico mordaz.

—Ya no lo soy. Lo he dejado. Ahora tengo un restaurante.

—¿En serio? Vaya, qué fuerte. No estarás casado, ¿no?

—No lo estoy.

—¿Y prometido?

—Tampoco. ¿Quieres saber algo más, hermana protectora? Verás, es que llegamos tarde a un sitio —anuncia tan campante.

—Aún no he dicho que tengas mi consentimiento —susurra Laura.

—Pero ¿lo tengo o no? —ruega él.

—Está bien, de momento si ella dice que sí, lo tienes.

Ambos se giran hacia mí, que sigo detrás del mostrador sin saber qué hacer.

—Yo... ya dije que vale —exclamo—. Debería cerrar la cafetería.

Debería hacer muchas cosas, pero en mi estado de ensoñación no he hecho nada. ¿Debería de verdad estar haciendo esto? No lo sé, me siento confundida y...

—Tómalo con calma —susurra Laura mientras cierro la puerta con llave y Teo está ya esperándome en su coche—. Todos nos equivocamos, también. Que la haya cagado no significa que tengas que ponerle la cruz para siempre. Eso sí, asegúrate que esté arrepentido de verdad.

—Ya me había rendido, ¿sabes? —le explico—. Pensé que él no era el indicado y ya está. Todo esto se me hace raro.

—El amor es raro. La gente dice que es maravilloso, pero en realidad es adentrarte en uno de esos bosques encantados en los que puede salirte tanto un hada molona como una bruja maligna, y no sabes el camino de vuelta.

—Tus metáforas cada vez se están pareciendo más a las mías —observo, sonriendo.

—Todo se pega menos la hermosura, o eso dice mi madre. Llámame.

Asiento, y voy hacia el coche híbrido y ecológico de Teo, que ya está dentro concentrado, buscando una emisora que pongan música.

—Voy a ponerte la BSO de *Shrek* y verás, *pinkie* —exclama en cuanto le siento.

—¿Adónde vamos? —pregunto cuando enciende el coche.

—Es una sorpresa, pero creo que te gustará. Así que tu hermana...

—Sí, es raro. Mi padre murió.

Creo que es la primera vez que lo digo en voz alta. No se lo he dicho a nadie, ni siquiera a mamá. No sé si contárselo, es complicado...

—Lo siento. Sé que dijiste que no te llevabas con él, pero estas cosas supongo que marcan igualmente.

—Sí —reconozco—. Mi madre no lo sabe todavía. Me da cosa decírselo. Siempre hemos sido ella y yo contra el mundo. Ella siempre estuvo para mí. Si le digo que me llevo bien con la otra hija de mi padre, se va a molestar.

Es irracional, lo sé, pero la conozco. Indirectamente siempre ha canalizado su frustración y su abandono en detestar a esa nueva familia.

—Acabará entendiéndolo. Y si no, siempre puedes llamar a mi madre y decirle que le haga una consulta exprés. Me dijo que vino a tu cafetería.

—Lo hizo. Casi me muero de vergüenza, pero fue muy agradable. En serio, ¿adónde vamos? Estamos subiendo mucho.

Sí, es la carretera que sube el Tibidabo, una de las dos montañas sobre las que está construida la ciudad.

—Ya lo verás. Eres una impaciente *pinkie* —susurra con una media sonrisa.

La música me gusta, tengo que reconocerlo. Aunque esta canción ya la había escuchado. Podría cerrar los ojos y poner todos los recuerdos que tengo nuestros desde que nos conocimos con esa canción de fondo y convertirlo en una película.

Accidentally in love.

Es muy adecuado. Intento concentrarme en la carretera para no pensar en esas tonterías.

—No sé en qué estás pensando, pero me da la sensación de que es algo bonito. Has conocido a Víctor, ¿no?

—¿Tu socio? Sí, ¿de qué lo conoces? —pregunto, muerta de la curiosidad.

—De la academia de cocina, estudiamos juntos. Luego montamos un restaurante los dos, pero todo se fue al garete. Ahora nos hemos reconciliado y hemos vuelto. La *trattoria* 2.0 —relata, ante mi asombro.

—¿Os peleasteis?

—No exactamente —susurra, deteniendo el coche—. Ya hemos llegado.

Miro por la ventana y enseguida reconozco ese sitio: es el observatorio Fabra.

Solo postres

TEO

Nuestras vidas no están en manos de los dioses, sino en manos de nuestros cocineros.

Yutang Lin

—Durante algunas noches de verano organizan cenas con vistas a la ciudad y luego te enseñan el observatorio, y hasta puedes mirar desde el telescopio enorme —argumento ante su fruncimiento de ceño, siendo una pregunta tácita de lo que hacemos aquí.

—Es bonito el sitio. Nunca había estado. ¡Vaya! Si hasta te dan una copa de cava al entrar — exclama maravillada cuando avanzamos hasta la entrada.

—Te dije que era una cita —susurro en su oído sin detenerme.

Sin embargo, no es ella misma, lo noto. Está cohibida, su luz es tenue y no irradia como antaño. Quiero que lo haga de nuevo, no por mí sino por ella misma. Quiero que sea feliz otra vez.

—Es precioso —musita cuando estamos en la explanada detrás del edificio, con las vistas a Barcelona, que llegan hasta el mar.

Los edificios se ven tan pequeños como uno de mis dedos, y apenas puede distinguirse a las personas, del tamaño de una hormiga. Sí que es bonito ver cada cuadrícula perfecta de los edificios del Ensanche, la torre Agbar en la plaza de les Glòries iluminada por completo en forma de supositorio y el mar emborronado de un azul ciano mezclado con tonos más oscuros.

—Sí. No creo que pudiera vivir en otra ciudad que no sea Barcelona —admito.

—Claro que podrías, pero no te sentirías como en casa. A mí me pasó, cuando me fui. París es una ciudad maravillosa, pero no era mi casa. O a lo mejor fui yo quién decidió que nunca lo sería y no la hice mía.

—A lo mejor fue que sabías que era algo temporal y no te molestaste —tanteo.

—Quién sabe... ¿Nos sentamos? —propone al ver que otras parejas empiezan a hacerlo en las mesas individuales ya preparadas—. He estado pensando qué haríamos en esa cita y nunca hubiese dicho que me llevarías a cenar fuera.

Me encojo de hombros, creyendo que no lo estoy haciendo tan mal para ser la primera vez.

—Qué quieres que te diga, *pinkie*, en el fondo soy muy tradicional.

—Dime... —alarga la última sílaba de la palabra—¿cuál es tu grupo favorito de música?

—Si tuviera que escoger uno, supongo que sería Badfinger. Fueron algo posteriores a los Beatles y firmaron con su sello discográfico.

—¿Y los Beatles no?

—Bueno, la diferencia está en que no hay una canción de los Badfingers que no me guste, y en cambio los otros tienen algunas que... meh —le cuento, disfrutando de esa conversación.

Es extraño que estemos así, tan a gusto. No, no lo es porque siempre era yo el que rompía la paz.

—¿Como *Yellow submarine*?

—Es un buen ejemplo. ¿Y la tuya?

—Abba. Desde que sonaba en la peluquería de mi madre el CD durante varias horas, se convirtió en el grupo que suelo ponerme cuando mis ánimos no son... los óptimos.

Como cuando le decía que no podíamos ser amigos. O cuando le dije todo aquello en el último programa.

—Cuéntame qué hacías en París para divertirte —la animo, no quiero quedarme en lo malo, ya habrá tiempo para hablar de todo aquello.

—Nada —sonríe de forma irónica—. No tenía casi tiempo. Cuando no estaba en la academia de cocina, trabajaba en una cafetería. Y los ratos que tenía libres aprovechaba para dormir y ver series.

—¿De ahí cogiste la idea de la cafetería?

—Sí, la cercanía con la gente y el pertenecer a un sitio me gustaron. Después de lo de Jon... no quise volver a un sitio impersonal. Creo que permití que se acercase tanto sin nada a cambio porque me sentía muy sola.

Jon Aguilera. Solo con mencionar su nombre me entra un cabreo increíble. Si es que encima de haberle hecho daño a ella, me lo hizo a mí. Me muerdo la lengua justo cuando nos sirven el vino, y no me da tiempo a ver ni qué marca ni qué añada.

—No soy partidario de la violencia, pero ese tipo si me buscase, me encontraría —me limito a decir, dando un sorbo a mi copa.

—No se qué te dijo, pero te aseguro..., te aseguro que no es lo mismo contigo que con él —dice entonces—. Tú lo sabes casi todo de mí, y él se interesó poco. Tampoco nunca... —se detiene al carraspear, sin saber cómo continuar.

—¿Nunca qué?

—Luego te lo digo, cuando nos hayamos terminado la botella y tenga la lengua más suelta. ¿Qué hacías con los regalos de navidad?

No insisto, pero me guardo con celo esa información, que al final de la noche sí sacaré a colación.

—Tardaba tres horas en abrirlos. Me tomaba mi tiempo, iba uno a uno, disfrutaba de sacar el envoltorio poco a poco, no como esos niños que lo arrancan todo, ven un juguete y lo dejan a un lado para ir a por otro. No, yo cuando veía qué era me detenía a examinarlo, lo abría, le ponía las pilas y lo disfrutaba. Incluso llegué a guardarme uno y a abrirlo dos días más tarde, en secreto —confieso ante su atenta mirada, con el codo apoyado en la mesa y la mano sujetando su cabeza bajo el mentón.

—¿Qué me dices? —exclama asombrada—. ¿Cómo podías contener la emoción? Eso es ser un poco masoquista, que lo sepas.

—Disfrutaba mucho. Por eso te digo que no tengo ninguna prisa en conquistarte, voy a deleitarme paso a paso —profiero una sonrisa de satisfacción que me llena de orgullo.

—En realidad pega con tu carácter. Yo era de las que los abría en un abrir y cerrar de ojos.

—Lo sospechaba.

Llega el primer plato, e intento no examinarlo minuciosamente. Es una simple ensalada, aliñada con una salsa de mostaza, tomate y piñones.

—Puedes hacerlo.

Sus ojos tienen esa candidez que echaba de menos. Me está mirando con ternura de nuevo, y para mí eso es tocar el cielo.

—¿El qué?

—Hacer de Teo, el terrible. Debo confesarte que cuando te pones en plan profesional, eres de lo mas sexy. Vamos, hazlo —me anima.

No hace falta que me den mucha cuerda, todo sea dicho, porque el ser un elitista de cojones en la cocina lo llevo en la sangre, es tan natural para mí como respirar. Puede que ya no me dedique a eso, pero creo que nunca me abandonará esa necesidad de perfección en el plato.

—Para empezar, esto no es una ensalada sino cuatro hojas mal puestas con cuatro tomates *cherrys* en el centro y cuatro piñones esparcidos por encima. La vinagreta de mostaza está sosa, deberían haberle puesto algún otro condimento.

—¿Como miel? —propone sonriendo.

—Exacto. Creo que hacemos un buen equipo. Por cierto, ¿crees que podrías vendernos los postres para el restaurante? Excepto el tiramisú, que es el único postre que me sale bien.

El atardecer nos encuentra compartiendo algo más que una simple cena. Es algo nuestro, de los dos, y me gusta. Creí que no llegaría ya a compartir esa complicidad con nadie, no desde Mónica, pero como siempre me equivocaba.

—¿De veras? Porque yo el tiramisú lo hago de rechupete —indica.

—Cómo se nota que no tienes abuela. Tendremos que hacer una competición al respecto.

—Pues como los jueces sean como tú... vamos apañados —suelta con buenas intenciones.

—Yo siempre fui un juez justo, ¿o no? Estricto, pero justo.

—Con aquella bronca te pasaste, y lo sabes —me recrimina.

—Es cierto, y me disculpé. No tengo problemas en hacerlo.

—Eso es verdad.

En el segundo plato, un filete con salsa de pimienta, parece que he recuperado un poco de su confianza. No me gustaría volver a perderla. Entonces empieza la charla, con un astrólogo sobre los inicios del universo y lo que es la vía láctea.

—Escuchando eso, me siento como una insignificante mota de polvo ante tanta grandiosidad —confieso en un susurro.

Marina está concentrada, parece que ese tema le fascina.

—Yo también. ¿Sabes, Teo? Antes creía que nuestro destino estaba escrito en las estrellas, literalmente. Que los astrólogos lo leían, que eran los únicos que podían hacerlo, bueno, ellos y las señoras que salían en la televisión con un turbante mirando una bola de cristal. Ten en cuenta que tenía siete u ocho años.

—Qué desilusión cuando supiste que no era así —respondo, divirtiéndome con su anécdota.

—Mmm..., un poco. Pero luego entendí un poco esa frase. Las estrellas nos hablan de la historia del universo, de nuestros orígenes, que son esenciales para saber un poco sobre nuestro futuro. ¿Entiendes lo que quiero decir?

—Nuestro pasado forma parte de nuestro futuro. Sí, lo entiendo —musito, sabiendo perfectamente a qué se refiere.

Soy todas esas vivencias, ellas me han hecho ser quién soy hoy en día. Todo eso está dentro de mi mente, ha moldeado mi carácter, mi forma de ser y de pensar. Soy ese cúmulo de imperfecciones con el resultado de un ser humano complejo y defectuoso.

Marina alarga la mano hasta la mía, cogíendome.

—¿Cuál es tu historia escrita en las estrellas?

—No es una historia agradable —le advierto—. Pero voy a contártela porque yo lo necesito y creo que tu también.

»Conocí a Mónica mientras estaba en la academia de cocina. No fue un encuentro mítico, ni tampoco saltaron chispas. Sólo éramos unos amigos en un bar y unas chicas que casualmente estaban también allí. Pedí una copa y ella también, tropezamos el uno con el otro y le dije que si quería bailar. No bailamos, me dijo que no le gustaba, pero que podíamos hablar en la terraza. Después de esa noche, la llamé porque me había gustado su frescura, sus ganas de comerse el mundo. Mónica era una luchadora, trabajaba en el mundillo inmobiliario y era capaz de todo para lograr sus objetivos. Quedamos varias veces antes de que yo me lanzara, pero cuando pasó, fue todo... muy fácil. A lo mejor es que yo era un chico que esperaba encontrar a la mujer ideal, o una mujer para mi, y que cuando la encontrase ya estaría todo solucionado. Antes nunca había tenido novia ni había salido con ninguna mujer, ella fue la primera en todo. Así que cuando tenía el restaurante montado con Víctor y las cosas solucionadas en el ámbito profesional, le pedí que se casara conmigo. Debería haber notado su reticencia días después, cuando la emoción se le había pasado; actuaba raro y no era la misma. Debí darme cuenta de que algo ocurría, pero antes era un poco como tú, en el sentido de que realmente pensaba que había alguien que era tu media naranja. Convivir con Mónica era fácil, paraba poco por casa y con tal que yo lo hiciera todo y tuviese poco trabajo, le parecía todo genial. No disfrutaba comiendo, ¿sabes? Hay dos personas en el mundo, las que comen para vivir y las que viven para comer, y ella era de las primeras. No voy a decirte que no la quise, porque lo hice. A lo mejor no a su versión real, porque para mi ella era perfecta, y nadie lo es. La tenía en un pedestal hasta que...se me cayó la venda de golpe. No recuerdo ni la hora ni el día, solo que abrí la puerta de los baños del restaurante y ella y Víctor se estaban besando. ¿Sabes la sensación de que vas a morirte, pero no lo haces? ¿Que sea tu mente la que lo repite, ese dolor profundo en el pecho que te golpea y te sube hacia el esófago ahogándote, pero sin llegar a hacerlo? Así me sentí.

Marina no despega los ojos de los míos ni me suelta la mano. Se le enturbia la mirada, emborronándose un poco el color verdoso de al lado del iris.

—Lo entiendo. Quizás no con esa magnitud, pero lo entiendo. Y te emborrachaste, cogiendo después el coche.

—Y estampándome contra una farola. Doy gracias a que terminé así porque no podría vivir sabiendo que le hice daño a alguien.

—Víctor y tu...

—No fue culpa suya. No estaban liados, solo estaba en el momento más inoportuno cuando alguien se da cuenta de que no está enamorado de la persona con la que va a casarse. Pero me enfadé con él, porque por aquel entonces no quise escucharle. De hecho, llevábamos mucho tiempo sin hablar, hasta que... me invitaste a subir a tu casa y me ofrecí a cocinar.

—E hicisteis las paces —deduce.

—Algo así.

—Estabas enfadado con el universo. Por eso te dedicaste a ser un crítico culinario mordaz, a no tener citas con mujeres morenas y a rehuir a la gente que se acercaba demasiado. Hasta que te topaste conmigo.

—Hasta que me topé contigo. Eres una mujer difícil de ignorar. Me cautivaron tus postres, por eso seguí sentado en tu cafetería.

—Oh, y no tuvo nada que ver el hecho de ser súper amable y comprensiva —indica de forma irónica.

—Ayudó un poco, pero lo que marcó la diferencia fue que me cogieras de la mano. Hacía mucho tiempo que no se lo permitía a nadie. Me refiero a ese tipo de acercamiento.

Se pasa la lengua por los labios, algo abrumada por un pensamiento que no termino de comprender. Es la cosa más dulce que hay, más que el chocolate o el dulce de leche. Lo sé porque la he probado, y me muero por volver a hacerlo. Su dulzura vale por dos, porque consigue transmitírmela a mi, la persona más amarga que puede haber.

—¿Fue por lo que me besaste? —pregunta entonces.

La chica de Ramen

MARINA

Los mejores platos son muy simples.

Auguste Escoffier

Cojo aire, aguantándolo en los pulmones durante varios segundos hasta que escucho su voz respondiendo a la pregunta.

—Supongo que algo tuvo que ver, aunque no fue por eso..., me refiero a que, fueron un conjunto de factores y uno de ellos era el que hubieses sido muy amable. Si hubieses sido una señora de ochenta años y con dientes postizos, por muy amable que hubiese sido no te hubiese besado. Lo tuyo y lo mío fue atracción a primera vista, lo sé. Me gustaron tus curvas bajo esa falda de bailarina, tu pelo desordenado, tus ojos cuyo color sigo sin averiguar y tus labios.

Asiento sintiéndome en una nube. Un poco como debió de sentirse Cenicienta cuando el príncipe bailó con ella delante de todo el mundo.

—Tengo la sensación de que esto no es real. Ya lo sé, es una tontería, pero tu diciéndome eso... —niego con la cabeza—. En fin, ya solo nos quedan los postres.

—Y las estrellas —añade con un guiño—. Los hay que nacen con estrella y otros lo hacen estrellados.

Es un chiste, uno muy malo, pero me rio por inercia.

—Dios mío, ¿es tu segundo chiste! Al menos en mi presencia. ¿Eres gracioso y lo disimulas? —cuestiono en tono irónico.

—No, no suelo serlo pero a veces hago reír a la gente. Pero no es mi punto fuerte, lo siento. Mi humor es bastante negro, debo decir.

—A mí me haces reír. Es lo que la gente busca, al menos es lo que siempre dicen, que buscan a alguien que les haga reír.

—Soy cocinero, no payaso.

—No me había dado cuenta —bromeo—. Pues yo cuando tenía cinco años quería ser domadora de leones —confieso cuando nos traen los postres.

Ahora soy yo la que arruga la nariz. ¿Se supone que es un *cheesecake* lo que hay en el plato?

—Yo bombero, hasta que Chyanne sacó la canción y se me pasaron las ganas. ¿Vas a hacer tú ahora de Marina, la terrible? Vamos hazlo, lo estás deseando —me induce como si estuviese lanzándome a caer en la tentación.

Ganas no me faltan, porque este postre no tiene demasiada buena pinta, pero le ofrezco el beneficio de la duda al cortar un trozo y... uh, es decepcionante.

—Vale, esto es un sucedáneo de *cheesecake* que no tiene sabor. ¿Has notado esta textura blanda de la galleta? Por no hablar de la ausencia de gusto a queso real —exclamo indignada.

—Así me gusta, que saques las garras *pinkie* —exclama—. Ahora vamos a ver las estrellas.

Se levanta de la mesa y me hace un gesto para unirnos a los demás, que van entrando dentro del observatorio. Primero nos guían por la primera sala de abajo, llena de objetos extraños que antaño hacían servir para notar los seísmos, ya que además de observatorio al estar en una

posición privilegiada, era ideal para controlar los movimientos de la tierra.

Luego pasamos a la gran sala de cúpula redonda dónde se encuentra el telescopio refractor.

—¿Sabías que es el observatorio mas antiguo del mundo que sigue en activo? —susurra en mi oído mientras escalamos para llegar a la parte alta.

Su cercanía hace que el vello se me erice.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo he leído en el panfleto.

Oh, ya decía yo. Entonces la señora me llama, porque es mi turno para ver a Plutón. En el fondo estoy emocionada, más incluso que cuando sacaron *Mulan* dos, aunque resultó bastante decepcionante todo sea dicho.

Pongo el ojo en el agujero y entonces lo veo: opaco, es un punto algo pequeño y de color azulado, pero hipnotiza.

—Es bonito —susurro, hasta que ya lo he observado suficiente y le dejo mi sitio a Teo.

Verle concentrado buscando ese punto luminoso es extraño y enternecedor. Trago saliva, intentando buscar esa normalidad inexistente, y es que sigo sin acostumbrarme a esto.

—Sí que lo es —musita él.

Cuando terminamos, volvemos a nuestra mesa dónde nos sirven otra copa de vino. Esa semioscuridad y ese vino me embriagan, y su presencia mucho más.

—Marina, sé que no es justo que te pregunte esto, pero tengo que hacerlo —dice entonces—. En el fondo solo soy un chico intentando una pequeña gran hazaña, porque mi inseguridad me coarta demasiado.

—¿Qué quieres preguntarme? —digo.

—Si tengo la menor oportunidad de que esto funcione —empieza como a sincerarse—. No tengo práctica alguna en esto, en las citas soy un desastre y lo sé, pero en ninguna antes tuve un verdadero interés, hasta ahora. Por eso te pregunto si tendrías una segunda cita. Ya no si vas a quedarte, o si todavía tienes ese enamoramiento absurdo conmigo porque tengo miedo de tu respuesta. Solo pido... una segunda cita.

Lo dice en serio. Veo en sus ojos un temor que antes no estaba, y sé que Teo tiene sus inseguridades a flor de piel. Que todo lo que hizo lo hizo por eso, porque su experiencia le decía que todo iba a ir mal. Hay cosas que Disney no te enseña, como por ejemplo a lidiar con un corazón roto, y eso es algo por lo que todos podemos pasar.

—Yo..., Teo, claro que sí —exclamo—. Voy a darte una segunda cita, pero deberías esperar a que termine la primera, ¿no crees?

Se encoje de hombros y sonrío.

—Soy un ansioso. La cita está a punto de terminar, ahora voy a llevarte a casa y me empezaré a preguntar en la cama si he cubierto alguna de tus expectativas.

—¿Expectativas? —pregunto.

—Ya sabes, lo que esperas de una primera cita.

—Me gustaría pensar que esta no ha sido nuestra primera cita. Estaríamos como empezando de cero y... no quiero hacerlo —reflexiono.

—Ah, ¿no?

—No, porque entonces sería como ver la segunda parte de una película, y dicen que segundas partes nunca fueron buenas. Pasó en *Pocahontas*, *La sirenita*, *Mulan*...

—No lo estás enfocando bien, *pinkie* —me interrumpe—. Porque las películas de Disney en este sentido son algo que no debe tenerse en cuenta. ¿Sabes cuál es el problema? Que no están

hechas para tener segundas partes. ¿Qué le ocurre a la princesa del cuento después de ser rescatada y casarse con el príncipe? Nada.

—¿Nada?

—No, ninguno cuenta la cruda realidad. ¿Roncaba ella demasiado? ¿Tenía él necrofilia? ¿Se divorciaron o murieron juntos? En cambio, películas como *El padrino* o *Regreso al futuro*, las segundas partes fueron mejores que las primeras.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que las segundas partes a veces pueden ser mejores, sobretodo cuando los inicios no han sido muy buenos. Como *Shrek*, pero como no las has visto...

Y vuelve a vacilarme con ella. Jolines, tengo que ver esa película.

—Que sí, que tengo que verla —admito—. Pero que conste que es la única película con la que me llevas ventaja.

—Lo sé, *pinkie*.

Sin previo aviso y como si fuese lo más natural de este mundo, me coge de la mano. Todo mi cuerpo tiembla ante esta introspección inesperada. Entrelaza sus dedos con los míos mientras una brisa suave nos acaricia la cara y me guía hasta la salida del observatorio hasta el coche.

Quiero detener este momento, grabarlo intacto en mi memoria y volver a verlo de esta misma manera en la que lo estoy viviendo una y otra vez.

—*Can't live, If living is without you* —canturrea durante unos segundos—. Esta canción es mi favorita —anuncia, abriendo la puerta del coche.

Pierdo el contacto de su mano sintiéndome un poco huérfana de él.

—Pero es de Mariah Carey —musito, sentándome en la parte delantera.

—¡Ah no!, ella la cantó, pero es de los Badfingers. Escucha.

Nada mas arrancar el coche, suena en el altavoz esa canción que yo creía de los noventa, de voces desconocidas y sonido algo más metálico a la acostumbrada versión.

—Eres un romántico en el fondo —susurro más para mi misma que para él.

—Un poco. Quizás en algún momento perdí la esperanza de ese final feliz. Necesitaba que llegaras para recordármelo.

Yo también necesitaba esto, pero no lo sabía. Que hiciera esto por mí, que apostase por mí. Hacerme sentir especial en este sitio, cogerme de la mano y llevarme en el coche como si realmente fuese una princesa de cuento. Es una tontería, pero hay veces en las que necesitas sentirte querido.

Ya sabe dónde vivo, así que no me sorprende ver que se detiene delante de mi portal, parando el coche.

—Te acompaño hasta la puerta —añade, saliendo del coche.

Es el final de una cita. Oh, ¡es el final de una cita! En las películas el chico suele acompañar a la puerta a la chica, y entonces, antes de que ella abra la puerta, le da un beso. No sería el primero, pero casi. Me refiero a que sería nuestro primer beso oficial, un beso de cita. Alargo la mano dentro del bolso buscando las malditas llaves hasta que las encuentro. Los dos nos detenemos en el portal, sonriendo.

—Ha sido una buena primera cita —comento.

«Marina, podría saber dicho algo mucho más elocuente», me regaño.

—Me lo he pasado genial. Para la segunda creo que haremos algo diferente, no tan formal —dice él, dando un paso al frente, es decir, hacia mí.

Por supuesto que va a besarme, ¿cómo se me ha ocurrido que no iba a hacerlo?

—¿A qué te refieres?

—Ya lo verás. Buenas noches, *pinkie* —murmura mientras deja una caricia en mi mejilla y enreda de forma sutil un mechón de mi pelo oscuro en su dedo índice.

—Buenas noches, Teo.

Es hora de darme la vuelta y abrir la puerta. Así lo hago, tengo la llave en la mano y la dirijo hacia la ranura, pero me veo interceptada por sus manos que vuelven a darme la vuelta, y a atraparme entre él y la puerta.

—Olvidaba algo —ronronea antes de lanzarse hacia mi boca.

Lo hace con dulzura y profundidad, como si... como si quisiera sentirme más de lo que ya hace. Me pierdo en las sensaciones, en esa ansia por devorar su boca, por tocar su cuerpo duro, por saborear su boca de vainilla. Esa necesidad de sentirlo se me hace imperiosa. Cierro los ojos sintiendo las vibraciones de su respiración tibia que se fusionan con mis gemidos ahogados. Es un sinsentido, lo sé, porque cada vez que me besa es como si fuera la primera, no me abandonan los nervios, el temblor en mis rodillas ni mi timidez, pero cuando lo hago, se me antoja tan natural como el respirar, y siento que estoy en casa.

Despega los labios, dejándome un par de besos más cortos mientras me acaricia la nuca con delicadeza.

—Ahora sí, buenas noches, *pinkie*.

—Buenas noches, Teo —repito.

Recorro con los ojos el camino que él hace hasta el coche, hasta subirse, y entonces sí abro la puerta metiéndome en el portal. Ese beso me ha dejado atolondrada, estoy en una nube, incluso parece que sienta hasta los pajarillos cantar y esa música de fondo de las películas románticas. Arrastro los pies como puedo hasta mi piso, y voy directa hacia mi habitación.

—¿Lo has pasado bien?

La voz de Santana me sobresalta, y más cuando abre la luz del pasillo. Está con el pijama puesto y cara de pocos amigos.

—Sí. No sabía que estabas en casa —respondo sin saber muy bien qué decir.

—Creí que el tal Teo Massagué era un capullo que no querías volver a ver. ¿Me he perdido algo?

—Bueno, nos peleamos y ahora... él se ha disculpado y me ha pedido una cita.

—Una cita, y se la has dado por lo que veo —deduce.

—Sí —digo, abriendo la puerta de mi habitación—. ¿Pasa algo?

Se frota la sien con los dedos y niega con la cabeza, dándose la vuelta.

—Creí que eras más inteligente.

Sus palabras me golpean. ¿Inteligente? ¿Qué tendrá eso que ver? Quiero morderme la lengua, pero no puedo. A lo mejor es porque ya no soy esa Marina que asentía y que no sacaba las garras, o a lo mejor es que pienso en las palabras de Laura, pero abro la boca, no voy a callarme.

—¿Sabes Santana? Deberías ponerte alguna vez en mis zapatos. Deberías pensar que a lo mejor tengo mis razones para hacerlo, que nadie es perfecto. Yo tampoco lo soy, ni tu. Te pasas la vida juzgándome; las amistades que tengo, lo que hago y con quién salgo... cosa que yo no hago. Me gusta Teo, me gusta mucho, y quiero averiguar si de verdad lo nuestro puede funcionar.

Espero a que diga algo, pero no lo hace. Asiente y vuelve a su habitación.

¿Qué demonios?

Simplemente irresistible

TEO

Las recetas no funcionan al menos que utilices tu corazón.

Dylan Jones

Tendemos a considerar todas las actividades de nuestra vida a partir de un prisma utilitarista. Es por eso por lo que creo que la profesión de cocinero tiene sentido. Comer es una de las necesidades básicas del ser humano. Sin embargo, en el fondo esto me entristece un poco, pues hay otras muchas actividades que son cruciales, ya que no solo de pan vive el hombre. Estoy seguro de que quien realizó esa afirmación se refería a las necesidades del alma, en concreto la religión. Pero al margen de eso, creo que puede también ser aplicable a otros ámbitos, tales como la cultura, el ansia de saber, de superarse.

Pero estoy divagando mientras termino el *rissoto* de fontina que los comensales han pedido. Me está quedando perfecto, perfecto.

—Todavía no me has dicho qué pasó en la cita —susurra Víctor cuando pasa por mi lado con una sartén llena de salsa de tomate.

Nada más venirme a la mente todo lo que pasó, sonrío como un bobo.

—Ya sabes, lo típico en las citas. Hablamos un poco de todo —menciono con ambigüedad.

—Vaya, que no me lo vas a contar. ¿Le has dicho algo de mí? Le has hablado de mí, ¿verdad? —pregunta afectado.

—Claro, pero ciudadín, ¿eh? Que nos conocemos —le advierto amenazándole con el cuchillo más afilado de la cocina.

—¡Qué fama, madre mía! Yo estoy muy ocupado con Gina. ¿Has visto lo que me ha dicho antes? Qué mujer, ¡qué mujer! —suspira.

Lo tiene loco, cosa que no entiendo.

—Víctor, te ha dicho literalmente «tendría que estar muy borracha para tener algo contigo» así que ...

—Eso es porque es tímida, y necesita el alcohol para lanzarse.

En serio, no hay más ciego que el que no quiere ver.

—Tú sabrás, pero no le prometas ningún aumento, ¿eh?

—No, tu te encargas de la contabilidad. ¿Vas a tener una segunda cita?

—Por supuesto que sí. Ya lo tengo todo pensado.

Ambiente romántico en mi nuevo piso, velas a doquier, fresas con nata y... la película de *Shrek*.

—Te lo estás currando. La chica te gusta de verdad, ¿eh?

—Sí que me gusta. Me gusta mucho.

Creo que es muy difícil saber el momento exacto en el que te enamoras de una persona, pero sí en el instante en el que te das cuenta, y allí en medio de la cocina obtengo esa certeza. Claro que me he enamorado de ella, de su frescura y su vivacidad, de su positivismo y su manera de ver las cosas color de rosa. De la forma en la que cocina, de cómo vive.

—No la cagues esta vez.
¿Cagarla? Tendría que ser un imprudente.

«Pinkie, espero que hayas dormido bien»

Creo que una parte fundamental en la conquista es hacer hincapié en las ganas que tienes de ver a esa persona, y yo voy a hacer uso de las nuevas tecnologías.

«Pues sí. ¿Y tú? Santana nos vio, está raro».

Santana, el mejor amigo que vive con ella. Tarde o temprano voy a tener que cruzarme con él, lo sé.

«A lo mejor se preocupa, eso es todo. Por cierto, estás preciosa con ese vestido amarillo ceñido».

Lo está de verdad, la he visto entrar esta mañana en la cafetería.

«Oh, vas a hacer que me sonroje. ¿Eres Teo de verdad?».

«Lo soy. Pero me estoy conteniendo. En realidad iba a decirte que estabas para comerte, que la manga pastelera se ha alzado solo con recorrer tu figura, y que si pudiera entraría en tu cafetería para lamerte de arriba a bajo».

Ha sido demasiado. He sido demasiado directo. Joder, yo quería ir despacio y tomarme las cosas con calma, pero está visto que con ella no se puede, no puedo.

«Ahora sí que se me están subiendo los colores. ¿Cuándo vamos a tener esa segunda cita que me prometiste?».

Quería esperar, pero no voy a hacerlo. No quiero hacerlo.

«Hoy. En mi casa a las 9, ¿te parece bien?».

«¿Sigues viviendo con tus padres? No me importa, tu madre me cae bien y tal...».

Y tal. Es demasiado educada, pero yo no.

«Me he mudado. Pinkie, me muero por quitarte esas medias transparentes que llevas hoy. ¿De qué color es tu ropa interior?».

«...blanca, creo»

Me suena a falsedad.

«Dime la verdad»

«Es que no es sexy. Pero me cambiaré, tengo un conjunto de lencería blanco nuevo».

Me rio imaginándomela estresada, levantándose la falda para ver qué lleva puesto.

«Dime que llevas, por favor».

«Son bragas de Disney».

«Me lo imaginaba. ¿Sale el tal Scar?».

«Hoy tocaban las del jueves, son de Frozen».

Esa película tampoco la he visto.

«Me da igual, pienso quitártelas algún día con la boca. Pienso masturbarte con ellas puestas».

«¿Como aquel día en el congelador?».

«Mucho mejor, aquello solo fue el preludio. ¿Te gustan las fresas?».

«Mucho».

La tarde se me hace eterna. Nada más llegar a casa lo dejo todo preparado para cuando ella llegue. Le mando la dirección por mensaje para que no se pierda, y luego me doy cuenta de que vendrá en bici. Dios Teo, tendrías que haberla ido a buscar. Estoy a punto de escribirle cuando suena el timbre de la puerta.

—Hola. No sabía si... he traído el postre.

Me entrega una caja no muy grande que abro enseguida. Son trufas de quicos.

—Gracias, me gustan mucho. Pasa, el piso aún no está terminado pero poco a poco iré llenándolo. Solo lo imprescindible —digo, mientras la hago pasar hasta el salón comedor.

—Me gusta que las paredes sean de color crudo —dice mientras observa la habitación de arriba a bajo—. Así puedes hacer la decoración como quieras. Me he dado cuenta de que el rosa limita mucho a la hora de decorar.

—Hoy no llevas las bambas con ruedecitas —señalo, echándolas un poco en falta.

—Después de la leche que me metí con ellas estoy pensando en jubilarlas. ¿Has cocinado?

Asiento, dirigiéndome hacia la cocina para poner las trufas en la nevera.

—Tienes que probar mis *spaguetti alla parmigiana*. Creo que te gustarán.

—Hay pocas cosas que no me gusten, pero de la cocina italiana incluso menos —dice mientras le echa un ojo dentro de la sartén—. Vale, ¿puedo...? —pregunta mientras señala la cuchara de al lado.

—Ni hablar. Tira para la mesa —le ordeno en un falso tono autoritario, como si tuviese cinco años y quisiera comerse el postre antes de cenar.

No dice nada al respecto pero hace lo que le digo, dejándome una sonrisa traviesa antes de

salir de la cocina. Tengo que concentrarme en la cita, no en sus curvas de *rally* profesional ni en su boca de piñón. Esta vez sí hago una presentación del plato estupenda con una decoración digna de mi restaurante. Cuando aparezco en el salón con los dos platos, Marina ya está sentada en la mesa. Los ojos le brillan en cuanto me ve.

—Tienes que decirme por qué te gusta tanto la cocina italiana. No creo que sea fruto del azar. ¿Fue por una chica? Se presentó una morena mediterránea y te enseñó todos los trucos de la pasta —dice mientras inspira el olor del plato.

—No fue por una chica —exclamo con rotundidad.

—¿Entonces? Oh, vino... —susurra al ver que le lleno la copa.

—Fue por *El padrino* —termino confesando—. La vi de pequeño y todo ese mundo me fascinó, así que mi primer libro de recetas fue de cocina italiana. Luego comprobé que era una cocina muy extensa, que no todo se limitaba a la pasta y a la pizza, que se podían hacer cosas con carne y pescado, con verduras..., así terminé especializándome en ella.

Puede parecer una chorrada, pero a veces las explicaciones son así de simples.

—Vaya, no me lo esperaba —musita, sorprendida—. Eres una caja de sorpresas.

Da varios sorbos a la copa antes de mirarme a los ojos otra vez. ¿Está nerviosa? Parece un poco nerviosa.

—¿No te gustan los espaguetis?

—¡Claro! Están riquísimos —exclama ella.

—No estás comiendo nada.

—Mmm, claro que sí —dice después de meterse una buena cantidad de ellos en la boca.

—Así me gusta. Ya que has traído tu el postre, nos comeremos las trufas mientras vemos la película —decido.

—¿Qué película?

—Adivínalo. Es una que no has visto y deberías ver.

Pone los ojos en blanco y se ríe.

—*Shrek* —acierta—. Pues tengo muchas ganas de verla, en serio. Ahora tengo las expectativas muy altas.

—Yo también las tengo con tu ropa interior.

Mierda, esto no es lo que tendría que decir. No lo es porque le suben los colores de forma automática, cosa que dice mucho de lo incómodo que es eso para ella.

—Es... —empieza tras dar otro par de tragos a la copa.

—Perdona, no quería decir eso. No debí decirlo, esta es la segunda cita y...

—¿Pretendes hacer como si no me hubieras metido la mano en las bragas? —musita comiéndose los espaguetis que le quedan en el plato.

Sí y no.

—Algo así. ¿Qué quieres que haga? Me da la sensación de que te incomodo diciendo estas cosas. ¿Te incomodo?

Parpadea varias veces como si tuviese que pensarlo.

—Sí y no. Es más complicado, porque no estoy acostumbrada, cosa que no quiere decir que no me guste... Es igual, ¿puedes traer las trufas? Quiero empezar a ver la película y luego cuando termine y se me haya subido el vino a la cabeza, podremos hablar de eso —ruega con la mirada.

Decido hacerle caso, aunque voy racionando la botella, no quiero que se quede inconsciente y me deje sin esa conversación.

Nos sentamos en el sofá a una distancia prudencial, y presiono *play*. Voy observándola de

rejo, cómo mete mano a las trufas y al vino. Yo también lo hago, más seguido incluso que ella, porque están deliciosas y porque así mantengo las manos ocupadas en otros menesteres.

—Me gusta el Asno, es muy divertido —suelta en un momento.

—Sí que lo es.

Treinta minutos después, está sufriendo por ver cuál es esa maldición de Fiona. Y cuando termina la película, juro que creo que se le ha caído una lagrimilla. Gira el cuello hacia mí y sonrío.

—No puedo creer que hasta ahora no haya visto esta película. ¡Es buenísima! Y son taaan monos los dos... ¡Teo! —exclama, dejándose caer sobre mí —. ¿Podemos ver la segunda parte? Por favor...

Suspiro resignado al ver que sí se le ha subido el vino a la cabeza y está algo atolondrada.

—La veremos, pero otro día. Voy a llevarte a casa porque es tarde, y tenemos un negocio que mantener.

Pero no se deja convencer, porque no sale de encima de mí y yo estoy perdiendo la cordura cuando sus pechos rozan mi estómago.

—Antes tenemos una conversación pendiente... sobre mis bragas, ¿no?

—Tus bragas, sí. No te gusta que hable de ellas —deduzco.

—Claro que me gusta. Sueño con la idea de que me las quites. Pero en el fondo tengo algo de reparo en eso —susurra, poniéndose seria—. Es una tontería, ya lo sé, si todo el mundo me dice lo mismo, pero yo soy así.

—¿Así como? —pregunto manteniendo el tipo ante la visión directa de su escote.

—Versión Disney. Creo en el amor verdadero y esas cosas.

—Yo también te quiero.

Se me escapa. Sí, no debería haberlo dicho, estas cosas se dicen durante una conservación seria y bonita, como cuando ella me lo soltó. Lo mío no tiene perdón, porque está borracha. Parece darle igual porque sonrío y me da un beso en los labios.

—Creo que ya lo sabía —responde—. ¿Vas a besarme? Como ayer, por favor.

Que me lo pida por favor hace que no pueda decirle que no. Tampoco podría si no lo hiciera, qué demonios. Así que lo hago, profundo y con sentimiento. Sujeto su nuca mientras mi lengua entra en su boca y roza la suya con temeridad. Su cuerpo parece empezar ese roce con el mío de forma inconsciente, y pronto su entrepierna se encaja con la mía haciendo aquello insoportable.

—Marina, espera, espera —le pido, alejándola un poco—. ¿Te acuerdas de los regalos de navidad? Pues hoy ni siquiera es navidad.

—Sí... es verdad, no lo es. Ay, Teo, esto es complicado —zozobra apartándose de mí como si quemara—. Pero *quiero* que sea navidad.

Es un alivio para mi entrepierna, pero no para mí. Me incorporo del sofá con el ceño fruncido, dando varios pasos para acercarme. Hago que se gire hacia mí, y le levanto el mentón con el dedo índice.

—Nos lo tomaremos con calma. No tengo ninguna prisa, pero mi cuerpo a veces... va por libre. Solo fréname, ¿vale?

Sus ojos díscolos y húmedos asienten, pero no me sueltan.

—Hay algo que no te he dicho. Algo importante.

—Dime.

Si dijera que eso no me inquieta, estaría mintiendo. ¿Qué es tan importante? ¿Por qué se coarta de esta forma, pero a la vez no? Parece como si su mente fresase a su cuerpo.

—La verdad es que mi experiencia es limitada. De hecho, lo más erótico que he experimentado ha sido contigo, en aquel congelador.

—¿Con eso intentas decirme que no...? —deduzco, sin llegar a creérmelo del todo.

—Sí.

—Tú no... ¿nunca? ¿Nunca de nunca?

—¿Que no! No creo que sea tan raro, ¿no? Quería que mi primera vez fuese especial y nadie lo ha sido hasta ahora, ¿de acuerdo?

Digo que sí y le doy un beso en la frente. Esto no me lo esperaba, todo sea dicho. En realidad era bastante predecible, solo que el capullo de Jon me hizo creer cosas y... soy gilipollas.

—No es raro, en absoluto. Es una opción personal que cada uno debe tomar cuando se sienta preparado.

—¿Pero...? Vamos Teo, dílo —susurra medio enfurruñada.

—El único pero que encuentro es para mí, y lo idiota que he sido imaginándome que te habías acostado con Jon Aguilera. Que no tendría por qué, eres adulta y podrías haberlo hecho, pero mi machista interior sufrió bastante imaginandoselo.

—No sabía que tenías un machista interior. Espero que no salga muy a menudo, es más, lo exijo. ¿Qué ha hecho más?

—Bueno... portarse como un capullo es todo lo que sabe hacer. Pero voy a mantenerlo a raya, te lo prometo. ¿Quieres saber algo? Yo también lo hice, eso de esperar. Después de Mónica, también podría haberme acostado con otras mujeres, pero no lo hice —confieso entonces, sentándola encima de mi regazo.

—¿Por qué?

—Será que yo también pertenezco a ese cinco por ciento de animales monógamos —resumo—. Entiendo que quieras esperar, y más teniendo en cuenta que...

Pero me calla con un beso impetuoso y delicioso.

—La cuestión es que no quiero esperar, ya no. Pero tampoco sé muy bien qué hacer.

Ladeo una sonrisa y le acaricio la nuca viendo cómo poco a poco cierra los ojos, apoyando la cabeza en mi pecho.

—Mi regalo de navidad adelantado —musito, levantándola a peso con cierta dificultad—. Mañana seguiremos hablando.

Consigo llevarla hasta la cama dónde la tumbo. Se ha quedado frita de un momento a otro, así que le quito las manoleínas y la meto dentro de la cama, tapándola con la sábana.

Mañana será otro día.

El teatro de la vida

MARINA

Come toda la comida basura que quieras, siempre y cuando la cocines tú mismo.

Michael Pollan

El dolor de cabeza retumba incesante con la fuerza de un tren cruzando la estación una y otra vez. Abro los ojos para poder incorporarme y busco en la mesilla de noche uno de los ibuprofenos que tengo. Hasta que me doy cuenta de que esta no es mi habitación.

Tampoco es mi casa. ¡Ay, madre! Que esta es la cama de Teo. ¿Estoy desnuda? No, parece que sigo llevando ese vestido amarillo y las bragas. Tampoco hay nadie más en la cama, y eso me tranquiliza... y no. Quiero decir, ¿dónde está Teo? Ayer comimos pasta, vimos *Shrek* —qué buena que es esa película— y luego..., luego hablamos de sexo.

Corrección, hablamos de mi inexperiencia y me quedé dormida. Iba un tanto perjudicada, lo admito, pero me acuerdo de todo.

—¿Estás despierta? —pregunta abriendo un poco la puerta.

Teo va a verme en este estado lamentable de resaca, ojos hinchados y sin peinar.

—Un poco —respondo metiéndome debajo de la sábana.

Es una tontería, ya lo sé, pero nunca me había quedado a dormir en casa de un hombre. ¿Qué se supone que debo hacer?

—Te duele la cabeza —exclama alzando la sábana y sentándose al borde de la cama—. Eres una muy mala bebedora, *pinkie*. Creo que deberíamos seguir la conversación de ayer, porque te quedaste dormida.

Cuando me mira a los ojos, me desplomo totalmente haciendo una mueca de dolor.

—Teo..., ¿es en serio? —protesto, tapándome la cara con la almohada—. Déjame sola.

—Oye, ¿qué te pasa? Vamos, *pinkie*, sácate eso de la cara —pide, tirando de ella.

—Me da vergüenza —exclamo con la voz ahogada.

Logra sacarme la almohada y se estira a mi lado, mirando boca arriba.

—¿Sigues sin confiar en mí?

Chasqueo la lengua mientras me giro hacia él, en posición fetal.

—No se trata de eso, sino más bien de no cumplir con tus expectativas —me sincero del todo, hala, ya lo he dicho.

Escucho el sonido de su risa furtiva. No es gracioso.

—Soy un hombre, Marina, uno que lleva varios años sin... A lo que me refiero es que eso es imposible porque no tengo ninguna expectativa que no puedas cumplir —resume, mirándome—. Eres preciosa, ¿lo sabes?

No, no me siento especialmente guapa en estas circunstancias, pero él hace que me sienta un poco así.

—Cuando me besas o me tocas yo... siento cosas que antes no había sentido. Me encanta y quiero..., quiero más —susurro—. Pero si hay más, no quiero que te vayas como solías hacer, porque entonces...

No deja que termine. Me cubre con sus brazos dándome un cálido abrazo.

—No pasará porque no pienso ir a ninguna parte.

Puede que una parte de mi corazón siga latiendo porque escucho ese redoble de tambor en mi pecho, pero todo lo demás es él. No existe nada más que él, esa calma que me produce cuando me abraza lo invade todo. Escucho su respiración, siento los dedos recorriendo mi columna vertebral, ese cosquilleo que me eriza la piel.

—Mi ropa interior es nefasta. Creo que solo tengo un conjunto de encaje en todo el armario, pero nunca antes la había necesitado.

—Vas a reírte, pero tengo algo para ti. En mi defensa diré que fue después de besarte y que no estoy nada versado con las medidas de los pechos...

No espera a continuar, se incorpora para sacar de un cajón de la cómoda una bolsa de Intimissimi.

—¿Me has comprado ropa interior? —exclamo sorprendida.

Es mi primer regalo picante. Vaya, no me lo esperaba. Es... no lo sé, es raro y a la vez bonito. Quiero decir, no me esperaba este regalo en la segunda cita, aunque creo que ya no estamos en ella.

—Técnicamente no. Pasé por delante de la tienda y entré para buscar la talla 34D. Tu talla de sujetador —confiesa algo avergonzado.

Lo sé por el desvío de su mirada hacia todos los rincones de la habitación y la distancia que pone entre nosotros.

—¿Puedo verla?

Asiente, alargándome la bolsa. Con una emoción propia de una niña de cinco años, saco el sujetador y las bragas de encaje negro. Es realmente precioso.

—Me gusta mucho. Pero en serio, ¿por qué lo compraste?

—Porque la dependienta me pilló mirando los sujetadores y para no parecer un perverso, fingí buscar un regalo para mi novia.

—Y diste mi talla de sujetador —deduzco.

—Claro que sí, era lo único que tenía claro.

—Eres peor que yo —exclamo, sacudiendo la cabeza—. ¿Puedo probármelo?

—Todavía no —dice con rotundidad—. Verás, ahora que has verificado la talla, debería lavarlos primero. Es que... cuando me enfadé lo tiré a la basura... ¡con la bolsa incluida! —se ufana a añadir—. Mi madre lo rescató, pero de todas maneras, para asegurarme quiero lavarlos.

—De acuerdo —sonrío divertida—. Pero algún día voy a ponérmela.

—Y vas a ponérmela, voy a rogar que lo hagas. Entonces, *pinkie*—susurra inclinándose hacia mí— voy a hacer que me sientas muy dentro, y te haré tocar las estrellas.

Suspiro sin poder siquiera imaginarlo.

—Yo no compré calzoncillos, nunca me dijiste tu medida —le recuerdo, mordiéndome el labio inferior.

—Es verdad. Malas noticias, vas a tener que esperar hasta entonces.

—¿Por qué? —protesto—. Yo te dije la mía.

—Porque no es lo mismo y porque, ahora que sé que no tienes con quién comparar... será mejor que no te comas la cabeza cogiendo una regla.

—Aguafiestas —sigo quejándome hasta que me planta un beso.

Es un beso de los de tornillo, sabe a pasta de dientes y a saliva. Sabe a Teo, y tengo comprobado que es mi sabor preferido. No quiero que este beso termine, y creo que él tampoco

porque poco a poco va profundizando en él, hasta que termino por colocarme sobre él.

—*Pinkie*... —rezuma en mis labios, y sé lo que significa, pero juro que no quiero detenerme.

Me gira para dejarme sobre el colchón y me aplasta un poco colándose entre mis piernas. Estoy desconcertada porque es la primera vez que estoy en una cama con un hombre. Siento la adrenalina recorriendo todo mi cuerpo y los latidos de mi corazón galopando igual que Spirit, el corcel indomable.

—Es Navidad, Teo —afirmo, estando muy segura de mi afirmación.

Creo que nunca he estado tan segura de algo en mi vida.

Tal y como me imaginaba, él me mira a los ojos para confirmarlo, y ve que sí, que estoy deseándolo. No solo porque esté muy cachonda, que también, sino porque simplemente lo sé, siempre lo he sabido, desde que me besó por primera vez, que sería él y solo él el que me desnudaría. Así que lo hace, poco a poco. Las yemas de sus dedos se deslizan desde mis mejillas bajando por mi cuello, mis hombros hasta mi pecho llegando a mi cintura. Todavía llevo el vestido, pero puedo sentir el tacto de sus yemas sobre mi piel, o al menos me lo imagino de tal manera que llego a estremecerme.

—Superaste todas mis expectativas desde el principio —musita, inclinándose hacia mí, apoyándose con ambas manos en el colchón—. Siempre lo haces, en cada situación.

Llega a mis labios y los humedece con la lengua antes de buscar a tientas en mi espalda, la cremallera del vestido. La encuentra al final, y tira de ella poco a poco.

—Tú también. Sobretudo en el ámbito culinario —susurro algo cohibida al ver cómo me baja el vestido hasta la cintura.

—¿Solo en el ámbito culinario? *Pinkie*, ahora verás —exclama deslizando el vestido hasta quitármelo entero.

Aquí estoy con la luz de la mañana que entra tenue y emborronada por el ambiente por los resquicios de la persiana, tumbada en la cama de Teo completamente desnuda de cintura para arriba y con unas bragas de Elsa en la parte de abajo.

—¿Qué? —pregunto al ver que se detiene, inclinándome un poco.

Pero su mano me detiene, y entonces veo que me está mirando con los ojos ávidos y brillantes, igual que un experto estudiando una obra de arte, deleitándose en cada parte de mi cuerpo. Es la forma más bonita en la que nadie me ha mirado.

—Eres el postre perfecto, y voy a comerte.

No me da tiempo a protestar, porque acto seguido me separa las piernas y, tal y como dijo, me arranca las bragas con los dientes. Estoy hiperventilando porque va directo hacia ese sitio privado donde nadie ha estado jamás. Cuando llega a la unión de mis piernas y siento eso suave y húmedo, me arranca un suspiro haciendo que mis pensamientos se derritan. Siento que viaja por todas partes, que lame y acaricia con la lengua, los dientes y los labios mientras sus manos se aferran a mis muslos. No sé ya como me llamo, ni qué hora es pero sí sé que ese placer que me recorre de arriba a bajo es nuevo, que esa sensación en el estómago hace que me crezca, me impacienta, que necesite aferrarme a las sábanas para evitar desmoronarme. Aunque acabo haciéndolo, rindiéndome a la sensación de estar flotando, me abandono al summum de la gloria bendita que es su boca arrancándome ese orgasmo.

No es el primero, que soy una chica Disney pero sé como masturbarme, pero sí que es el primero que me lo provocan. Abro los ojos estando en una nueva dimensión, mientras sus ojos oscuros me esperan con una sonrisa perezosa sobre mi estómago.

—Esto ha sido mejor que comer praliné. ¿Te ha gustado?

Asiento, incapaz de responder con coherencia, o a secas, incapaz de decir nada, todavía algo mareada por las sensaciones. Pero no voy a dejar que todo termine aquí, porque lo quiero todo de él, y ahora que sé que puedo tenerlo, me he vuelto adicta a experimentarlo. Así que tiro de su brazo para que caiga sobre mi cuerpo, ese que todavía lleva el pijama puesto y que quiero ver al completo.

—Mucho. Creo que es hora de abrir mi regalo, ¿no crees? —siendo una alegoría a su falta de desnudez.

No dejo que pueda contradecirme, porque prácticamente le arranco la camiseta de algodón y me relamo los labios al ver su pecho velludo, bien formado y tonificado. Paso la palma de la mano derecha sintiendo el vello crujir, sintiendo cómo es él quién se estremece.

—Eres una impaciente —exclama, pero me besa de una manera brusca, y sé que él también lo quiere.

Los besos se suceden uno detrás de otro hambrientos, al igual que los roces de nuestros cuerpos. Siento sobre mis pechos el roce del suyo y hace que esa parte baja vuelva a despertarse, llegando mis piernas a rodearle para buscar ese bulto incipiente que percibe mi estómago.

Su aliento me estremece hasta los dientes, y cuando su boca se posa en uno de mis pezones y los lame, creo que voy a morir del placer. Pero todavía hay más, y siento ese pinchazo en mi vagina cuando los mordisquea. Mi gemido creo que se escucha hasta en la plaza Colón.

—Otro día me los voy a comer con nata —musita, haciendo lo mismo en el otro pecho.

No me doy cuenta, pero de un momento a otro se ha sacado el pantalón y los calzoncillos, y está desnudo, muy desnudo. Cojo aire al ver esa manga pastelera, más grande de lo que me había imaginado.

—Creo que supera la media española, ¿no? —susurro con un hilo de voz.

Se ríe durante un segundo mientras vuelve a besarme, intentando volver a captar mi atención.

—La supera, claro que sí.

Mientras vuelve a besarme, siento sus dedos campar a sus anchas por mis partes bajas, arrancándome más y más suspiros. Está claro que Disney no habla de eso, pero creo que ya soy mayorcita como para pasar a las películas para mayores de dieciocho. Cuando noto algo allí abajo más grueso que no son sus dedos, cierro los ojos y me aferro a su cuello, porque sé que la cosa va a doler. Creo que es lo único que las mujeres tenemos claro cuando es nuestra primera vez.

Pero no pasa nada de eso, solo sigue acariciando con su erección mi sexo, sin llegar a entrar del todo, hasta que creo que yo misma chorreo con lo caliente que me está poniendo. Sí que a veces lo percibo más adentro, un poco más pero nada de ese dolor insufrible. Creo que el cuerpo es sabio, y aunque tu mente no sabe qué hacer, él sí, porque parece que va a su aire y es él mismo quien se tira hacia adelante buscando esa intromisión profunda, hasta encontrarla. Un escalofrío me recorre la columna vertebral mientras él me llena, con susurros roncros y guturales en mi oído. Me aferro a sus hombros mientras empieza esa danza en la que no solo danza él sino también sus dedos y su boca, que viaja desde la mía hasta mis pechos con asiduidad.

Cuando se encaja del todo, el dolor y el placer se confunden de tal manera que ni siquiera sé si ha dolido tanto, y al mirarme a los ojos y besar la punta de mi nariz, deja esas palabras que se meten en mi corazón igual que él ha hecho.

—Te quiero, *pinkie*.

No sé si es esa sensación de querer morirme de amor, o el deseo más primario que existe en el ser humano, pero otra ola de placer llega a mí.

—Te quiero, Teo —exclamo en mi jadeo mientras él acelera las embestidas, tensándose hasta

estallar también en un grito ahogado.

No sé cuanto tiempo pasa desde que se tumba a mi lado hasta que recupero el sentido. Pero cuando abro los ojos, él está medio inclinado hacia mí, observándome detenidamente mientras una sonrisa de total satisfacción baila en sus labios.

—Creo que es la mejor mañana de mi vida. Estás desnuda en mi cama y pareces feliz.

Alzo la mano y recorro con las yemas de los dedos su frente, apartando un mechón de cabello oscuro, delino su cicatriz y sus labios. Creo que el pecho va a estallarme.

—Estoy feliz. Creo que todo el mundo es feliz en Navidad —susurro.

—Entonces es la mejor mañana de Navidad que puedo tener. ¿Estás bien? He intentado ser delicado, pero no sé...

—Estoy genial. Empiezo a pensar que eso de las primeras veces y el dolor son un mito la verdad, aunque sí que lo he sentido un poquito —admito al final.

—Bien, bien —repite, dándole énfasis.

No sé qué me gusta más, si el sexo en sí o esto que viene después, esas caricias que deja en mi cabeza, sus ojos tan chispeantes que parece que vaya a encender un fuego o su olor corporal en mi pelo.

—Te he dejado una toalla en el baño para que te duches. Luego voy a llevarte a casa, antes de abrir la cafetería, ¿te parece bien?

Protesto con un gemido de desagrado, porque estoy en el cielo y no quiero volver a la tierra.

—Regulín, pero supongo que esta cita no puede durar para siempre, ¿verdad?

—Siempre nos quedará la tercera. Aunque creo que a estas alturas ya te he conquistado y podemos hacerlo oficial —reflexiona.

—¿A qué te refieres con eso último?

—A que no tienes por qué quedarte dormida para pasar la noche aquí y voy a poder escaparme de vez en cuando y meter mano en tu cafetería, entre otras cosas.

¡Ah, eso...! Y me estaba imaginado cosas tipo hacer una nota de prensa o algo así. Qué daño me ha hecho ese maldito concurso, jolines.

—Me parece muy bien —asiento—. En realidad, me parece perfecto. ¿Quieres conocer a mi madre o es demasiado temprano? —reflexiono en voz alta—. Vale, es demasiado pronto, no sé por qué lo he dicho, ni siquiera quiero todavía que lo hagas.

—Voy a sentirme intimidado, pero sé que voy a tener que hacerlo. ¿Crees que veía el programa? Porque entonces va a odiarme de por vida.

—Creo que sí —confieso—. Pero mi madre es muy fácil de complacer, vas a ganártela enseguida.

Pienso en Santana, en si algún día ellos dos pueden llegar a llevarse bien, incluso a ser amigos. No sé por qué, me cuesta imaginármelo.

—No sé yo...—duda—. Pero ya habrá tiempo, ahora ve a ducharte, ¡vamos! —me apremia con un leve golpecito en mi trasero un poco juguetón.

Nada más meterme en la ducha, pienso que esto me gusta, estar con él me gusta mucho, y lo fácil que podría haber sido todo si no fuera..., pero no es así, hay cosas que deben suceder aunque sean malas. No hay que tratar de impedir que todo pase. A veces es necesario sentirse vulnerable, triste y asustada, y hacer sentir eso a los demás. Porque gracias a ello se descubre una parte diferente de uno mismo que no sabías que existía, una parte con más coraje, más valiente que te empuja a seguir adelante y te da nuevas perspectivas.

En el coche discutimos sobre bandas sonoras y nuevas adaptaciones de películas, siendo yo

una acérrima seguidora de las antiguas versiones, hasta que llego a casa. Mentiría si dijera que no estoy feliz, porque lo estoy y mucho. Tarareo cuando abro la puerta del piso y decido poner *Mamma mia* de Abba a todo trapo mientras me visto, aunque la resaca no se me haya pasado del todo. El mundo es un lugar maravilloso y... leches, Laura me está llamando.

—¿Sí? —respondo bajando el volumen.

—¡Eres famosa! Famosa de verdad, no como cuando salías en ese programa —exclama casi chillando.

—¿Yo? Creo que te confundes.

—Que no, que no... Que has salido en varias revistas digitales morreándote con Teo, sois la nueva parejita. A la gente le chifla eso, y más cuando se especula que si fue por eso que ambos dejasteis el programa...

—¿Cómo? ¿Dónde? ¡Ay, no puede ser verdad! ¡No puede ser verdad! —grito mientras creo que me está dando un ataque de pánico.

Yo no quiero ser famosa ni nada por el estilo. Con el corazón en la garganta abro el ordenador y busco mi nombre y el de Teo, encontrando las fotos a las que Lauda alude.

—Pues sales mona, así sonriente. Y a él se le ve taaan enamorado...

—¡Laura! No estás ayudando nada. Yo quiero que las retiren, ¿no puedo hacer eso?

—Pues no, cariño, estás en medio de la calle y has salido por la tele, eres un personaje de interés.

Jolines. ¡Jolines! Yo no quiero que se airee mi vida privada, ahora que consigo tener una vida amorosa decente va y se hace pública.

—Esto es un caos. ¡Ay, Dios! Me está llamando mi madre —exclamo viendo su nombre en la pantalla.

Yo que estaba evitándola con toda la movida de Laura siendo mi hermana.

—Habla con ella. No le has contado nada sobre Teo y tus líos amorosos con él, ¿verdad?

—Pues claro que no, es mi madre. Si se lo hubiera contado habría empezado a prepararme la boda. En fin, te llamo más tarde.

No quiero hablar con ella, va a reprocharme no haberle dicho nada. Esto es demasiado complicado. A regañadientes, acepto la llamada.

—Hola, mamá —susurro, esperando el chaparrón que va a caerme.

—Cariño...estoy muy triste —empieza a decir—. Que mi única hija no confíe en mí... ¿qué demonios hice mal? Dime, Marina, ¿qué hice mal?

Madre mía, lo que una tiene que escuchar. Pero qué exagerada es la gente.

—Mamá, no te pases, ¿eh? Si no te dije nada fue porque solo hemos tenido dos citas, ni siquiera sabía si lo nuestro tenía futuro —le explico, y en cierto modo es verdad.

—¿Y? Estas cosas se cuentan. ¡Y con ese chico tan rudo y borde? ¿Es que no había nadie más?

—No, mamá.

—¿Cómo que no?

—Que no es como tú piensas, en la tele es un personaje distinto. Él no es así, ¿de acuerdo? Solo interpretaba un papel.

—Pues hija, no entiendo entonces qué le viste.

—Es cariñoso, tiene sentido del humor y se preocupa por mí.

—Con lo guapa que tú eres, y él...

Frunzo el ceño al no entender qué quiere decir con eso. Pero si Teo es el hombre más guapo que hay sobre la faz de la tierra, ¿de qué está hablando?

—¿Él qué?

—La cicatriz... cariño, seguro que la has visto. No le dieron ningún navajazo, ¿no?

—¿Mamá! —la riño—. Por supuesto que no. A mí me gusta así. Me gusta su cicatriz, su ... me gusta todo de él, ¿de acuerdo? Es decisión mía y solo mía con quién salgo y dejo de salir.

Diantres, eso no me lo esperaba ¡que precisamente ella estuviese criticando!

—Haz lo que quieras, por supuesto que es tu vida y tu elección. Yo solo te aviso para que no te pase como a mí, que con un despreciable ya tenemos suficiente.

Sus advertencias creo que vienen con un poco de retraso, pues ya me topé en su momento con uno de esos.

—Por cierto, mamá..., no sé si te has enterado... —murmuro, queriéndoselo decir cuanto antes—, pero mi padre ha muerto. Me refiero a tu exmarido.

El silencio sepulcral que viene después es escalofriante. Sabía que en el fondo le afectaría, aunque ya no albergue sentimientos hacia él.

—¿Mamá? ¿Estás ahí? —pregunto pasados unos cuantos minutos.

—Sí. Es que... no me lo esperaba. ¿Te ha llamado alguien? ¿Es por lo de la herencia?

Leches, la herencia, ya no me acordaba. Le dije a Laura que no quería saber nada pero ella insistió y me dijo un día concreto para ir al notario, pero se me ha olvidado cuando es.

—Me lo dijo Laura, su... otra hija.

—Oh —exclama con cierta frialdad—, qué considerada.

Sé que no lo dice de verdad, que en el fondo está pensando lo peor.

—Es muy maja, nos llevamos bien —decido soltarle.

—¿De veras? Vaya, qué considerada eres, teniendo en cuenta que no estuvo en tu vida...

—Ni siquiera se llevaban bien, mamá, ni tampoco supo de mi existencia hasta que falleció, ¿de acuerdo? Tienes que dejarlo ir, ya sabes a lo que me refiero. Te mereces ser feliz, mamá.

Aunque estoy hablando con ella por teléfono, puedo ver como alza una ceja mirando fijamente un punto impreciso, buscando en los recovecos de su mente recuerdos buenos y malos, los primeros que se le vienen a la mente.

—Si ya lo he hecho, hija. Pero hay cosas que nunca terminan de olvidarse... Es igual, si tú estás bien, yo también lo estoy. Y a ver si traes a ese chico a casa, que tengo que darle el visto bueno.

—Claro, mamá. Te quiero —susurro mientras echo un poco de menos uno de sus abrazos de oso.

—Yo también, hija.

Y ahora, ¿cómo le digo yo a Teo que eso de conocer a mi madre va a ser antes de lo que él pensaba?

Epílogo

TEO

Años, amores y copas de vino, no se deben contar nunca.

Refrán italiano

—¿Que no le gusta la burrata? ¿A quién no le gusta eso? —me quejo dentro de la cocina del restaurante ante Marina, resignado.

—¡Yo que sé! Eso me ha dicho mamá, pero puedo ir a preguntárselo ahora mismo. De todas maneras, creo que ni él mismo sabe exactamente qué es, así que no lo notará —resuelve ella sin darle importancia.

—Pero el *risotto* lleva burrata. ¿Estás segura de que no es alérgico? Creo que si le da algo a su novio, tu madre va a odiarme más de lo que ya hace —señalo sabiendo que tengo razón.

—Mi madre no te odia, es que aún no te conoce lo suficiente. Además, se enteró de lo nuestro por las revistas y... no le hizo mucha gracia —exclama algo cabizbaja.

Sí, todo el mundo sabe que estamos juntos gracias a unos *paparazzis* que nos pillaron besándonos después de nuestra primera cita. La especulación en torno al abandono del programa fue brutal, pero ahora que ya han pasado unas cuantas semanas, todo se ha desinflado. De todas maneras, aprovechando que es mi cumpleaños se me ha ocurrido hacer una cena cerrando el restaurante para toda esta pequeña familia que hemos terminado formando entre Marina y yo.

Que no me refiero a nuestros hijos, esto lo dejaremos para más adelante, cuando mi madre tome conciencia de lo que supone ser abuela y esas cosas.

—Creo que a nadie le hizo mucha gracia. Por cierto, ¿Laura no iba a venir con su novio actor? —cuestiono, porque había contado para uno más.

—No, al final creo que lo han dejado. ¿Sabes qué creo? Que Laura, por mucho que lo niegue, le gusta Santana. Pero no se lo digas a nadie, ¿eh? —me advierte saliendo de la cocina con esas uñas rosas que he terminado por adorar.

Otro al que no le caigo demasiado bien. Creo que tiene una especie de complejo de hermano mayor un poco extraño. Por otro lado, Laura es muy agradable, supongo que ya no me ve como a una amenaza hacia su hermana.

Creo que el *risotto* ya está terminado, así que apago el fuego y saco la olla del fuego. Va a estar delicioso. Por cierto, ¿dónde se ha metido Víctor? Seguro que tirándole los trastos a Gina. Escucho que alguien entra, debe de ser él.

—A ver, ricitos de oro, saca la ensalada de la nevera, que Gina no va a ir a ninguna parte.

Pero el carraspeo desconocido me dice que no es Víctor. Me doy la vuelta y veo que el que está con los brazos cruzados delante de mí, es David Santana. Admito que intimida un poco al ser más alto que yo, más cachas y en general, teniendo más presencia que yo. Nunca he hablado con él a solas, sí que desde que Marina nos presentó hemos tenido alguna charla insustancial y carente de contenido delante suyo, pero poco más.

—Perdona, pensaba que se trataba de Víctor —añado con rapidez—. La cena está casi lista.

No sé si quiere algo en especial, pero se queda allí plantado pensativo, con los ojos entonados y un silencio sepulcral que me da mal rollo.

—De acuerdo —dice finalmente.

—¿Querías algo en especial? —pregunto entonces, porque parece que tenga que sacarle las cosas a la fuerza.

—Sí. O no, es igual. En realidad, quería pedirte un favor —musita con cierta torpeza, denotando en su voz que no está acostumbrado a pedirlos—. Voy a irme a Madrid, a finales de este mes. Marina todavía no lo sabe, es por trabajo.

—Vaya, supongo que enhorabuena, ¿no? ¿Es una película?

Voy a ser majo, al fin y al cabo es uno de los pilares básicos de la vida de mi novia. En el fondo, no me suena raro decir eso, quizás porque he tenido mucho tiempo para asimilar que en realidad la quiero. Dije que no lo hacía, pero era mentira. Por supuesto que me enamoré de ella en el instante en que me cogió de la mano, y seguí haciéndolo hasta que fui tan capullo como para crearme idioteces.

—Sí. Sonará estúpido, pero tengo que pedirte que cuides de ella. Se trata más de una obligación moral, ¿sabes? Ya sé que lo haces, porque la forma en la que la miras... dice mucho. Pero se lo debo.

Ella me contó cómo se hicieron amigos, y supongo que se trata de eso. No voy a indagar más, así que me limito a asentir.

—Por supuesto. No tardes en decírselo, aunque se va a disgustar igual. Espero que te vaya todo muy bien por allí —digo alargándole la mano para encajársela.

Él me la devuelve en una sonrisa parecida a una mueca.

—Gracias.

Ya está, eso parece ser todo porque sale de la cocina. No voy a romperme la cabeza pensando en lo que acaba de pasar, porque si no se me va a quemar el *risotto* y no sería la primera vez.

Cuando lo tengo todo listo, empiezo a sacar platos a instancia de no tener manos suficientes.

—¡Pero que buena pinta tiene eso! —exclama Laura nada más olerlo—. Oye, ¿puede alguien ayudarlo? —se queja mirando en primer lugar a Santana, que está mirando hacia otro lado.

—Yo lo hago —exclama Víctor.

—Yo también —dice mi padre mientras veo que mamá está hablando animadamente con la madre de Marina.

Todo irá bien mientras no muestre su falta de pudor, por lo demás es lo suficientemente normal como para dejarme bien.

—¡Ay! Sí, por supuesto —dice Marina levantándose de la silla.

—Ya voy yo, no te levantes —le dice Santana sujetándola por los hombros.

Entonces lo veo, es un instante fugaz, una chispa en sus ojos que lo delata, algo insignificante como el de inclinarse para mirarla, asegurándose de que ella le ve.

Marina le sonrío con normalidad. Acto seguido se gira para seguir hablando con Laura y con Gina, ajena a todo lo que acaba de ocurrir. Pero yo lo sé, ahora lo sé, y todo cobra sentido.

David Santana, el mejor amigo de Marina, está enamorado de ella. Sabiendo como es ella, no me extraña nada que no se haya dado cuenta. Hay cientos de preguntas que me vienen a la mente como cuando ocurrió eso, por qué no ha hecho nada al respecto. ¿Habría estado Marina interesada en él si lo hubiera sabido?

—Tampoco te comas la cabeza —susurra Laura cuando llega hasta donde estoy—. Has tardado un poco en darte cuenta, ¿eh?

Miro sus ojos medio verdes, parecidos a los de Marina, asombrado ante su capacidad de deducción.

—¿Tú lo sabías? —pregunto.

—Desde el mismo momento en que lo conocí. De hecho, llegué a pensar que podrían terminar juntos, pero Marina solo tenía ojos para ti, y creo que le costaría verlo como a algo distinto que su amigo o casi hermano, ¿entiendes?

—Entiendo —susurro con cierto alivio.

¿He mencionado que Santana es actor? Pues es el prototipo de actor guapo, así que si comparamos, yo salgo perdiendo de calle.

—Te has rayado, ¿eh? Madre mía los hombres, qué frágil es vuestro ego masculino —exclama entonces.

—No es eso. Bueno, puede que un poco. Qué quieres que te diga, no soy...

—Lo eres para ella —me interrumpe—. ¿Acaso piensas que escogemos de quién nos enamoramos? Si no hiciera, créeme que todo sería mucho más fácil.

Pienso en ello, y es cierto. Yo no escogí enamorarme de Marina, creo que Teo, el terrible, ni siquiera la habría tenido en cuenta. Pero me alegro tanto de haberlo hecho...

—¿De qué estáis hablando? —dice Marina, levantándose de la silla y viniendo hacia nosotros.

—De vino. Tu novio me ha dado permiso para elegir la botella, ¿verdad, cuñado?

—Esto último suena fatal, pero sí, puedes ir a buscarlo —claudico.

Marina me da un beso en la mejilla, es espontáneo y ajeno a todo.

—Cumpleaño, ¿has pensado en tu regalo? —murmura mientras los *risottos* se van repartiendo y todo el mundo va sentándose, charlando animadamente entre ellos.

—No demasiado. Verás, ya tengo todo lo que quiero.

—Muy convincente, pero no vas a librarte del mío —arruga la nariz pero se le escapa una sonrisa traviesa.

—¿Vas a dármelo aquí? —pregunto emocionado.

—¡No! No, no, claro que no. Cuando lleguemos a casa, es que es...

Se ha puesto roja. ¡Oh, mierda!, creo que ya sé a lo que se refiere.

—Cariño, no me digas estas cosas aquí porque la manga pastelera se emociona —musito inclinándome en su oído.

Suelta una carcajada escondiendo su rostro en mi pecho.

—Vas a tener que esperar hasta esta noche para confirmarlo —dice queriendo ser algo ambigua.

—Sabes que no tengo prisa por abrir ese regalo de Navidad —le recuerdo esa conversación que tuvimos en su día.

—Lo sé, pero quiero que lo abras, otra vez —responde convencida—. Si alguien me hubiera dicho que terminaríamos aquí el día que entraste en mi cafetería...

—Yo también. Me alegro de haberlo hecho, y enamorarme de ti.

Ella respira hondo con esa cara de satisfacción que siempre pone cuando le digo eso, como si fuera la primera vez.

—Yo también te quiero, Teo Massagué.

Sin duda, la vida no es igual que una receta, no puedes llegar a tener unos postres magníficos siguiéndola paso a paso. Es mucho más compleja y adversa, pero al final, al igual que los grandes cocineros que no la siguen y experimentan, sí que puedes llegar a tener un resultado inigualable.

—Tortolitos, ¡sentaros ya que queremos empezar! —nos regaña Víctor.

No hay nada que pueda ser más perfecto, y sin embargo no hay nada de perfecto en esa escena pintoresca, con mis padres metiéndose mano por debajo de la mesa, la madre de Marina mirando de reojo a Laura, esa otra hija de su exmarido con cierto grado de culpabilidad al haberla demonizado, su marido comiéndose un *risotto* con un queso que parece odiar sin darse cuenta, Víctor alabando el pelo rosa degradado de Gina, que se divierte jugando con los rizos incipientes de este, Laura discutiendo con Santana mientras que él no puede evitar mirar de vez en cuando a mi novia...

Y ella sonriendo feliz, apretando mi mano ante esa estampa de familia. De pequeño quería tener una familia perfecta, busqué a la chica perfecta para ello y me olvidé de lo que realmente era importante: la felicidad. Luego estuve convencido de que la perfección no existía, que todos tenemos taras y que nadie es perfecto.

Estaba equivocado, porque la perfección sí existe, solo que es subjetiva, y la mía lleva las uñas pintadas de rosa fosforito, cita a Disney constantemente, lleva bambas con ruedas y le gusta regentar una cafetería.

FIN

[1]

Imagino que no haces referencia a la cicatriz porque quieres que sea una sorpresa más adelante. Pero si no es por eso, puedes poner en esta escena, ya sea por parte de ella o de él, alguna pista más.

[2]

¿¿??

[3]

En algún punto del libro pone que él se ha acostado solo con su novia.

Sin embargo, parece que tiene muchos ligues, rubias de bote tipo modelo. Y ahora sta pregunta. Estaría bien igualarlo...

[FSA4]Creo que con lo de abajo lo he aclarado un poco, sino me dices.

[5]

Contradicción con anterior